

FÉLIX G.
MODROÑO

Sombras
de Agua

UN SECRETO ENTERRADO HACE UN LARGO TIEMPO
TIENE EL PODER DE CAMBIAR TODO



algaida

NOVELA

FÉLIX G. MODROÑO

S O M B R A S
D E A G U A

algaida

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

EPÍLOGO

DRAMATIS PERSONAE

CRÉDITOS

*A aquel niño de la margen izquierda del Nervión,
que nunca renunció a sus sueños*



1

Nada puede vencer a una maldición amparada en creencias divinas. Y la desaparición de una reliquia sagrada solo podía significar un futuro lleno de desgracias. Fernando de Zúñiga lo sabía bien, aunque su escepticismo le impedía compartir la zozobra que a buen seguro se apoderaría de los valencianos en cuanto se corriera la noticia por los mentideros de la ciudad.

El doctor Zúñiga se encontraba en Valencia adonde había llegado el día anterior procedente de Madrid, con el tiempo justo para participar en la celebración de la Epifanía de aquel recién iniciado 1684. Sin embargo, su estancia en la Cap i Casal no debía prolongarse más allá de las horas necesarias para terminar de avituallar el galeón que habría de llevarle con urgencia hasta la Serenísima República de Venecia con el fin de cumplir con la misión diplomática encomendada por la reina madre, doña Mariana de Austria.

Por eso torció el gesto cuando, paseando por la galería del Palacio del Real a la espera de que le recibiera el virrey, vio cómo el carruaje del arzobispo cruzaba a toda velocidad bajo el portal mayor de la torre de los Ángeles, que marcaba la inconfundible silueta de la fortificación regia. A pesar de su escasa tolerancia a la impuntualidad, tenía que reconocer que perdonaría el ligero retraso de su anfitrión ya que no solía disfrutar de un sol capaz de salir victorioso en su duelo con el frío de las mañanas de invierno. Y mucho se temía que aquella visita iba a dar al traste con su sosiego, así que decidió anticiparse y regresar al contiguo salón que albergaba los retratos del casi medio centenar de virreyes anteriores al conde de Cifuentes quien, en ese preciso instante, hacía acto de presencia.

Los dos hombres se escrutaron con falso disimulo en busca de los estragos

de la edad mientras se acercaban el uno al otro. Ambos vestían a la española, con jubón, ropilla, calzones y medias; si bien los tonos de la ropa del virrey de Valencia resultaban algo menos oscuros que los del doctor Zúñiga, el cual además se distinguía de aquel en la negrura de sus golillas caídas, en que jamás calzaba borceguíes sino botas y en que se había negado a adoptar la moda francesa de las pelucas. Por suerte, su encrespada cabellera negra, cada vez más canosa, le seguía acompañando.

—Es un placer tener en mi casa al mismísimo Fernando de Zúñiga — saludó sonriente el virrey, en tanto estrechaba la mano de su huésped.

—Su Ilustrísima es tan amable como siempre.

—Vamos, hombre. ¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos? ¿Veinte años?

—Quizás más. Somos demasiado viejos. Yo estoy a punto de cumplir medio siglo.

—Entonces usa mi nombre de pila —le rogó, afablemente—. Estamos solos.

En efecto, la relación entre ambos se remontaba a su juventud cuando ya don Fernando de Zúñiga visitaba la corte madrileña, a la que don Pedro José de Silva acudía con la escasa frecuencia que le permitían sus quehaceres marinos en las costas del rey.

Sin llegar a ser amigos, sus encuentros nunca dejaron de ser cordiales.

—Te agradezco que nos hayas acogido, Pedro.

—Me hubiera enfadado de no haber sido así. Aquí hay sitio de sobra. Por algo le llaman a este sitio el palacio de las trescientas llaves. ¿Y tu asistente?

—Pelayo estará ultimando los preparativos para embarcar.

—Los galeones están listos para partir desde las playas de Villanueva del Mar.

—¿Has dicho galeones, en plural?

—No pensarías que ibas a viajar en uno solo. Con dos irás más protegido. Son barcos de la Armada Real que patrullan las costas italianas para vigilar posibles ataques de los gabachos.

—Tus tiempos como cuatralbo te han vuelto receloso —rió el doctor Zúñiga.

—Aquellos tiempos me enseñaron a amar el mar, sin dejar de desconfiar de cuanto lo habita.

—No te referirás a los monstruos marinos.

—Por supuesto.

—¿También temes a las sirenas? —preguntó jocoso don Fernando.

—A las que más —respondió el virrey, siguiendo la broma.

—Pues espero que todas esas criaturas abismales no demoren nuestro viaje a Venecia.

—Preocúpate más por las de dos patas. Desde que expulsamos a los moriscos, las incursiones de los piratas en nuestras costas son menos frecuentes pero no han desaparecido. Aún se prende de vez en cuando la segunda fogata en las torres de vigilancia avisando de invasiones de berberiscos en busca de cristianos para vender como esclavos en Argel. En la torre de la catedral, todas las noches se enciende una falla para informar a la población de que no hay moros en la costa. Por fortuna, en nuestro Miguelete hace tiempo que no arde más que una. Lo que está claro es que en alta mar el riesgo es mayor. Podíais navegar bordeando el litoral, si bien eso alargaría el viaje varios días.

—Días que no tenemos.

—No quiero preocuparte en exceso. Embarcarán dos compañías de ciento veinticinco soldados cada una. Tendréis una travesía placentera.

—Eso espero, por el éxito de la misión.

—Supongo que no puedes decirme nada. En la carta que recibí de la reina madre pidiéndome que dispusiera con urgencia de los medios para facilitarte el viaje a la Serenísima, no comentaba las razones del mismo, aunque puedo imaginarlas.

—La prudencia siempre nos ha distinguido.

—Y a vos más que a nadie. Me gustaría seguir conversando a solas, pero el arzobispo quiere vernos. Ya nos estará esperando en el salón del Reloj.

El doctor Zúñiga asintió sin preguntar, tal vez porque adivinaba que aquella visita tendría mucho que ver con el extraño robo acaecido en la catedral durante la noche, noticia que don Fernando ya conocía por boca de Pelayo, atento a los cuchicheos de la servidumbre que desde el alba conjeturaba sobre los detalles confusos de la profanación.

Las sesenta varas de largo del salón resultaban excesivas para las pequeñas recepciones. Sin embargo, dado que a lo largo del último siglo

apenas se habían prodigado las visitas regias, los virreyes buscaban darle algún uso a aquella estancia de imponentes muros de piedra y bóvedas de crucería elevadas a una altura de casi diez varas, en la que incluso se celebraban comedias de teatro.

Los haces de luz que se colaban por uno de los tres ventanales arqueados que daban al patio principal incidían en las sotanas del arzobispo y de su acompañante, de modo que parecían los protagonistas de uno de esos lienzos de Velázquez.

Al ver entrar al conde de Cifuentes y al doctor Zúñiga, el prelado aguardó sin moverse a que estos llegaran a su altura. Fue el virrey quien ejerció las presentaciones, al tiempo que ambos besaban el anillo pastoral de Juan Tomás de Rocabertí.

—Su Reverendísima, os presento a don Fernando de Zúñiga, vizconde del Castañar.

Aunque al doctor Zúñiga le agradaba que se supiera el título concedido por el rey en agradecimiento a los servicios prestados a la Corona, consideró que el virrey podía habérselo ahorrado en aquella ocasión.

—Es un honor saludaros, Su Reverendísima, ya que ayer no tuve ocasión de hacerlo en la catedral —correspondió don Fernando.

—Nos agrada tenerle en Valencia, vizconde. No sé si ha oído hablar del padre Tosca —comentó el arzobispo, presentando al joven enjuto de cara afilada que se mantenía en segundo plano.

—¿Es vuestra merced don Tomás Vicente Tosca? —preguntó el doctor Zúñiga, estrechándole la mano sin disimular un gesto afable de sorpresa—. No os imagináis el placer que me causa poner os rostro.

El joven sacerdote se mostró extrañado aunque halagado por que su nombre hubiera llegado a oídos de aquel hombre que provocaba admiración por donde quiera que fuese gracias a su perspicacia y a sus dotes deductivas. Si bien, al igual que el vizconde del Castañar, era doctor en medicina, no imaginaba que sus incipientes estudios sobre matemáticas, filosofía o arquitectura hubiesen traspasado las fronteras de su ciudad.

—El placer es todo mío, doctor Zúñiga —contestó el padre Tosca, esbozando una sonrisa tímida que acentuaba aún más sus demacrados pómulos.

—Supongo que vuestras mercedes tendrían mucho de qué hablar —

interrumpió el arzobispo—. Lástima que tengo entendido que prevéis dejarnos pronto, vizconde.

—Así es. Debo embarcar enseguida rumbo a Venecia.

—¿Y no podéis retrasar el viaje unos días? —la pregunta del prelado sonó más a mandato que a ruego. No en vano, estaba acostumbrado a hacer valer sus órdenes, no solo como arzobispo sino como virrey de Valencia, cargo que Rocabertí había ocupado provisionalmente en dos ocasiones.

—Nada me agradaría más, Su Reverendísima. Lo retrasaría con sumo gusto si no tuviera una misión urgente que cumplir.

—Yo también tengo una misión para vuestra merced —respondió el arzobispo, con voz seca.

El doctor Zúñiga sopesó su respuesta durante unos instantes. De ningún modo pretendía ser descortés; sin embargo, tenía que llegar a Venecia cuanto antes. Europa era un complicado tablero de ajedrez con las piezas descolocadas que, además, se veía amenazada por los turcos. Por fortuna, las tropas de Leopoldo I, emperador del Sacro Imperio Románico Germánico, acababan de frenar el empuje asiático en las mismas puertas de Viena. Y se hacía preciso aprovechar este momento de debilidad otomana para erradicar definitivamente sus ansias de conquistar Occidente. Para ello, el papa Inocencio XI proponía una alianza católica en la que resultaba decisiva la intervención de la flota de una Venecia reticente a emprender nuevas hostilidades.

—Lamento no poder daros más detalles del motivo de mi viaje, aunque vuestra célebre inteligencia os permitirá imaginarlo —comentó don Fernando, con su habitual tono apacible de voz.

—Supongo que tiene que ver con la guerra santa contra los infieles —conjeturó el arzobispo, tras una breve reflexión—. Entonces, entenderéis el porqué requiero vuestra ayuda. A estas alturas, ya sabréis que esta noche se ha perpetrado un robo en la catedral.

—Se comenta que ha desaparecido una reliquia —intervino el virrey.

—Así es. Pero no se trata de una reliquia cualquiera. Señores, alguien se ha llevado ni más ni menos que ¡el Santo Grial!

Zúñiga escuchó con estupor las palabras del arzobispo. La sustracción de la copa utilizada por Jesucristo en la última cena no era un asunto menor. Sin

embargo, poco podía hacer. Sabía de la delicada salud del dogo y tenía que llegar a Venecia antes de que fuese demasiado tarde, por lo que ni siquiera el robo del Santo Cáliz constituía motivo suficiente para retrasar su partida orquestada para ese mismo día.

—Sin duda, es una desgracia, Su Reverendísima. Supongo que si estáis aquí es porque requerís mi ayuda.

—Cierto. Vuestras dotes como investigador son casi tan conocidas como vuestras artes diplomáticas —el prelado no cejaba en su empeño de disuadirle.

—No utilizo más que la intuición y el sentido común.

—Dicen que también la suerte os acompaña.

—Es posible. Aunque la suerte hay que buscarla —sonrió el doctor Zúñiga—. Estoy seguro de que el padre Tosca puede hacerlo mejor que yo. No solo tiene una capacidad analítica privilegiada sino que además conoce la ciudad. ¿Tenéis alguna sospecha?

—A pesar de que al cáliz original se le hayan añadido unas asas y un pie de oro, el ladrón no buscaba riquezas. Podía haberse llevado otros tesoros y, sin embargo, creemos que no falta nada más en la catedral —relató el joven sacerdote.

—Como católico debería preocuparos lo ocurrido. No quiero ni imaginar en las manos que puede caer —apuntó el arzobispo, rascándose la tonsura bajo su solideo morado.

—Y me preocupa. Lástima que tenga que abandonar Valencia hoy mismo. No obstante, prometo pensar en ello; incluso investigar a mi regreso si antes no lo habéis encontrado, si bien confío en que aparezca pronto.

—¿Os importa acompañarme a la catedral? —le rogó el padre Tosca—. No hemos querido tocar nada hasta que vuestra merced viera con sus propios ojos lo ocurrido. No os llevará mucho tiempo. Quizás entre los dos hallemos alguna pista.

El doctor Zúñiga se mordió el labio inferior al mirar la hora del enorme reloj que presidía el salón, pero no pudo negarse. Si se daban prisa, la expedición podría partir del puerto a primera hora de la tarde, tal y como estaba previsto.

2

Pelayo cepillaba el pelaje de la yegua de don Fernando cuando vio cómo este descendía con cara de circunstancias por la escalera principal, acompañado por el virrey, el arzobispo y un sacerdote. Desde el último peldaño, el prelado señalaba su carruaje mientras el doctor Zúñiga negaba con la cabeza, apuntando con su dedo hacia donde él se hallaba. Acto seguido, con un gesto contrariado en el rostro, los clérigos entraron en una suntuosa estufa de cuatro ruedas que los aguardaba en el centro del patio.

Sus maltrechas rodillas no impidieron que el doctor Zúñiga alcanzase los establos con relativa apesura. La gravedad desapareció de su rostro al ser recibido por unos alegres relinchos. Desde que doña Mariana de Austria le hubiese regalado a Azabache y a Zafir, dos preciosas yeguas árabes de capa negra, don Fernando no emprendía ningún viaje sin ellas. Y tampoco sin Pelayo, el joven que hasta hacía poco trabajaba a las órdenes del obispo de Zamora. Sin embargo, coincidiendo con el vigésimo cumpleaños del muchacho, en septiembre del año anterior, don Fernando de Zúñiga había conseguido que este dejase el palacio episcopal zamorano para convertirle definitivamente en su asistente, a pesar del fastidio del obispo.

Tal vez por eso, en los últimos meses, desde su regreso de tierras vizcaínas, la vida en su residencia salmantina le resultaba más agradable al vizconde. Lo mismo le sucedía a Pelayo, si bien no entendía que la hija de su señor, su amada Leonor, hubiese ingresado de nuevo en el convento de Santa Clara. Tampoco don Fernando lo asumía, máxime cuando también su hija mayor se encontraba allí. Para ambos, escucharlas cantar desde la penumbra del coro de la capilla, constituía un ligero bálsamo al que solo podían acceder en la misa matinal de los días de precepto.

Aquel último trimestre de 1683 había transcurrido muy tranquilo para Pelayo. Isabel, el ama de llaves, apenas necesitaba ayuda para llevar la casa y eso que su padre comenzaba a manifestar síntomas de una enfermedad que inquietaba al doctor Zúñiga; así que mientras este impartía sus clases en la universidad, el muchacho se dedicaba a leer algunos de los libros de su biblioteca y a dar largos paseos por Salamanca, en los que terminaba rondando el convento de las clarisas con la frágil ilusión de que algún día Leonor pudiera asomarse al ventanuco de su celda.

Aquellas lecturas a la luz del candil en las largas tardes de invierno le ayudaban a evadirse de la realidad, si bien los poemas de amor de Lope de Vega se le clavaban en la garganta como alfileres. Por eso, en los momentos de melancolía prefería refugiarse en la *Novelas ejemplares* de Cervantes o en unos recién publicados cuadernos en los que el alférez Íñigo Balboa relataba sus andanzas a principios de siglo junto a un aventurero conocido con el nombre de capitán Alatríste.

Un sobre lacrado con el escudo de armas coronado del rey Carlos II vino a quebrar la apacibilidad de esos días previos al fin de año. Las huellas del caballo del correo real permanecían frescas en la nieve cuando don Fernando salió de la biblioteca con la carta de doña Mariana de Austria en la mano.

—La reina me requiere con urgencia en palacio —le dijo a Pelayo—. No me aclara los motivos pero me indica que pasaré una larga temporada fuera de casa. Mañana partiremos lo antes posible para Madrid.

Esa noche, uno y otro fueron a despedirse furtivamente de sus amadas. El muchacho, trepando por primera vez hasta la ventana de Leonor. Don Fernando, arrodillándose ante el sepulcro de Pilar Maldonado, la mujer a la que seguía siendo fiel aun después de muerta.

3

Entre las lágrimas vertidas por Isabel al ver partir al hombre del que estaba enamorada en secreto desde siempre y el agua nieve con que este fue recibido en la villa madrileña, transcurrieron casi tres jornadas de camino en las que los dos viajeros hablaron más con sus fantasmas que entre sí.

A primera hora de la última tarde del año cruzaron el río Manzanares por el puente de Segovia, por lo que no tardaron en llegar a las Caballerizas Reales donde Pelayo se quedó al cargo de las yeguas mientras don Fernando de Zúñiga accedía al viejo alcázar a través de un arco de piedra granítica. La mera muestra del sobre lacrado a la entrada le granjeó el acceso a palacio junto a un joven ujier que le acompañó hasta uno de los despachos de la planta baja, decorado con un enorme lienzo en el que don Diego de Velázquez se había retratado junto a la infanta Margarita y sus meninas.

Aunque el doctor Zúñiga ya conocía el cuadro desde su creación, antes de que su autor se pintara la cruz de Santiago en su pecho años después de finalizarlo, no dejaba de asombrarle los efectos lumínicos conseguidos por el artista, en especial sobre la figura de la pequeña infanta.

—La echo de menos cada día —dijo una voz a su espalda.

—Mariana... —respondió don Fernando, girándose para besarle la mano en una leve reverencia—. A vuestra hija la añoramos todos los que tuvimos la fortuna de tratarla.

La amistad forjada entre ambos a lo largo del tiempo les permitía olvidar los formalismos si se encontraban a solas. En estas ocasiones, la reina madre solía quitarse la toca de sus tradicionales hábitos monjiles; incluso se maquillaba el rostro suavemente con albayalde y se perfumaba con agua de azahar.

—Era la alegría del palacio hasta que partió hacia Viena para cumplir con su destino —suspiró doña Mariana—. Aún no tenía quince años cuando se casó con mi hermano.

—Tampoco vos los teníais el día que contrajisteis matrimonio con nuestro rey Felipe, a quien Dios tenga en su gloria.

—La historia se empeña en repetirse una y otra vez. Sí, también yo tuve que abandonar mi país para casarme con mi tío por el bien de nuestros imperios. ¿Sabéis, Fernando? Los hijos que no nacen fruto del amor están malditos. Mi hija vio enterrar a tres de sus cuatro hijos, antes de que ella muriera sin haber cumplido los veintidós años a consecuencia de las secuelas de su último parto. Y a mí también se me han muerto cinco. Carlos es el único que ya puede sobrevivirme. En parte, gracias a los cuidados que le dispensasteis cuando era niño.

—No os aflijáis, Mariana. Pensad en el favor que ambas hicisteis a vuestras patrias —trató de consolarla el doctor Zúñiga—. Vos paristeis a nuestro rey y vuestra hija parió a María Antonia, la heredera del Sacro Imperio Romano Germánico.

—De eso quería hablaros —suspiró Mariana, resignada.

—Decidme.

—Sabéis el afán de los turcos por conquistar plazas europeas.

—Por fortuna, vuestro hermano, el emperador Leopoldo les ha parado los pies en Viena.

—Sí, ha sido una bendición divina. De ahí, las luminarias y la procesión solemne al santuario de Atocha. No se habían celebrado otras desde la reconquista de Mesina. La lucha contra el infiel es lo único que preocupa a nuestro pueblo, que no se da cuenta del peligro que representa Luis XIV, ese mal nacido francés al que le encantaría que los turcos arrasaran el Imperio germánico.

—Eso no ocurrirá.

—No. No ocurrirá. Ha llegado la hora de terminar con la amenaza turca. El papa está promoviendo una alianza de las naciones católicas como la que venció en Lepanto. No obstante, nuestra precaria situación esta vez no nos permite enviar tropas, ni muchos menos barcos. Los franceses nos acechan en Europa y los alauíes en el norte de África. La entrega este mismo mes en Linz

de ciento veinticinco mil escudos ha sido lo único que hemos podido aportar a la causa hasta la fecha. Y eso porque los ha prestado José de Aguerri, un banquero a quien dudo que se le pueda pagar más que con un marquesado.

—Pero hay más naciones católicas...

—A las que mi hijo, paladín del catolicismo y columna de la casa de Austria, no puede unirse. Es duro enfrentarse a la realidad solo con deseo. Por eso quiero que vayáis a Venecia. Aunque España no participe con efectivos en el frente de batalla, no ha de estar ausente y es preciso que hagamos cuanto esté en nuestras manos para que esa alianza prospere con el fin de aniquilar definitivamente las ansias de expansión del Imperio otomano.

—No entiendo qué puedo hacer yo —atisbó a decir el doctor Zúñiga, atribulado por lo que intuyó que se le venía encima.

—Es imposible que los turcos sean derrotados sin una buena flota. Y en estos momentos, los únicos capaces de aportarla son los venecianos, que aún no han dirimido su participación en esta nueva Liga Santa. Los permanentes enfrentamientos entre los Estados Pontificios y la República de Venecia no ayudarán a que esta se decida a intervenir.

—¿Me estáis pidiendo que vaya a Venecia?

—Así es. Y que os aseguréis de que formará parte de la alianza. Nos han llegado noticias de que el dogo, el dirigente de la República, es proclive a participar. Sin embargo, su salud está muy deteriorada. Sería preciso que Venecia firmara antes de que se formara un nuevo gobierno. Como bien sabéis, allí la sucesión no es hereditaria.

—Así que debo partir...

—Cuanto antes. Ya he enviado una carta al virrey de Valencia para que os prepare un barco. Fernando...

—Decidme.

—Habéis visto que he querido veros a solas. No iréis en misión oficial, aunque sí en mi nombre. Ni siquiera el duque de Medinaceli lo sabe. Él no es un hombre de batallas y bastante tiene con tratar de sanear nuestra maltrecha economía.

—¿Y nuestro embajador en Venecia?

—Me fío más de vos que del marqués de Villagarcía, demasiado integrado en la vida social de la República. Prefiero que los venecianos traten con

alguien... menos aficionado a las fiestas.

—Entonces, él tampoco deberá conocer el motivo de mi visita.

—Solo el rey se encontrará al corriente.

—Haré cuanto esté en mi mano, Mariana.

—Sois una persona de bien. No conozco a nadie con vuestra templanza, ni con vuestra sabiduría. Inspiráis confianza a vuestro alrededor. Entenderéis que únicamente pueda encomendarme a Dios y a vos. Os lo estoy pidiendo por mi familia, por España y por toda la cristiandad.

—Espero corresponder a la responsabilidad que depositáis en mí.

—Mañana me gustaría que asistierais en el coliseo del Buen Retiro a la representación de la comedia que ha escrito el regidor don Pedro de Arce, quien tuvo a bien estrenarla el día de mi cumpleaños la semana pasada. Se titula *El sitio y socorro de Viena por el Gran Vizir*. No tiene que ver mucho con la realidad, pero se agradecen sus loas.

—Ya mismo se representa en el Corral del Príncipe —comentó el doctor Zúñiga, esbozando una sonrisa que tranquilizó a la reina madre.

—Engañar el hambre y derrotar a los infieles son las únicas preocupaciones del pueblo. Ya nos cuesta frenar la publicación de gacetas que informan a su manera de lo que está aconteciendo. Es preciso que solo lleguen buenas noticias desde el frente —contestó ella, con cansancio en la voz.

—Estoy seguro de que así será, Mariana.

—No os imagináis lo grata que me resulta siempre vuestra presencia, ni lo que me solaza oírlos pronunciar mi nombre. Si algún día decidís dejar Salamanca, sabed que tenéis un lugar reservado en la corte —dijo la reina, acercándose a él.

—Sabéis que acudo presto a vuestras llamadas —respondió don Fernando—. Tenéis en mí a vuestro más rendido admirador.

—Sois muy galante, mas sé que vuestro corazón nunca dejará de pertenecer a vuestra esposa.

—A veces me pregunto si aún me queda corazón. Dispensadme si mañana no acudo a la representación. Mi cabeza ya está en otra parte. Partiré hacia Valencia tan pronto como esté todo preparado.

—Lo entiendo. Me ocuparé de que no os falte de nada en vuestro viaje, ni aquí en Madrid. Antes de marchar, os entregaré dos cartas de presentación de

Sebastiano Foscarini, el embajador veneciano: una para el dogo y otra para que la familia Malipiero os aloje en su residencia. Está recién llegado y no ha puesto objeción. Al contrario, se ha manifestado encantado.

—Es diplomático. Querrá empezar con buen pie.

—Es de agradecer. No todos llegan con el mismo talante. Su única condición ha sido que la correspondencia llegue lacrada a Venecia.

—Lo veo lógico. Decidle que tiene mi palabra de que así será.

—Ha comentado que es la costumbre. Habréis de entregar las cartas a las autoridades del puerto que a buen seguro querrán saber de vos en cuanto arribéis. Desde allí, las harán llegar con presteza a su destino. Ahora, le diré a mi camarera que os aposente en el alcázar. ¿Habéis venido solo?

—Está conmigo mi asistente, aquel muchacho que estuvo aquí hace dos años.

—Le recuerdo. Me alegra que estéis acompañado. Él puede quedarse en los cuartos que los criados tienen sobre las caballerizas. Departiría más con vos, pero estaréis cansado y os esperan días largos. Me gustaría que aceptarais un presente. Me han traído de Baviera dos relojes de bolsillo y me complacería que uno fuera vuestro —dijo la reina, entregándole una diminuta arqueta que extrajo de una gaveta.

El doctor Zúñiga la abrió para admirar aquel pequeño mecanismo convertido en obra de arte. El reloj se encontraba incrustado en una cajita argentada con una tapa de cristal, por lo que se podía contemplar la hora sin necesidad de abrirla.

—Lo acepto por tener un recuerdo de vos. Me desvelaré por cumplir con vuestro mandato —aseveró, haciendo un ademán de inclinarse que ella impidió.

—No es en la mano donde quiero que me beséis.

El doctor Zúñiga obedeció y mantuvo durante unos segundos sus labios en la frente de la reina, quien aún tardó en abrir los ojos después de que él se retirara.

—Cuidaos.

—Id con Dios, Fernando.

—Quedad con Él, Mariana —se despidió el vizconde, antes de buscar el aire fresco del exterior.

A medida que caía la noche sobre Madrid, los nubarrones se iban disipando de un cielo que el vizconde del Castañar contemplaba sin dejar de suspirar. Y es que, una vez más, se sentía solo.

4

Atendiendo a las instrucciones del padre Tosca, don Fernando y Pelayo siguieron el cauce a contracorriente del río Turia para cruzarlo por el puente que conducía a la puerta de la Trinidad por la que entraron en el recinto amurallado de Valencia. Desde allí fue fácil llegar a la plaza de la Seo, guiados por la impresionante torre octogonal de la catedral que se elevaba muy por encima del resto de edificios de la ciudad.

El doctor Zúñiga acababa de poner en antecedentes a Pelayo de lo relatado por el arzobispo acerca del robo del Santo Cáliz. Aquel contratiempo no iba a demorar su embarque hacia Venecia, pero tampoco podía hacer ver que no le importaba. Es más, le parecía un asunto de gravedad. Investigaciones de menor importancia le habían robado más tiempo en otras ocasiones. De ahí que accediera a acercarse al lugar del delito; eso sí, a lomo de las yeguas para poder regresar a su discreción en cuanto le fuera posible.

El antiguo foro romano mantenía el bullicio de épocas pretéritas. Gentes de toda clase y condición deambulaban de un lado para otro, mezclándose entre carros cargados de hortalizas, naranjas y chufas. Los visitantes dejaron a un lado la basílica de Nuestra Señora de los Desamparados para pasar por delante de una tribuna de tres pisos con arcadas abiertas desde la que los clérigos presenciaban tanto las procesiones como las ejecuciones públicas. Al vizconde no le costó distinguir la figura del padre Tosca junto a la puerta de los Apóstoles, donde cada jueves se reunía el tribunal de justicia más antiguo de Europa.

—Os agradezco que hayáis venido —saludó el sacerdote, después de que el doctor Zúñiga se apeara del caballo y dejara las riendas a Pelayo.

—No me cabía otra alternativa, padre. Sois consciente de que poco puedo

hacer. Aunque en honor a la verdad, me agrada estar un rato a solas con vuestra merced. Relatadme lo que ha ocurrido.

—Si entráis conmigo en la catedral, os puedo contar lo que se sabe.

—Adelante, padre.

Los dos hombres cruzaron el templo, tras detenerse un instante en la pila de agua bendita para persignarse, mientras don Fernando elevaba la vista para contemplar las bellísimas tracerías del cimborrio por el que se colaba una deliciosa luz que más que mediterránea parecía celestial. El sacerdote empujó el portón por el que se entraba en la sacristía, una gran sala de planta cuadrada rematada con una bóveda octagonal, decorada con sobriedad. Allí los esperaba un tipo regordete, de aspecto afable, que los miró con los ojos enrojecidos.

—Don Fernando de Zúñiga, le presento al sacristán don Antonio Cera.

El vizconde pensó en comentar que el apellido resultaba muy apropiado para el trabajo que desempeñaba pero consideró que aquel hombre no andaba para bromas.

—Encantado —se limitó a decir.

—Lo mismo digo, vuestra merced —respondió el sacristán, con voz trémula.

—Mirad —dijo el padre Tosca, señalando hacia arriba.

A una distancia considerable del suelo, en el muro oeste, se podía ver una pequeña puerta imbuida en la piedra de la pared a la que era imposible acceder sin una cuerda o una larga escalera de mano como la que estaba tumbada en el suelo.

—¿Es ahí donde se guardan las reliquias? —quiso saber don Fernando.

—Al menos las más valiosas. Don Antonio se la encontró entreabierta esta mañana.

—Me di cuenta enseguida de que algo pasaba —comentó el sacristán.

—¿Y subió? —preguntó el doctor Zúñiga—. Supongo que esta escalera no suele estar aquí.

—No hay escaleras en la catedral, para evitar precisamente que sucediera algo así. Fui a por ella al palacio arzobispal. Su Ilustrísima subió conmigo —aclaró el acólito—. Abrimos todos los relicarios, pero solo uno se hallaba vacío.

—¿Podemos verlo? —se interesó don Fernando.

—Por supuesto —respondió el padre Tosca, mientras don Antonio colocaba la escalera y encendía dos candiles para los visitantes.

Con cuidado de asentar bien los pies en cada uno de los veinte peldaños de madera, el padre Tosca y el doctor Zúñiga se adentraron en la pequeña capilla donde, entre sombras, pudieron observar unas pinturas murales que representaban algunas escenas de la pasión de Cristo, las cuales rodeaban un pequeño nicho que albergaba un caja con brocados de plata.

—Así que el cáliz estaba en ese relicario —conjeturó el vizconde.

—No, don Fernando. Este guarda una de las espinas de la corona de Nuestro Señor Jesucristo. Miradla —aclaró el padre Tosca, abriendo el cofre—. El cáliz se hallaba en ese otro —dijo, iluminando con su candil un pequeño estuche pomposamente ornamentado que se encontraba junto a otros similares en los estantes de una pared contigua.

—¿Y no falta nada más?

—Creemos que nada más en toda la catedral.

Después de unos instantes de silencio que los dos hombres usaron más para reflexionar que para escrutar, decidieron descender. Una vez abajo, el doctor Zúñiga escudriñó de nuevo a su alrededor, intentando comprender.

—El ladrón debió de pasar la noche escondido en el templo. Yo mismo me aseguré anoche de que todas las puertas quedasen cerradas. Pero tenía que haberme cerciorado de que no quedara nadie dentro —se lamentó el sacristán.

—Suponemos que utilizó uno de los bancos corridos para trepar hasta el *reconditorio*, al que se coló tras forzar la cerradura. Luego volvió a dejarlo en su sitio —elucubró el padre Tosca—. Tiene que tratarse de un hombre fuerte y ágil.

—Está muy alto. Es probable que incluso usara dos —pensó en voz alta don Fernando—. Y tuvo que abandonar la catedral de madrugada.

—Cuando vine esta mañana, casi seguro que aún estaba dentro —comentó don Antonio—. Aprovecharía para huir después de que yo llegara a la sacristía.

—¿Entrasteis por la puerta de la Almoína?

—No. Hay una pequeña entrada por la calle de la Barchilla.

—Ya. Entiendo que es mucho más discreta y, por tanto, más accesible para

cualquiera que entre y salga de la catedral —conjeturó el vizconde en un tono que procuraba disimular su arrogancia.

—Me cuesta admitir que un cristiano pueda cometer tamaño sacrilegio —apuntó el padre Tosca, apartando suavemente con el brazo a don Fernando para alejarse de los oídos del sacristán—. Además, soy de los que creen más en las señales que en las casualidades. Todo indica que el ladrón huyó por el lugar donde se hallaba el mihrab de la vieja mezquita.

—Pensáis, por tanto, en un musulmán.

—Que quiera usar el cáliz con aviesas intenciones.

—Es muy posible que tengáis razón. Vuestra intuición está a la altura de los comentarios elogiosos que de vuestra persona circulan por la universidad de Salamanca. Espero que pronto plasméis en libros vuestros conocimientos.

—Soy un mero aprendiz de científico, doctor. Todavía tengo mucho que estudiar antes de acometer empresas mayores, pero no os niego que me apena el escaso interés de los reinos españoles por la ciencia.

—Siempre más ocupados en las batallas que en las matemáticas o en la astronomía.

—No digamos ya en la filosofía —dijo el sacerdote, en un tono entre jocoso y resentido—. No es de extrañar que nuestro pueblo esté más gobernado por la superstición que por la razón. De buena gana os acompañaría a Venecia. En unos días, algunas de las mentes más preclaras de Europa se congregarán en la Biblioteca Marciana.

—¿Una reunión de científicos? —la pregunta retórica del doctor Zúñiga denotó admiración.

—Más bien de sabios. Un acontecimiento único. Lástima que Juan Caramuel, el único español que podría estar a la altura, falleciera hace dos años.

—Con lo cual no tendremos representación.

—A menos que vuestra merced pueda acudir. Sois uno de los profesores más refutados de la universidad.

—Os digo que estoy lejos de realizar ninguna aportación interesante. Además, me ocuparán otros asuntos.

—Estoy convencido de que cumpliréis con vuestro cometido.

—Y yo de que vuestras pesquisas aquí obtendrán resultado. ¿Qué os

parece si echamos un vistazo a los confesionarios? —preguntó el vizconde.

—No perdemos nada con ello, don Fernando —respondió su interlocutor, iniciando el recorrido ante la mirada lejana del sacristán.

Candil en mano, fueron asomándose a cada uno de los habitáculos hasta que llegaron a la capilla de la Santísima Trinidad. En ese momento, *el Micalet*, la descomunal campana que daba su nombre a la torre de la catedral, comenzó a tañer con una majestuosidad ante la que no cabía más que contener la respiración.

—Las once —dijo el vizconde, mirando hacia la portada angular que conducía al Miguelete.

—Lamento que haya contribuido a entreteneros —se disculpó el padre Tosca.

—Estamos dentro del horario previsto. Y, desde luego, no tengo la impresión de estar perdiendo el tiempo —respondió don Fernando—. ¿El torrero o el campanero tienen llaves de la catedral?

—No, doctor. Solo el sacristán dispone de ellas. Se trata de personas de confianza, pertenecientes a buenas familias cristianas. Y don Antonio les franquea el paso en persona.

—He visto que hay andamios en lo alto del Miguelete. Tendrá que haber trasiego de obreros.

—Así es. Se está sustituyendo la vieja estructura de madera que sostiene *el Micalet* por una espadaña. No obstante, creedme que se cuida la selección de los albañiles, los cuales tienen muy restringidos sus movimientos. Además, ayer no trabajaron por ser día de precepto.

—Bueno, echemos un vistazo al último confesionario.

Como en los anteriores, ante la maltrecha vista de don Fernando, fue el padre Tosca quien trató de encontrar algún indicio de anormalidad. Sin embargo, esta vez hubo suerte. Sobre el asiento de madera, el sacerdote descubrió unos restos de polvo grueso.

—¡Mirad!

El doctor Zúñiga se caló los anteojos para contemplar el hallazgo.

—Rapé. Supongo que ningún cura se dedicará a aspirar tabaco después de repartir absoluciones.

—Aquí debió de pasar la noche —dijo el sacerdote mientras seguían la luz

del candil, agudizando los sentidos, por lo que ambos pudieron contemplar un pequeño objeto en uno de los rincones del suelo.

Se trataba de una bolsita de tela encerada al estilo de las que llevaban los moriscos con el fin de curar enfermedades, prevenir hipotéticas situaciones de peligro o, simplemente, para exhibirlas como símbolo de su fe. El vizconde las conocía bien desde los tiempos en que había colaborado con el Santo Oficio, ya que este se encargaba de procesar a quienes se descubrían con estas *herçes*.

—Siguen quedando moros infiltrados entre nosotros —aseveró don Fernando, tras recoger la taleguita.

Su interior albergaba dos papeles escritos en árabe y una moneda grabada con un escorpión sobre una cruz doble.

—Fragmentos del Corán y un amuleto —resumió el padre Tosca.

—¿Podéis saber lo que dicen?

—«Matadlos hasta que la idolatría no exista y esté en su lugar la religión de Alá» —tradujo el sacerdote, con semblante serio.

—Vaya. Eso no suena muy tranquilizador. A ver el otro.

—«No hay ciudad a la que nosotros no aniquilemos o atormentemos con terrible tormento antes del día de la resurrección». ¿Qué opináis? —quiso saber el padre Tosca.

—Que quien fuera lo dejó ahí con intención, aunque la verdad es que no sé con qué propósito.

—¿Un loco o un conjurador?

—A saber, padre, a saber. Posiblemente, las dos cosas. En cualquier caso, no tenéis pinta de ser supersticioso —respondió el doctor Zúñiga, esbozando una sonrisa.

—No lo soy, don Fernando. Sin embargo, el pueblo sí lo es. Bien sabéis que esto no puede trascender.

—No por mi parte. Lo que lamento es tener que irme ya. Estoy seguro de que daréis con el ladrón.

—No resultará fácil sin vuestra ayuda.

—Volveré en unas semanas. Tenéis mi palabra de que si a mi regreso aún no habéis recuperado el Santo Cáliz, me quedaré unos días en la ciudad —prometió el vizconde en un vano intento de tranquilizar su conciencia.

—Podéis encontrarme en el convento de San Felipe Neri —contestó el sacerdote—. Será un placer departir más tiempo con vuestra merced.

—Os deseo mucha suerte, padre.

—Lo mismo os digo. Hacéis honor a la fama que os precede.

—*Famus est periculosum.*

—Estoy de acuerdo, don Fernando. La fama es peligrosa; aunque los hombres famosos tienen por sepulcro la tierra eterna —replicó el valenciano, citando a Pericles.

En ese momento, ambos tuvieron la sensación de que comenzaba una amistad que perduraría a lo largo de sus vidas.

5

Pelayo observaba perplejo desde lejos el puesto de venta de esclavos que se acababa de instalar delante de la Real Capilla dedicada a la Virgen de los Desamparados, lo cual no dejaba de ser un cruel contrasentido. Hasta el muchacho llegaban los olores de especias, pescado y hortalizas frescas mezclados con los que desprendían los cerdos, gallinas y el resto de animales repartidos por la plaza de la Seo. Los mercaderes ofrecían a gritos sus productos entre la muchedumbre que se amontaba curiosa delante de un corredor portugués que traficaba con mercancía humana.

No era la primera vez que Pelayo presenciaba algo similar. En su recuerdo, permanecían los ojos asustados, inyectados en sangre, de dos mulatos robustos vendidos en subasta pública en la lonja de Sevilla quince meses atrás. Sin embargo ahora veía a tres hembras de tez blanca junto a media docena de negros con los tobillos y las muñecas amarrados con grilletes. Desde la distancia no podía distinguir el rostro de las mujeres, pero le dio la sensación de que una de ellas parecía sensiblemente más joven que las otras dos. Llegó envuelta en una almalafa blanca de lienzo que le cubría desde la cabeza a los pies, si bien el corredor no tardó en asentársela sobre los hombros dejando al descubierto su melena rubia con el fin de hacerla más atractiva a los posibles compradores.

De buena gana, Pelayo hubiera dejado a las yeguas atadas en el palenque para contemplar más de cerca a la joven y cerciorarse de si resultaba tan bella como intuía. Aunque lo que más le preocupaba era comprobar si en su rostro estaban grabadas con hierro candente las marcas de la infamia con que se solía identificar a aquellos desgraciados: la S y el clavo, de esclavo.

La voz lusa del tratante vociferaba las bondades y el precio de cada una de

las piezas que exhibía. Algunos hombres se aproximaban de vez en cuando a examinar la musculatura y la dentadura de los negros mientras miraban de reojo a las tres moras. Uno incluso se atrevió a acariciar la tez de la joven, que apartó la cara bruscamente ante las risas de la concurrencia.

Tras los consabidos regateos, fue vendiéndose la mercancía. Primero, las dos mujeres mayores en algo menos de ocho mil maravedíes y, poco después, los hombres por los que se pagaron en torno a los trescientos cincuenta reales cada uno. Al cabo de media hora, solo quedaba en el puesto la esclava más joven. En parte, porque el corredor solicitaba por ella un precio demasiado elevado, en parte porque tenía aspecto de díscola.

—¡No puedo creerlo! —vociferó el corredor—. ¿Nadie va a quedarse con Águeda? ¡Una virgencita de quince años! Es bonita, aseada, lava, cocina y ¡toca el violín! ¡Si hasta sabe leer! ¿Cómo no va a valer quinientos reales de plata? ¡Nadie podría encontrar una concubina mejor!

Los últimos elogios terminaron por convencer al sujeto que la había acariciado. Al fin y al cabo, una muchacha en período de procrear nuevos esclavos podía ser un buen negocio en el futuro. Hasta que el tratante no se agachó para liberarle los grilletes de los tobillos, Pelayo no desveló la duda sobre su encadenamiento.

Aprovechando el momento en que comprador y vendedor se intercambiaban el dinero y la escritura de propiedad, la muchacha arrancó a correr en dirección al templo justo en el instante en que el doctor Zúñiga y el padre Tosca salían a la calle. Sin embargo, el traficante reaccionó enseguida. Y si no le dio alcance allí mismo fue porque se tropezó con un hombre de mediana edad con un parche en el ojo.

—Lo siento. No os he visto —se excusó el tuerto.

—¡Es una esclava! ¡Se escapa! —exclamó el portugués, reanudando la persecución.

Pelayo no consiguió fijarse en el rostro de la muchacha más que un par de segundos, ya que su atención estaba puesta en saber si el traficante la atraparía. Al pasar junto a él, el joven le zancadilleó sutilmente y el orondo cuerpo del corredor cayó de bruces, desparramándose por el suelo parte del dinero de sus transacciones, lo que aprovechó la esclava para desaparecer por una de las callejuelas adyacentes.

—¿Qué cojones haces? ¿Te has vuelto loco? —gritó el traficante, con su mano enganchada al cuello de Pelayo, fuera de sí, tras recoger con presteza las monedas.

El muchacho, desconcertado, no pudo sino girar la mirada a su alrededor esperando algún tipo de auxilio. El doctor Zúñiga, que acababa de presenciar la escena, se acercó con aparente parsimonia.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, con voz calmada.

—¿Que qué ha ocurrido? ¡Que este gilipollas ha ayudado a escapar a una esclava!

—Lo he observado todo. Y me atrevería a decir que ha sido un desgraciado accidente.

—¿Estáis de broma? ¡Pero si lo ha visto todo el mundo! —bramó el portugués, respaldado por el murmullo general de los testigos que se agolpaban a su alrededor.

—No suelo bromear y menos si mi asistente tiene dificultades para respirar. ¿Podéis hacer el favor de soltarle? Seguro que llegamos a un acuerdo.

Las últimas palabras del vizconde parecieron calmar un poco al corredor, que quitó la mano del cuello de Pelayo para agarrarle del brazo.

—Así que es vuestro asistente. Pues tendréis que responder ante el baile de Valencia. Habéis de saber que quien libera a un esclavo ha de pagar con dinero o con su propia persona. Pero por este enclenque no me van a dar ni la mitad que por la morisca.

—Lo sé. No os aflijáis. Aunque también es cierto que el muchacho no ha liberado a ninguna esclava. Simplemente habéis tropezado. Además, vuestra merced es responsable ante el comprador de la fuga de la esclava. Está prohibido poner a la venta a una joven huidiza.

—¿Quién iba a saber que quería escaparse? —protestó el portugués ante la mirada expectante del hombre que acababa de adquirir la esclava y que ahora no tenía más que el título de propiedad en la mano.

—Sueno raro que alguien quiera vender tan buena esclava, si no tiene ningún defecto. Apostaría a que no es la primera vez que intenta marcharse. No me digáis que no habéis tenido que traerla encadenada. ¿Quién era su dueño? —intervino el padre Tosca.

—No creo que sea de vuestra incumbencia —respondió el tratante, escupiendo su desprecio—. Ya tiene uno nuevo.

—No, no lo tiene. Sabéis que la ley le ampara. ¿Vuestra merced quiere una esclava que está dispuesta a fugarse a la más mínima ocasión? —le preguntó el sacerdote al comprador.

—No, padre. De ninguna manera.

—Ya lo veis —le dijo el vizconde al tratante—. Vais a tener que devolverle el dinero que pagó por ella. Pero para que veáis que soy generoso y no me gustan los conflictos, os ofrezco quince escudos de oro y me quedo con el título de la esclava.

—¿Quince? Eso es la mitad de lo que vale.

—No, amigo. Ya no vale nada porque a saber si vais a poder encontrarla. Además, os estoy pagando en oro.

El traficante se rascó la cabeza, como si ello le facilitara el cálculo mental que realizaba.

—Veinte.

—Dieciocho.

—Vuestra es.

—¿Veis como hemos llegado a un acuerdo? No merece la pena sulfurarse —sentenció el doctor Zúñiga, sacando las monedas de su faltriquera.

Y mientras a las puertas de la catedral se cerraba el contrato entre las partes implicadas, la joven morisca corría aterrorizada al amparo de las calles menos transitadas hacia las murallas de la ciudad, seguida muy de cerca por el hombre del parche en el ojo.

6

Tumbado en su hamaca de la cubierta inferior del galeón Nuestra Señora del Rosario, Pelayo reflexionaba sobre la actitud de don Fernando de Zúñiga tras el percance de la esclava antes de embarcar. Le inquietaba que el vizconde no se lo reprochara pero que tampoco le hubiese realizado el más mínimo comentario al respecto, ni siquiera cuando estuvieron comiendo a solas en la posada que se encontraron de forma casual en la alameda de chopos que conducía al puerto. Quizás la culpa la tuviera la jarra de vino con que acompañaron a un arroz guisado sobre un fuego de leña por Pasqualet, un joven cocinero de El Palmar, en una sartén de dos asas a la que llamaban paella.

—Hacía tiempo que no comía algo tan exquisito —repetía el vizconde, en tanto daba cuenta del *socarrat*, el arroz tostado adherido al fondo del recipiente.

Y eso que conocía por boca de Pasqualet que además de arroz, agua, aceite, tomates, judías verdes, *garrofó*, sal, azafrán y pollo, ese guiso llevaba rata de marjal, un roedor que se alimentaba de gramíneas y anguilas de la Albufera.

El zamorano necesitaba conocer la opinión de don Fernando, al que notaba más hermético de lo habitual, sobre aquella zancadilla de la que no sabía si debía estar arrepentido o satisfecho. Tres días de una travesía sin incidentes ni responsabilidades, navegando a más de ocho nudos, daban para darle demasiadas vueltas a la cabeza. Y mientras el vizconde se alojaba en la cámara principal con el capitán, Pelayo pernoctaba sobre el techo de la bodega, en un pañol reservado a los grumetes y a los pajes, todos ellos más jóvenes que él. Por eso, especulaba con que aquel era el modo sibilino que

tenía el doctor Zúñiga de hacerle ver su chiquillada. A su mente también acudían los buenos momentos vividos con su difunta madre y con su amada Leonor, esos recuerdos paradójicos de efímera felicidad que se tornan en melancolía. Noche tras noche, le costaba conciliar el sueño casi tanto como al paje que ocupaba la hamaca contigua, a quien el cansancio le avivaba el insomnio. Los destellos de la fogata encendida para combatir el frío apenas le permitían distinguir el rostro del paje, cubierto con la capucha de su capotillo de paño burdo. Sin embargo, entre la penumbra, le daba la sensación de que este mantenía los ojos siempre abiertos. No fue hasta la tercera madrugada cuando el mozalbete se animó a iniciar una conversación.

—¿No podéis dormir? —le susurró, con voz aflautada, embozado en su manta.

—Es que prefiero una cama firme.

—Al menos, estamos teniendo suerte. No nos ha pillado ninguna tormenta.

—Esperemos que la Madre de Dios nos lleve a buen puerto. Es mi primera travesía.

—Tenemos un buen capitán y un magnífico timonel —respondió el paje, sin confesarle que él solo albergaba vagos recuerdos de su único viaje anterior—. No habéis de temer.

—Estaré más tranquilo después de pisar tierra, aunque sea veneciana.

—Me llamo David. ¿Y vos?

—Pelayo.

—Los muchachos rumorean que tuvisteis un tropiezo en Valencia con un corredor de esclavos.

—¿Eso cuchichean? ¿No tienen nada más en qué entretenerse?

—La vida en altamar es aburrida. ¿Es cierto?

—Fue fortuito.

—¡Oh! Vaya... —dijo el paje, denotando desilusión.

—¿Qué os pasa?

—Que me hubiera gustado escucharos decir que gracias a vos escapó la esclava.

—¿Cómo sabéis lo que ocurrió?

—El revuelo fue grande. Esas noticias corren a toda velocidad —respondió el paje en un tono que a Pelayo, sin saber muy bien por qué, le

inspiraba confianza.

—La verdad es que ayudé a que la muchacha escapara —reconoció, dejándose llevar por la adulación.

El paje guardó silencio unos instantes.

—Os honra. No debería existir la esclavitud.

—Sois muy niño para saber ciertas cosas.

—No tanto. Ya tengo quince años. Aunque soy demasiado enclenque para ser grumete y tengo que conformarme con limpiar. Ya creceré.

—Sí... es cierto que no sois tan joven —dijo Pelayo, antes de bostezar—. Vamos a intentar dormir un poco.

—Claro. Hasta mañana —contestó el paje, con ojos sonrientes.

—Si Dios quiere.

Esos minutos de conversación antes de conciliar el sueño se convirtieron en una especie de rutina durante las noches siguientes. En la última, a punto de acariciar la costa veneciana, quizás por aquello de la despedida o por la necesidad de Pelayo de aliviar su congoja, incluso aparecieron las confidencias.

—¿Os habéis enamorado alguna vez? —quiso saber el joven zamorano.

—No lo sé. ¿Cómo sabe alguien si lo está?

—Puedo recitarte a Lope.

—¿Lope?

—Lope de Vega. Un poeta que murió hace casi medio siglo.

—No le conozco —confesó el paje, avergonzado.

—¿Queréis escucharlo?

—¡Claro!

—«Desmayarse, atreverse, estar furioso,
áspero, tierno, liberal, esquivo,
alentado, mortal, difunto, vivo
leal, traidor, cobarde y animoso;
no hallar fuera del bien centro y reposo,
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,
enojado, valiente, fugitivo,
satisfecho, ofendido, receloso;
huir el rostro al claro desengaño,

beber veneno por licor suave,
olvidar el provecho, amar el daño;
creer que un cielo en un infierno cabe,
dar la vida y el alma a un desengaño;
esto es amor, quien lo probó lo sabe».

—«Crear que un cielo en un infierno cabe». Es... —el paje suspiró,
tratando de medir sus palabras—. Vos sí que estáis enamorado. ¿Verdad?

—Locamente. Mas mi amor es imposible.

—¿Ella no os corresponde?

—Lo peor es que creo que sí. Pero está recluida en un convento. A veces
pienso que sería mejor un desengaño que enfrentarse a la tortura de un amor
sin caricias.

—Decís unas cosas preciosas —dijo el paje, con un nudo en la garganta.
No en vano comenzaba a sentir los síntomas del poema que acababa de
escuchar embelesado.

—Son palabras dictadas por el amor, amigo. Por el jodido amor.

La niebla de invierno difuminaba la estampa de una ciudad nacida de las aguas. La famosa *nebbia* veneciana borraba no solo los reflejos sino los propios edificios, dotando al lugar de una intemporalidad sobrecogedora. Asomados a la proa del galeón, los orificios nasales de don Fernando y de Pelayo recibieron el azote de las algas heladas de la laguna. A medida que se acercaban a la orilla, esa silueta dibujada por las cúpulas de las iglesias y las chimeneas de los tejados se mostraba más insinuante, pero no por ello menos enigmática.

Para cuando aquella urbe anfibia quiso perfilarse, la vista de cuantos la contemplaban por primera vez se encontraba tan embriagada que apenas podía asimilar las formas y colores que iban asentándose en el paisaje. No fue el sol sino un grumete con su campana quien cantó las doce del mediodía antes de dar las gracias al cielo por arribar sin contratiempos.

—Una oración por la Madre de Dios, abogada nuestra, que nos ha librado de piratas y de tormentas. ¡Ah de proa! ¡Alerta y vigilante! —repitió el soniquete que acompañaba a la marinería durante todos sus viajes.

Poco a poco, el aglomerado de mástiles que se adivinaba desde lejos fue desenmarañándose hasta que a don Fernando le resultó posible identificar las embarcaciones varadas en el puerto más majestuoso de cuantos conocía. Aun así, hubiera preferido viajar con las herraduras de sus caballos atronando en el suelo. Sin ni siquiera pisar tierra firme, ya echaba de menos a sus yeguas, las cuales habían tenido que quedarse en Valencia. Con la mirada clavada en el agua, el doctor Zúñiga presagió que su estancia en Venecia se prolongaría más de lo deseado. Ni el trajín de los preparativos del desembarque, ni el graznido de las gaviotas que volaban en rasante consiguieron sacarle de esa

clase de ensimismamientos que le colocaban al borde del trance.

Sus ojos miraron sin ver cómo las sogas del galeón se amarraban a la orilla en tanto sus oídos comenzaban a identificar las voces que hasta hacía un instante componían un murmullo monocorde con las olas engendradas por el galeón. Al apartarse la capa para comprobar de modo casi reflejo que las dos cartas seguían bajo su jubón, sintió la punzada de ese frío húmedo que se introduce en el alma como un parásito en busca de calor ajeno.

Pronto comenzó el trasiego de hombres descendiendo por la rampa del barco al amparo de las órdenes del contraamaestre. Después de siete días en altamar, a pesar de hallarse en tierra extraña, sus rostros denotaban un semblante menos tenso, más risueño.

Cuando no quedaban en el barco más que el capitán, don Fernando y su asistente, subió a cubierta una pequeña delegación portuaria integrada por tres hombres aparentando cortesía para disimular su interés por conocer el propósito de la llegada de aquellos dos galeones de bandera española. Tras los saludos de rigor en lengua latina, el doctor Zúñiga explicó que visitaba Venecia en misión diplomática y entregó las dos cartas con el ruego de que llegaran intactas a sus destinos: una a la residencia de la familia Malipiero y la otra al Palacio Ducal.

Mientras tanto, Pelayo comprobaba desde la distancia cómo su amigo David permanecía apartado del grupo de marineros, con el petate al hombro, junto a un barril de brea olvidado en el muelle. Sin embargo, el joven paje no era el único que estaba siendo observado. En medio del maremagno de marineros, estibadores y soldados, se encontraban algunos miembros del entramado de espionaje más eficaz de Europa tratando de averiguar los motivos del ataque de los barcos españoles. Aquella red de información cuyos orígenes se perdían en los de la propia ciudad, constituía un baluarte imprescindible a la hora de protegerse de hipotéticas agresiones extranjeras, de forma que resultaba casi quimérico que una conspiración tuviera las más mínimas posibilidades de éxito. Por otra parte, desde la famosa conjura en la que sesenta y tantos años atrás, el marqués de Bedmar y sus secuaces orquestaron una revuelta con la intención de desestabilizar la República, los españoles no es que estuvieran precisamente bien vistos. Lo que parecía indudable era que antes de que el doctor Zúñiga llegara al Palazzo Malipiero,

todas las autoridades venecianas sabrían de la existencia de aquel caballero de lóbrega figura.

Pelayo suspiró aliviado al ver los apretones de manos en cubierta a modo de acuerdo y despedida. Tenía ganas de que sus pies se olvidaran del vaivén de la última semana. Además, quería despedirse de David antes de perderle de vista, ya que aún desconocía si la tripulación permanecería unos días en la ciudad o, si por el contrario, partiría pronto. Por un momento, la idea de no volver a ver a su amigo le desasosegó, aunque no más que la creencia fugaz de que su relación con el joven paje trascendía de la mera amistad. Se preguntó si no se encontraba a las puertas de cometer un crimen nefando con el pensamiento y le aterró que el Santo Oficio pudiera siquiera llegar a sospecharlo.

Mientras el doctor Zúñiga departía ya en el muelle con el capitán, a la espera de que alguna pequeña embarcación los llevara a su alojamiento, Pelayo se acercó a David. Al mirarle a los ojos, se dio cuenta de que era la primera vez que podía verle tranquilamente con nitidez. La sonrisa del paje avivó las ganas de Pelayo de quitarle su sempiterna capucha. Sin saber muy bien por qué, sentía curiosidad por contemplar el color de su pelo. David pareció darse cuenta e incluso se cubrió un poco más la frente.

—Supongo que aquí nos despedimos —dijo Pelayo.

—Sí —respondió el paje con un hilo de voz apenas imperceptible.

—Al menos, durante un tiempo.

—Eso nunca se sabe.

—¿Los galeones se quedaran en el puerto muchos días?

—No lo sé. Yo me voy.

—¿Te vas? ¿Quieres decir que no te enrolas más?

—No. Me quedaré en Venecia.

—¿Y qué vas a hacer aquí? —quiso saber Pelayo, un poco perplejo.

—Tengo cosas que hacer. Y además... este es mi lugar.

—No te entiendo muy bien, pero supongo que tienes tus razones.

—Creo que nací aquí. Me debieron de llevar a la fuerza a Valencia cuando era... cuando era muy niña —aclaró el paje ante la mirada estupefacta de Pelayo, que no acertaba a musitar palabra; y menos al retirarse el paje con parsimonia su capucha hasta dejar todo su rostro al descubierto. Tenía una

pequeña melena rubia, trasquilada a la altura del cuello como si se la hubiese cortado con precipitación.

—Entonces... ¿eres una mujer!

Ella le sonrió mientras le acarició despacio la cara.

—Me llamo Águeda. Y soy la esclava a quien ayudaste a escapar. Os estaré eternamente agradecida —le dijo, ya sin falsear la voz.

Y sin que a Pelayo le diese tiempo a reaccionar, ella le besó muy cerca de la comisura de los labios y echó a correr entre la multitud, apretando contra su pecho el petate para sentir la dureza del Santo Cáliz, que había conseguido traer de modo clandestino desde Valencia.

Desde que un grupo de pescadores colonizaran las islas y las marismas arenosas de aquella zona lacustre ubicada en la desembocadura de los ríos Brenta y Piave a principios del siglo V para escapar de las invasiones de los bárbaros, Venecia había ido incrementando su poder hasta convertirse en una de las grandes potencias europeas. El azar tenía buena culpa de que se hubiera librado de ataques externos, pero no tanta como su peculiar situación geográfica unida al exquisito sentido de la justicia de sus gobernantes, los cuales fueron conscientes de que para mantenerse fuertes resultaba preciso erradicar cualquier atisbo de interés dividido o codicioso entre quienes la dirigían.

A lo largo de su historia, los límites de la Serenísima República de Venecia no se acababan en sus aguas periféricas sino que se habían extendido por el norte de la península itálica y por sus mares cercanos en función de su hegemonía temporal, ahora en decadencia. Y del dominio de los reinos de Creta, Chipre y Morea, el quersoneso sur de Grecia, no quedaba más que los tres mástiles desnudos en los que antaño ondeaban sus banderas frente a la basílica de San Marcos. No obstante, todavía conservaba un rosario de puertos mediterráneos en Istria, Dalmacia o Corfú y algunas colonias territoriales entre las que se encontraban Treviso, Padua, Vicenza, Verona, Brescia y Bérgamo, por lo que extendía su imperio por Occidente hasta las mismas puertas de Milán. No en vano, también se la conocía como la Dominante, un sobrenombre que a veces no se pronunciaba con admiración ya que consideraba a sus súbditos allende la laguna más despenseros que compatriotas.

Su poderío marítimo no hubiese sido tan hegemónico sin la actividad de su

Arsenal, el asombroso astillero que era capaz, merced a su exclusivo sistema de ensamblaje, de construir en un solo día un galeón o una galeaza, embarcaciones listas para surcar los mares orientales en convoyes poderosamente armados.

En realidad, la mayor parte de las batallas libradas por Venecia tenían que ver más con la defensa de su espíritu comerciante y el consecuente beneficio económico para las grandes familias de la ciudad que con un propósito real de conquista de otras plazas. Para mantener su supremacía comercial, la República prefería formalizar acuerdos a disparar cañonazos. Sin embargo, no siempre resultaba posible la paz, más barata para sus arcas, ya que la Dominante utilizaba a su antojo ese juego de alianzas en función de sus intereses, de modo que quienes un día eran sus aliados a la mañana siguiente podían pasar a ser sus adversarios. La lealtad era un lujo lejos de su alcance, ya que su diplomacia dependía de conservar el equilibrio de poder a base de enfrentar entre sí a sus enemigos, ávidos de saldar deudas pendientes. Otomanos, casi todos los reinos católicos e incluso el propio papado se alternaban en sus disputas contra la Serenísima, la cual mostraba síntomas del cansancio acumulado en los últimos siglos.

Lejos quedaban los tiempos en los que el papa desde su sede de Avignon promovía una cruzada contra Venecia y excomulgaba a todos los súbditos del dogo por reivindicar sus derechos sobre la ciudad de Ferrara, a los que solo renunciaría por culpa de la peste y de la victoria de las tropas pontificias en su asedio sobre la fortaleza ferrarana. Desde entonces, los conflictos entre el papado y Venecia no habían dejado de sucederse, si bien solían tener más naturaleza terrenal que espiritual. No obstante, ahora el papa Inocencio XI la requería para que se integrara en una nueva liga santa, esta vez para expulsar definitivamente a los turcos de Europa.

A pesar de que Venecia no conservaba el poder de un antaño reciente en que se medía de igual a igual con potencias de la talla de Francia o Inglaterra, las iglesias y palacios erigidos en las épocas de máximo esplendor contribuían a la belleza singular de la ciudad. Don Fernando de Zúñiga y Pelayo contemplaban absortos, desde la embarcación en forma de media luna que los llevaba a su alojamiento, el colorido y la configuración caprichosa de su peculiar arquitectura gótica aderezada de elementos bizantinos. Su ojos apenas

habían podido detenerse en cada una de las edificaciones de la anegada plaza de San Marcos cuando ya tenían que fijarse en el impresionante andamiaje que cubría la futura basílica de Santa Maria della Salute, que se estaba construyendo en honor de la Virgen para que protegiera a la ciudad de epidemias mortales, como la peste que en 1630 acabó con la vida de la tercera parte de los casi ciento cincuenta mil venecianos que entonces la habitaban; una mortalidad igual de devastadora que la anterior plaga de 1576.

Los visitantes no fueron conscientes del verdadero embrujo de la urbe hasta adentrarse en el Gran Canal que la recorría dibujando una enorme ese en cuyas orillas se asentaban los palacios de las principales familias venecianas, erigidos sobre un bosque sumergido de postes de alerce y abedul clavados en las entrañas de la arcilla limosa de la laguna. Durante aquel trayecto en góndola, bajo una fina lluvia que calaba el alma, la mirada del doctor Zúñiga acariciaba los edificios igual que las yemas de los dedos que descubren por primera vez los hombros desnudos de la mujer amada, derramando ternura y deseo. En esas calles de agua, la belleza de la arquitectura superaba a cualquier otra manifestación del arte. Su innegable hermosura, su dignidad formal y su unidad estilística hacían de Venecia un lugar fascinante.

El Palazzo Malipiero era un claro ejemplo de cómo los edificios venecianos sabían envejecer con dignidad, quizás buscando la benevolencia de las aguas del canal a la hora de devolverles el reflejo. Se asemejaba a sus congéneres en el diseño de sus dos plantas principales, la más antigua de estilo bizantino y la superior de un gótico respetuoso con su vecina de abajo. Su peculiaridad radicaba en el acceso independiente a ambos pisos, ya que cada uno de ellos contaba con su propia entrada, su escalera y su puerta de agua. Por una de ellas cruzó la góndola que transportaba a don Fernando de Zúñiga ante los ojos curiosos de un muchacho que los observaba desde arriba y de dos hombres enmascarados que los seguían a cierta distancia en un *bragozzo*, una pequeña embarcación de pescadores a remo con las velas al tercio.

El muchacho resultó ser un apuesto hijo del dueño del *palazzo*, de la misma edad que Pelayo, que los recibió con una sonrisa franca en el salón de la planta principal. Vestía de forma refinada, con un conjunto de tres piezas, a la nueva moda francesa: de chaleco, pantalones por las rodillas y chaqueta con

mangas que morían en el codo para mostrar los encajes de la camisa. Calzaba zapatos de punta truncada y se adornaba la cintura con un fajín de seda a juego con sus medias azules y con una espada corta envainada más como accesorio que como arma de defensa. Su atuendo combinaba con la decoración recargada de la estancia en la que los ropajes sobrios de don Fernando y Pelayo se hallaban fuera de lugar.

—Soy Alvise Malipiero. Pero podéis llamarme Gasparo para no confundirme con mi padre quien se encuentra estos días lejos de Venecia. Así que vuestra merced es don Fernando de Zúñiga —se presentó, estrechándole la mano, en un castellano bastante aceptable.

—Corren pronto las noticias en esta ciudad —sonrió el vizconde—. Me acompaña Pelayo, mi asistente.

—Nos gusta estar informados —respondió Gasparo, sin abandonar su sonrisa, al tiempo que saludaba a Pelayo con una sutil reverencia con la cabeza en la que llevaba una peluca larga, negra y rizada—. Aunque la verdad es que acaban de entregarme la carta de nuestro embajador en Madrid.

—Queremos agradeceros vuestra hospitalidad.

—Los amigos de nuestros amigos son siempre alegremente recibidos. ¿Cómo le va por España al bueno de Sebastiano?

—Está recién llegado. Confío en que se adapte bien, porque a la vista de lo que llevo contemplado hasta ahora, nuestros modos de vida son muy diferentes.

—España tiene mejor clima. Tengo entendido que se come muy bien y que vuestras damas son tan bellas como las nuestras. Su estancia le resultará grata. Al igual que espero que sea la vuestra aquí. No sé el tiempo que tenéis previsto quedaros en Venecia, pero podéis residir en nuestra casa hasta vuestro regreso.

—Sois muy amable —respondió don Fernando.

—Ya he encargado que os preparen dos habitaciones con vistas al canal. Son más húmedas; sin embargo, a los viajeros siempre les agrada asomarse a la ventana. ¿Os espero esta noche para cenar?

—No os preocupéis. Tenemos cosas que hacer antes de que anochezca y no quisiéramos importunaros con nuestra presencia más que lo debido.

—Como queráis. Estáis en vuestra casa. Supongo que tenéis intención de

acercaros al Palacio Ducal.

—¿Cómo lo sabéis?

—El espionaje veneciano es legendario. Nadie llega sin que se sepa qué propósitos tiene. Además no tenéis aspecto de venir a Venecia a disfrutar de nuestros carnavales. Y eso que comenzamos a recibir viajeros de toda Europa en busca de diversión. Así que si vuestra misión es diplomática, vuestro destino no puede ser otro.

—La verdad es que estamos aguardando la autorización. Nos urge hablar con el dogo.

—Os advierto que os será complicado entrevistaros con él. Su salud es muy delicada y apenas abandona sus aposentos. Al parecer, sus días están contados.

—Lo lamento con sinceridad —se limitó a contestar don Fernando, disimulando a duras penas su desencanto.

Después de que sus huéspedes salieran del salón para dejar sus petates en sus aposentos, Alvise Gasparo Malipiero sonrió para sí, consciente de la buena impresión causada. Si bien era cierto que las arcas de su familia no rebosaban, los medios para alcanzar una importante posición política pasaban por relacionarse de forma amistosa con los diplomáticos extranjeros que llegaban a la ciudad. De ahí que su familia ofreciese su *palazzo* para estas estancias temporales, no solo por mostrarse hospitalaria sino principalmente por vigilar las idas y venidas de sus visitantes y, a ser posible, conocer sus intenciones. Por fortuna, estos desconocían la existencia en los alrededores de dos teatros populares, recién inaugurados, lo que había convertido el contorno en un foco licencioso, en el que el propio Gasparo disfrutaba sobremanera por culpa de su afición a las faldas.

Cuando don Fernando de Zúñiga abrió la ventana de su alcoba, la noche penetró en sus entrañas.

9

Con el tiempo, los venecianos fueron cambiando los caballos por pequeñas embarcaciones para desplazarse por una ciudad que sangraba una insólita mezcla de agua dulce y salada por cada uno de sus casi doscientos ríos y canales. Poseer una góndola investía prestigio por lo que raro era el patricio que no contaba con la suya propia; máxime cuando, tras varios siglos de evolución, en los últimos años se había conseguido dar con un modelo sinuoso en forma de media luna que mejoraba su velocidad y su maniobrabilidad con un solo remo, al que los venecianos llamaban *fórcola*.

Tomasso, el gondolero de la familia Malipiero, resultó ser un tipo enjuto, fibroso, de tez morena que canturreaba madrigales de Monteverdi con un virtuosismo propio de un cantante de ópera. Entre melodía y melodía, hablaba atropelladamente en véneto, el idioma vernáculo de la laguna, por lo que ni siquiera don Fernando se veía incapaz de entenderle ya que su lenguaje poco tenía que ver con el dialecto toscano en el que Dante, Boccaccio y Maquiavelo escribieron algunas de las obras que descansaban en la biblioteca secreta del doctor Zúñiga. Dado que no recibía respuesta, a ratos Tomasso se esforzaba en pronunciar alguna palabra suelta en busca del asentimiento con la cabeza, más cortés que sincero, de don Fernando o de Pelayo.

—*Laguna!* —vociferó el gondolero a los dos viajeros que se encontraban a cubierto de la lluvia bajo la carroza abierta de la embarcación.

—Eso lo he entendido —comentó el muchacho, con sorna—. O se dice igual que en cristiano o estoy empezando a aprender el idioma.

—Quizás sea lo primero. No olvides que la lengua véneta es igual de romance que la nuestra —aclaró un don Fernando ensimismado.

—*Dragón!* —exclamó Tomasso en la desembocadura del Gran Canal,

quitándole de golpe la guasa a Pelayo, quien del respingo se golpeó en la cabeza con el techo.

—¿Aquí hay dragones? —preguntó.

—*Un dragón!* —confirmó el gondolero, protegido del frío solo con un capote sobre un jubón de frisa—. *Necài temór. Fórcola* —aseveró, asiendo su remo como si estuviera a punto de lancear a cualquier criatura que emergiese, mientras seguía entonando *Si dolce el tormento* con toda naturalidad.

—No parece que esté bromeando —dijo el muchacho, mientras miraba con extremo recelo la superficie del agua.

—Y no bromea —contestó el doctor, esbozando una sonrisa desganada—. No seas apocado, anda. No conozco a nadie que haya visto un dragón. Seguro que se trata de alguna de las historias locales.

Más tarde, don Fernando de Zúñiga sabría por boca de la mujer que le robaría gran parte de sus pensamientos que efectivamente existía la creencia entre los habitantes de la laguna de que un dragón moraba en lo más profundo de ella, pero que no se atrevía a asomarse a la superficie porque confundía el remo de los gondoleros con la lanza de san Jorge, aunque cuando se enfadaba su soplido envolvía de niebla la ciudad.

La historia y la orografía de Venecia, a cual más peculiar, habían contribuido a crear el clima de leyendas y supersticiones que penetraban en las entrañas de los venecianos, impregnadas en la humedad de la laguna hasta formar parte de su ser.

Cualquier fenómeno extraño, cualquier capricho de la Naturaleza se interpretaba como un augurio si no como un castigo de Dios. En aquellos días de enero, las mareas altas se prodigaban más de lo habitual provocando pequeñas inundaciones en la ciudad por culpa del siroco. Y si bien no resultaban preocupantes por su extensión, ya que las aguas apenas cubrían los alrededores del Palacio Ducal, sí lo eran en cuanto a su asidua frecuencia. En el momento en que la góndola de la familia Malipiero atracaba en el muelle de la Riva degli Schiavonni las aguas regresaban a la laguna para mostrar el pavimento de ladrillos en espiga de la plaza de San Marcos, por lo que don Fernando y Pelayo pudieron alcanzar la Porta della Carta sin necesidad de subirse a las tarimas de madera colocadas de modo estratégico para facilitar el tránsito de los caminantes.

Pelayo marchaba detrás del doctor Zúñiga, absorto en la acumulación de belleza y exuberancia que se manifestaba ante sus ojos. En tanto aguardaban a que un ujier les permitiera la entrada, la vista del muchacho driblaba las columnas del exterior del palacio para perderse atropelladamente en cualquier punto de la plaza, provocando la aceleración de su pulso. Esta sensación le acompañó al penetrar en el recinto y contemplar las arquerías, las pilastras, los frisos y los óculos del majestuoso patio, ornamentado con piedra de Istria y mármol rojo de Verona, por el que pululaban unos cortesanos ataviados de forma ostentosa. Sin embargo, don Fernando no andaba para muchos miramientos artísticos. Mientras subía la escalera de los Gigantes junto a un caballero que se presentó con el nombre de Silvestro Valier, uno de los seis consejeros del dogo, intentaba ordenar sus pensamientos como si temiese no estar a la altura de las circunstancias.

Notó que las piernas le flaqueaban a medida que pisaba cada uno de los peldaños de una majestuosa escalera que discurría bajo una bóveda decorada con estuco blanco y pan de oro. Una cristalera con vistas al Rio di Palazzo proporcionaba una luz tenue a las dos puertas del último rellano. La pequeña comitiva cruzó una de ellas, adentrándose en una de las cortes más poderosas de Europa. Tras atravesar la Sala de las Cuatro Puertas, don Fernando y Pelayo se sentaron en el banco corrido de la Sala dell'Anticollegio, la antecámara donde los embajadores y delegados foráneos aguardaban a ser recibidos por el órgano delegado del Senado que trataba de los asuntos extranjeros. Esta vez sí el doctor Zúñiga reparó en las obras de Tintoretto, el Veronés y de Alessandro Vittoria que adornaban la estancia, si bien lo que más agradeció fue que estuviera encendida la imponente chimenea de mármol blanco sostenida por las figuras de dos atlantes.

Para sorpresa de los visitantes, a los pocos minutos apareció por la misma puerta por la que acababan de entrar una pequeña comitiva de cinco personas conducida por un anciano ataviado con una túnica de lino escarlata, una capa de armiño y un *cornio* de terciopelo rojo en la cabeza. Caminaba despacio, aunque muy erguido, del brazo de uno de sus consejeros.

—Nuestro Monseñor el Dogo Alvise Contarini —anunció en latín el hombre que había llevado hasta allí a los dos españoles.

—Es un gran honor que me recibáis, Su Serenísima —dijo don Fernando

en medio de su reverencia.

—Venís de muy lejos. Y sois presentado por Sebastiano Foscarini, un hombre de nuestra máxima confianza —respondió el dogo, con voz pausada—. Si no os importa, tomaremos asiento. La estancia es acogedora y yo soy un viejo cansado. Quizás os llame la atención que venga acompañado por mis consejeros, pero no puedo abrir ningún tipo de correspondencia ni recibir a extranjeros si no es en presencia de al menos cuatro de los seis que tengo. Son nuestras normas para evitar corruptelas y enriquecimiento por uso indebido de nuestro cargo. Un dogo debe servir a la República y no al revés.

Alvise Contarini tenía razón. En realidad, el título de dogo limitaba la libertad de quien salía elegido. Cualquier patricio inscrito en el Libro d'Oro, en el que se registraban los matrimonios y los nacimientos de la nobleza, podía serlo... siempre y cuando se fuese longevo, sabio y rico. Una vez coronados, se les excluía, al igual que al resto de sus familiares, de participar en negocios mercantiles y estaban permanentemente vigilados. Sus funciones eran fiscalizadas desde el Senado y desde una serie de consejos: el Mayor, el Menor y el de los Diez. Además debían cubrir los gastos de mantenimiento del palacio. Los únicos regalos que se permitían aceptar para sí eran flores y hierbas olorosas. El resto de lisonjas iba a parar al tesoro público. Así que su cargo, rodeado de pompa real, resultaba más representativo que ejecutivo. Y sin embargo, la mayoría de los patricios aspiraba a ser dogo. Un honor al que se accedía después de un complejo sistema de sorteos y elecciones que trataba de evitar dinastías. Aun así, algunas familias como los Partecipazio o los Mocenigo habían conseguido coronar a varios de sus miembros a lo largo de los mil años de historia de la República, si bien la que se llevaba la palma era la Contarini, con un total de ocho dogos.

—Vuestra filosofía es admirable —afirmó el doctor Zúñiga—. Ya la quisieran para sí la mayor parte de los países europeos.

—Supongo que es uno de los secretos de la longevidad de la República, a pesar de nuestro tamaño. Por el contrario, tengo entendido que los españoles tenéis dificultades para afrontar el futuro.

—¿A qué os referís?

—Leed ese trozo de carta de nuestro embajador —pidió el octavo dogo Contarini a uno de sus consejeros.

—«Aunque los españoles tienen ingenio, capacidad y medios suficientes para restaurar su país, no lograrán hacerlo; y aunque enteramente capaces de salvar su Estado, no lo salvarán; porque les falta voluntad de hacerlo».

—Solo es la opinión de vuestro embajador —rebatí don Fernando no muy convencido, sorprendido por el acertado diagnóstico de Foscarini.

—Sin duda. Solo el tiempo le otorgará, o no, la razón. Pero contadme el motivo que os ha traído hasta Venecia.

—Como debéis saber, nuestras arcas se encuentran debilitadas por los numerosos frentes que tenemos abiertos, en particular contra Francia que ha invadido nuestros territorios en Luxemburgo. Así que España ha tenido que declararle la guerra.

—Y todo por culpa de ese rey ambicioso, petulante y engreído. A Luis XIV más que el rey Sol habría que llamarle el rey Moro —afirmó Contarini, quien tenía que interrumpir de vez en cuando su discurso para toser o tomar resuello—. ¿Sabéis que no forma parte de la liga santa que está orquestando el papa porque apoya a los otomanos? Con todo lo que puede: logística, dinero, armas... Por el bien de Europa, más vale que esa política condescendiente con los moros no se vuelva en contra de Francia.

El dogo hablaba con la voz de la experiencia. No en vano, Venecia había practicado siglos atrás una política de alianzas con ellos en aras de sus preponderantes relaciones comerciales. Incluso se les permitía vivir en la ciudad siempre que no estuvieran acompañados de sus familias, reclusos en un edificio en el Gran Canal conocido con el nombre del *fondaco* de los turcos donde vendían lana, cera y petróleo, si bien en ocasiones se les acusaba de contrabando de tabaco.

—De eso quería hablaros: de esa liga santa —el doctor Zúñiga suavizó aún más el tono de su voz cálida—. España no está en condiciones de intervenir.

—Y pretendéis que lo haga la Serenísima.

—Vuestra intervención sería decisiva para derrotar definitivamente a los turcos.

—No es una decisión que pueda tomar yo, que además soy hombre de paz.

—«Quien deseara la paz, se debería preparar para la guerra» —respondió don Fernando con una cita de Vegecio—. A lo largo de los últimos años,

habéis sufrido continuas humillaciones por parte de la Sublime Puerta, que dicen los franceses, la cual ha mermado tanto vuestra hacienda como vuestro honor. Esta es una inmejorable oportunidad para reconquistar Candia y quién sabe si otras colonias.

—He de confesaros que esta es una cuestión que llevamos debatiendo largo tiempo. Supongo que daremos una respuesta en breve. No solo España apremia. Hace unos días recibimos la visita de Marco d'Aviano, un fraile capuchino enviado por el papa, por el rey de Polonia Giovanni Sobieski y por el emperador Leopoldo I. ¿Le conocéis?

—No en persona. Aunque creo recordar que visitó la corte española.

—Y tengo entendido que trabó buena amistad con vuestro rey Carlos II. Fray Marco está obsesionado con derrotar a los turcos en defensa de la fe cristiana.

—Loable labor la suya.

—Sin duda. Insisto, doctor Zúñiga: el Colegio convocará en unos días al embajador imperial para comunicarle nuestra decisión —sentenció el dogo, con la voz cada vez más apagada—. También vuestra merced será informada.

—Me gustaría que igualmente hicierais llegar vuestra decisión a nuestro embajador.

—He de deciros que me generáis más simpatías que el marqués de Villagarcía, demasiado inmerso en intrigas cortesanas, pero así se hará. No me extraña que doña Mariana haya confiado en vuestra merced para formularnos sus ruegos.

—Ni a mí que hayáis sido elegido dogo de esta gran república. España confía en vuestro tradicional buen criterio.

—Al menos, será meditado.

—Os agradezco sobremanera esta entrevista, Su Serenísima —dijo el vizconde, haciendo ademán de dar por concluida la reunión.

—No quiero que os vayáis todavía. He de pedir os algo.

—Decidme.

—Sebastiano nos relata en su carta que vuestra merced no solo es un magnífico diplomático, como estáis demostrando, sino que además sois el más afamado investigador español y que tenéis relativa facilidad para solventar misteriosos enigmas.

—Vuestro embajador se ha mostrado demasiado generoso conmigo.

—Estoy seguro de que no. Y después de haber tratado con vuestra merced, lo estoy aún más. Sebastiano afirma que sois noble, leal y sumamente discreto.

—Virtudes que no sé si poseo, pero que deberían ser propias de cualquier hombre —contestó don Fernando, en un tono que no disimulaba del todo su vanidad.

—También que prestasteis servicio a la Inquisición española durante once años.

—Más para evitar el ajusticiamiento de falsos herejes que para alimentar hogueras —se defendió presto el doctor Zúñiga, endureciendo el rictus por primera vez en la reunión.

—Sea como fuere, sois peculiar. Y, sin duda, la persona adecuada para lo que os voy a pedir. Así lo hemos determinado esta tarde en la reunión de la *Serenissima Signoria*. ¿Sabéis lo que son nuestras bocas de león?

—No tengo la menor idea, Su Serenísima.

—Son buzones públicos repartidos por distintos edificios en los que nuestros ciudadanos depositan sus acusaciones y denuncias, las cuales son tramitadas por el Consejo de los Diez. Si no están firmadas, se les suele hacer poco caso. Sin embargo, ayer alguien echó esta nota anónima en la boca de león de la iglesia de Santa María de la Visitación. Leedla, por favor —solicitó el dogo mientras uno de sus consejeros entregaba la carta al doctor Zúñiga, quien se caló los anteojos que acababa de extraer de su faltriquera.

—«Venetia ad tempora Quadragesimae sub sanguinem merget. Coniuratio vincet». «Venecia se hundirá bajo su sangre con la Cuaresma». La conjura vencerá —leyó don Fernando—. Parece el mensaje de un loco o quizás una broma de mal gusto.

—Es posible. El Consejo de los Diez está ya investigando el origen de esa nota. No obstante, nos ha causado inquietud. En los últimos días, las inundaciones por *Acqua Alta* están siendo más frecuentes de lo habitual, máxime cuando no hay luna llena que influya en las mareas. Y casualidad o no, esta madrugada ha desaparecido de la basílica de San Marcos un icono muy venerado por nosotros. Representa a la Virgen conocida como Nuestra Señora de Nicopeia, que significa artífice de las victorias.

—¿Insinuáis que puede existir una trama ocultista para hundir la ciudad?

—Sé que suena a fantasía. Pero el pueblo es supersticioso y cree que la ciudad se mantiene sobre el agua por la gracia divina. Si llegara a sus oídos una noticia así cundiría el pánico. Además, sin nuestra virgen de las victorias, no perdonaría que nos metiéramos en una nueva guerra.

—Entiendo —respondió el doctor Zúñiga, con el gesto severo—. Queréis que encuentre ese cuadro.

—Queremos saber quién está detrás de esa nota y si ocurrirán acontecimientos que traten de alterar el devenir de la República.

En ese momento, don Fernando no fue consciente del papel que se le encomendaba. Su prudencia le acababa de granjear una confianza vetada a la mayoría de los extranjeros. Quizás también su vestimenta negra, a la que solo le faltaba un cinturón con la hebilla de plata para parecer un verdadero patricio local, tan diferente de la que ostentaban sin pudor los embajadores foráneos, hubiera coadyuvado.

—Os doy mi palabra de que haré cuanto esté en mi mano.

—No estaréis solo en esta empresa. El Consejo de los Diez seguirá indagando.

De repente, don Fernando percibió que la sombra de esa decena de hombres planeaba permanentemente sobre toda la ciudad. La temida institución había nacido con carácter temporal y, no obstante, se encontraba a punto de cumplir tres siglos y medio de existencia. Sus miembros eran elegidos por un período máximo de un año y no podían pertenecer a una misma familia. Tampoco se admitía una única jefatura y sus tres capos se sucedían en mandatos mensuales durante los que se les prohibía hacer vida social para evitar sobornos y rumores malintencionados. No cobraban salario alguno y su venalidad o corrupción se castigaba con la muerte. Aunque carecían de poder en sí mismos, ya que debían contar con la aquiescencia del dogo y sus consejeros, sus opiniones eran casi vinculantes. Tenían encomendadas dos misiones básicas: la obtención de información a través de su entramado de agentes secretos repartidos por toda Europa y tomar decisiones rápidas en asuntos relevantes de Estado.

—Acostumbro a realizar en solitario este tipo de investigaciones, sin más ayuda que la de mi asistente.

—Y así será, si así lo deseáis. Claro que si percibís que alguien os sigue

no lo toméis como desconfianza sino como protección. Además, no conocéis la ciudad. Deberíais aceptar que alguien os guiara, más que nada para que no os perdáis, no solo en el laberinto de canales sino en la mentalidad veneciana. Sé que sois reacio, pero estaba pensando... creo que acabo de dar con la persona adecuada. No sé si habréis oído hablar de Elena Corner Piscopia.

10

Claro que don Fernando de Zúñiga conocía la existencia de Elena Corner Piscopia, aunque al principio no recordara que ese era el nombre de la única mujer en el mundo en conseguir un doctorado. La extraordinaria noticia había corrido por todas las universidades europeas algunos años atrás si bien la mayoría de los viejos profesores la recibió con cierto escepticismo y, poco a poco, la fue olvidando al considerarla una excentricidad más de los nuevos tiempos en su búsqueda de iluminar las tinieblas del conocimiento.

La entrevista con el dogo acababa de concluir con el compromiso del doctor Zúñiga de investigar sobre lo que escondía aquel mensaje anónimo y de tener al tanto a Silvestro Valier de sus pesquisas, quien a su vez informaría al resto de miembros del Consejo Menor, compuesto por un total de seis consejeros —uno por cada distrito o *sestiere* de Venecia—, encargados de asesorar y controlar la labor del dogo.

El latín que conocía Pelayo se limitaba al soniquete recitado en las misas, por lo que estaba deseando que don Fernando le relatara lo acontecido en su extraña reunión. Sin embargo, aún le tocaría esperar a quedarse solos, ya que el vizconde seguía departiendo junto a la torre de la plaza de San Marcos con ese patricio grandilocuente que no disimulaba su boato. El muchacho pensó que aquellas gentes vestidas de negro tendrían que llevar los ropajes más coloridos para hacerse ver en medio de esa niebla del demonio que se densificaba por momentos hasta convertirse en un sinfín encadenado de barreras de humo. De no ser por que el repique quedo de la Marangona avisaba del final de la jornada a los carpinteros del Arsenal, Pelayo hubiera creído que el *Campanile* había desaparecido.

Apostado en el lado sur del campanario, don Fernando de Zúñiga

escuchaba con suma atención cuanto el consejero Silvestro Valier le relataba en latín acerca de Elena Corner Piscopia.

—Es una mujer con una inteligencia extraordinaria que descubrió un sacerdote amigo de su familia cuando ella solo tenía siete años. Enseguida comenzó a estudiar las lenguas clásicas, gramática y música. Además de hablar latín y griego, lo hace en arameo, hebreo, árabe, francés y en vuestro idioma. La llaman el *Oraculum Septilengue*. Y eso sin contar el véneto o el toscano.

—Me dejáis perplejo —reconoció el vizconde.

—Pues también es una eminencia en matemáticas, astronomía y teología. Y, no obstante, se doctoró en filosofía en la universidad de Padua hace un lustro —detalló con orgullo el consejero.

—Algo realmente insólito —apuntó don Fernando, cada vez más admirado.

—Se rumorea que su intención era la de doctorarse en teología. Sin embargo, el obispo de Padua no se lo autorizó por su condición de mujer.

—Hasta donde yo sé, es la primera en doctorarse en una universidad.

—La única. Y con treinta y dos años.

—Aun con su valía, me sorprende que se le consintiera estudiar.

—Por estas tierras hace tiempo que algunas mujeres lo hacen. La universidad de Bolonia ya les permitía acudir a clase desde sus inicios. Pero es que además, Elena pertenece a una de las veinticinco familias patricias de la Case Vecchie, las más antiguas de Venecia. Su padre es procurador de San Marcos. Utilizó sus influencias para consentir que la examinaran, como un modo de redimirse... y para evitar que la hija del médico Carlo Patin siguiera sus pasos.

—¿Qué queréis decir?

—Asuntos de familia —respondió *ser* Silvestro Valier, quizás arrepentido de sus últimas palabras, por lo que optó por retomar el tono de su discurso—. La defensa de su doctorado causó tanta expectación que el aula magna de la universidad se quedó pequeña, así que el acto se celebró en la catedral. Elena explicó dos pasajes elegidos al azar de Aristóteles y su disertación quedará para el recuerdo.

—¿Estabais allí? —quiso saber el vizconde, mientras Pelayo observaba

entre atónito y asustado cómo algunas figuras de apariencia fantasmal pululaban por la plaza, envueltas en capas oscuras con los rostros ocultos bajo unas máscaras blancas tocadas con tricornios.

—Padua está a diecisiete de nuestras leguas. Apenas hay un día de viaje. Ni un solo senador veneciano se perdió el acontecimiento.

—Lo cierto es que me hubiese gustado estar presente.

—En verdad que fue todo un espectáculo. Impresionaba verla coronada de laurel con su muceta de armiño. A propósito, mirad. Es esa de allí. Os ruego que no le hagáis referencia alguna a vuestra reunión con el dogo —dijo el consejero, señalando con la barbilla hacia un pequeño grupo de personas que emergía de la niebla desde la Biblioteca Marciana, en el que únicamente había una mujer que en ese momento conversaba unos pasos por delante con un hombre joven de mirada extraviada que se atusaba su larga cabellera prematuramente canosa.

Al llegar al *Campanile*, ella se detuvo para saludar a Silvestro Valier. Entonces el doctor Zúñiga contempló por fin su rostro níveo maquillado solo con la luz del conocimiento. Tal vez fuese el poder de la sugestión, pero le pareció nimbada en un hermoso halo de sabiduría que se difuminaba entre la bruma. Encima del vestido, llevaba a modo de abrigo una especie de jubón unido a una sobrefalda de tejido de Mantua tan negro como su pelo ensortijado. En una sociedad regida por una moda a la francesa, a su juicio estafalaria, a don Fernando le llamó la atención que la indumentaria de aquella mujer resultase tan sobria, aunque no por ello menos elegante. A medida que ella se acercaba, su admiración se acrecentaba hasta el punto de sentirse invadido por una extraña mezcla de conmoción y sosiego.

—¡Qué agradable sorpresa! —dijo ella, dirigiéndose en véneto al consejero.

—Encontraros no deja de ser un motivo de alegría. En realidad os esperábamos —respondió Valier en latín—. Quería que conocierais al doctor Zúñiga, un caballero español que nos honra con su visita. Don Fernando, os presento a la *nobildonna* Elena Corner Piscopia.

—Pues bienvenido a nuestra ciudad, doctor —contestó la mujer en un castellano perfecto, extendiendo su mano fría hacia el vizconde, quien se la tomó con suavidad sin percatarse del estremecimiento que a ella le provocó su

calidez durante los breves instantes de la reverencia.

—Es un inmenso placer, señora. Vuestra fama solo es comparable a la paz que transmitís.

—Los españoles siempre tan aduladores —sonrió Elena de buen grado—. Pero permitidme que no sea descortés y también yo os presente a mi acompañante, el ilustre científico inglés *mister* Isaac Newton.

No era casual que Venecia acogiese aquel cónclave de científicos en torno a la figura de Aristóteles, la primera gran reunión de sabios de una vieja Europa a la que le costaba soltarse de sus ataduras escolásticas y visiones medievales. Hasta entonces, ni las aristocracias gobernantes tenían interés en que se extendiera el conocimiento entre las gentes del pueblo, ni la Iglesia comulgaba con los nuevos descubrimientos astronómicos que cuestionaban algunos textos de las Sagradas Escrituras. Aunque si bien la Serenísima se hallaba plagada de templos, profesaba más devoción a los ducados que a las cruces. Su estabilidad política sin parangón, y por tanto su supervivencia, venía determinada por la rectitud de sus gobernantes amparada por la riqueza acumulada a lo largo de los siglos, a la que seguían contribuyendo los prestamistas judíos y los comerciantes orientales. De ahí que su tolerancia religiosa no fuese del todo desinteresada.

De las imprentas venecianas habían salido todos los títulos concernientes al saber, algunos de los cuales se incluirían en las sucesivas ediciones del *Index librorum prohibitorum*, el catálogo de libros que la Iglesia católica consideraba perniciosos para su fe. Entre los más valorados por los eruditos se encontraban los divulgados por el legendario editor Aldo Manuzio, quien fue el primero en publicar la obra íntegra conocida de Aristóteles en unos volúmenes que se identificaban por su enorme calidad y por el ancla y el delfín de su inconfundible sello tipográfico.

Los escritos de Aristóteles sobre lógica, física, biología, sociología, política, metafísica, psicología, ética y estética apenas se habían cuestionado durante los dos milenios en los que su sistema, tanto filosófico como científico, dominó el pensamiento occidental. Pero en los últimos años, la

física moderna de Galileo y el racionalismo de Descartes descubrían una nueva ciencia y una nueva filosofía que abrían ignotos horizontes al conocimiento para los investigadores que trataban de combinar axiomas con pruebas verificables mediante observaciones físicas y el establecimiento de reglas matemáticas que contribuyesen a explicar los fenómenos naturales, de modo que el hombre no estuviera a merced de los acontecimientos. Así pues, la lógica de la razón iniciaba su batalla contra los mitos, los dioses, los hechizos y, por supuesto, contra las supersticiones.

La idea de aquella reunión había partido de Carlo Rinaldini y de Vincenzo Viviani, dos veteranos eruditos, discípulos de Galileo, fundadores de la Accademia del Cimento en Florencia, la primera asociación científica que se basaba en métodos experimentales. El hecho de que aquel encuentro se celebrara en Venecia tenía mucho que ver con el entusiasmo mostrado por Elena Corner Piscopia, la alumna más aventajada de Rinaldini, quien utilizó sus influencias para organizarlo.

Fueron numerosos los físicos, matemáticos, químicos o biólogos que respondieron al llamamiento procedente de la Serenísima, movidos por la curiosidad que les suscitaba conocer en persona a algunos colegas con los que solían intercambiar correspondencia, y además hacerlo en una ciudad que a la mayoría se le antojaba cuando menos extravagante.

Así que allí se encontraban en los primeros días de enero de aquel 1684 una serie de nombres procedentes de toda Europa, algunos de los cuales estaban llamados a perpetuarse en los libros de historia, dispuestos a escuchar y ser escuchados con el propósito de establecer las bases del nuevo orden científico, por lo que debían analizar el pensamiento de Aristóteles en aras de discernir su legado inmutable del obsoleto. Junto a los anfitriones, habían acudido Antoine Arnauld, Elias Ashmole, Pierre Bayle, Giuseppe Francesco Borri, Robert Boyle, Olof Bromelius, Giovanni Domenico Cassini, Vincenzo Maria Coronelli, Edmund Halley, Robert Hooke, Christiaan Huygens, Olaus Johannis Rudbeck, Gottfried Leibniz, John Locke, Edme Mariotte, Otto Mencke, Michel Vial, Isaac Newton, Daniel van Papenbroeck, Francesco Redi y Nicolaus Steno. Dos docenas de sabios versados en varias ramas del conocimiento incluida la filosofía, ya que sin su comprensión resultaba imposible practicar la ciencia.

A pesar de las rencillas entre algunos participantes, suscitadas más por su rivalidad profesional que por sus diferencias ideológicas, los encuentros de aquel primer día habían transcurrido con relativa tranquilidad, alejados de conflictos de fe. No en vano, la mayoría de los asistentes tenían profundas creencias religiosas que los más escépticos respetaban. Al concluir la jornada, parecían coincidir *grosso modo* en que la tradición aristotélica seguía siendo determinante en el contexto intelectual y filosófico aunque menos en el científico.

Sobre ello conversaban en su paseo peripatético Isaac Newton y Elena Corner Piscopia al toparse con Silvestro Valier y Fernando de Zúñiga mientras Pelayo seguía atento a los movimientos de los espectros enmascarados, uno de los cuales pasó corriendo a su lado provocándole un nuevo sobresalto.

Sin embargo, aquel encuentro se vio interrumpido súbitamente por la noticia que un asistente del consejero, que llegó jadeante desde el palacio, le susurró en un tono que los cuatro pudieron escuchar:

—*È morto il Doge.*

12

Con la mirada perdida en las gotas de lluvia que resbalaban por el cristal de la ventana, el doctor Zúñiga repasaba sin orden lo ocurrido durante el día. Su mente embotada afrontaba con resignación esa sucesión anárquica de imágenes y sonidos que se mezclaban en un laberinto sin salida. Los destellos de una vela encendida sobre la mesita a veces le devolvían su reflejo, recordándole que se hacía viejo. Fuera, la niebla nocturna claudicaba hasta el punto de permitir que sus ojos cansados vislumbraran cómo se iban apagando los candiles de los *palazzos* al otro lado del canal para difuminar las sombras de sus moradores en las tinieblas de la noche.

La casualidad quiso que Elena morara no muy lejos de la residencia de los Malipiero. Don Fernando la vio pasar en su góndola, momentos después de que Tomasso los trajera de vuelta tras conocer la noticia de la muerte del dogo. A esas horas se la imaginaba leyendo o escribiendo con su pluma de ganso, cubierta con una manta sobre su camisola, acariciada por la luz de un candil que traspasaba la ventana para reflejarse en las sombras del canal.

Desde la muerte de su esposa, a la que no solo recordaba todos y cada uno de los días de su vida sino que además formaba parte de su ser, ninguna mujer le había provocado esa clase de estremecimientos incapaces de sostener una mirada. Y ahora evocaba ese instante en la plaza de San Marcos en el que una estrella fugaz cruzaba las pupilas de la mujer más sabia del planeta. A su espalda, la cama permanecía intacta bajo un dosel más recargado incluso que el resto de la estancia. Para bien o para mal, el silencio de la oscuridad equipara todas las habitaciones del mismo modo que convoca a los mismos fantasmas en cualquier confin del universo. Y los suyos acudían puntuales a su cita cada madrugada.

Por mucho que sus párpados se empeñaran en aliviar el escozor de unos ojos descuidados en exceso, el doctor Zúñiga siempre posponía el instante de entregarse a los brazos de Morfeo. Un libro, un recuerdo, una duda, una deducción o un pensamiento a veces no constituían más que una mera excusa para mantener la consciencia más allá de la vigilia. Quizás por eso, su mente no descansaba ni a la hora de dormir, como si intentase confundir los sueños con los anhelos para construir su propio mundo. Un mundo que poco tenía que ver con el que se movía a su alrededor pero al que debía incorporarse cada mañana con desidia. A veces incluso dejando a su esposa sentada en una roca junto al río Tormes de su querida Salamanca, en medio de un paseo onírico en el que ambos se sonreían después de jurarse amor eterno.

Los golpes de unos nudillos contra la madera húmeda consiguieron a duras penas que regresara a la realidad cuando alboreaba. Estaba cobijado en la cama, casi vestido. Su mirada pausada recorrió la habitación decorada con tapices coloridos. La vela consumida en su palmatoria sobre una mesita dorada de patas arqueadas. La bañera aún con el agua que purificó su piel antes de su entrevista de la tarde anterior con el dogo. Una niebla mortecina tratando de colarse entre los cortinajes de los ventanales. La chimenea apagada. El frío emanando de las paredes. Venecia.

—¡Doctor Zúñiga! —Detrás de la puerta se adivinaba la voz nasal de Gasparo Malipiero—. ¡Doctor!

Sus rodillas doloridas no le permitieron calzarse las botas con la celeridad requerida por las circunstancias.

—¿Qué ocurre? —preguntó, algo desorientado, mientras giraba la llave de la cerradura.

—¡Es muy urgente! ¡Os requieren en el Palacio Ducal!

—¿A estas horas?

—Tiene pinta de ser algo importante. Tomasso y vuestro asistente ya os aguardan en la góndola.

—¿Quién os ha dado el aviso? —quiso saber don Fernando, en busca de su lucidez.

—Dos sicarios al servicio de la República. Su presencia terminará por resultaros familiar —respondió el joven Malipiero en un tono en el que se intuía cierta sorna.

Los hombres a los que se refería el anfitrión del palacio eran los mismos que el día anterior los habían vigilado sin disimulo desde un *bragozzo*, que los volvió a escoltar hasta el muelle de la plaza de San Marcos bajo un manto de nubarrones. Allí los aguardaba Silvestro Valier acompañado de otros dos consejeros con el gesto severo. Los tañidos lúgubres del *Campanile* sobrevolaban toda la ciudad, calando entre sus habitantes aún más hondo que la lluvia fría, celosa del agua de los canales.

El doctor Zúñiga se mostró expectante, a la espera de que alguien le informara del porqué de ese madrugón repentino. Entre sus dudosas virtudes figuraba una fingida paciencia en sus ademanes, si bien le traicionaba la intensidad con que sus dedos le acariciaban una perilla cada vez más extendida hacia las patillas. Un gesto que solo Pelayo sabía interpretar. Con mirarle adivinaba si don Fernando se encontraba nervioso, impaciente o meditabundo, dependiendo del trozo de barba que se atusara, eso sí, siempre con la misma cadencia parsimoniosa.

Al fallecer Alvise Contarini, se le habían abierto nuevos interrogantes sobre su misión en Venecia, los cuales no tardarían en cerrarse.

—*È morto il Doge, non la Signoria* —sentenció Valier, leyéndole el pensamiento.

Aunque en realidad, lo que aseveraba el consejero no era más que la vieja expresión local con la que se indicaba que el gobierno trascendía de la persona que lo representaba y que la *Serenissima Signoria* constituía el órgano supremo de la soberanía. Con la muerte del dogo, la *Signoria* seguía funcionando con sus otros nueve miembros: los seis consejeros ducales y los tres jefes de la *Quarantia*, el Tribunal Supremo encargado de los asuntos penales y de los civiles, tanto en Venecia y sus colonias marítimas, como en sus dominios en tierra firme. Don Fernando tradujo con rapidez las palabras del consejero al estilo más castizo castellano: a rey quito, rey puesto; y supo que la muerte de Alvise Contarini no tendría consecuencias para su persona, al menos de momento.

El pequeño cortejo accedió al palacio, de nuevo por la Escalera de Oro después de atravesar el patio y recorrer la galería principal, pero esta vez se detuvo en el primer piso, frente al portón de entrada a las dependencias personales del dogo, protegido con un telón rojo.

—Os ruego que vengáis conmigo, doctor. Solo vuestra merced y yo —dijo Silvestro Valier.

Las estancias privadas del palacio tenían el mismo aire solemne que las que albergaban a la corte; no obstante, aparentaban a primera vista una mayor sobriedad en su decoración, con paredes menos recargadas de maderas y lienzos que dejaban ver amplios revestimientos estucados en tonos ocre, tejas, y verdes oscuros. Tras cruzar una amplia sala iluminada únicamente con las llamas que desprendía una chimenea remolona, entraron en la alcoba donde yacía el cuerpo del dogo sobre una cama rodeada de cirios encendidos. Le acompañaba un viejo eclesiástico ataviado con hábitos cardenalicios, si bien la borla de su birrete delataba su condición de mero patriarca.

La habitación olía a humedad, ceniza y a los restos de un extraño aroma que, a pesar de resultarle familiar, el doctor Zúñiga no logró identificar en ese momento.

Dos de los tres ventanales que daban al exterior se hallaban cubiertos por una tupida cortina de terciopelo glauco. Por el tercero se colaba una luz tenue que incidía directamente en el difunto. Conservaba los mismos ropajes de la tarde anterior, con la salvedad de que ahora llevaba una banda de hilo de oro con piedras preciosas incrustadas. Sin embargo, a pesar de la suntuosidad de su vestimenta, lo que más llamaba la atención era el espejo que portaba en la mano.

—Os presento a Su Eminentísima Alvise Sagredo, patriarca de Venecia. Amigo personal del dogo. Oficiará sus exequias —dijo Silvestro Valier, con la solemnidad requerida.

—Mis más sinceras condolencias, en mi nombre y en el de la reina madre de España, doña Mariana de Austria —respondió don Fernando, aturdido por la situación, persignándose ante el difunto.

—Os lo agradezco, doctor Zúñiga. Ya me han hablado de vuestra merced. Aunque habéis de saber que no estáis aquí por vuestra condición de representante de la Corona española —contestó Alvise Sagredo en un tono cortés que desprendía cierta desconfianza.

—Estáis aquí porque ayer se os encomendó una misión —aclaró el consejero—. Os la comunicó el dogo pero fue una decisión de la *Signoria*. Así que nada ha cambiado en ese sentido. Queremos que os encarguéis de esa

investigación. Tomad, haced buen uso de ella —añadió, entregándole la nota anónima revelada el día anterior que don Fernando volvió a leer antes de guardársela en la faltriquera: «Venetia ad tempora Quadragesimae sub sanguinem merget. Coniuratio vincet».

—Así será —afirmó el doctor Zúñiga.

—¿No os preguntáis por qué os hemos traído a la alcoba del dogo?

—Supongo que además de permitirme rendirle tributo, queríais que viera el espejo.

—Vuestra perspicacia se encuentra a la altura de vuestra prudencia.

Lo cierto es que en un primer momento, don Fernando pensó que aquel trozo de cristal azogado podía formar parte de un ritual de mortaja, de alguna extraña costumbre que quisiera evidenciar lo efímero de la vida o de la belleza, y que de nada valía contemplarse una vez muerto. Sin embargo, el hecho de que el espejo se encontrase dirigido hacia la ventana y no al rostro del dogo, le hizo dudar.

—¿Quién se lo ha colocado? —preguntó, sin agradecer la adulación, mientras sus ojos recorrían la estancia ante la mirada circunspecta del patriarca que se mostraba reacio a intervenir.

—Eso mismo nos gustaría saber.

—Ya —murmuró el doctor Zúñiga, intentando ordenar las cuestiones que se le planteaban—. ¿Nadie le veló esta noche?

—No le quedaba familia directa. Y ha muerto sin descendencia. Consideramos que tras las oraciones de anoche, era mejor dejarle descansar en paz.

—La puerta estaría al menos vigilada.

—Dos guardias de nuestra máxima confianza se turnaron. Ninguno escuchó ni vio nada extraño.

—¿Puedo preguntar algo delicado?

—Estáis en vuestra obligación.

—El dogo ayer se mostró fatigado. Se le veía muy enfermo, pero no daba la sensación de estar a punto de morir.

—Alternaba ratos de fortaleza con otros en los que ni siquiera podía levantarse de la cama. Incluso se le había administrado la extremaunción. Aunque he de reconocer que ayer nos sorprendió su óbito, máxime después de

la entrevista que mantuvimos con vuestra merced.

—Debería preguntarle a su médico qué tipo de tratamiento seguía.

—El bueno de Alvise recelaba de los doctores. Ya tenía ochenta y dos años, cumplidos en octubre. Decía que se moría de puro viejo y solo creía en la triaca elaborada en la *spezieria all'Ercole d'Oro*.

—¿La ingirió ayer?

—La tomaba todos los días al caer la tarde.

—Entiendo —dijo don Fernando, atusándose pensativo el mentón—. Me gustaría que os encargaraís de que se guardase esa triaca a buen recaudo para poder echarle un vistazo.

—¿Insinuáis que su muerte pudo no ser natural?

—No me aventuro a conjeturar nada sin hablar previamente con su médico. Supongo que a pesar de que no creyera en ellos, alguno velaría por su salud.

—El dogo tenía un médico de cámara al que apenas hacía caso. Os arreglaré una cita con él aquí en palacio, mañana a mediodía. Aunque opino que no tiene mucho sentido que alguien se arriesgara a matar a Alvise cuando sus días estaban contados.

—Tampoco parece lógico que nadie se atreva a entrar en sus aposentos para ponerle un espejo en la mano.

—Supongo que en vuestro país también existe la creencia de que un muerto puede regresar del más allá si se refleja en un espejo.

—Las supersticiones no tienen fronteras. Incluso hay quien piensa que un muerto puede robarte el alma si le miras a través de un espejo.

—Ningún humano entró en esta habitación en toda la noche.

—¿Espíritus, *ser* Silvestro?

—¿No creéis en ellos?

—No creo ni dejo de creer. Sucede que mi experiencia me dicta que suele haber una explicación terrenal para los misterios —respondió el doctor Zúñiga mientras observaba los pasadores de las ventanas—. ¿Puedo acercarme al dogo? Prometo no tocarle.

—Haced lo que tengáis que hacer.

Tratando de retener en su retina el mayor número de detalles posible, don Fernando examinó con los anteojos calados el cuerpo del finado para luego comprobar que el espejo reflejaba la ventana cuyas colgaduras se hallaban

descorridas.

—Presumo que anoche los tres cortinajes estaban echados.

—¿Cómo lo sabéis?

—Intuición, aderezada con sentido común.

—Entonces, ¿tenéis alguna idea de lo que ha podido pasar? —preguntó el consejero, con un deje de admiración contenida.

—Alguna idea siempre hay que tener, aunque es pronto para aventurarse con ninguna conclusión —contestó el doctor Zúñiga en tanto se asomaba, cirio en mano, a la chimenea apagada—. Supongo que antes de morir, al dogo le sobrevinieron vómitos y diarreas y que después se quedó profundamente dormido para no despertar.

—¿Acaso sois vidente? —esta vez, fue el patriarca quien manifestó su asombro.

—No, Su Eminentísima. No quisiera que la Santa Inquisición se fijara en mí. Os recuerdo que soy médico y me he limitado a usar la lógica y mi experiencia.

—¿Sin la ayuda de Dios? —quiso saber Alvisé Sagredo.

—Sin la ayuda de Dios nada sería posible —manifestó don Fernando para evitar cualquier atisbo de discusión mientras colocaba el cirio en su candelero.

—No olvidéis que también vais a contar con la ayuda de la doctora Corner, nuestra vecina más ilustre, tal y como dispuso el dogo. Le pondremos al tanto de lo acontecido a lo largo de la mañana y sería bueno que pudieseis entrevistaros con ella esta misma tarde.

Al escuchar su nombre, el doctor Zúñiga percibió un ligero cosquilleo en la boca del estómago que quiso achacar a que llevaba muchas horas sin comer nada decente. Aunque tenía que reconocer que más que aquella nota misteriosa o que la propia muerte del dogo, lo que le inquietaba era encontrarse a solas con Elena Corner Piscopia, una mujer que ya había pasado a la historia.

La plaza de San Marcos presentaba un aspecto inusual para ser un domingo de enero. De no hallarse el dogo de cuerpo presente, a esas horas el público estaría buscando sitio para presenciar los espectáculos de toros, las peleas de luchadores o las pirámides humanas; lo que no hubiera hecho sino acrecentar el asombro de don Fernando y Pelayo al ver cómo casi todos los transeúntes caminaban envueltos en capas, con los rostros cubiertos con caretas. Y es que durante el tiempo que duraba el Carnaval, desde San Esteban hasta el comienzo de la Cuaresma, no solo estaba permitido acceder disfrazado a cualquier lugar sino que la máscara se convertía en un verdadero uniforme para gentes de toda condición. De este modo, se eliminaban las distinciones entre nobles y plebeyos, las monjas abandonaban sus conventos, cualquiera apostaba clandestinamente en los casinos y las mujeres podían pasear solas sin la compañía de su asistente o de su chichisbeo e incluso acceder a las tabernas. El anonimato de la Venecia carnavalera constituía una irresistible tentación para excesos, intrigas y licencias, en la que caer era casi una obligación dictada por las tradiciones.

El doctor Zúñiga sabía que llegaba el momento de enfrentarse a esa ciudad abandonada a su suerte por el sol de invierno, que más parecía un laberinto de agua bosquejado por la niebla a base de canales sinuosos, callejuelas escondidas y puentes sin destino.

—Este debe de ser un lugar construido por el diablo —comentó Pelayo, mirando con recelo a su alrededor.

—¡Si está repleto de iglesias!

—Para disimular, señor, para disimular.

—Pues a mí me tiene cautivado.

—¿No os habrá hechizado, más bien? —conjeturó el muchacho, frunciendo el ceño.

—¡Quién sabe! Estoy seguro de que Venecia es tan bella como traicionera. Pero muy diabólica no ha de ser cuando sus habitantes acuden a misa —respondió don Fernando, con una media sonrisa, señalando con la barbilla la entrada de la basílica.

—¡Por Dios, señor! ¿Dónde se ha visto que la gente entre disfrazada en la iglesia?

—Parece que aquí está permitido.

—Es de locos —sentenció Pelayo, cada vez más perplejo.

En ese instante, sonó la campana de una torre que albergaba un precioso reloj de veinticuatro horas de esfera azul en el que una manecilla adornada con un sol se situaba a las quince. Un poco más arriba, escoltando a una virgen con un niño, dos marcadores indicaban la hora en números romanos y los minutos en arábigos.

—Las quince en punto —sonrió el vizconde.

—Aunque ahí dice las quince y cero, ese reloj anda mal. Si no hará ni tres horas que amaneció.

—Aquí se sigue el horario bizantino. Las horas comienzan a contar con la puesta de sol —explicó el doctor Zúñiga mientras tiraba de la leontina para echarle un vistazo a su reloj de bolsillo.

—Esta ciudad funciona a su libre albedrío —refunfuñó el joven.

—Son poco más de nuestras ocho y media. Una hora estupenda para escuchar misa antes de que demos con un sitio para comer.

Entre tantas máscaras y capas, no les fue fácil ubicarse en el ala destinada a los hombres, si bien unos suaves aromas de jazmín les hicieron sospechar que había mujeres entre ellos. Pelayo ensoñó con que detrás de alguno de aquellos antifaces se encontraba el rostro de la bella esclava valenciana, en tanto se dedicaba a contemplar aquella extraordinaria colección de mármoles orientales, esculturas, bronce, mosaicos y columnas que dotaban al templo de una suntuosidad tan alejada de la sobriedad de las iglesias románicas de su Zamora natal. Cuando quiso darse cuenta, el sonido del órgano dejó de acompañar a las antífonas y el cura pronunciaba ese *ite, missa est* que a él siempre le provocaba un suspiro de liberación.

Don Fernando decidió que una buena manera de familiarizarse con el trazado de la ciudad era ir andando al Palazzo Malipiero, una empresa que les resultó menos complicada de lo previsto ya que una calle larga los llevó, siguiendo la estela de las iglesias de San Moisés, Santa Maria Zobenigo y de San Mauricio, desde la plaza de San Marcos hasta la explanada de San Stefano, donde un grupo de músicos callejeros interpretaba con sumo virtuosismo *La Raspona*, una sonata de Legrenzi. Al llegar a la altura del río Duca dieron con un coqueto *bacaro* frecuentado por las gentes del vecino teatro San Samuele, donde consideraron que había que dar cuenta de algunas especialidades de la cocina veneciana.

—En España no nos hubiéramos topado con una taberna abierta a estas horas —bromeó el doctor Zúñiga.

El interior del local estaba revestido de ladrillo rojo sin más adornos en las paredes que unas antorchas encendidas de pez y resina que le proporcionaban un aire acogedor. Los dos visitantes se acomodaron en un banco corrido de madera, lejos de la puerta, junto a un mostrador del que salió un joven moreno de aspecto risueño.

—*Buongiorno. Spagnolo?*

—Sí, españoles —respondió el doctor Zúñiga.

—Me llamo Saverio, aunque todos me dicen Tacchini. Y esta es su casa.

—¿Habláis nuestro idioma?

—Solo un poco. Tuve una novia española. Muy bella. Me abandonó por un cantante de ópera. *Porca miseria* —rio el tabernero, que no parecía demasiado dolido.

—Mujeres... —resolvió don Fernando, sin ganas de palique—. Tenemos hambre, así que servidnos lo que os plazca.

—Nuestra comida es muy buena. Ya me lo diréis —afirmó Tacchini antes de regresar con una jarra de vino y dos vasos, para luego entrar en una pequeña cocina con un horno de leña cuya llama se veía desde fuera, donde comenzó a cantar algo que empezaba por *Bella mia questo mio core*.

—¿Aquí todo el mundo es artista? —su voz sonó tan desconcertada como fascinada, al caer en la cuenta de que se cantaba y se tocaban instrumentos por todas partes.

—Sí que es curiosa esta pasión por la música en Venecia. Aunque supongo

que tienes más curiosidad por saber lo que está pasando —le susurró don Fernando.

Quizás por la hora temprana, la taberna todavía estaba vacía. Si bien, al poco tiempo, dos enmascarados ocuparon la mesa más cercana a la puerta.

—Claro, señor. Y por suerte, os voy conociendo. Sé que buscáis pronunciar cada palabra en el momento adecuado.

—Es mejor hablar después de pensar.

—¿Y ya habéis pensado?

—He pensado, Pelayo, he pensado. Pero me da que aún me queda mucho por pensar.

—¿Queréis decir que nuestra estancia en Venecia se prolongará?

—Eso dependerá de los acontecimientos.

—¿Por culpa de la misión que os ha traído a este maremagno de agua?

—Que nos ha traído —matizó el vizconde—. No me has preguntado por ella. ¿Sabes de qué se trata?

—No, señor.

—Se está organizando una liga católica para vencer definitivamente a los turcos, y es muy importante que Venecia intervenga —bisbiseaba don Fernando.

—¿Y lo hará?

—Sus gobernantes lo están dilucidando.

—¿Y no retrasará esa decisión la muerte del dogo?

—Aquí son muy suyos. Estoy seguro de que lo resolverán antes del nombramiento del nuevo dogo.

—¿Y España también intervendrá?

—Nuestra pobre patria no tiene dónde caerse muerta. Le puede más el deseo que las fuerzas. De nuestro imperio no queda más que la apariencia.

—Entonces, cuando los venecianos determinen si participan en la guerra, ¿nos iremos?

—Me temo que no. Sus gobernantes me han encargado una investigación.

—¿La habéis aceptado?

—Carecía de alternativas.

—Vaya. ¿Y se puede saber en qué consiste?

—Alguien dejó un mensaje advirtiendo de una conjura para hundir la

ciudad.

—¡Por todos los santos! ¿Eso puede ser posible?

—Lo dudo mucho, pero quieren saber quién está detrás de ese anónimo.

—¿Y vuestra fama de investigador os ha acompañado hasta aquí? Claro que tampoco me extraña.

—No va a resultar nada fácil. Nos daremos unos días para averiguar algo. Si no lo conseguimos, entonces sí nos iremos en cuanto Venecia decida su participación en la guerra.

En medio de las confidencias vertidas por don Fernando, sin ni siquiera beber un sorbo de vino, Pelayo estuvo tentado de confesarle que la esclava valenciana se llamaba Águeda y que había viajado con ellos en el galeón. Sin embargo, consideró que su señor andaba ocupado en otros asuntos, y además no quería recordarle el episodio. Iba a preguntarle por el madrugón de esa mañana cuando Tacchini apareció con una especie de torta de pan cubierta de tomate y de queso.

—*Pizza! Bón petìto!*

Ambos se llevaron un trozo a la boca con avidez y se quemaron el cielo del paladar al mismo tiempo.

—¡Mierda! Si sabíamos que venía del horno —dijo Pelayo—. Nos ha podido el hambre.

—Y el reto de saber si podríamos aguantar el calor. No obstante, hay que reconocer que está deliciosa —rio don Fernando.

—¿Por dónde pensáis empezar? —preguntó el muchacho, ahora sí bebiendo el vaso de vino de un solo trago.

—Mañana visitaremos una *spezieria*. Tengo la sospecha de que el dogo pudo ser asesinado —afirmó el doctor Zúñiga, hablando aún más bajo.

—Mecachis... con vuestra merced no hay forma de aburrirse —el tono de su voz denotaba más admiración que reproche.

En tanto devoraban la *pizza*, desde la cocina llegaban los golpes secos de un mortero en el que Tacchini trituraba bacalao junto con ajo, perejil, pimienta negra y unas anchoas para luego añadir aceite de oliva y leche caliente.

—*Baccalà mantecato!* —exclamó orgulloso, depositando los dos platos en la mesa, junto a un recipiente con polenta.

—No daba yo un real por la comida en esta ciudad, pero creo que hemos

tenido suerte con Tacchini —dijo con socarronería don Fernando, al contemplar aquella masa blanquecina espumosa que tenía mejor aroma que presencia.

—Estáis en el mejor *bacaro* de la ciudad —afirmó circunspecto el tabernero antes de acercarse con su cantilena a la mesa ocupada por los dos enmascarados que llevaban un rato tratando de agudizar el oído.

La diplomacia en Venecia no se distinguía precisamente por hacer amigos. Su método se basaba en el fomento de la desconfianza e incluso del miedo, sin dejar de lado una amistad entendida de manera muy laxa. Para ello se valía de espías al servicio del Consejo de los Diez, la única institución con licencia para hacer y deshacer a su antojo sin necesidad de rendir cuentas previas en aras de la seguridad de la República y la preservación de la moral, unos límites demasiado endebles para ser gobernados por una mano de hierro por muy escondida que estuviera en un guante de terciopelo.

En la época de Carnaval la labor tanto de los esbirros al servicio del Consejo de los Diez como de la Inquisición a veces rozaba lo absurdo, porque si bien los agentes secretos ganaban en discreción al ir cubiertos con máscaras, también era cierto que tampoco tenían fácil la vigilancia de personas sin rostro, las cuales constituían una inmensa mayoría en esos días.

Vestirse con la *bauta* se veía algo tan habitual entre los venecianos que había dejado de ser un disfraz para convertirse en un atuendo común que consistía en llevar un manto, un cendal que cubriera la cabeza y los hombros, y un sombrero negro de tres picos. Aunque su pieza más característica se conocía con el nombre de *larva*, una máscara blanca de yeso o cartón piedra que ocultaba tres cuartas partes de la cara, dejando ligeramente visible la barbilla. Los *mascareri* la confeccionaban haciendo dos agujeros de forma elíptica para los ojos y respetando los relieves de los pómulos y de la nariz, a partir de la cual moldeaban un gran pico hueco; con lo que además de permitir comer y beber sin necesidad de quitársela, la *larva* se convertía en una caja de resonancia que distorsionaba la voz.

Desde luego que los dos enmascarados no habían pasado inadvertidos para don Fernando. Por su complexión y sus ademanes, estaba casi seguro de que se trataban de los mismos hombres que los seguían con escaso disimulo desde el día anterior. Sin embargo, le tranquilizaban las palabras del difunto

dogo en que le avisaba de que aquello ocurriría.

Tras pagar la comida y transmitir los parabienes a Tacchini, que este agradeció exagerando aún más sus gestos, el doctor Zúñiga se detuvo brevemente ante los dos hombres ataviados con la *bauta*.

—*Buongiorno*. Nos vamos a descansar un poco. Entraremos a la residencia Malipiero por la explanada de la iglesia de San Samuele. Podéis beber la jarra de vino con tranquilidad. No nos moveremos en unas horas — les susurró en un tono jocoso.

Uno de ellos se incorporó de repente, lo que provocó que los dos españoles dieran un paso atrás y echaran mano de su espada; si bien, su único gesto fue hacerles una reverencia.

—Descansad, vuestras mercedes. Tenéis tiempo hasta esta tarde antes de que anochezca. La doctora Corner os espera a las veintitrés y media en su residencia —dijo en castellano, ante la mirada atónita de su interlocutor.

Jamás pensó que un breve paseo en góndola le provocaría semejante vértigo. Desde que el enmascarado le comunicara su cita con Elena Corner Piscopia sin atender a ninguna de sus preguntas posteriores, don Fernando intentaba empujar las horas, tercas en su inmutable recorrido. Por fin, las manecillas de su reloj enfilaban el camino de las cinco de la tarde, las veintitrés y media venecianas calculadas *grosso modo* por la mente inquieta de un doctor Zúñiga que no se reconocía a sí mismo.

Cierto era que estaba cansado. Pero si bien perduraban sus anhelos de dormir con placidez, después de varios días de navegación, su agotamiento se agudizaba por las sensaciones acumuladas desde su llegada a una ciudad cuya peculiaridad no invitaba a encajar con sosiego cuanto le acontecía. A pesar de haber pasado la mayor parte del día en su alcoba, tumbado bocarriba sobre una comfortable cama, sus ojos enrojecidos apenas se habían cerrado por culpa de ese runrún de pensamientos que se amalgamaban en su cerebro hasta convertirse en una anarquía malévola empeñada en mantener su insomnio.

Hacía años que no se sentía tan perdido. En los tiempos que le ocurría algo así, vagaba de noche por las calles de Salamanca para terminar indefectiblemente junto a la tumba de su esposa en la iglesia de San Benito, más en busca de reunirse con su alma que de velar por sus restos. Sin embargo, ahora se encontraba fuera de su hogar, asomado a una ventana desde la que divisaba sin mirar un mundo desconocido, marcado por una belleza inhóspita, que avivaba todas sus dudas. Y por más que proyectara una imagen de cierta arrogancia, se veía incapaz de engañarse a sí mismo cuando afloraban sus inseguridades.

Abajo le esperaban la góndola de Tomasso y el *bragozzo* de los dos

enmascarados, que ya no se preocupaban en disimular, si bien el doctor Zúñiga no tuviese la certeza de que fuesen siempre los mismos hombres. Ni siquiera le apetecía tomar conciencia de que la incertidumbre, lejos de agudizar sus sentidos, relajaba su guardia. Bajando los peldaños que conducían a la puerta de agua, se volvió a preguntar qué pasaría si Venecia decidía no intervenir en la liga contra el turco y por qué había aceptado participar en una investigación que no le importaba más allá de satisfacer una curiosidad que se empeñaba en acompañarle. Aunque lo que más le inquietaba era estar a la altura de las circunstancias en su cita con Elena Corner.

El gondolero regresó con Pelayo al Palazzo Malipiero, dejando solo a don Fernando a los pies de una escalinata esmaltada de verdín por la que se accedía a un zaguán cerrado por cinco arcos de herradura. Un criado le guio por una suntuosa escalera hasta la planta principal, donde una mujer vestida de negro le aguardaba en una logia porticada. Para llegar a ella, el visitante tuvo que atravesar un salón largo y estrecho decorado con elegancia pero sin ostentación, donde por encima del mobiliario destacaba una pequeña pinacoteca con obras de Tiziano, Jacopo Bassano y Johann Carl Loth que cubrían unos mármoles y estucos a los que don Fernando comenzaba a acostumbrarse. La lámpara de araña con las velas encendidas y un clavicordio junto al ventanal conferían a la estancia un cierto aire hogareño.

—Estáis en vuestra casa, doctor Zúñiga —saludó la anfitriona a modo de bienvenida.

—Sois muy amable invitándome, doctora Corner Piscopia —respondió, acercándose hacia la galería.

—¡Oh! Eso ha sonado demasiado protocolario.

De no haber sido por que los ropajes de la anfitriona se asemejaban en exceso a unos hábitos monjiles, en los que resaltaba la medalla de San Benito colgada sobre su pecho, el vizconde de Castañar hubiera percibido en ella un ligero tono de coquetería.

—Es la verdad. Hasta dudaba de la autenticidad de la cita —dijo él, al llegar a su altura, mientras hacía el ademán de besarle la mano.

—¿Por eso enviasteis a confirmarla a vuestro asistente a mediodía?

—Os ruego que me disculpéis, pero desde que llegué ayer a Venecia me está resultando todo demasiado extraño.

—En eso lleváis razón. No creáis que suceden estas cosas a diario — contestó ella, al tiempo que ambos contemplaban con apariencia distraída el trajín de embarcaciones que a esas horas aún transitaban por el canal.

—Si bien me han comentado que domináis varios idiomas, me llama la atención que habléis el mío con tanta fluidez.

—Le tengo especial cariño al castellano. Hace quince años, traduje un libro escrito por un monje cartujo a principios de siglo: *Colloquio di Christo Nostro Redentore*.

—Estoy seguro de que vais a sorprenderme con asiduidad. El dogo, que en paz descansa, no podía haberme puesto en mejores manos... o mejor dicho: en mejor mente.

—Exageráis —dijo con la sonrisa en la boca—. Esta mañana me visitó Silvestro Valier para ponerme al día de cuanto aconteció ayer en el Palacio Ducal; en particular, en lo referente a ese mensaje *anónimo* y para pedirme en nombre de la Signoria que trate de ayudaros. Aunque no se me ocurre qué puedo hacer, estoy a vuestra disposición.

—Pues os confieso que ando bastante perdido.

—Estoy segura de que ya barajáis varias hipótesis. No en vano me han informado de que sois el mejor investigador español. ¿Tenéis ahí el anónimo?

—Claro. Leedlo vos misma —respondió él, *tras sacarlo de su faltriquera*.

—«Venecia se hundirá bajo su sangre con la Cuaresma. La conjura vencerá» —tradujo Elena, con la voz trémula.

—Tiritáis. Hace frío. Será mejor que prosigamos dentro.

Ella le miró desconcertada, quizás poco acostumbrada a dejarse proteger por un hombre.

—Tenéis razón. Y soy una desconsiderada por no haberos ofrecido ni siquiera un café —le respondió mientras cerraba la ventana tras de sí.

—No os preocupéis. Nunca lo probé.

—¿No? —preguntó, extrañada—. ¿No ha llegado todavía a España?

—Sí que ha llegado no hace mucho, si bien no es muy popular.

—Pues aquí se está empezando a convertir en una tradición tomarlo a esta hora. Venecia adora el café y yo no podría ya pasar sin él. Hasta han abierto una tienda bajo la Vieja Procuraduría de la plaza de San Marcos. ¿Preferís un

chocolate?

—No os lo despreciaré —sonrió ahora don Fernando—. Es mi bebida favorita. Si puede ser, aderezado con un poco de canela.

—¡Por supuesto!

Ella se acercó a la puerta y dio instrucciones al asistente apostado en el pasillo.

—¿Qué pensáis de la nota? —quiso saber el doctor Zúñiga, aproximándose a la chimenea encendida.

—No me preguntéis por qué pero tiene visos de que su autor cree en lo que ha escrito.

—Os confieso que no sé por dónde empezar —reconoció él, sin ser consciente aún de que la presencia de aquella mujer le reconfortaba.

—Queda un mes para que empiece la Cuaresma. Supongo que nos llegarán más noticias al respecto. Tendremos que tener un poco de paciencia, si es que finalmente ocurre algo extraordinario.

—Me gustaría que me hablarais de la ciudad.

—¡Vaya! Pues hay tantas cosas que contar que ahora me temo que tal vez ese mes se nos quede corto. ¿Por dónde queréis que empiece?

—No sé. Me place escuchar viejas historias y leyendas, de esas que no figuran en los libros, de esas que se transmiten de padres a hijos, a veces cargadas de superstición. ¿De dónde viene el nombre de Venecia?

—Cuentan que los hunos y los romanos bautizaron con el nombre de véneto a un pueblo guerrero que habitaba en la región de Paflagonia, al norte de la península de Anatolia, por su devoción por Venus. Según parece, ellos fundaron nuestra ciudad allá por el año 421 después del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Así que es posible que Venecia tomara su nombre de la diosa más voluptuosa.

—Eso explicaría unas cuantas cosas —respondió el doctor Zúñiga, provocando la risa espontánea de Elena.

—Nos os dejéis llevar por las apariencias.

—En absoluto. Jamás lo he hecho. Pensaba en que el planeta Venus se caracteriza por ser visible en el cielo tanto justo antes del amanecer como recién puesto el sol. En la mitología grecorromana, Venus es al mismo tiempo la diosa de la noche y de la mañana.

—La noche para el amor y el día para la guerra.

—¿Es vuestro resumen de la idiosincrasia veneciana?

En ese momento, unos golpes en la puerta precedieron a su apertura. Por la misma entró un asistente que depositó una bandeja sobre la gran mesa de roble que ocupaba el centro de la estancia.

—Yo lo serviré —le dijo ella, antes de que se retirara—. La idiosincrasia veneciana no es tan fácil de definir, doctor. Vos me diréis si tomáis el chocolate con azúcar.

—Me gusta amargo. Solo canela, por favor —indicó don Fernando, acercándole a Elena la silla a la mesa para luego tomar él asiento.

—Tenéis una mente despierta. Imagino que se os suscitarán muchas dudas.

—¿Os referís a la nota?

—Me refiero a todo en general.

—Cuanto más viejo me hago, más dudo.

—Os entiendo a la perfección. ¿También de Dios?

—No seréis un familiar del Santo Oficio —contestó el vizconde, esbozando una sonrisa—. Quizás llegue la época en que podamos dudar de su existencia; sin embargo, todavía no nos está permitido hacerlo... al menos en público. Lo que sí puedo deciros es que no profeso la misma devoción que vos, a quien os supongo oblata benedictina. Por cierto, el chocolate está exquisito —dijo don Fernando, acaso tratando de quitar hierro a su conjetura.

—Gracias, pero insisto en que deberíais probar algún día nuestro café. Veo que os gusta estar bien informado o a lo peor es que sois sumamente observador.

—Vos tampoco os quedáis atrás. Esa pregunta sobre Dios...

—Intuyo que no estáis en paz con Él.

—La muerte de mi esposa me sumió en una profunda crisis de fe, contra la que luché cada día.

—¡Oh! Lo siento. Ignoraba que fueseis viudo.

—Sucedió hace tiempo, cuando nació la menor de mis dos hijas. Ambas se encuentran ahora en un convento de monjas clarisas en Salamanca.

—¿Y no os habéis vuelto a casar?

—Sigo enamorado de ella. Y fiel a su memoria.

Las últimas palabras del doctor Zúñiga calaron en el corazón de Elena

Corner Piscopia con el mismo ansia con que recibe la tierra seca a las gotas de rocío.

—Sin duda, sois un hombre extraordinario.

—¿Y me lo dice la única mujer laureada del mundo?

—Vine a él con un don. Y tuve la suerte de nacer en una familia que me proporcionó la oportunidad de desarrollarlo. Por eso, he consagrado mi vida al estudio. Se lo debía a Dios.

—Es muy loable por vuestra parte. Imagino que estaréis disfrutando con la reunión de científicos que se está celebrando en la Biblioteca Marciana.

—No sabéis lo que significa para mí escuchar las teorías de los más grandes polímatas de Europa, si bien algunas no las entienda o no las comparta —dijo Elena, con la cara iluminada—. Estamos debatiendo sobre la vigencia del pensamiento de Aristóteles. Si os apetece, podéis acudir.

—Solo soy un humilde catedrático de medicina. Y aunque sea un ávido lector, me temo que mis conocimientos científicos no son suficientes para poder entender vuestras disertaciones.

—Estoy segura de que sabéis más de lo que decís.

—Confieso que me interesaría escuchar lo que se dice acerca de Dios y la ciencia.

—¿Pensáis acaso que no van de la mano? Sabed que la mayoría de los sabios son religiosos.

—Quizás tenga que ver con que los libros se guardan en los conventos. Vos misma me estáis contando que en ese cónclave se está analizando la vigencia del pensamiento de Aristóteles, que vivió siglos antes del nacimiento de Jesucristo. Y parece ser que el filósofo griego nunca se refirió a ningún dios en el sentido de creador del mundo, sino a un primer motor inmóvil como la causa del inicio de todo movimiento en el universo.

—Vuestro escepticismo solo es comparable a vuestra sabiduría —esta vez fue la voz de Elena la que delató su admiración.

—No por adquirir conocimientos se es más sabio. Además... quien añade sabiduría, añade dolor.

—Eclesiastés. Capítulo 1, versículo 18. No imaginaba que fuerais a citar la Biblia.

—¿Y no estáis de acuerdo?

—No pensaréis que voy a dejarme llevar a vuestro terreno —rio ella de buena gana, provocando el solaz de su interlocutor.

—Confío en que podamos seguir conversando.

—Seguiremos... Al menos, hasta que encontremos al autor de ese anónimo.

—¿No creéis que simplemente ha intentado infundir temor?

—No lo sé, pero tras conoceros estoy segura de que lo averiguaréis.

—Me sobreestimáis, sin duda. Me preguntaba si el anónimo tiene algo que ver con el robo del cuadro de Nuestra Señora de Nicopeia.

—¿Lo han robado? —preguntó ella, con estupor.

—Creí que Valier os lo habría contado.

—¡No! ¡Y es horrible! Se trata de una de las imágenes más queridas de la ciudad.

—Siento que os aflijáis así. ¿Qué sabéis de ese icono?

—La leyenda dice que lo pintó san Lucas, aunque eso no es posible ya que al parecer data del siglo IX. Se encuentra... o se encontraba en su marco bizantino original de plata dorada, con esmaltes de oro, perlas y piedras preciosas. Representa a la Virgen con el niño. Los emperadores bizantinos lo llevaban consigo a las batallas para que los ayudara a conseguir la victoria.

—¿Cómo llegó a Venecia?

—Desde Constantinopla, en la Cuarta Cruzada.

—Me estáis hablando de principios del siglo XIII.

—Año 1204. ¿No conocéis lo que ocurrió?

—Sé que los cruzados no llegaron a Tierra Santa.

—Porque se dedicaron a saquear Constantinopla. Aquel fue uno de los capítulos más negros de la historia veneciana, doctor... por el que Europa mucho me temo que jamás dejará de pagar.

Constantinopla era la ciudad más rica del planeta hasta que en aquellos fatídicos días de abril de 1204 los integrantes de la Cuarta Cruzada cambiaron sus planes iniciales de recuperar Tierra Santa para conquistar la grandiosa capital de Bizancio, el Imperio Romano de Oriente, aprovechando sus luchas internas.

Tras la victoria, los cruzados la saquearon durante tres días de modo salvaje, amparándose en las leyes de la guerra que lo permitían si la ciudad no capitulaba una vez abierta la brecha en sus murallas. El testimonio de cuanto allí aconteció perduraría gracias a los relatos del historiador local Nicetas Choniates que no podía dar crédito a que seres humanos llamados a sí mismos cristianos cometieran tamañas atrocidades.

Los cruzados destrozaron imágenes sagradas y arrojaron las santas reliquias de los mártires a lugares vergonzantes, profanando el Gran Templo. Destruyeron su altar mayor, una de las más bellas obras de arte creada por el hombre, y se repartieron los trozos. Metieron en él caballos y mulas para cargar mejor los sagrados cálices, el oro y la plata del trono, el púlpito, las puertas y cuanto pillaban a su paso. Cuando alguna de las bestias resbalaba, la atravesaban con su espada, mancillando la iglesia con sus despojos. Entronizaron a una ramera en el trono del Patriarca para lanzar insultos contra Jesucristo mientras ella cantaba canciones obscenas y danzaba de forma licenciosa. Tampoco mostraron consideración con las doncellas inocentes, las virtuosas matronas e incluso las vírgenes consagradas a Dios. En las calles, en las casas y en las iglesias no se oían sino gritos y lamentos.

Pero en tanto los francos y los flamencos se entregaron con frenesí a la

destrucción generalizada, los venecianos sabían reconocer la belleza. No en vano, allí se hallaban miembros de las principales familias de la Serenísima República. Y cierto es que también robaron, rapiñaron y saquearon aunque tuvieron a bien conservar las obras de arte, enviándolas a Venecia. Testigos mudos de aquella barbarie son algunos de los tesoros, esculturas, relieves y reliquias que se conservan en la basílica de San Marcos, en cuya fachada encontraron nueva morada los cuatro caballos *de bronce* que habían presidido el Hipódromo desde la época del emperador Constantino.

El Imperio bizantino no solo perdió sus riquezas. A pesar de que reconquistara su capital seis décadas después, nunca recobraría su antigua hegemonía ni tampoco gran parte de sus posesiones perdidas. Una Bizancio fuerte podría haber detenido a tiempo el posterior avance de los turcos. Sin embargo, aquella absurda batalla se convertiría a la larga en una de las mayores tragedias de la cristiandad. Y es que Europa se vería aún más amenazada por los deseos de conquista otomana a partir del día en que unos hombres que luchaban con la cruz de Cristo en el pecho, liderados por un dogo veneciano, destruyeron Constantinopla.

De regreso al Palazzo Malipiero, don Fernando de Zúñiga cavilaba sobre las paradojas caprichosas de la historia. Los detalles que le acababa de relatar Elena Corner Piscopia de un acontecimiento que él conocía someramente no hacían sino refrendar su desprecio por la ceguera de los hombres ante el deslumbramiento efímero de los tesoros terrenales. Quien lucha por dinero renuncia a los valores que han de sostener a un hombre o a una nación.

Con una fina lluvia helada que parecía suspendida en el aire, calándose en sus huesos a duras penas cobijados bajo el *felze* de la góndola, pensaba en que si los venecianos no hubiesen saqueado Constantinopla casi quinientos años antes, ahora no tendrían que debatir si se unían a la liga cristiana contra los turcos, y él estaría leyendo un libro junto a la chimenea de su biblioteca en su casa de Salamanca.

Pero la realidad era bien distinta y el futuro de Europa volvía a estar en juego porque, por muy desmemoriada que sean las naciones, la historia es tozuda y los errores terminan siempre marcando su destino.

Le sacó de su ensimismamiento un grito familiar procedente de una de las ventanas que daban a la plaza de San Samuel, a cuyo pequeño muelle se

encontraba a punto de llegar. La oscuridad de la noche, inmersa en una aciaga luna nueva, apenas le permitió atisbar lo que ocurría aunque el sonido del primer choque de espadas le resultó inconfundible. Enseguida se echó mano a la suya por puro instinto en tanto Tomasso, armado con el remo, se bajaba gritando de la góndola sin pararse a atracarla.

Todo había transcurrido muy deprisa. Pelayo se hallaba asomado aguardando impaciente el regreso del doctor Zúñiga cuando vio llegar a pie al joven anfitrión de la casa, embozado en una capa, con la cara ya descubierta. Gasparo Malipiero no se percató de que dos individuos, apostados tras la iglesia, se le acercaron con sigilo por detrás. Uno portaba una espada y el otro un puñal. Fue el grito de Pelayo lo que le advirtió con el tiempo justo de proteger su espalda contra el portón mientras desenvainaba su estoque para detener con destreza el primer mandoble y asestarle una cuchillada en el brazo al enmascarado que pretendía apuñalarle.

La llegada furibunda de Tomasso coincidió con la de Pelayo armado con su ropera, lo que provocó la huida de los asaltantes. El doctor Zúñiga casi no pudo ni acercarse, ya que bastante tuvo con descender de la góndola antes de que esta quedara a la deriva en el canal.

—Ha faltado poco —sonrió Gasparo—. Si no es por ti no lo cuento —le agradeció a Pelayo.

—Ha sido casualidad —dijo este, también jadeante.

—Y por la bravura de Tomasso —apuntó don Fernando, acentuando el orgullo del gondolero.

—Hoy no me tocaba morir —comentó el joven Malipiero.

—¿Tenéis enemigos? —preguntó el vizconde.

—No que yo sepa. Aunque uno nunca está libre de un marido celoso —respondió Gasparo, jocoso—. Hasta ahora no me había ocurrido nunca nada parecido. Creo que tendré que empezar a guardar ciertas precauciones. Los avisos hay que escucharlos... eso sí, a partir de mañana. Hoy tendríamos que celebrarlo. Vayamos todos a ver la ópera del teatro Sant'Angelo. Queda muy cerca de aquí. Luego brindaremos con vino.

—¿No teméis a esos forajidos? —preguntó don Fernando.

—Iremos con las máscaras. En mi casa hay *bautas* para todos. Y esos tipos eran unos cobardes. No regresarán.

—Os lo agradezco, pero tengo intención de acostarme —contestó don Fernando, con la voz cansada—. La edad no perdona. Pelayo os acompañará.

Media hora después Gasparo y Pelayo se encontraban en un palco de uno de los teatros que estaban floreciendo en la ciudad en los últimos años para acoger a los numerosos venecianos enfebrecidos por acudir a las representaciones de un moderno género musical, recién bautizado como ópera. Tomasso prefirió acomodarse junto a sus colegas, quienes acudían en masa a los teatros para incorporar a su repertorio sus adaptaciones particulares de algunas de las piezas de las óperas que escuchaban. No en vano, la música formaba parte de sus vidas. Si por algo se distinguía un gondolero, además de por su discreción y por el manejo de su embarcación, era por cantar de memoria *Jerusalén liberada*, un famoso poema épico en octavas reales, compuesto por Torquato Tasso, uno de los más grandes poetas en lengua italiana.

A pesar de no entender el idioma, Pelayo asistió sorprendido a la puesta en escena de *La coronación de Darío*. Emboscado tras su máscara, invadido por el sonido majestuoso de la orquesta, sintió que se transformaba. Por momentos, se vio alejado de Zamora, de su amada Leonor e incluso del doctor Zúñiga. Y eso le hizo estremecerse.

Al salir de teatro, Gasparo saludó con una leve reverencia a un hombre que iba acompañado de un niño de escasa estatura, ambos ataviados con la *bauta*.

—¿Cómo sois capaz de reconocerles? —preguntó Pelayo.

—Es Vivaldi, mi barbero.... Y un excelente violinista. Poca gente viene acompañada por un niño de tan corta edad. Su hijo ya es un pequeño virtuoso. ¿Vamos a tomar ese vino? Tomasso se habrá ido con sus amigos gondoleros.

—Podemos ir a la taberna de Tacchini.

—¡Vaya! ¡Ya conocéis a Tacchini! Me parece una excelente idea —aplaudió Gasparo.

Ya asentados en el *bacaro*, las pequeñas confidencias se fueron sucediendo a medida que avanzaba la velada y se agotaba el contenido de la primera jarra.

—Así que el doctor Zúñiga ha visitado a la mujer más famosa de Venecia —comentó el joven Malipiero.

—¿La conocéis?

—Todo el mundo la conoce. Por cierto, su padre añadió Piscopia a su Corner original para distinguirse de los otros Corner... ahora que ha logrado que su hija sea doctora. Sin sus influencias, no hubiera sido posible. Además se ha empeñado en que ninguna otra mujer lo consiga. Al poco tiempo de la ceremonia de Elena se opuso al intento de Carla Gabriella Patin, una muchacha hija de un médico y no de un noble.

—¿Y por qué Piscopia?

—La historia de Giovan Battista Corner sí que es digna de una ópera. La sociedad veneciana no le perdonó que un patricio tuviera hijos con una prostituta a la que llamaban Valdesabia, por ser oriunda de ese valle de Brescia. Hasta que no nació su cuarto hijo no vivieron juntos. Y se casaron después de que Elena cumpliera los ocho años. Giovan Battista tuvo que pagar una fuerte suma de dinero para que dos de sus hijos varones pudieran ser inscritos en el Libro d'Oro. Por eso, cuando Elena comenzó a demostrar su talento, su padre vio la oportunidad de recuperar el prestigio de su familia. Y entonces se colocó el Piscopia, un feudo chipriota en el que habían gobernado sus antepasados.

—Veo que estáis al corriente de cuanto acontece en Venecia.

—Y en especial en lo referente a las mujeres —rio Gasparo—. Es bueno estar informado porque nunca se sabe. Y hablando de mujeres... como fin de fiesta deberíamos visitar algún burdel.

Lejos de su patria, disfrazado y ligeramente embriagado, Pelayo dudó por un instante.

—Estoy ya cansado. Mejor lo dejamos para otro día —respondió, sin atreverse a confesar que jamás había estado en ninguno.

—Reconozco que yo también he tenido suficiente con mi amante de esta tarde —susurró Gasparo. ¿Vos no tenéis ninguna en España?

—¿Os referís a si tengo alguna mujer que...?

—A mujeres con las que hagáis el amor.

—Me temo que en mi patria no se funciona así —reconoció, en tono apocado.

—¿No amáis a ninguna mujer? No vayáis a decirme que...

—¡Oh, no, no! Si que amo a una mujer. Solo que...

—Contad.

—Solo que está recluida en un convento.

Gasparo le miró fijamente a los ojos durante unos segundos, acaso intentando adivinar si bromeaba antes de soltar una risotada hueca tras la *larva*.

—Me temo que voy a tener que daros algunas lecciones al respecto. Hoy os dispensaré, pero otro día tengo que presentaros a alguna joven veneciana.

Esta vez, Pelayo no respondió. De algún modo, sentía que estaba traicionando a Leonor. Porque en ese momento, quizás añublado por el alcohol, lo único que quería saber era dónde estaba Águeda, la preciosa esclava valenciana.

Un puñado de personas se arremolinaba ante la puerta de la *spezieria all'Ercole d'Oro* donde se exhibían unos extraños ingredientes de raras formas y colores. Sustancias en apariencia no susceptibles de ser incluidas en ninguna farmacopea decente. Junto a ellas, se encontraba un enorme mortero de bronce. Aunque lo que más llamaba la atención de los curiosos eran las víboras vivas encerradas en unas pequeñas jaulas.

Ese lunes el cielo veneciano mostraba una mirada encantadora. Si bien, las nubes seguían ancladas sobre la laguna, su gris resultaba más claro, dotando a los edificios de una luminosidad tan triste como subyugante.

Don Fernando y Pelayo no madrugaron en exceso. Después de un succulento desayuno, Tomasso los había llevado por el Gran Canal hasta el río di Noale para dejarlos en uno de esos puentes de madera cada vez más hastiados de la humedad. A pocos pasos, antes de llegar a la iglesia de Santa Fosca, se toparon con el gentío compuesto principalmente por mozalbetes que seguían con atención cada movimiento de las dos víboras enjauladas sin atreverse siquiera a acercarles un palo, no ya por miedo al ataque de los bichos sino al del viejo *spezier* Danilo Arranzi, célebre por sus malas pulgas.

La *spezieria all'Ercole d'Oro* era una de las cuarenta boticas, de las noventa existentes en la ciudad, autorizada a elaborar la triaca veneciana, la más afamada del mundo. De ahí que su ritual de fabricación se asemejara a una peculiar ceremonia que cuidaba cada detalle. La calidad de las especias exóticas, importadas de Oriente a precios asequibles, tenía mucho que ver con la reputación de este electuario. Tanto los productos foráneos que se conservaban temporalmente en la isla del Lazaretto Nuovo, como los marineros que los traían, pasaban la cuarentena para evitar el riesgo de

contagio de la peste. Luego estas sustancias se exponían durante tres días antes de que el *spezier* se dispusiera a desecarlas y triturarlas con la ayuda de un mancebo vestido para la ceremonia con túnica blanca, calzas encarnadas, bufanda amarilla y una birreta azul coronada con una pluma escarlata. De esta manera, se conseguía la pasta obtenida de carne de víboras vivas, testículos de ciervo, poso de vino seco, opio, castóreo, betún de Judea, zumo de regaliz, díctamo de Creta, madera de aloe, azafrán, rosas rojas, canela de Ceilán, benjuí, champiñones de París y así hasta sesenta ingredientes, a cual más sorprendente, entre los que destacaba el asta del unicornio si bien no era más que un diente de narval. Para concluir, se usaba un mortero de bronce en el que disolvía la mezcla obtenida en trementina, vino y miel ante la atenta mirada de los funcionarios de la ciudad y del público asistente.

Con el tiempo, las fórmulas se habían complicado y cada *spezier* buscaba mejorar los efectos del viejo elixir impulsado por Galeno. Por eso, a pesar de que los componentes se dejaran a la vista de la concurrencia, su extracto nacía de un proceso casi alquímico del *spezier*, que se guardaba muy mucho de desvelar sus secretos. Aunque la triaca se elaboraba una vez al año, coincidiendo con la época primaveral en la que resultaba más fácil encontrar víboras, algunas boticas tenían tal demanda que se les autorizaba su fabricación con más frecuencia.

Los médicos recomendaban esta panacea para combatir cualquier enfermedad contagiosa, incluida la peste; la recetaban como remedio para las mordeduras de perros, escorpiones y serpientes; y estaban convencidos de que curaba los dolores de estómago, las fiebres pútridas, la tuberculosis y hasta los problemas de visión. En definitiva, se trataba de una poción mágica.

—Están locos estos venecianos —murmuró muy serio Pelayo, después de que el doctor Zúñiga le hablara de la triaca cuando se encontraban ligeramente apartados del grupo, que se iba renovando a medida que decrecía su interés por el escaso movimiento de las víboras.

—Será mejor que entremos —respondió sonriente don Fernando.

El anciano Danilo Arranzi vendía sus famosas píldoras purgativas del *Piovan* a una mujer con aspecto de criada, detrás de un impresionante mostrador de madera maciza de nogal. A su espalda, se erguían unos armarios igual de suntuosos, ricos en decoraciones y esculturas, que albergaban multitud

de albarelos de cerámica alineados a la perfección. Tras terminar de despachar, fijó su mirada cansada en don Fernando.

—*Bongiorno, cavaliere*.

—*Bonum mane* —respondió el vizconde, iniciando la conversación en latín—. Quería triaca. Tengo entendido que es la mejor de Venecia.

—Lo es —refunfuñó orgulloso el *spezier*—. ¿Qué os ocurre?

—Me he despertado esta mañana con un fuerte dolor estomacal.

—Ya. Entonces sanaréis pronto. ¿De dónde venís? ¿De España?

—Sí. Soy médico, doctor en Salamanca.

—¡Ah, Salamanca!

—¿La conocéis?

—A través de los libros.

—Os gustaría visitarla.

—Ya soy demasiado viejo para viajar.

—Yo también me hago viejo. Y, sin embargo, aquí me tenéis. Lejos de mi casa —dijo don Fernando sin abandonar una sonrisa amable con pretensiones embaucadoras—. Debe de ser muy reconfortante que vuestros medicamentos sean tan prestigiosos.

—Lo es —repitió Danilo Arranzi.

—Supongo que sería un atrevimiento por nuestra parte conocer el templo donde los elaboráis.

El *spezier* dudó durante el instante en que contempló los ojos de su interlocutor. Acto seguido, aprovechando que no había clientes en ese momento, cerró la puerta de la calle y les hizo un gesto a los dos visitantes para que le acompañaran a una sala contigua apenas iluminada donde se amontonaban recipientes, en su mayoría de cristal, que contenían decocciones, especias y una gran variedad de hierbas medicinales. En el más pintoresco se encontraban sumergidos cien escorpiones en abundante aceite de oliva. Pelayo se detuvo a examinarlo sin disimular su estupefacción.

—*Olio di scorpioni* para curar las heridas —aclaró el *spezier*—. Junto con la *theriaca*, el *mitridatum* y el *castoreum* es lo más demandado.

—Es sinceramente asombroso —exageró don Fernando mientras su mirada se clavaba en un albarello abierto en el que se veía una especie de resina pegajosa marrón.

—¿Os fijáis en el opio? —preguntó receloso Danilo Arranzi.

—¿Opio? No, en absoluto. Admiraba el tarro. Es una pequeña obra de arte.

—Los traigo de Bassano, si bien lo que más me gusta de esa ciudad es su *grappa* —bromeó el *spezier*, haciendo referencia a su famoso aguardiente de orujo.

—No hay mal del alma que no cure un buen trago —respondió el doctor Zúñiga manteniendo su tono jocoso, sin dejar de agudizar sus fosas nasales como si quisiera recordar los aromas que invadían la estancia. De repente, le dio un vuelco el corazón. Entre tanta planta aromática, percibió que de algún sitio procedía un inconfundible olor a aceite dulce de vitriolo. El mismo que no había sido capaz de identificar en la alcoba del difunto dogo.

—Entonces, ¿os gusta mi Sala de Venenos?

—En realidad, impresiona. Aunque supongo que lo que más os ha de congratular es haber abastecido al mismo dogo.

—¿Cómo sabéis eso? —preguntó Arranzi, alzando su guardia.

—Si estoy aquí es porque vengo recomendado por el consejero Silvestro Valier.

—Ya —murmuró entre dientes el farmacéutico.

—¿Llevabais vos mismo la triaca al Palacio Ducal o enviabais a un mancebo?

—No tenéis aspecto de que os duela el estómago. ¿Quién sois?

—Os lo he dicho. Un médico español.

—Será mejor que os despache vuestra medicina y os marchéis.

El doctor Zúñiga, percatándose de que no conseguiría información ni con la verdad ni con la mentira, realizó un último intento ya sin disimulo.

—¿Quién ha podido alterar la triaca que tomó el dogo antes de anoche?

—Doctor...

—Zúñiga.

—Doctor Zúñiga o como quiera que os llaméis... id con Dios.

—Se trata de un asunto importante para la República —insistió don Fernando.

Danilo Arranzi volvió a dudar. No solía equivocarse con las personas y había algo en el talante de aquel doctor que le inspiraba respeto.

—Llevaos la triaca. Os la regalo.

—¿Cómo llegaba a palacio? —preguntó por última vez el vizconde en un tono que delataba una súplica revestida de honestidad.

—El médico del dogo venía a recogerla en persona —susurró el viejo *spezier*.

El Senado tenía que decidir la participación de Venecia en la guerra contra los turcos y el Consejo Mayor elegir un nuevo dogo. Todo ello con carácter inminente, por lo que la actividad en el Palacio Ducal resultaba más frenética de lo habitual. El trajín de personas era continuo en cada uno de los pórticos del patio, por donde lo mismo pasaba una cohorte de senadores que un grupo de criadas volviendo del mercado con la compra del día en dirección a las cocinas de la planta baja.

La comitiva que acompañaba al consejero Silvestro Valier se encontraba departiendo junto a uno de los dos majestuosos pozos de bronce del patio, por lo que don Fernando de Zúñiga le encontró con facilidad nada más acceder al recinto. Su reloj de bolsillo marcaba las doce en punto, en tanto que las agujas del que presidía la fachada colindante a la basílica ya habían rebasado las seis en una esfera de doce números romanos.

—Las dieciocho pasadas —le susurró el vizconde a Pelayo, en tono jocoso.

—No sé cómo diantres saben que es mediodía si aquí no sale el sol ni por equivocación y sus relojes no hay quien los entienda —contestó el muchacho.

Antes de que don Fernando pudiera replicarle, se les acercó Silvestro Valier con el gesto más circunspecto de lo habitual, separándose del grupo.

—¿Cómo está transcurriendo vuestra estancia en la ciudad, doctor Zúñiga?

—Digamos que no me estoy aburriendo.

—Ninguna persona inteligente se aburre jamás en ningún sitio.

—Esa es una gran verdad.

—Doctor, me gustaría comentaros algo —le dijo Valier, asiéndole suavemente del brazo para poder susurrarle a solas—. Es posible que vuestra

investigación vaya bien encaminada. Sin embargo...

—¿Qué ocurre?

—Disculpad que os lo comente de este modo, pero no soy hombre de rodeos. Opino que deberíais ser más cauto.

—¿Más cauto? No os entiendo.

—Desde que le visteis en la alcoba, sospecháis que alguien haya podido adelantar la muerte del dogo.

—Adelantar una muerte, decís. Bonito eufemismo. Hay quien a eso lo llama asesinar —dijo don Fernando, molesto porque intuía los motivos del reproche.

—Lo que pretendo deciros es que no es... prudente difundir esas sospechas, que no digo yo que no sean fundadas —respondió el veneciano, tratando de suavizar con la voz la brusquedad de sus palabras.

—¿Difundir? Con nadie las he compartido, salvo con mi asistente. Y os aseguro que antes se dejaría arrancar la lengua que revelar un secreto. Yo no tengo la culpa de que cada paso que damos en Venecia sea observado por no sé cuántos ojos, ni de que cada una de nuestras conversaciones sean de dominio público al instante.

—Sugeristeis esta mañana al *spezier* Danilo Arranzi que la triaca del dogo pudo ser manipulada.

—Simplemente le formulé una pregunta. Ya veo que esa charla ha llegado al palacio antes que nosotros y, por lo que parece, más manipulada que la triaca.

—Vuestras pesquisas tendrían que encaminarse por otros derroteros.

—Lamento deciros que apenas tenemos pistas. Y que estáis preocupados con el mensaje anónimo de la conjura.

—Quizás no sea más que el escrito de un loco.

—Quizás. Y, no obstante, si yo fuera veneciano no me tranquilizaría saber que la mente de un loco maquina cómo dañar a la República.

—¿Y si esa locura fuese inocua?

—No pretenderéis decirme que abandone la investigación.

—No, doctor. Solo que hagáis las averiguaciones en secreto. No hay necesidad de alarmar en vano a los venecianos. Imaginaos que se corre la voz de que el dogo ha sido asesinado. No sería bueno para nadie.

—Mas es preciso conocer lo que ocurrió. Si de verdad su muerte no fue natural y quién se ocupó de ponerle un espejo en la mano. ¿Está aquí su médico?

—Por lo que os he dicho, no consideramos necesarios más interrogatorios. Además, mucho me temo que os sería de poca utilidad.

—¿Qué queréis decir?

—No encuentra el tarro que contenía la triaca que tomó el dogo la tarde antes de su muerte.

—¿Eso os ha dicho el médico?

—Así es. La echó en falta la mañana siguiente.

—¿Dónde se guardaba?

—Bajo llave, en la alacena de un pequeño dispensario contiguo a las cocinas.

—¿Quién tenía acceso a él?

—Doctor... en teoría nadie más que el médico y el propio dogo; en la práctica, cualquiera que sea capaz de forzar cerraduras. Por eso, no creo que obtengáis ninguna información del médico. Goza de nuestra máxima confianza. No digo que la triaca del dogo no fuera alterada, máxime cuando alguien se ha tomado la molestia de que no se pueda comprobar. Pero si alguien lo hizo, tened la certeza de que no fue él. Eso sí, pensad que moverse por el palacio sin ser visto, aunque sea de noche, no es tarea fácil.

—Puede que tengáis razón y mis conjeturas se diluyan en agua de cerrajas.

—¿En qué?

—Nada. Un dicho de nuestra tierra. No descarto estar equivocado — mintió don Fernando.

—Entended que las preocupaciones de la República ahora van más allá. En estos días el Senado debatirá sobre la cuestión que os ha traído hasta aquí. En breve sabremos si Venecia se embarcará en una nueva guerra.

—¿Qué opináis que va a ocurrir?

—¿Inquieto?

—Sería petulante por mi parte negarlo.

—Las posiciones se encuentran muy igualadas. Los partidarios del historiador Michele Foscarini se pronunciarán en contra por el coste económico que supondría para la República, que ellos consideran que peca de

delirios de grandeza. Si bien, en honor a la verdad, confío en que prevalezca la impetuosa retórica de mi pariente Pietro Valier, defensor de que nos unamos a la Liga Santa.

—¿Cuándo estimáis que el Senado tomará la decisión?

—Ya os lo he dicho. En breve. Es posible que en esta misma semana.

No se equivocó Silvestro Valier. Dos días después, el miércoles diecinueve de enero, los embajadores extranjeros fueron convocados de urgencia en la sala del Colegio para comunicarles la decisión tomada por el Senado ante la atenta mirada de las pinturas de Tintoretto y del Veronés.

Elena Corner disfrutaba con las discusiones que se entablaban en torno a la figura de Aristóteles. El cónclave de polímatas discurría sin que se hubiesen evidenciado rencillas ni envidias entre aquellos hombres que, a pesar de sus diferentes puntos de vista, se respetaban. Ni siquiera la incipiente hostilidad entre Newton y Hooke, por sus disputas acerca de la paternidad de algunas teorías, iba más allá de unas cuantas miradas desdeñosas entre ambos. Incluso Boyle y Mariotte, que años antes habían formulado por separado una ley de gases, mostraban una amistosa complicidad.

Leibniz, que acababa de amparar el principio de no contradicción del filósofo griego, aunque defendía un procedimiento discursivo que fuera más allá de la lógica clásica de la deducción, escuchaba con atención las explicaciones del danés Nicolaus Steno acerca de las capas terrestres dejando claro su respeto por las Sagradas Escrituras. Una conciliación que, a todas luces, resultaba complicada de entender.

Según las Sagradas Escrituras el mundo permanecía inalterable desde su creación. Las montañas, los ríos y los mares habían sido creados por Dios en su configuración actual, y tenían una antigüedad calculada de unos seis mil años. La existencia de conchas marinas en las montañas era un hecho de difícil justificación para los científicos. La mayoría seguía la doctrina de la generación espontánea de Aristóteles. Algunos creían que los vestigios marinos se depositaron en el diluvio universal. Y otros incluso abogaban por que los fósiles eran piedras con formas caprichosas colocadas por Dios para adornar la Tierra.

Los argumentos del danés no convencieron a la mayor parte del foro, a pesar de que saliera en su defensa el médico Francesco Redi que terminaba de

demostrar que los insectos, al contrario de lo que se venía creyendo, tampoco nacían por generación espontánea.

La doctora Corner atendía embelesada las palabras pausadas de aquel obispo harapiento que llevaba alejado casi diez años de sus estudios científicos para adoptar una vida asceta en su empeño de evangelización de las ciudades hanseáticas, fieles a Lutero. Steno dominaba con igual destreza la geología que la anatomía. Sin embargo, exponía sus teorías sin vehemencia, como si renegara de ellas por no saber engarzarlas con la palabra de Dios.

A doña Elena ese hombre enjuto, prematuramente envejecido, le producía cierta ternura. Ahora entendía por qué había decidido dejar por unos días su labor de misionero. Se estaba despidiendo de la ciencia inmortalizada en sus libros, cansado de luchar por sus ideas científicas en busca ya solo del consuelo divino. Y eso que cuando decía que las capas terrestres contenían una narrativa sobre la evolución de la Tierra aún nacía un brillo en sus ojos. Por eso, poco le importaban las murmuraciones que provocaba su discurso, y mucho menos el mohín sarcástico que esbozaba Michel Vial, un químico francés que andaba obsesionado con la transmutación a quien el botánico sueco Olof Bromelius observaba con recelo.

Tras concluir Steno su exposición, Newton y Leibniz se dirigieron una breve mirada de asentimiento que provocó cierto consuelo en el obispo danés. No obstante, Elena Corner se sentía confusa. De ninguna manera perdería un ápice de su fe, pero observaba que a algunos de los cerebros más lúcidos de Europa les costaba encajar la religión en sus teorías científicas, algunas de ellas incluso formuladas empíricamente. Parecía que Dios se empeñara en frenar el pensamiento libre, lo que causaba desasosiego en la doctora veneciana que procuraba alejar de sí esas ideas llevando su mente a terrenos mundanos. En cualquier caso, esa noche tendría que ceñirse con fuerza el cilicio.

El recuerdo del médico español le sirvió de tabla de salvación momentánea. En ese instante, el viejo sacerdote francés Antoine Arnauld hablaba sobre su manual de lógica, que había elaborado respetando los razonamientos de las formas silogísticas de Aristóteles, si bien interpretaba el contenido de los términos según la nueva filosofía de Descartes, de quien se consideraba un ferviente seguidor. Sin embargo, la atención de Elena Corner

no se fijaba de pleno en el poderío arrebatador del Grand Arnauld sino en su inminente encuentro con el doctor Zúñiga para contarle una noticia que terminaba de conocer y que, a buen seguro, suscitaría su curiosidad. Incluso podría ayudarle en sus investigaciones.

Mientras, este se encontraba en el Palacio Ducal sentado de nuevo en la antecámara destinada a la espera de las delegaciones foráneas, junto a otros hombres entre los que identificó al marqués de Villagarcía, aunque ambos fingieron no conocerse. Todos eran conscientes de la importancia de la decisión veneciana que se les iba a comunicar de inmediato. El ambiente era gélido y los embajadores extranjeros apenas musitaban palabra entre ellos, por lo que intentaban disimular su tensión observando algunos de los cuadros de la estancia. Don Fernando se encontraba justo enfrente de una pintura del Veronés que representaba el momento en que Zeus en forma de toro blanco raptaba a Europa, la bella mujer fenicia que acabaría por dar su nombre al viejo continente. Europa ahora no estaba amenazada por el amor de un dios griego sino por el odio de un pueblo empeñado en aniquilar a los cristianos.

No tuvieron que aguardar mucho tiempo. En pocos minutos, fueron llamados a la sala en la que se encontraba reunido el Colegio. Se trataba de una majestuosa estancia, no demasiado grande, ornamentada sin escatimar en lujos con el objeto de impresionar a sus visitantes, rodeada de bancos corridos de madera absolutamente concurridos. Unas escaleras conducían a un estrado con siete sillones de madera incrustados en la propia decoración. En seis de ellos se encontraban acomodados los consejeros del dogo, a quien se le reservaba el asiento central, que curiosamente no se hallaba vacío sino ocupado por un hombre de unos sesenta y cinco años, de larga melena y frente despejada, vestido con una amplia túnica escarlata, que acariciaba a una pequeña gata recostada en su regazo.

Los extranjeros se quedaron en pie en medio de la sala, a la altura de una gran chimenea, si bien se le indicó al embajador imperial que diera unos pasos al frente. El hombre que presidía la reunión tomó la palabra.

—Me llamo Francesco Morosini. Súbdito de la Serenísima República de Venecia, *provveditore all'Armar* y aspirante al trono ducal —su voz sonó arrogante, como si estuviese seguro del resultado de las inminentes votaciones—. He sido elegido por el Senado para daros a conocer su decisión acerca de

nuestra participación en la guerra contra los turcos.

Quienes conocían la condición belicosa de Morosini, ya intuían el veredicto del Senado, normalmente dispuesto a no intervenir en asuntos extranjeros salvo en casos de extrema gravedad. Si no, no parecía lógico que fuera el más prestigioso veterano de guerra el encargado de oficializar la noticia.

—La Serenísima se sumará a la *Lega Santa*. Volveremos a derrotar a los turcos igual que ya hiciéramos en Lepanto. Yo mismo seré el encargado de comandar nuestras naves.

Tras el anuncio, Morosini esbozó una sonrisa de satisfacción enmarcada bajo su bigote. Llevaba décadas peleando contra el Imperio otomano. A pesar de su heroica resistencia de Candía, la capital cretense, los turcos finalmente habían conseguido arrebatarse la ciudad a Venecia después de casi un cuarto de siglo de asedio, el más largo de la historia. No le importaba que el Senado hubiera abogado por equipar una flota de despliegue limitado, destinada de manera principal a interrumpir el flujo de suministros turcos entre Anatolia y los Balcanes. Le sería suficiente para consumar una venganza que ya barruntaba y que comenzaría por recuperar cuanto antes la isla de Creta. Al fin y al cabo, el viejo militar se consideraba el señor del mar.

El aire húmedo de la laguna tonificó el ánimo de don Fernando cuando salió a la galería porticada del palacio, donde le aguardaba Pelayo, aunque el doctor Zúñiga avistó antes la figura elegante de Elena Corner dirigiéndose hacia él desde la Biblioteca Marciana. Sentía una extraña sensación de bienestar desde que Silvestro Valier le hiciese un guiño clandestino tras el anuncio de Morosini. En cuanto la noticia de la participación de Venecia en la alianza contra los turcos llegara a España, doña Mariana de Austria respiraría aliviada. Y, si bien entendía que su contribución en la decisión veneciana no resultaba significativa, tenía la conciencia tranquila por la satisfacción del deber cumplido.

—¿Ha ido todo según lo esperado, señor? —preguntó Pelayo, impaciente.

—La Serenísima se ha unido a la Liga Santa —respondió lacónico el vizconde, sin dirigirle la mirada puesta en la doctora Corner.

—¡Oh! ¡Eso es fantástico! —dijo el muchacho, a pesar de que no le hiciera gracia regresar a España sin conocer antes el paradero de aquella esclava

valenciana que no podía quitarse de la cabeza.

Una fina lluvia se desprendía de la niebla como sin querer, empapando de melancolía el suelo de la plaza de San Marcos.

—¡Qué grata sorpresa, doctora! —exclamó el vizconde mientras su cabeza saludaba con un movimiento pausado que a ella le pareció de suma gallardía.

—Buenos días, don Fernando. Me han informado de que estabais en palacio y aguardaba vuestra salida, ahora que las ponencias han acabado por hoy.

—¿Y a qué debo tamaño honor?

—No seáis exagerado —sonrió la veneciana—. Se me ha ocurrido que quizás podríais acompañarme en un breve paseo. Tengo algo que contaros.

—Será un placer. ¿A pie?

—En mi góndola, si os resulta apropiado. Estaremos más resguardados de la lluvia... y de oídos curiosos.

Ambos se dirigieron hacia el embarcadero sin importarles los ojos que los escrutaban desde lejos. Pelayo observó cómo dos enmascarados los siguieron a cierta distancia aunque, a fuerza de acostumbrarse a su presencia, no le preocupó en exceso. Con don Fernando ya en la góndola de Elena Corner, decidió darse un garbeo por aquella extraña ciudad en la que para avanzar había que caminar en forma circular.

El gondolero comenzó su cantata al mismo tiempo que su singladura por los canales venecianos a los que accedió a través del río del Vin. Los dos doctores se acomodaron bajo el toldo de la embarcación, no sin sentir una extraña sensación de complicidad. Nada más sentarse, ella echó una manta por encima de los dos, lo que hizo estremecer a su acompañante.

—Supongo que Morosini os ha anunciado que la República participará en la cruzada contra los turcos —comentó ella.

—Es una magnífica noticia, por el bien de la cristiandad.

—¿Qué os ha parecido?

—¿Morosini? Me llamó la atención que llevara un gato consigo.

—Gata —aclaró doña Elena—. Se llama Nini. Le sigue a todas partes. Aquí esas cosas sorprenden menos, supongo. Los gatos son muy respetados por los venecianos. En las travesías son unos importantes tripulantes encargados de acabar con las ratas de a bordo.

—En España alguien así sería considerado un excéntrico —sonrió el vizconde.

—Y Morosini lo es. Tuvo una infancia desgraciada. Su madre se ahogó tratando de rescatar a su marido de la laguna, quien siempre resultó sospechoso de esa muerte. Creció rebelde. De ahí su carácter batallador.

—¿Por qué presidió él la reunión? ¿Será el nuevo dogo?

—Es posible. No obstante, opino que estaba allí porque una decisión de guerra la tenía que comunicar un hombre de guerra. Antes de que nuestras naves partan será nombrado capitán general. Además, pretenderá resarcirse de la ofensa de la República.

—¿Qué queréis decir?

—Tras la caída de Candía, negoció él mismo las condiciones de la rendición con los turcos. Se le acusó de traición por no pedir permiso para hacerlo.

—No tiene mucho sentido, ¿no? Tengo entendido que su defensa fue heroica. Y no creo que tuviera muchas posibilidades de comunicarse con palacio.

—Le absolvieron. A pesar de ello, es una espina clavada en su orgullo. Estoy segura de que ese es el único motivo por el que aspira al trono ducal. Pero yo no quería veros para hablar de política.

Don Fernando la miró con algo más que admiración. Había algo en aquella mujer que le subyugaba. Su belleza afloraba con brotes de alma y su inteligencia era muy superior a la de la mayoría de las personas que conocía. Todo ello unido al aroma de agua de rosas que desprendía su piel le provocaba una enajenación olvidada.

—¿Qué queríais contarme? ¿Alguna teoría interesante de vuestra reunión de sabios?

—La verdad es que está siendo sumamente gratificante.

—Puedo imaginarlo. No me importaría que me relatarais cuanto acontece en la Biblioteca Marciana. Ni que siguierais narrándome episodios de la ciudad, su historia, sus leyendas...

—Necesitaríamos unos cuantos paseos para ello. Además, la mayoría de las leyendas tienen que ver con ogros, monstruos y demonios de la laguna. Y, con sinceridad, os veo bastante receloso para creer en ese tipo de cuentos —

bromeó doña Elena.

—Os confieso que a veces me gustaría ser más crédulo.

—Sin embargo, estoy convencida de que vuestro escepticismo os ayuda en vuestras investigaciones. Apuesto a que habéis perseguido brujas que luego no resultaron serlo.

—Y eso las ha salvado de la hoguera.

—¡Vaya! ¡Qué casualidad! ¿Sabéis que uno de los científicos, Olof Bromelius, ayudó a acabar con los procesos de brujería que tenían lugar en Estocolmo?

—Quizás no sea tan casual. Se trata de conseguir que impere el sentido común.

—Ya, pero eso es poco habitual.

—Por desgracia, doña Elena, por desgracia.

—¿Sabéis? Me gusta conversar con vos. Confío en que permanezcáis todavía una temporada en Venecia. Al menos, hasta que resolváis el enigma del anónimo —la doctora Corner Piscopia habló con naturalidad, sin atisbo de coquetería; no obstante, al escucharse se sonrojó.

—En estos días he avanzado poco.

—¿A qué os habéis dedicado desde que nos vimos?

—A recorrer la ciudad —dijo él, sin querer transmitirle sus sospechas acerca del asesinato del dogo—. Mas no creáis que soy capaz de ubicarme en ella —confesó él, jocosamente.

—Venecia tiene forma de pez, cuyas branquias serían el Gran Canal. Está dividida en seis barrios o *sestieri*, como los llamamos aquí: Santa Croce, San Polo, San Marco, Dorsoduro, Castello y Cannaregio, en el que ahora nos encontramos. Ese puede ser un buen comienzo para orientaros.

—Tal vez en unas semanas pueda desplazarme sin dudar, pero en este momento me resulta imposible. Las casas y puentes me parecen iguales. Alguien debería encargarse de rotular las calles —bromeó don Fernando.

—Pues opino que para resolver un enigma en una ciudad tendréis que conocerla antes —comentó doña Elena, risueña.

—Para eso me han concedido vuestra ayuda. La mejor que hubiera podido imaginar.

—Veo que la adulación es intrínseca a vuestra persona.

—Solo cuando es merecida.

—Y además de adulator, sois prudente. Aún no me habéis preguntado por qué quería veros.

—Las personas inteligentes saben cuándo tienen que contar las cosas.

—Sois incorregible —rio—. ¿Recordáis que me dijisteis que habían robado el cuadro de Nuestra Señora de Nicopeia?

—Así es. Todavía no ha aparecido, que yo sepa.

—Pues esta mañana me han llegado noticias del robo de otra reliquia.

—¿Y cómo no se me ha informado de ello?

—Tal vez porque el sacrilegio no ha sido cometido aquí, sino en Mantua. Han robado la Preciosísima Sangre de Cristo de la basílica de Sant' Andrea.

—Me dejáis estupefacto. No es probable que se trate de una mera casualidad.

—Yo tampoco lo creo.

—¿Cómo se conservaba la sangre en el templo?

—La historia cuenta que fue Longinos, el romano que atravesó con su lanza el costado de Nuestro Señor quien, arrepentido, recogió la tierra impregnada de sangre del monte Gólgota para traerla hasta Mantua. Estaba guardada en una ampolla de cristal, encajada en dos pequeñas coronas de oro y diamantes. Lo que resulta extraño es que no se llevaran también el relicario de oro macizo que la albergaba.

No era la primera vez que don Fernando se enfrentaba a este tipo de enigmas. Sabía que aún se encontraba en la fase de recoger las piezas con las que montar el rompecabezas. Sin embargo, ahora todo resultaba distinto.

En medio de una ciudad con vocación de Atlántida, desvanecida entre la niebla plomiza, junto a una mujer que le arrobaba, el doctor Zúñiga apenas podía controlar sus emociones. El gondolero entonaba un aria de lamento de una ópera de Cavalli, Elena le miraba con una dulce curiosidad y él se sentía más confundido que nunca.

Los juegos amorosos en Venecia formaban parte de la naturaleza intrínseca de sus habitantes. Se producían con tal normalidad que no ejercerlos se consideraba incluso de mal gusto. No existía mayor placer que el de la seducción. Hombres y mujeres coleccionaban aventuras, atraídos por el cortejo, en busca de una serenata a la luz de la luna, de un suspiro ardiente o de un paseo furtivo en barca por la oscuridad de los canales.

Las esposas consideraban a sus maridos poco más que el cabeza de familia y les resultaba vulgar salir a la calle de su brazo. Para acompañarlas a dar un paseo o ir al teatro necesitaban un chichisbeo, de cuanta más alta cuna mejor. Esta costumbre, que los extranjeros calificaban de licenciosa, no parecía que les causara el más mínimo remordimiento ya que acudían a confesarse con sus amantes para expiar unos pecados al mismo tiempo que cometían otros.

La excitación de las idas y venidas furtivas se acrecentaba aún más en la época en que se permitían las máscaras. Aprovechando el Carnaval, los encuentros apasionados estaban a la orden del día... y de la noche.

Gasparo Malipiero, a pesar de su juventud, se había doctorado ya en todas y cada una de las artes amatorias. Lo mismo seducía a una joven inexperta que se echaba en los brazos de una mujer casada, cuando no pagaba por ganarse los favores sexuales de algunas de las prostitutas repartidas por toda la ciudad, ahora que ya no se hallaban recluidas en el barrio de las Carampane. Siempre actuaba en solitario porque su máxima era la discreción. Un amante poco cauteloso tenía las conquistas contadas, no ya por la ira de un marido celoso sino por el desprecio de una mujer al no ser considerada única.

Sin embargo, al encontrarse esa tarde a Pelayo deambulando por los

alrededores de su residencia, determinó llevarle con él a uno de esos casinos en los que la gente se divertía jugando al tiempo que se entablaban sugestivas relaciones alimentadas por el licor al amparo de las máscaras. De no haber podido ir disfrazados, no se le hubiera ocurrido invitarle porque no quería ser investigado por dejarse acompañar por un asistente de un enviado extranjero. Si bien, la ley solo prohibía a los nobles venecianos y a sus domésticos hablar o mantener correspondencia con los ministros foráneos que residían en Venecia en representación de sus soberanos, el miedo a las represalias era tal que rara vez se veía a un nativo relacionarse con un forastero, estuviese relacionado o no con la política.

Pero a Gasparo Malipiero le gustaba coquetear lo mismo con las mujeres que con el riesgo, o acaso para él fuera una misma cosa. Además, sentía que debía la vida a aquel muchacho español que le inspiraba simpatía por su excesivo candor, por lo que pretendía agradecersele a su manera. Y a pesar de sus reticencias fingidas, Pelayo accedió a visitar con Gasparo uno de esos famosos *ridottos* en los que se jugaba a los naipes. El doctor Zúñiga acababa de regresar, más meditabundo que de costumbre, de su paseo con Elena Corner Piscopia y había manifestado su deseo de pasar la tarde a solas. Aunque Pelayo sabía que buscaba esa soledad para dejarse acompañar por sus pensamientos. En cualquier caso, poco podía hacer en los momentos que don Fernando decidía ausentarse temporalmente del mundo.

El pequeño casino elegido por Gasparo se encontraba a la orilla de un discreto canal que desembocaba en el río San Zulian a la altura de la iglesia de Santa Maria della Fava. Su aspecto exterior era el de una casa vieja de vigas húmedas y ladrillos desvaídos. Pelayo observó cómo Gasparo, tras llamar a una campanilla, miró hacia una pequeña trampilla que se abría disimulada entre el artesonado que cubría la puerta de la entrada. Dado que iban disfrazados, el veneciano se colocó las dos manos en la nuca a modo de contraseña muda. Cuando les fue franqueado el paso al primer piso, ante sus ojos apareció el salón principal de un palacio en miniatura jalonado de puertas por las que se accedía a otras salas más pequeñas donde se jugaba con dados y barajas.

—Bienvenido al más discreto de los *ridottos* venecianos —le susurró Gasparo a Pelayo.

Las paredes de las diversas estancias estaban decoradas con estuco y frescos alegóricos. Sobre la escalera de la entrada había dos verjas de madera dorada tras las cuales los músicos tocaban, sin ser vistos por los invitados, una alegre chacona de Maurizio Cazatti.

Gasparo y Pelayo entraron en un pequeño salón en el que el gentío apenas permitía circular entre las dos mesas donde se jugaba a la *bassetta*, un juego de naipes que causaba furor entre los venecianos por encima del faraón, del biribís, la *meneghella* y las tablas reales. Sin embargo, en los instantes en que se detenía la orquesta, el silencio extendía su manto sobre los presentes de modo que se podía escuchar la respiración de los jugadores al compás del golpeo de dados y del sonido de las cartas al ser barajadas.

Tras unas manos en las que el joven Malipiero ganó algunas apuestas gracias a las cartas que le tocaron en suerte y a saber retirarse a tiempo, se dirigieron al único salón sin mesas de juego donde los asistentes celebraban sus victorias o ahogaban sus derrotas con los licores que se servían sin medida acompañados de dulces árabes y galletas venecianas. Gasparo y Pelayo se acomodaron junto a la ventana que daba al canal, al lado de dos hombres que hablaban sobre el violín que uno de ellos portaba. A Gasparo la voz del violinista le pareció familiar y pudo identificarla, máxime cuando vio su perilla roja asomando bajo la máscara. De nuevo, se encontraba con su barbero.

—¿Te gustan las galletas secas? —le preguntó Gasparo a Pelayo al ver cómo el muchacho español tomaba una nueva de una bandeja.

—No están mal.

—Se han hecho famosas por aguantar el paso del tiempo. Son comestibles durante años. Me atrevería a decir que son el mayor orgullo culinario de la ciudad.

—Me valen para que me pase este licor que nos sirven. ¿Qué es?

—*Amaretto*, el elixir del amor. Combina el dulzor de los huesos de albaricoque y el amargor de la almendra. Se bebe muy bien, ¿verdad? —comentó Gasparo, con un oído puesto en la conversación que su barbero mantenía con su acompañante.

—¿Por qué lo llamáis así?

—La leyenda cuenta que lo creó una joven modelo enamorada de un pintor,

como prueba de su amor. Al parecer, tiene efectos afrodisíacos. No sé si es por sus componentes o por el alcohol que lleva, pero os aseguro que a mí me ha servido para desabrochar más de un corsé —rió Gasparo.

—Es muy agradable al paladar —respondió Pelayo, que comenzaba a sentirse invadido por la euforia del licor.

Durante unos segundos ambos permanecieron en silencio. Gasparo para concentrarse en la conversación que se susurraba a sus espaldas y Pelayo aturdido por una sensación de angustia y desasosiego al recordar a su amada Leonor y a la esclava valenciana; y en ese preciso instante, consciente de que no podría tener a ninguna de las dos, sintió la necesidad de entregarse a los brazos de una mujer, de cualquier mujer, en busca de mitigar la melancolía que le invadía.

Al poco rato, el violinista regresó a su lugar en la orquesta y Gasparo volvió a entablar conversación con el asistente de su huésped.

—Venecia se unirá a la Liga Santa —murmuró en un tono apenas imperceptible.

—Eso parece —respondió Pelayo, lacónico.

—Entonces, supongo que regresaréis pronto a España, ¿no? No es que tenga prisa por que os vayáis. Mi casa es vuestra el tiempo que sea preciso.

—¿Acaso pensáis que nuestra presencia en la ciudad se debía a esto? —preguntó el zamorano, cada vez más mareado por el alcohol pero intentando no despegarse de la realidad.

—Eso se rumorea. Y también que el difunto dogo encargó una investigación al doctor Zúñiga.

—No tengo la menor idea de lo que me habláis —dijo Pelayo, casi ofendido.

—Venga, amigo. Estáis en la ciudad donde las paredes escuchan. No es fácil mantener un secreto en Venecia.

—Gasparo, os aseguro que no estoy al corriente de todas las andanzas de don Fernando.

—Fijo que tiene algo que ver con el robo del cuadro de Nuestra Señora de Nicopeia —insistió el veneciano.

—No sé de qué habláis —mintió Pelayo.

—Pues es una lástima, porque acabo de escuchar una conversación que

podría resultar del interés del doctor Zúñiga.

—¿A qué os referís?

—Bien pensado, no creo que os importe si los extraños robos que se están produciendo no son de vuestro interés.

Desde luego que Pelayo estaba informado de la desaparición de ese icono, al igual que lo estaba de la nota anónima que amenazaba con hundir la ciudad. Sin embargo, no parecía dispuesto a emitir una sola palabra al respecto, por más que el *amaretto* se empeñara en soltarle la lengua. Claro que, si Gasparo no mentía, el doctor podría abrir otra vía de una investigación que apenas contaba con indicios.

—No habéis oído nada. Simplemente pretendéis sonsacarme.

—Solo os estoy preguntando si os quedaréis más días en mi casa —dijo Gasparo con voz melosa, como si tratara de conquistar a una dama reticente.

—Me temo que nos quedaremos más tiempo del que nos gustaría —confesó Pelayo.

—Bien. Así nos entendemos —dijo Malipiero mientras sopesaba si contar lo que acababa de escuchar.

—¿Por qué decís que nos entendemos? No os he dicho nada.

—¡Oh! No ha sido necesario. Sois hombre de palabra cabal.

—¿Qué decían esos hombres?

—Vaya —rio Gasparo—. Veo que os interesaría esa información.

—No lo puedo saber si no la conozco.

El veneciano guardó silencio durante unos instantes en los que aprovechó para apurar su copa de *amaretto*.

—Esos hombres hablaban de una reliquia robada —dijo al fin—. No me he enterado de los detalles porque apenas he conseguido pillar algunas palabras sueltas de mi barbero.

—¿Vuestro barbero? ¿Os referís al mismo que saludasteis en la ópera y que iba acompañado por un niño?

—El mismo. Giambattista Vivaldi, aunque todos le apodamos Rossi o Rossetto, por el color rojo de su pelo. Me temo que pronto tendré que buscarme a otro que me ponga la navaja en el cuello. Cada vez está más involucrado en la música. Su ilusión es pertenecer a la orquesta de la Capella di San Marco. Además, su hijo mayor, de tan solo cinco años, ha nacido con

un don. El pequeño Antonio está llamado a ser un gran músico. Rossi ya se está encargando de ello.

—Entonces le conocéis bien. No os habéis equivocado al identificarle.

—Era él, sin duda.

—¿De qué reliquia hablaba?

—No ha llegado a decirlo. O yo no he llegado a entenderlo. Era el hombre que charlaba con él quien dijo que la reliquia estaba escondida en un violín. Pero no he podido escuchar nada más.

—Si estaba en un violín, no ha de ser muy grande.

—Eso parece.

—Supongo que no es muy discreto por vuestra parte preguntarle a Vivaldi por su conversación de esta noche —dijo Pelayo.

—Suponéis correctamente. Sería un grave error. Hay cosas sagradas en esta ciudad.

—¿Y dónde podemos encontrarle?

—¿Para preguntarle?

—Sí. Llegado el caso. Él no os ha saludado, por lo que no debe de haberos reconocido.

—Podéis preguntarle cuanto queráis, pero no olvidéis que sois extranjeros en Venecia. Solo os ruego que no me nombréis.

—Tenéis mi palabra.

—Quizás le encontréis en su barbería próxima a la iglesia de San Moisés. Si no está allí, es probable que podáis dar con él en el Hospital de la Piedad. Imparte clases de música a las niñas huérfanas.

Tratando de controlar el aturdimiento por el licor, Pelayo procuraba retener cuanto le relataba Gasparo.

—¿Algo más que contarme sobre esa reliquia robada?

—Os he dicho cuanto he averiguado. Yo creo que va siendo hora de que vayamos en busca de una reliquia de carne y hueso, a ser posible de cabellos rubios. ¿Qué me decís? —rio el veneciano.

Pelayo dudó durante unos instantes. No podía pensar con claridad. Algo dentro de sí le empujaba a aceptar la invitación de su anfitrión. Sin embargo, se resistía a hacerlo retenido por una amalgama de sensaciones que le espesaban la mente hasta bloquearla. Recuerdos, anhelos y remordimientos,

conjurados entre sí con el propósito de quebrar su voluntad. Se imaginó cómo sería estar en brazos de una mujer desnuda, con el rostro borrado por la oscuridad. Y le invadió un súbito deseo de sentirse amado. Nadie, sino Dios, sabría de su derrota ante la carne. Se veía sucumbiendo a los encantos de una joven mientras gozaba de la suavidad de su piel. Besos cálidos en una noche fría. Pasión difuminada por la bruma de la laguna. No obstante, algo le decía que no podría vivir con ello, que aquella no era la forma en que había imaginado perder su virginidad. No así, depositando monedas en la mesilla de una mujer cualquiera.

—Os digo que os dejo a solas con vuestra empresa —respondió al fin.

—¿Qué os impide acompañarme? No será esa monjita de la que me hablasteis. Estáis lejos de vuestro país. No se enterará, si no lo decís —dijo Gasparo, jocoso.

El comentario del veneciano terminó por noquearle. En otras circunstancias, se hubiera revuelto orgulloso. Sin embargo, ahora no podía dominar su melancolía. Se veía como un árbol en medio del bosque. Rodeado de semejantes pero solo, perdido entre la espesura. Por un momento, volvió a estar tentado de aceptar aquella proposición. De dejarse llevar por el abatimiento a un cadalso de lujuria.

—Me encuentro algo embriagado.

—El mejor remedio para la embriaguez es el aroma de hembra —insistió Gasparo.

—Es posible que llevéis razón, mas no creo que mi compañía os ayude. Nunca he yacido en el lecho de una mujer —confesó, venciendo su vergüenza—. No sabría qué hacer con ella. Y además, no me perdonaría tener que pagar por ello. Podéis burlaros de mí. No sé si alguna vez gozaré de los favores de Leonor, mas es mi propósito que el primer cuerpo desnudo que abrace sea el de una joven que me desee igual que yo a ella.

—Pues me da que carecéis de experiencia en el cortejo —contestó muy serio Gasparo—. Tenéis ademanes de caballero medieval. Para que una mujer os desee no vale con dejaros ver, ni mirar hacia su ventana.

—¿Me estáis dando consejos?

—Algunos podría daros.

—Os escucho.

—Lo más importante es que ella sepa de vuestro interés. Habréis de cautivarla con la mirada desde el primer momento. Sonreídla al tiempo que la penetráis con el brillo de vuestros ojos. Sus piernas flaquearán aún más que las vuestras. Sed amable con vuestras palabras, regaladle el oído, habladle de forma queda y pausada. Ellas aman a los caballeros de educadas maneras que son capaces de humedecer su sexo casi sin querer. Un poema, una flor, un roce al descuido os servirán para derribar esa barrera, que ellas construyen con arena para que pueda ir desmoronándose con lentitud. Conseguid un paseo a solas con ella, primero al atardecer, que se confíe. Tened paciencia. No manifestéis vuestras ganas irrefrenables de besarla más que con la mirada. A medida que el viento se vaya llevando la arena, usad frases de amor. Decidle que su belleza es especial. Habéis de hacerla sentir única entre todas. Cuando la veáis turbada y baje la vista inconscientemente hacia vuestros labios, entonces será la hora de besarla. Con dulzura. Que sienta que tembláis, como si no os creyerais lo que os ocurre. Aprovechad para acariciarle las mejillas. Derramad vuestra ternura con la yema de los dedos. En el instante en que ella os toque, estará rendida y su cuerpo suplicará vuestros abrazos.

Pelayo escuchó absorto, sin interrumpir, cuanto Gasparo acababa de relatar con una pasión desbordada.

—Sabéis mucho de mujeres.

—De seducción. Es un noble arte por el que los venecianos sentimos devoción.

—Os agradezco vuestras lecciones.

—¿Seguís sin querer acompañarme?

—Me sentará bien dar un paseo para asimilar cuanto me habéis enseñado.

—Haced lo que os plazca. Ya sabéis ir a casa. Yo me voy a ver si doy con algún ángel.

Al sentir el azote de la brisa helada en la calle, ambos se perdieron por separado entre las sombras de la noche. Sombras de agua y de niebla. Gasparo en busca de su ángel y Pelayo acompañado de sus demonios, corroído por los remordimientos.

Otra vez le estaba ocurriendo. Deambulaba sin brújula entre un mar de encrucijadas. Perdido. Perdido entre los canales y entre sus pensamientos. Resistiéndose a fijar el rumbo, disfrutando quizás con su desdicha. Como si

encontrara alivio en el cumplimiento de una penitencia impuesta por su conciencia. Se hallaba lejos de Salamanca, lejos de Leonor a la que amaba más que a su vida. Y, sin embargo, esa noche mataría por pasarla en brazos de Águeda.

La pasión es la rebelión del ser humano contra la muerte. Y los venecianos reflejaban sus ganas de vivir a través del amor y de la música, o acaso sean la misma cosa en una ciudad donde las emociones se magnifican al amparo de ese halo de misterio que la aprisiona.

La música del amor en Venecia está compuesta sobre un pentagrama de canales en clave de agua, en el que se escriben sonatas y cantatas inspiradas por sus leyendas. Normalmente, los enamorados escuchan las notas que nacen de un violín, de un arpa o de una simple voz emocionada. Pero hay veces que sus miradas se cruzan mientras suena una melodía imperceptible a los oídos, porque les llega al alma penetrándoles la piel. Sinfonías que brotan del aire para crear esa atmósfera envolvente de la que uno no puede ni quiere escapar, de la que nacen destellos tan fugaces como una semicorchea que se quedan grabados a fuego en la memoria.

Fernando de Zúñiga creyó adivinar ese fulgor en las pupilas avellana de Elena Corner cada vez que se encontraba con ella. O tal vez deseaba que así fuera. El día anterior habían paseado de nuevo en la góndola de la doctora después de que esta saliera de la reunión con el resto de sabios, y ahora la veía llegar a las puertas del Hospital de la Piedad para presenciar uno de esos conciertos que despertaban la sensibilidad de los habitantes de la ciudad.

Elena le contó que las disquisiciones del cónclave de sabios estaban girando alrededor de la astronomía y que se generaban interesantes debates sobre las aportaciones de Galileo a las viejas teorías de Aristóteles, en especial en lo referente al horror al vacío por parte de la Naturaleza o a sus explicaciones sobre la tendencia de los elementos a regresar a su estado natural. Y en tanto Vincenzo Viviani relataba su experimento con mercurio en

un tubo de vidrio para demostrar la existencia del vacío, Newton hablaba de sus estudios sobre una fuerza que hacía que los cuerpos se atrajeran entre sí sin que supiese responder a Leibniz cuando le preguntaba por su origen más que atribuyéndoselo a la divinidad, ante la sonrisa escéptica de Robert Hooke. Newton también acabó discutiendo con Christiaan Huygens sobre si la velocidad de la luz era mayor o menor en el agua o en el vidrio que en el aire, sin que se hubiera llegado a ninguna conclusión ante la imposibilidad de demostración empírica.

Sin embargo, la historia científica que más llamó la atención de don Fernando en labios de la doctora Corner resultó ser el descubrimiento de Vincenzo Maria Coronelli de que los cometas describían órbitas elípticas, en vez de hiperbólicas o parabólicas, por lo que pertenecían al sistema solar. Curiosamente, a quien más le sorprendió la disertación de Coronelli fue a Edmund Halley, que venía de contar que esos astros no eran más que vapores sublunares o meteoros etéreos. Quizás por ello, al veterano doctor español le parecía que algún cometa volvía a atravesar el cielo de los ojos de Elena al verla caminar hacia él.

El día anterior, el doctor Zúñiga le había manifestado su deseo de conocer a Vivaldi, a raíz de que Pelayo le contara lo acontecido en el casino, y la veneciana aprovechó la oportunidad para invitarle a acudir a un concierto de algunas de las alumnas del polifacético barbero en aquel antiguo albergue de cruzados, reconvertido en escuela de música para huérfanas.

El Hospital de la Piedad era uno de los cuatro con que contaba la ciudad. En él se recogía a niñas desamparadas para instruir las. Además de los estudios tradicionales de latín, retórica o teología, las jóvenes eran educadas en la música hasta alcanzar una formación de altísimo nivel. Las pequeñas residían en este centro en un régimen similar a la clausura y, cuando crecían, tenían tres opciones: permanecer en él ejerciendo de profesoras, vestir los hábitos en un convento o casarse, para lo cual el propio orfanato se encargaba de facilitar una importante dote. Los gastos se sufragaban gracias a la caridad de las familias más importantes que, con esta caridad, evitaban la perdición en la calle de las niñas, predestinadas al hambre o a la prostitución.

Los recitales de las huérfanas se convertían, tanto por motivos sentimentales como artísticos, en acontecimientos a los que acudía lo más

selecto de la ciudad. No en vano, la música que allí se ofrecía no tenía nada que envidiar a la que se escuchaba en los teatros. Al contrario, resultaba más pura al no estar contaminada de influencias externas. En cada actuación intervenían unas cuarenta muchachas entre coralistas e instrumentistas. La misteriosa belleza de sus apariciones, junto a su delicada manera de interpretar provocaba el arrobamiento de quienes las contemplaban por primera vez.

—Buenas tardes, don Fernando —saludó la doctora Corner ante la mirada disimulada de Pelayo.

—*Buonasera*, doña Elena —respondió este, esbozando una sonrisa sincera.

—¿Preparado para presenciar el espectáculo? Os aseguro que os va a encantar.

—Con estar acompañado por vos me doy por satisfecho.

—Sois un caballero muy galante —ahora sonrió ella.

—¿No os preocupa que se os vea con tanta asiduidad con un extranjero?

—No tenemos motivos para escondernos, don Fernando —respondió la doctora Corner mientras entraban en la vieja iglesia—. Además, os recuerdo que fue el difunto dogo el que me designó como vuestra ayudante —concluyó, risueña.

Ambos ocuparon sus asientos reservados en la primera fila. No en vano, Elena Corner pertenecía a una de las familias que con su dinero ayudaban a mantener el hospicio. Pelayo, sin embargo, buscó ubicación de pie, en uno de los laterales desde donde podía observar el coro situado en la parte alta de la iglesia. Enseguida, el silencio se apoderó del recinto. Con aire parsimonioso, sabedoras de protagonizar un ritual, las muchachas se fueron colocando tras las rejas, cubiertas con una gasa negra, de forma que apenas se les adivinaba el rostro. Todas ellas vestían hábitos blancos. La directora de la orquesta llevaba un ramito de flores de granada en la oreja como distintivo. En pocos minutos las jóvenes, algunas casi niñas, estaban dispuestas a tocar sus instrumentos en tanto el muchacho zamorano agudizaba la vista tratando de distinguir los rostros de aquellos ángeles.

No le había dado tiempo a fijarse en todas cuando la directora indicó el comienzo de la pieza, un aria sacra que pronto estremeció a todos los

presentes. Los instrumentos comenzaron a sonar con precisión, interpretando una melodía que en unos cuantos acordes cargó la atmósfera de un dramatismo que anunciaba el preludio de una preciosa voz que, a modo de recitativo, cantó:

*Pietà, Signore
di me dolente!*

Lo que sucedió en los minutos posteriores quedaría grabado para siempre en el alma de Pelayo. Mientras aquella voz seductiva penetraba en los absortos oídos del muchacho, su mirada permanecía clavada en la joven que tocaba el violonchelo. De repente, la música prosiguió y la voz transformó su declamación en canto.

*Signor, pietà,
se a te grunge
il mio pregar.*

En ese preciso instante, la joven elevó su mirada por encima del arco de su instrumento y Pelayo, a pesar del velo que cubría el coro, pudo identificarla con esa nitidez que solo proporcionan los ojos del corazón. Es posible que aquella visión aconteciera únicamente en su imaginación porque fuera ya anocheecía y apenas entraba claridad por las ventanas. Lo cierto es que el zagal contempló embelesado cómo un rayo perdido iluminaba la cara angelical de la muchacha. No tenía ninguna duda. La violonchelista no era otra que Águeda, la esclava valenciana que había invadido sus sueños más prohibidos desde que le diera aquel beso furtivo en el puerto.

Cuando concluyó el aria, don Fernando estuvo a punto de romper a aplaudir. Al darse cuenta, doña Elena se lo impidió con un gesto en el brazo y una sonrisa que le sobrecogió. O tal vez fuera el silencio que invadía cada rincón de la iglesia, expectante a los próximos acordes.

—Los aplausos son solo para el teatro —le susurró ella, con dulzura condescendiente.

El repertorio siguió con *La Susanna*, otra pieza de Alessandro Stradella. Esta vez, un oratorio compuesto poco antes de que el músico fuera asesinado, dos años atrás, al parecer por encargo del difunto dogo Alvise Contarini despedido porque aquel le hubiera arrebatado a su amante, la bella Agnese van Uffele, poniendo término a una vida entregada a la música pero también a

un sinfín de aventuras amorosas de las que solía salir huyendo o batiéndose en duelo con maridos burlados. Quizás por ello, hacía tanto tiempo que la obra de Stradella no se escuchaba en Venecia.

Pelayo casi no pestañeó durante todo el concierto. Se sentía tan atribulado que tenía la mente bloqueada. Se limitaba a contemplar absorto cada gesto de Águeda: la gracilidad de sus brazos, el mínimo vaivén de su pelo dorado al compás de la melodía, la elegancia de sus manos, sus parpadeos eternos...

Aún permaneció inmóvil durante unos minutos después de que las muchachas se hubiesen marchado, contemplando el vacío dejado por la violonchelista. Se imaginaba que, en algún momento, ella le distinguía entre el público y que le sonreía con dulzura. Sin embargo, no lo creía posible. Águeda acababa de acariciar en trance las cuerdas de aquel instrumento, ajena a cuanto acontecía a su alrededor, ensimismada a saber en qué pensamientos o quizás concentrada en obtener las notas más hermosas de su chelo.

Cuando quiso darse cuenta, estaba solo en la iglesia. No entendía nada. Le resultaba preciso hablar con ella, saber por qué se encontraba allí y cómo había sido capaz de integrarse en la orquesta con esa extraordinaria rapidez. Aunque, bien pensado, eso apenas le importaba. Lo que necesitaba en realidad era mirarla a la distancia en que los ojos no mienten.

—¿Piensas quedarte a dormir ahí dentro? —le espetó don Fernando desde la puerta, justo antes de que doña Elena le asiera del brazo para presentarle a un hombre de unos treinta años que iba acompañado de un niño pequeño con el pelo tan pelirrojo como el de su padre.

—Doctor Zúñiga, quería presentaros a Giambattista Rossi —dijo en latín.

—No es Rossi. Es Vivaldi —intervino el niño, con el ceño fruncido.

—Mi hijo Antonio tiene razón —rio mientras estrechaba la mano del vizconde—. Rossi es mi apellido artístico. Vivaldi me suena a barbero.

—Pues yo opino que Vivaldi es muy musical —apuntó doña Elena.

—Lo tendré en cuenta, doctora Corner. Aunque os resultará más fácil convencer a mi hijo que a mí.

—Vuestro hijo será un gran músico. Ya he tenido ocasión de escuchar cómo toca el violín.

—Trato de enseñarle. Tiene unas dotes excelentes. Y me gusta que me acompañe a los recitales para educar su oído. No quisiera que se ganara la

vida afeitando barbas —respondió, orgulloso.

—Estoy segura de ello, Giambattista. Tenía interés en que conocierais a mi buen amigo don Fernando de Zúñiga porque queríamos pedir os un favor, si está en vuestra mano.

—Vos diréis.

—Nuestro difunto dogo le encargó que investigara sobre la desaparición de algunas reliquias —explicó a medias la doctora veneciana—. Y ya sabéis que no es fácil guardar un secreto en Venecia. Alguien escuchó parte de la conversación que mantuvisteis con otra persona la otra noche en el casino próximo a Santa Maria della Fava.

—No entiendo en qué os puedo ayudar —respondió Vivaldi, sin perder un ápice de su afabilidad.

—Por lo visto, tenéis conocimiento de que alguien escondió una reliquia en un violín —comentó el doctor Zúñiga en tono cordial—. Cualquiera cosa que pudierais contarme al respecto me resultaría de suma ayuda.

—Contaríais con mi más sincero agradecimiento —añadió la doctora Corner.

—Ya... —Vivaldi pareció tomarse unos segundos para responder—. En realidad, no conozco demasiados detalles al respecto. Esa charla la mantuve con un buen amigo mío. Fue él quien me relató esa curiosa historia.

—¿De qué historia me habláis? —preguntó doña Elena.

—Supongo que os la puedo contar. Confío en vuestra discreción. Mi amigo es el lutier Martinus Kaiser, el mejor de Venecia. Sin embargo, su especialidad son los laúdes. Hace poco le hablé de que quería un nuevo violín y me sugirió que se lo encargara a un colega que acaba de abrir taller propio en Cremona. Un tal Stradivari. Martinus se ocupó de todos los trámites y el otro día fui a recoger mi violín de Antonius Stradivarius. Los firma con su nombre en latín.

—Y entonces... la reliquia... —quiso saber el doctor Zúñiga.

—El violín se lo trajo un mensajero que le pidió que lo abriera antes de dejárselo porque llevaba algo escondido dentro. Por lo que Martinus observó, se trataba de un pequeño relicario.

—¿Qué contenía? —quiso saber ahora doña Elena.

—No lo sé. Y él tampoco creo que lo supiera. Quizás ni siquiera albergara

una reliquia verdadera.

—¿Quién era el mensajero? —volvió a preguntar ella.

—No hemos hablado de eso. Ya os digo que me llamó la atención, pero no le he dado mayor importancia. Lo único que me preocupaba es que mi violín se hallase en buen estado.

—Me gustaría hablar con vuestro amigo —dijo el vizconde.

—Claro. Al bueno de Martinus siempre le gusta una buena charla. ¿Qué os parece si le visitamos mañana?

—Una magnífica idea —respondió el español.

—Entonces nos citaremos en mi barbería a las diecisiete. Está próxima a su taller. Preguntad por mí en los alrededores de la iglesia de San Moisés. Está en una calle que desemboca en el Gran Canal, a la espalda del Palazzo Tiepolo.

—Sois muy amable —agradeció don Fernando.

—Venís avalado por doña Elena —sonrió Vivaldi.

—Una última pregunta por hoy —dijo el doctor Zúñiga—. ¿Qué tal es el violín que os trajo ese mensajero?

—El más bello de cuantos nunca he visto —manifestó el músico, henchido de orgullo.

21

A la hora en que Pelayo aguardaba la llegada de Gasparo Malipiero para preguntarle por las jóvenes del Hospital de la Piedad, Águeda se asomaba a través del cristal de una de sus ventanas. Parecía que mirara al río pero en realidad miraba su vida. El resto de muchachas con las que compartía la habitación ya dormía.

Por fin regresaba a su hogar. Un lugar que acaparaba sus sueños de niña y que, con los años, idealizó en esas quimeras que nacen al amparo de los anhelos que extienden su oscuridad sobre la luz del día, sobre esa luz del cielo de Valencia que ya comenzaba a añorar.

Y, sin embargo, tras llevar una semana en el hospicio, no sentía que perteneciera a aquella casona de paredes húmedas. Quizás fuese que haber sido esclava durante tanto tiempo, con un espíritu libre, le impedía ser de nada ni de nadie. De nuevo, la invadió esa sensación de desamparo; esa necesidad de no querer dueño y, a la vez, de no tener a quién agarrarse. Siempre había pensado que sería feliz si conseguía volver al sitio del que fue arrancada, y ahora dudaba. Le estremeció la idea de estar cambiando una cárcel por otra. Por eso, sollozaba en silencio mientras su mirada se perdía entre la niebla que cubría el río. Sabía llorar sin lágrimas. Como sabía solazarse sin sonreír. Reprimir emociones era su modo de no entregarse, a pesar de no ser libre. El único camino posible para su rebeldía.

Acababa de regalar su música a uno de los públicos más distinguidos que nadie pudiera imaginar. Algo que solo sucedía en sus sueños. Y, no obstante, no le abandonaba un extraño vacío que nacía en la boca del estómago para morir en su garganta. Acaso su alma no fuese más que un instrumento clueco en su ser.

Apenas podía tejer su biografía con retales de recuerdos. La secuestraron con poco más de seis años para luego ser vendida al otro lado del mar. Por eso, nadie supo o nadie quiso responderle a esas preguntas que nacen cuando comienza a emerger el uso de razón. A medida que crecía en Valencia, se le difuminaban las imágenes de esa ciudad levantada sobre el agua de la que casi no recordaba ni su nombre. Pero regresar a ella se convirtió en su obsesión, en su razón para levantarse cada día.

Dentro del infortunio, no debía quejarse de su suerte. Su único dueño en Valencia fue Salvador Rich, un acaudalado melómano que la había comprado sin regatear en el mercado de la plaza de la Seo al escuchar al tratante pregonar que la niña sabía música. Este no tardó en comprobar que era cierto. Solo tuvo que sentarla frente al piano para observar maravillado cómo los dedos de aquella niña se deslizaban por el teclado con una elegancia congénita. No dudó en continuar con la educación musical de aquella pequeña que le terminaban de vender como una morita de rasgos bereberes y, que sin embargo, únicamente se expresaba en un idioma similar al italiano y que, poco a poco, fue olvidando. Al tiempo que Águeda se encargaba de las tareas domésticas al mando de una morisca que le enseñaba sus costumbres a escondidas, la muchacha iba avanzando en sus estudios de solfeo, mostrando su virtuosismo en el arpa, el piano o el violín.

Águeda recordaba el día que su dueño, tras un largo viaje, había regresado con un nuevo instrumento que se asemejaba más a un gran violín que a una viola de gamba.

—Se llama violonchelo. Aún no se han escrito partituras para él pero ya se toca en la orquesta imperial de Viena —dijo Rich, con sus penetrantes ojos azules iluminados.

Desde ese día, el violonchelo se convirtió en su segunda piel. Al fin tenía algo a lo que abrazarse. Alguien que le hablaba en clave de fa en los momentos tristes o en clave de sol si el corazón se le alegraba sin motivo aparente. Le costó desprenderse de él al huir de Valencia y eso que no podía ser suyo puesto que una esclava nada podía poseer. Pero, en cierto modo, estaba segura de que algún día volvería libre con dinero suficiente para comprarse su violonchelo.

Lloró la muerte de su dueño a través del sonido quedo de su chelo, donde

cada acorde sonaba a réquiem. Aquella fue la última vez que lo tocó. Salvador Rich acababa de morir sin contraer un matrimonio que posponía a pesar de las habladurías de sus vecinos, avivadas por las entradas y salidas de su casa de algunos muchachos siempre jóvenes. Quizás por eso a Águeda no le disgustaban las risas y los gemidos que solían salir de la alcoba más recóndita de la casa. Si a su amo le gustaban los hombres, no se fijaría en ella como mujer y no tendría que entregarse a él, si bien era algo para lo que llevaba preparándose a medida que veía cómo se perfilaban las curvas en su cuerpo.

Todo cambió de repente. Águeda formó parte de la herencia adquirida por el hermano menor de su amo. Un tipo que pronto mostró menos sensibilidad que Salvador y al que tuvo que marcarle las uñas cuando la segunda noche trató de forzarla justo antes de que ella probase a huir por primera vez sin un plan concebido y, desde luego, sin saber dónde ir.

No resultó complicado dar con ella entre el utillaje del puerto. La muchacha sabía que debía regresar al mar que la llevó hasta Valencia. Ese mar que se abría inmenso ante sus ojos, más azul incluso que los ojos de su difunto amo. Ese mar que le mojaba los pies y que, sin embargo, veía tan lejano.

Jamás olvidaría tampoco la mirada despectiva de su nuevo dueño.

—Estarás a pan duro y agua durante una semana. Y no volverás a tocar ninguna de esa mierda de instrumentos que tanto te gustan. No intentaré rozarte un solo pelo. Mas has de saber que serás la mujer más infeliz del mundo si no yaces conmigo —le dijo, escupiendo sus palabras.

Pronto se ganó por méritos propios su fama de díscola. Ni siquiera el incremento de los castigos que incluían latigazos en la espalda conseguía frenar sus ansias de huida. Después de la última tentativa, el joven Rich terminó por marcarle el hombro con un hierro candente.

—Esto para que no se te olvide que eres una puta esclava y que morirás siendo esclava —le gritó mientras ella sollozaba en el suelo, en silencio de nuevo, ahogada más por la rabia que por el dolor—. Pero no mía. Ya me he hartado de ti. Mañana mismo te entregaré a un traficante para que al menos obtenga algo de dinero por ti. Confío en que nadie se dé cuenta de que vales una mierda.

Por eso, la visita furtiva de aquel hombre del parche en el ojo fue providencial. Por un segundo pensó que Dios, Yahveh o Mahoma, o quizás los

tres juntos si es que existían, se hubiesen puesto de acuerdo para ayudarla de manera definitiva a marcharse del infierno en el que se estaba convirtiendo aquella casa que ya no sonaba a música.

Mirando a través de la ventana del hospicio, ignoraba por qué ese hombre del que ni siquiera sabía su nombre verdadero se había colado precisamente en su cuarto, corriendo el riesgo de ser descubierto. En un principio se alarmó al verle entrar por la puerta. Pero enseguida, se dio cuenta de que sus intenciones le interesaban.

—No te asustes, pequeña. Puedes llamarme Göz.

Ella le miró aterrada, como si hubiese visto al mismísimo demonio. Aquel rostro le resultaba conocido aunque no llegaba a identificarlo ni a recordar en ese instante que formaba parte de sus peores pesadillas.

—Estoy aquí para ayudarte a escapar —aclaró él.

Poco a poco, sus ansias de libertad le permitieron aplacar los efectos del temor que albergaba. Su ilusión la engatusó, sabedora de que no tenía nada que perder si hacía caso de aquel hombre de aspecto inquietante que empleaba bonitas palabras emitidas en un tono que no invitaba a la confianza.

—¿Cómo pensáis auxiliarme? Mirad mis grilletes. Con ellos, apenas puedo caminar.

—No te preocupes por eso. Encontraremos cómo abrirlos.

—¿Y por qué ibais a hacerlo? No soy más que una pobre esclava.

—Quiero algo a cambio.

—¿Algo a cambio? ¿Qué es?

—Primero dime que sí.

—No puedo decirlo que sí a algo que desconozco —respondió Águeda, con voz trémula.

—Mañana parte un barco hacia Venecia y es necesario que embarquéis en él.

Al escuchar la palabra mágica, sus endebles argumentos de oposición se deshicieron igual que la sal en el agua.

—Decidme qué es lo que tengo que hacer —respondió, con tal seguridad que sorprendió a su interlocutor.

Entonces, Göz comenzó a darle instrucciones. Ahora se marcharía con él, pero al día siguiente tendría que llegar al puerto tras vestirse con unos ropajes

de muchacho, escondidos en un confesionario de la iglesia de Santa María del Mar junto a una joya que tendría que llevar oculta hasta su destino. Allí la entregaría a la primera persona que se presentara en su nombre. Era importante que se cortara su preciosa cabellera y que se pusiera a disposición del capitán del barco en cuya lista de embarque ya tenía anotado el nombre del paje David Durán.

De repente, se oyeron pasos apresurados en el pasillo y Göz se vio obligado a huir.

—Mañana te ayudaré a escapar —le susurró, antes de saltar por la ventana con una agilidad impropia para un hombre que debía de rondar la cuarentena.

Cuando el joven Rich entró en la habitación no halló más que a una muchacha engrilletada que aparentaba más fragilidad de la que albergaba.

Al día siguiente, en el puesto de mercancía donde aquel tratante portugués intentaba venderla al mejor precio posible, ataviada de nuevo con vestimentas moras, fue capaz de soportar el ultraje pensando en que tan pronto como le soltaran las cadenas comenzaría a correr con todas sus fuerzas. Le tranquilizó ver a Göz entre el público. Un gesto suyo le sirvió para emprender la huida con destino a Venecia, donde un enmascarado se hizo cargo de aquel maravilloso cáliz nada más despedirse de Pelayo en el puerto. El muchacho que, por primera vez en su vida, prendía una llama muy distinta a la que le iluminaba en los momentos que abrazaba su instrumento. Le terminaba de ver mirándola entre el público del concierto en uno de los escasos parpadeos de sus ojos. Los acordes fluían de su alma de tal manera que ni siquiera necesitaba leer las partituras. Volvió a cerrarlos, solazada. Entonces sintió que el violonchelo sonaba con vida propia, que apenas tenía que acariciarle con el arco. Y que su melodía no era música, sino una entrega total de los sentidos.

La directora, una joven algo mayor que ella, la felicitó con sinceridad a la conclusión. No en vano, en una semana se había integrado en la orquesta como si siempre hubiese pertenecido a ella, como si no la hubiera abandonado, como si los últimos diez años no fuesen más que un mal sueño, como si nunca la hubieran raptado, como si jamás hubiese sido una esclava.

Tras entregar el cáliz, no le costó dar con el hospicio en el que fue criada. Al contemplarlo de cerca desde la *riva* y girarse hacia el canal donde se erigía majestuosa la isla de San Giorgio Maggiore regresaron súbitas algunas de las

imágenes de su más tierna niñez. Las piernas le flaquearon brevemente al golpear la aldaba. Le recibió una vieja monja que la reconoció nada más mirar la niebla de sus ojos. ¡La muchacha de los ojos grises acababa de regresar!

—¿Águeda? —preguntó, con un júbilo impreso en lágrimas.

La muchacha asintió, reconfortada al fin, sin ser capaz de balbucear una sola palabra. Y aunque doloroso, le invadió cierto alivio al saber que la habían abandonado en el torno del hospicio tan recién nacida que todavía conservaba el cordón umbilical.

Sin embargo, aquellos primeros instantes de felicidad se vieron empañados cuando poco a poco la fueron informando de las normas del hospital. Y eso que su situación como *figlia del coro* era mejor que la vivida por las *figlie del comun*, aquellas muchachas con menos aptitudes intelectuales o artísticas que se veían relegadas a ejercer las tareas domésticas comunes y a las que solo se permitía salir del hospital un día al año, sometiéndose a una clausura que Águeda enseguida interpretó como esclavitud.

Al menos a las *figlie del coro* se las alimentaba mejor y se las dotaba de ropajes más cálidos para cuidar su salud. Resultaba importante para las arcas del hospital que a sus pequeñas artistas no se les lastimase la garganta ni se les entumecieran los dedos. También se les consentía algunas pequeñas salidas esporádicas para tomar contacto con la Naturaleza o para actuar en algún salón privado de la aristocracia veneciana, obviamente bajo rigurosa invitación.

Pero lo que más le dio que pensar a Águeda fue descubrir el futuro que le aguardaba en aquellas paredes. Estaba a punto de cumplir los dieciséis años y a no mucho tardar debería optar por ser maestra de otras niñas, meterse a monja o hallar un hombre con el que contraer matrimonio. Y bien pensado, ¿quién iba a querer casarse con una esclava marcada? Además, esa opción tampoco le atraía en absoluto aunque era la más deseada por sus compañeras. La regla se mostraba muy estricta para las antiguas doncellas, una vez que dejaban la institución para incorporarse a la sociedad, dado que se les prohibía practicar la música o el canto, en privado y en público. Había regresado a aquel hospicio para encontrarse a sí misma en un ambiente musical y, sin embargo, debía abandonar su pasión si alguna vez amaba a un

hombre. Hecho que no parecía preocupar al resto de muchachas, quizás porque eran conscientes del precio a pagar por haber pasado de ser niñas desheredadas a mujeres codiciadas por lo más granado de la sociedad veneciana.

Suspiró de nuevo al mirar fuera. Esta vez sí se fijó en una pequeña embarcación que navegaba muy despacio bajo su ventana. En ella no viajaba una pareja de enamorados, sino dos hombres que alzaron la vista hacia ella, al igual que el gondolero. La luz de un candil colgado en la cabina le permitió distinguir el rostro de sus ocupantes. La muchacha tragó saliva despacio con la sonrisa dibujada en los labios. Uno de ellos no era otro que Pelayo.

Cuando Gasparo Malipiero se percató del tono en que Pelayo le preguntaba por las muchachas del Hospital de la Piedad no se lo pensó dos veces. A Tomasso apenas le había dado tiempo a guardar la góndola y ya estaba sacándola de nuevo a los pies de la escalinata húmeda de la mansión.

—Así que quieres saber quiénes son los ángeles de Venecia —sonrió Gasparo—. Llevas pocos días en la ciudad, pero veo que comienzas a mirar más allá de lo que se ve a primera vista.

—Es mera curiosidad —se defendió el zamorano.

—Ya. Yo creo que esta es una historia para contarla *in situ*. Vamos a que Tomasso nos de un paseo. Te vendrá bien la brisa fría de la noche —le dijo sin darle opción a rebatirle.

Una bruma desganada planeaba por el Gran Canal sin atreverse a posarse en el agua. El candil de la góndola iluminaba cuanto podía a su alrededor: un trozo de madera flotante, el estuco descolorido de algún edificio, el líquen integrado en las piedras, el óxido rojizo de los muelles... detalles nimios, indicadores de una decadencia que al aunarse magnificaban una ciudad que salía airosa de sus contradicciones.

—¿Quiénes son las muchachas que actuaron en el hospital esta noche? —preguntó Pelayo, dejándose de disimulos.

—La mayoría son chicas desamparadas que entraron allí de niñas. La fama de las enseñanzas musicales *della Pietà* ha trascendido de nuestras fronteras y algunas jóvenes ricas extranjeras son admitidas para perfeccionar su técnica. Pero casi todas son huérfanas, niñas que de no haber sido recogidas hubiesen terminado mendigando por las calles.

Pelayo se quedó pensativo durante unos instantes, tratando de encajar algo

que no le cuadraba.

—¿Queréis decir que, salvo las muchachas ricas, todas entran de niñas?

—Así es. Suelen aceptarlas entre los seis y diez años, aunque también recogen a algunos bebés abandonados.

—¿Y qué es de ellas?

—Deben prestar sus servicios durante dos o tres lustros, en compensación por la educación recibida. Las que muestran mejores dotes artísticas pueden quedarse luego como profesoras, si bien casi todas eligen los hábitos o contraer matrimonio. Solo las más bellas lo tienen relativamente fácil. Su vida en el hospital se asemeja a una clausura y apenas tienen ocasión de salir al exterior.

—Entonces, no entiendo...

—¿Qué os ocurre? Me dí cuenta cómo no apartabais la vista del coro.

—¿Estabais en el concierto? No os vi.

—¡No me extraña! —rio Gasparo—. No teníais ojos más que para el coro. Además, no podíais verme. Llevaba la máscara.

—Hay una muchacha que... —Pelayo no se atrevió a contar lo que le preocupaba.

—Venga, vamos... Quizás pueda ayudaros. ¿Cómo la conocisteis? Aún no me habéis dejado que os enseñe a entrar en sitios prohibidos.

—¿Habéis entrado en el hospicio?

—¡Pues claro! Y en algún que otro convento. —El zamorano le miró con cara de tanta admiración como estupor—. Ando enamorado de una ninfa que conocí en la *Solennità di San Lorenzo* el agosto pasado.

—¿Os referís a una religiosa?

—¡Oh! Sí que tiene hábitos, pero no lo parecía cuando la conocí. Las monjas de San Lorenzo proceden de las familias más aristocráticas de la ciudad. El diez de agosto se celebra en su convento uno de los conciertos más importantes del año. Las religiosas van vestidas de blanco, con un finísimo velo negro que dejan ver algunos mechones de su cabello mostrados al descuido. La gasa transparente permite adivinar la elegancia de sus cuellos y hasta las curvas de su pecho.

—Sí que habláis con voz de enamorado.

—No tengo más religión que la piel de una mujer —la voz de Malipiero

no sonó jactanciosa sino derrotada por su destino.

—¿Cómo conseguisteis conquistarla?

—Bueno. Ya sabéis cómo va esto: miradas que turban, intercambio de notas, esperanzas fallidas, esperas desesperadas, encuentros furtivos fuera del convento... No olvidéis nunca que sin paciencia no hay seducción posible. Y vos, ¿a quién pretendéis seducir?

Pelayo volvió a dudar. En cierto modo, Gasparo se acababa de confesar y sentía que debía responderle a esa confianza. Además, necesitaba vomitar ese nudo de angustia que le ahogaba.

—Lo que me habéis contado de las reglas del hospital no concuerda con una muchacha...

—Ahí conviven casi mil personas. Supongo que habrá alguna excepción. ¿De quién se trata?

—Hay una chica de unos dieciséis años que apenas lleva una semana allí.

—¡Ah! No cabe duda de que tenéis buen gusto. Os referís a la violonchelista —dijo Gasparo justo antes de que la góndola virara hacia el río *della Pietà*.

—¿La conocéis?

—No como me gustaría —bromeó Malipiero—. Su presencia en el coro fue comentada por todo el mundo.

—¿Queréis explicarme? —preguntó Pelayo, con la mirada puesta en las ventanas del edificio en el que se suponía que residía Águeda.

—Es normal que desaparezcan niños abandonados en las calles de cualquier ciudad. Nadie los echa en falta. Pero no lo es tanto que desaparezcan los recogidos. Hace tiempo desaparecieron varias niñas del Hospital de la Piedad. Eran demasiado pequeñas para huir por sí solas, así que se supuso que las habían secuestrado para pedir un rescate. Sin embargo, eso no ocurrió y nunca más se supo de ellas. Lo recuerdo perfectamente ya que el caso fue muy comentado. Eran cuatro niñas de unos seis años con unas cualidades excepcionales para la música.

—Queréis decirme que...

—Que vuestra violonchelista es una de ellas.

Ahora sí, Pelayo trataba de organizar toda la información que hasta hace un momento andaba desperdigada por su cabeza.

—Me dejáis...

—Veo que os tiene aturdido. Apenas sois capaz de concluir vuestras frases —rió Gasparo.

—Entonces, Águeda... se llama Águeda. Entonces, ¿Águeda es veneciana?

—No sabría deciros. No conozco en profundidad la historia. Si tanto os gusta, supongo que tendríais que preguntárselo a ella.

—Por lo que me habéis contado, no será fácil. Y si alguna vez me encuentro de frente con ella, creo que no podría ni balbucear una palabra.

—No menospreciéis la osadía del amor. Seguro que encontramos la manera de contactar con ella. ¿De qué la conocéis?

—Es una... —A punto estuvo Pelayo de desvelar su condición de esclava —. Es una muchacha que viajó desde España en nuestro barco disfrazada de hombre. Supe que se llamaba Águeda y no David cuando llegamos al puerto. No la he vuelto a ver —relató Pelayo sin dejar de escrutar cada una de las ventanas del enorme hospital, bajo el que se hallaba detenida la góndola.

—Quizás ella te esté viendo ahora —vaticinó Gasparo.

Y era cierto que lo hacía. Con los dedos adheridos a un cristal que ya no le parecía tan frío, Águeda sonreía.

El doctor Zúñiga calculó que si su reloj marcaba las diez y media, serían cerca de las diecisiete, la hora a la que estaba citado con Vivaldi en su negocio. Les fue fácil encontrarlo al ver desde lejos el poste de madera pintado de rojo sangre y de blanco gasa en la calle trasera del Palazzo Tiepolo. Desde tiempos antiguos, los barberos además de rasurar barbas y cortar cabelleras, habían dedicado sus utensilios a realizar pequeñas cirugías, por lo que resultaba habitual que practicasen sangrías o sacaran muelas. De ahí los colores empleados como distintivo universal en este tipo de establecimientos.

Al ver entrar a don Fernando y a Pelayo, Vivaldi interrumpió su trabajo y se acercó a recibirlos con una navaja en la mano y una sonrisa en la cara.

—Sigue tú, *ragazzo* —le indicó a un chico jovial que tenía de aprendiz y que a pesar de su juventud peinaba poco pelo, quien se acercó solícito a continuar con el afeitado de un hombre con aspecto de noble—. Bienvenido a vuestra casa, doctor —le saludó en latín.

—Gracias, amigo. Veo que no sois un barbero al uso, lo que me sorprende gratamente.

—¿Os referís a que no veis palancanas de matarife? —rio Vivaldi.

—Ni bastones para apoyar los brazos en las sangrías.

—Prefiero dedicarme solo a las barbas, eso sí, a las más distinguidas de Venecia. Esas prácticas sanguinolentas se las dejo a mis colegas con menos clase. A lo más que llego es a blanquear dentaduras con aguafuerte —afirmó, risueño.

—Pero tendréis menos negocio. Sobretudo en primavera, cuando la gente quiere liberar su exceso de sangre para equilibrarla con el resto de sus

humores corporales —comentó el vizconde, jocoso.

—Lo decís en un tono escéptico. ¿Acaso no creéis que eso sirva para nada?

—Tengo mis propias teorías con respecto a la composición del organismo humano.

—En eso no hay dudas: sangre, flema, bilis amarilla y bilis negra, los cuatro humores —aseveró muy serio Vivaldi.

—Soy médico, y me gustaría tenerlo igual de claro que vos. En cualquier caso no soy partidario de las flebotomías. Ya sé que se sigue creyendo que refuerzan la memoria y que previenen enfermedades. Por eso, me resulta grato comprobar que no os dedicáis a ello.

—Ya os he dicho que prefiero solo las barbas. Así tengo más tiempo para mi música. Por cierto, veo que la vuestra hace días que no la cuidáis. Si queréis, os la arreglo un poco después de que veamos a mi amigo Martinus. Nos está esperando.

—Será un placer —contestó don Fernando, pensando en que tenía olvidada su coquetería y que no le vendría mal estar un poco más presentable, en especial ante los ojos de Elena—. No le hagamos esperar, pues.

En efecto, el taller de Martinus Kaiser se hallaba en un callejón muy cercano por el que apenas se colaba la luz de un cielo grisáceo.

Una fina lluvia los acompañó en el breve trayecto que realizaron a pie. Vivaldi empujó la puerta para adentrarse en un pequeño reducto de maderas desnudas que disimulaban su pudor guardando silencio, como si se supiesen vestales consagradas a mantener algún día el fuego divino de la música.

Al oír el suave graznido de las bisagras, el lutier se sobresaltó ligeramente antes de elevar la vista por encima de sus lentes y dejar con mimo sobre la mesa un laúd casi acabado. Si le molestó que perturbaran su concentración, no lo evidenció.

—*Bongiorno*, Martinus —saludó Vivaldi.

—*Bongiorno*, Giambattista.

—Te presento al doctor Zúñiga y a su asistente.

—Se llama Pelayo —puntualizó don Fernando—. Os agradezco que nos recibáis en vuestro templo —agregó susurrante, en tanto el muchacho realizaba una breve reverencia con la cabeza.

—Es vuestra casa —respondió Kaiser—. Giambattista me ha comentado el motivo de vuestra visita.

—Muy agradable, por cierto. Nunca había entrado en un taller de instrumentos. Y tiene algo de... no sé cómo explicarlo.

—Magia —aclaró Vivaldi—. Es increíble que del tronco de un árbol y de las tripas de un borrego puedan nacer las melodías más bellas del mundo. Por eso, los lutieres no son artesanos sino embrujadores —rio el barbero.

—Esto no es más que un oficio. Bello, pero un oficio al fin y al cabo —respondió Martinus—. El verdadero arte reside en los músicos como Vivaldi, que son capaces de extraer la belleza de los instrumentos.

El doctor Zúñiga se encontraba a gusto escuchando el tono de falsa modestia de aquellos dos buenos amigos, rodeado de todo tipo de maderas que iban adquiriendo formas voluptuosas, mientras se embriagaba por los aromas de aceites y resinas de los barnices. No obstante, decidió centrar la conversación.

—Instrumentos que, a veces, esconden secretos.

—Sois cauto a la vez que inteligente —le contestó el veterano lutier, atusándose la cabellera canosa que le caía desde una frente ya demasiado ancha.

—Espero que penséis lo mismo después de que os formule algunas preguntas, si no os molesta —dijo don Fernando, esbozando una sonrisa.

—Para eso habéis venido.

—Giambattista... Vivaldi nos comentó que os había pedido un violín nuevo, que a su vez encargasteis a un colega de Cremona.

—A Stradivari, así es. Es el mejor fabricante de instrumentos de cuerda frotada.

—Y que ese violín lo trajo un mensajero, quien os pidió que lo abrierais.

—Me dijo que el instrumento guardaba algo dentro, lo que comprobé con un ligero movimiento. En un principio pensé en negarme, pero carecía de sentido. Fuese lo que fuese supuse que sería mejor extraerlo con cuidado. Además no me gustó el tono arrogante, por no decir amenazante, de ese extranjero. Pensé que sería capaz de romperlo delante de mis narices si no lo abría yo.

—¿Es fácil abrir un violín sin que se deteriore? —quiso saber don

Fernando.

—Oh, sí. Sí para nosotros. Los lutieres empleamos una cola elaborada con restos de conejo. Tiene una gran adherencia y elasticidad, si bien con calor conseguimos revertir el proceso. Así desmontamos las cajas de resonancia sin dañarlas.

—Y eso fue lo que hicisteis. ¿Cuándo exactamente?

—Hace cinco días. El lunes a primera hora. Ese hombre andaba esperando a que llegara.

—¿Por qué tenía él el violín?

—No lo sé. Supuse que era el mensajero de Stradivari.

—¿Podríais describirme lo que encontrasteis al abrirlo?

—Había un pequeño relicario encajado en la parte superior, junto al alma —reveló Kaiser.

—¿El alma? ¿Acaso puede verse el alma en un violín? —preguntó, perplejo el vizconde.

—El alma es una pequeña pieza circular de madera, que se coloca entre las dos tapas. Mirad, como esta —dijo el lutier mostrando un diminuto poste de abeto que extrajo de uno de los violines que estaba fabricando—. Sostiene su estructura. Pero es mucho más que eso. El sonido del violín se transfiere desde las cuerdas vibrantes a través del puente, penetrando en el alma en un movimiento oscilante. Este movimiento provoca las vibraciones precisas en la barra armónica para que resuene la caja.

—Suena muy poético, sin duda —comentó don Fernando, lamentando interrumpir la explicación apasionada del lutier.

—Y sin embargo, os interesa más la reliquia que el violín —comentó Vivaldi, con una sonrisa burlona.

—Espero que no os molestéis por ello. Es maravilloso lo que me contáis. Lo que ocurre es que es importante lo que ando buscando —pareció disculparse el doctor Zúñiga—. ¿Cómo sabéis que se trataba de una reliquia?

—Resultaba evidente. Tierra arenosa, guardada en una ampolla ornamentada, no puede ser otra cosa.

—¿Podríais describírmela?

—Si dais con ella, os será fácil reconocerla. El tubo de cristal estaba encajado entre dos coronitas de oro y diamantes.

—Ya —suspiró el vizconde, mientras se congratulaba de que aquella reliquia fuese la misma de la que le había hablado Elena Corner—. Si no me equivoco, Mantua está en el camino desde Cremona hasta Venecia.

—Sí. A dos jornadas de Cremona. Y a unas seis de Venecia —aclaró Vivaldi—. Aunque los correos, dado que hay postas, tardan solo dos días entre Cremona y nuestra ciudad. Si bien los lutieres no usan correos para no someter sus instrumentos al galope de los caballos.

—Supongo que no hay modo de saber quién introdujo el relicario dentro del violín —pensó en voz alta el doctor Zúñiga.

—Fue el propio Stradivari —respondió Kaiser.

—¿Cómo lo sabéis?

—Nada más salir ese hombre por la puerta, le escribí para preguntárselo. Ayer mismo recibí su respuesta. En su carta se limitaba a confirmármelo, pero me decía que no podía darme más explicaciones del asunto. Simplemente que se había visto obligado a hacerlo y que se alegraba por que hubiera llegado el violín en buen estado.

—Entiendo —dijo el vizconde mientras calculaba las jornadas de viaje empleadas por el misterioso mensajero—. No os he preguntado por el aspecto de ese hombre, ya que supongo que iría disfrazado.

—Así es. Poco puedo deciros de su apariencia, salvo que era de complexión más bien delgada y que usaba buenos modales. Hablaba con un acento extranjero que no sabría determinar. Además...

—¿Sí? Decidme.

—No, nada. Creo que eso es todo lo que recuerdo.

—Me habéis resultado de mucha ayuda, maestro —agradeció don Fernando.

El lutier se quedó dudando unos instantes.

—Tenía un extraño tatuaje en la muñeca —confesó. El doctor Zúñiga se percató de su tono temeroso y guardó silencio a la espera de que Kaiser se explicara sin necesidad de preguntarle más—. Creo que no se dio cuenta de que se lo vi porque enseguida miré distraído hacia otro lado.

—¿Podrías realizar un boceto del tatuaje?

—Sí, claro —respondió el lutier, trazando en un papel algo similar a una cruz con una raya cruzada en diagonal encerrada en un círculo.

—Nadie se enterará por nuestra boca de cuanto aquí se ha conversado — le tranquilizó don Fernando—. ¿Verdad, Pelayo? —El muchacho asintió con la cabeza—. Contáis con mi eterna gratitud.

—Bueno —intervino Vivaldi en un intento de relajar la situación—. Va siendo hora de que os ponga la navaja en el gaznate, doctor.

—Será un placer dejarme afeitarse —sonrió don Fernando al tiempo que su mente no dejaba de elucubrar, ni de pensar en Elena Corner.

Se supone que las mañanas de los domingos han de ser tranquilas. Y en eso pensaba el doctor Zúñiga mientras observaba a través de la ventana de su alcoba el escaso trajín de embarcaciones en el Gran Canal cuando se desvanecía la madrugada. La tarde anterior se había citado de nuevo con la doctora Corner con la excusa de contarle sus averiguaciones acerca de la reliquia de la sangre de Cristo robada en Mantua, aunque lo de verdad buscaba era la compañía de aquella mujer, tan brillante que deslumbraba su entendimiento.

Se empezaba a acostumbrar a esos paseos por los canales, al resguardo de miradas curiosas, donde la góndola parecía que navegara sobre una niebla triste con rumbo al lugar en el que habitan los anhelos prohibidos. Don Fernando disfrutaba con la conversación inteligente de doña Elena en tanto se estremecía con sus silencios, con sus miradas ahogadas de curiosidad, con esas sonrisas sutiles que invitaban a acariciarle la boca con los dedos, o mejor con los labios.

Pero no. No se atrevería a besarla. Un arrebató juvenil no acabaría con ese sentimiento tan profundo que estaba creciendo entre los dos. Necesitaba seguir escuchando sus relatos de leyendas entre el rumor de las aguas, necesitaba conocer las disquisiciones de los científicos, necesitaba estremecerse con sus roces descuidados. Con un nudo en la garganta y el corazón encogido, don Fernando de Zúñiga por primera vez fue consciente de que suspiraba por besarla.

No era su pelo ensortijado ni la blancura de su tez lo que dotaba a Elena de su singular encanto. Su belleza nacía de lo más profundo de ella misma. Lo leía en sus ojos. Por eso sabía que su hermosura no se ajaría con las arrugas

del tiempo.

Alternaba su maremagno de emociones con destellos de ese rompecabezas que intentaba recomponer en su cerebro. Al hablarle de su conversación con Vivaldi sobre los cuatro humores, ella le contó que casualmente el día anterior, en el cónclave, se trató sobre el cuarteto de elementos de la Naturaleza. Robert Boyle había atacado la teoría aristotélica de la composición de la materia por fuego, aire, agua y tierra para defender la existencia de pequeños corpúsculos contruidos sobre diferentes configuraciones de partículas primarias. Dado que se asimilaban los cuatro elementos con los cuatro humores (fuego/sangre, tierra/bilis negra, agua/flema, aire/bilis amarilla), tanto la presencia de los unos como de los otros quedaba en entredicho. Sin embargo, el discurso de Boyle suscitó una importante polémica en la que se enzarzó lleno de ira Michel Vial, quien hasta entonces apenas había intervenido. No solo se reía de los que renegaban de los cuatro elementos terrenales, sino que argüía que estos eran necesarios para entender el quinto, que no era otro que el éter, el alma que todo lo envolvía, celestial e incorruptible, la materia de las estrellas, la quintaesencia de la Naturaleza.

También pensaba en si el dibujo del tatuaje del enmascarado del violín sería casual o si en realidad significaba algo concreto. Una cruz cruzada con una raya diagonal dentro de un círculo, un símbolo esotérico sujeto a demasiadas interpretaciones según dedujo con Elena.

Sopesó que ese hombre pudiera pertenecer a alguna secta, en cuyo caso la desaparición de las reliquias podría cobrar cierto sentido. Recapituló una vez más sobre los detalles conocidos del robo del icono de Nuestra Señora de Nicopeia de la catedral de San Marcos y de la sangre de la basílica de San Andrés de Mantua. Quizás se tratase de una mera casualidad. Pero ¿y si no lo fuese? Intentó recordar con minuciosidad lo acontecido en la catedral de Valencia, sin descartar que pudiera tener alguna vinculación con su investigación veneciana.

De repente, sus elucubraciones se vieron interrumpidas por los golpes que Pelayo daba a su puerta.

—¡Doctor, han matado a un inquisidor! ¡Acaban de encontrar su cadáver en un globo terráqueo!

La explanada de Santa Maria del Giglio se hallaba tomada por las milicias populares de los campos cercanos que se encontraban al mando de los *affiancati*, los jefes responsables de mantener el orden en sus pequeñas jurisdicciones. Allí habían acudido ya no solo los de Santa Maria del Giglio, sino también los de San Moisés, San Stefano, San Mauricio y Sant'Angelo. Todos a la espera de que llegara el *Signore della Notte* del *sestiere* de San Marco. Este apareció al mismo tiempo que el doctor Zúñiga y Pelayo, a los que dos hombres robustos impidieron el paso con muy malos modos.

Los venecianos no estaban acostumbrados a este tipo de asesinatos, si acaso a otros menos aparatosos causados casi siempre por ajustes de cuentas en el juego de los naipes, de los dados o del amor. No en vano, Venecia, la ciudad donde el disfraz podía ayudar a cometer cualquier felonía con total impunidad, registraba uno de los menores índices de criminalidad de Europa. Quizás porque sus habitantes disfrutaban más que otros de los placeres carnales de la vida, y bien es sabido que satisfecho el apetito sexual el resto de hambres apenas rugen en el estómago de las emociones humanas.

El recién llegado observó entre perplejo y horrorizado el cadáver que yacía en posición fetal dentro de una de las dos mitades de un globo terráqueo de madera de aproximadamente una vara de diámetro, abierto junto al Palazzo Pisani Gritti, muy cerca del Gran Canal. Se estaba rascando la perilla, sin tener muy claro cómo actuar, cuando un enmascarado se le acercó para susurrarle algo al oído. El jefe de policía asintió con la cabeza y buscó con la mirada entre el público congregado alrededor de la cadena que formaban los milicianos voluntarios. Al percatarse de la presencia de don Fernando, por las indicaciones del enmascarado, hizo un gesto con la mano para que le

permitieran acercarse.

—*Bongiorno...* por decir algo —prosiguió en latín, ofreciendo su mano—. Me llamo Vittorio Albero. Soy uno de los seis *Signori della Notte* de Venecia. Vos supongo que sois el doctor Zúñiga.

Don Fernando le escrutó durante un breve instante para intentar adivinar en su mirada si su cortesía era natural o impostada. Vittorio Albero aparentó darse cuenta y esbozó una breve sonrisa con la que mostró su magnífica dentadura.

—Encantado, *Signore*. Ya he aprendido que es difícil para un extranjero pasar desapercibido en esta ciudad.

—De ello depende nuestra supervivencia, doctor —dijo en un tono trascendental—. Me acaban de informar de que el difunto dogo os encargó una investigación y que, después de su muerte, Silvestro Valier os ha pedido que continuéis con ella.

—Así es.

—Me hubiera gustado conocerlos en otras circunstancias. Sin embargo, ya veis con lo que nos hemos encontrado esta mañana.

Ambos hablaban en voz baja, evitando que sus palabras llegaran a más oídos que los suyos.

—¿Puedo acercarme?

—Os lo ruego.

Don Fernando sacó sus lentes de la faltriquera y se agachó para examinar detenidamente el cadáver. Se trataba de un anciano desnudo de escasa cabellera blanca con demasiada piel para tan pocos huesos, algunos de los cuales parecían rotos. Su cuerpo conservaba adheridas algunas algas. Un diminuto trozo de liquen se mezclaba con la espuma que se le iba disipando en la boca y en las fosas nasales. Al incorporarse el vizconde, percibió las quejas de sus rodillas y de sus lumbares.

—Muerte por ahogamiento —determinó—. Diría que tiene el cuello roto y, tal vez, la clavícula. Pero estas son lesiones producidas *post mortem* para poder introducir su cuerpo en el globo.

Tras escudriñar con atención al difunto, los ojos del doctor Zúñiga se dedicaron a revisar esa suerte de ataúd en que se acababa de convertir aquel georama a medio construir, ahora abandonado a su merced muy cerca de la

flamante iglesia de Santa Maria del Giglio. En su interior ya se hallaban tallados los relieves de los mares y montañas de la Tierra. Sin embargo, aún no se había revestido con papeles decorados. Daba la sensación de que la madera estaba seca, sin más restos de agua que los dejados por el cadáver.

—Se trata de Leonardo Dandolo, uno de los dos *inquisitori neri* nombrados por el *Decenviri* —dijo muy serio Vittorio Albero.

—Tendría algún que otro enemigo, entonces.

—Es posible. Mas nadie en su sano juicio se atrevería a asesinar a una alta autoridad veneciana.

—Vos lo habéis dicho: nadie en su sano juicio. Y cada vez hay más locos sueltos. ¿Cuándo se detectó su desaparición?

—No se ha sabido hasta que lo han encontrado de madrugada. La última vez que se le vio con vida fue ayer por la tarde en la capilla de San Teodoro, anexa al Palacio Ducal, sede de la Inquisición.

—¿Caminaba por la noche sin escolta?

—Dandolo pertenecía a una de las familias más antiguas de Venecia. Supongo que por ello se sentía seguro. ¿Creéis que este crimen tiene que ver con vuestra investigación?

—Todavía no lo puedo saber —dijo el vizconde, para evitar entrar en detalles—. ¿Qué os parece si cerráis el globo? Este pobre hombre debería descansar en paz.

—Tenéis razón. No hay espectáculo más morboso que la muerte ajena —respondió Albero, indicando que se juntaran los dos hemisferios, lo que aprovechó don Fernando para percibir que su exterior se hallaba ligeramente deteriorado por unas cuantas muescas recientes.

—¿Qué me decís del georama?

—Solo hay una persona en Venecia capaz de fabricarlo con la belleza que iba cobrando este. El padre Vincenzo Maria Coronelli. Hemos pedido que lo hagan traer, por lo que debe de estar al caer.

El doctor Zúñiga recordó que Elena le había hablado de él al referirse a su intervención en el congreso de científicos sobre su exposición de las órbitas de los cometas. Al verlo llegar, le llamó la atención que su extensa tonsura no se limitara a la coronilla, sino que le abarcara casi toda la cabeza. Los dos bigotillos que le caían sobre las comisuras de unos labios bajo los que se

extendía una finísima perilla que no le llegaba a la barbilla le daban cierto aire cómico que se desvanecía cuando el franciscano clavaba sus ojos tan pequeños como profundos. Pocos pasos más atrás de Coronelli caminaba hacia ellos Elena Corner. Cada vez que ella aparecía, a don Fernando se le difuminaba todo cuanto la rodeaba, de manera que su figura emergía magnética sobre un entorno borroso. Al detectar su presencia, Vittorio Albero apenas se entretuvo en saludar al franciscano para dirigirse a ella desplegando su sonrisa más seductora.

—Mi admiradísima doctora. Siempre me congratula veros; no obstante, una dama no debería presenciar estas cosas —comentó el *Signore* empleando un tono tan sobre protector que causó la mirada despectiva de su interlocutora. Esta cambió sorprendentemente de brillo en cuanto se cruzó con la de don Fernando.

—No hay sangre —dijo este, tratando de quitarle hierro a la situación.

Tras las oportunas presentaciones, no le hizo falta a Coronelli que nadie le formulara ninguna pregunta.

—Llevo trabajando dos meses en este georama. Alguien lo ha robado esta noche de mi taller en el convento de Santa Maria Gloriosa dei Frari. Ayer mismo estuve retocando algunos de sus relieves —sentenció el franciscano.

—¿A quién iba destinado, padre? —preguntó el vizconde.

—Es un encargo del rey Luis XIV de Francia, para quien el año pasado construí otros dos de mayor tamaño. Es un enamorado de mi obra —a pesar de sus palabras, su tono denotaba modestia—. Tendría que estar concluido a la finalización del congreso, tan felizmente organizado por la doctora Corner Piscopia, para que nuestro colega francés se lo lleve a su rey.

—¿Os referís a Michel Vial? —intervino Elena.

—Así es. Un magnífico cosmógrafo, por cierto.

—Imagino que su peso no permite que sea manejado por una sola persona —comentó don Fernando.

—Es relativamente pequeño. Los he fabricado bastante más grandes. Han tenido que traerlo hasta aquí por los canales. Por lo que observo, el globo ha rodado... aunque no mucho. Una sola persona puede hacerlo rodar sin mayores dificultades. Sin embargo, habrán sido necesarios al menos dos hombres fuertes para bajarlo de su pedestal y subirlo y bajarlo de una

embarcación.

—¿Encontráis algún sentido a lo ocurrido? —preguntó Vittorio Albero.

—¿Qué sentido iba a tener algo así? —dijo el franciscano.

—¿Queréis ver su interior? —quiso saber el *Signore della Notte*.

—Me han dicho que hay un cadáver de una persona a la que no conozco.

¿Ya se ha rezado por su alma?

—Lo hizo el párroco de Santa Maria del Giglio —respondió el policía.

—Entonces prefiero que se disponga a hallar el descanso eterno. Ahora, si me lo permitís, es domingo y me había comprometido a officiar la misa en mi convento. Mis continuos viajes por Europa no me dejan disfrutar de mi ciudad a mi gusto.

—Claro, padre. Podéis ir en paz —bromeó Vittorio Albero, provocando la sonrisa callada del doctor Zúñiga, si bien no la del franciscano.

Mientras el policía empezó a dar las oportunas instrucciones para despejar la plaza, doña Elena y don Fernando aprovecharon para departir brevemente a solas junto al muelle.

—¿Qué pensáis? —preguntó ella.

—Que alguien se ha tomado demasiadas molestias —contestó él, a la caza del resuello de sus elucubraciones. De algún modo, buscaba brillantez en sus respuestas ante aquella mujer—. ¿Qué me decís del padre Vincenzo Maria?

—Ya veis lo joven que es. Creo que aún no ha cumplido los treinta y cuatro años. A pesar de que es un consumado teólogo, le inquieta sobremanera el saber. Me ha comentado que está trabajando en una gran enciclopedia. Y ya me escuchasteis contaros sus descubrimientos en astronomía. Sus habilidades como geógrafo y xilógrafo habéis podido comprobarlas vosotros mismos.

—Me ha sorprendido su escasa arrogancia.

—Y sin embargo sus globos terráqueos son codiciados por los hombres más importantes de Europa. Sin duda, nacer en una familia humilde ha tenido que marcarle.

—A veces ocurre todo lo contrario —comentó el vizconde.

—Estoy segura de que el padre Vincenzo Maria está orgulloso de lo conseguido. Pero es ambicioso consigo mismo, al igual que toda persona inteligente, y nunca estará del todo satisfecho con su saber.

—¿Habláis por su boca o por la vuestra? —preguntó don Fernando, sin

importarle que sus ojos delataran su admiración.

—Hablo por boca de cualquier persona lo suficientemente sabia como para no jactarse de su inteligencia —sonrió doña Elena—. ¿Acaso no os sentís identificado con mis palabras?

Él le aguantó la mirada durante unos instantes, preguntándose cuál sería el momento preciso para insinuarle algunos de los sentimientos que ella le provocaba, si es que alguna vez llegaba. Sin embargo, con un anciano asesinado dentro de un georama, a solo unos pasos de ellos, consideró que el galanteo debía esperar.

—*Scio me nihil* —respondió el español.

—¡Oh! —ahora la sonrisa de la doctora Corner fue aún más abierta—. Parfraseando a Sócrates: no sé nada. O lo que es lo mismo: sabéis, pero sin contar con la certeza absoluta. ¿Me equivoco?

—No seré yo quien os contradiga. ¿Conocíais al difunto?

—No en persona. Leonardo Dandolo era uno de nuestros tres inquisidores. Los dos negros son nombrados por el Consejo de los Diez y el rojo por los consejeros del dogo.

—Supongo que se los llama así por sus vestimentas.

—Así es. No obstante, habréis de saber que la Inquisición veneciana nada tiene que ver con la Inquisición española.

—¿Es más laxa?

—Es bastante menos activa, lo cual no quiere decir que no existan los ajusticiamientos secretos. Más contra traidores que contra herejes. A estas alturas, ya debéis de estar enterado de que la República se encuentra por encima de la Iglesia.

—Deduzco que también aquí hay salas de tortura.

—Se encuentran en los *piombi*, los calabozos del Palacio Ducal. Mas no es ese el lugar donde mueren los condenados. A esos desgraciados se les ahoga por la noche en la laguna, cerca del canal dell'Orfano.

—Así que a los condenados por la Inquisición se les ahoga... Ahora entiendo por qué Leonardo Dandolo ha muerto así.

—Estoy segura de que tenéis alguna sospecha de por qué le introdujeron en un globo terráqueo y lo trajeron hasta aquí.

—Me valoráis en exceso, aunque algo comienza a rondarme por la cabeza

—respondió el doctor Zúñiga, sin querer contarle todavía a Elena que aquella muerte confirmaba su sospecha del asesinato del dogo.

—¿Me ocultáis algo? —preguntó ella, con voz seductora.

El doctor Zúñiga sopesaba contestarle cuando de repente se formó una algarabía en la plaza que se vio ocupada por unos cuantos hombres a caballo. El que lideraba el grupo se apeó con presteza junto a Vittorio Albero y le comunicó algo en voz baja. A este se le volvió a congelar el rictus. Antes de mediar palabra, extrajo polvo de tabaco de su faltriquera, lo colocó sobre el dorso de la mano izquierda entre el pulgar y la muñeca, y lo aspiró con fruición, como si aquel gesto mecánico le ayudara a relajarse. Suspiró antes de acercarse al lugar donde conversaban doña Elena y don Fernando.

—Ese hombre es Lorenzo Polani, *Signore della Notte* del sestiere de Cannaregio. Me dice que esta noche han robado el cuerpo de santa Lucía — informó, con tono derrotado.

Aquel domingo, Fernando de Zúñiga no escuchó misa. Tampoco lo hizo Pelayo, que se pasaba las horas en que el doctor se encerraba en su alcoba revoloteando por los alrededores del Hospital de la Piedad como un gorrión a la espera de unas migajas de pan.

Para el muchacho, tras haber asistido durante años al obispo de Zamora, el hecho de no acudir a la iglesia un día de guardar le proporcionaba un extraño sentimiento de culpa que a la vez alimentaba su rebeldía contra todas las imposiciones, fueran o no de este mundo.

Después de la conversación mantenida con Vittorio Albero en el campo de Santa Maria del Giglio se habían acercado en góndola a la vieja iglesia de Santa Lucía situada en el *sestiere* de Cannaregio, al otro lado del Gran Canal frente al Palazzo Emo-Diede. Allí no pudieron constatar más evidencia que la existencia de un hueco detrás del altar hasta hace pocas horas ocupado por la vitrina de cristal que guardaba el cuerpo momificado de santa Lucía.

De regreso, les dio tiempo a refugiarse en la taberna de Tacchini justo antes de que una lluvia intensa se adueñara de la ciudad. El sonido del repique furioso del agua contra el suelo los acompañó durante el rato que dieron cuenta de la sopa, del pescado frito y de una jarra de vino. Sin esperar a que escampara, alcanzaron casi a la carrera la puerta del Palazzo Malipiero adonde llegaron empapados.

El doctor Zúñiga agradeció que la pequeña chimenea de su alcoba estuviera en ascuas esperándole. Unos cuantos palos secos del leñero la avivaron enseguida mientras se preguntaba por los rescoldos de su corazón. A veces, su mente entraba en ese juego inconfesable de metáforas cuya meta era un viaje al interior de sí mismo que abandonaba cuando se hallaba al borde

del abismo.

Se quitó despacio la ropa mojada. En un ritual parsimonioso fue desprendiéndose de su chambergo y de su capa antes de desajustarse el tahalí. Cada vez le costaba más descalzarse. Tras dejar las botas junto a la lumbre, depositó sobre un galán de noche su jubón de mangas atacadas, las calzas botargas y, por fin, las medias, para quedarse únicamente con una camisola blanca que le cubría medio muslo. Su única prenda que no era negra. Se dio cuenta de que también estaba mojada, así que decidió desvestirse del todo. No solía hacerlo por pudor propio. Sus músculos se mostraban menos tersos, las canas poblaban su torso y su piel blanqueaba cada día, como si fuese adaptando su color al de la parca.

Se quedó absorto unos instantes ante un gran espejo colocado junto a la cama, el cual no le devolvía la gallardía de un caballero sino la fragilidad de un hombre desnudo. Se preguntó qué sentiría cualquier mujer si pudiera verle así. Se preguntó que sentiría Elena si pudiera verle así. Entonces comenzó a invadirle un calor que no arrancaba de la chimenea sino de su perineo contraído. Apartó la vista del espejo al percatarse de que su erección se hacía evidente. Por un momento, pensó en tocarse, luego en echar agua fría en la palancana. Sin embargo, optó por esperar con las manos unidas a la altura de sus labios, junto a la ventana. Fuera, la lluvia no daba tregua. Dentro, su desconcierto tampoco.

Pasó la tarde del domingo encerrado en su habitación. Lo mismo paseaba de un lado para otro que observaba cómo la furia del aguacero se apaciguaba en el canal. A ratos escribía en un papel lo que se le venía a la cabeza en un intento de exorcizar cuanto le asfixiaba. Poco a poco fue llenado páginas con los recuerdos más recientes: los robos de las reliquias, la muerte del dogo, el asesinato del inquisidor, las calles venecianas por donde transitaba, las disquisiciones de los científicos que Elena le relataba. Al margen anotaba nombres y fechas, incluso trazó algún dibujo.

Cayó la noche casi sin darse cuenta. Sus ojos cansados ahora le reclamaron la luz de una vela. Fue entonces cuando al tratar de ordenar aquel puñado de páginas descubrió asombrado algunos versos de Garcilaso que él mismo había escrito en pleno trance.

Si para frenar este deseo

*loco, imposible, vano, temeroso,
y guarecer de un mal tan peligroso,
que es darme a entender yo lo que no creo.*

Se incorporó tras superar la tentación inicial de tacharlos. Se dio cuenta de que aún estaba desnudo y optó por ponerse la camisola ya seca. Depositó sus lentes sobre la mesa para volver a permitir que su vista se perdiera en el horizonte. Luego mojó de nuevo la pluma en el tintero y se dispuso a escribir en una hoja limpia un soneto de Garcilaso, cuidando especialmente su caligrafía. Quizás algún día se atrevería a dárselo a Elena.

Fernando de Zúñiga vivió los dos días siguientes sin importarle el trajín de las votaciones para la elección de las cuarenta y una personas encargadas de seleccionar al nuevo dogo. Las aguas habían vuelto a inundar los alrededores de la plaza de San Marcos y con ellas su inquietud por el escrito que amenazaba con hundir Venecia. Las fechas transcurrían lentas aunque inexorables en el calendario, camino de la Cuaresma, sin que sus pesquisas hubiesen prosperado lo suficiente. Se dijo a sí mismo que, ocurriese lo que ocurriese, tanto si sus investigaciones alcanzaban buen puerto como si no, su compromiso con el difunto dogo le obligaba a quedarse en la ciudad al menos hasta el Miércoles de Ceniza. También era cierto que si bien comenzaba a echar de menos su vida rutinaria en Salamanca, no tenía prisa por abandonar los paseos con Elena Corner.

La tarde del martes, ella volvió a invitarle a su góndola. Un cielo gris claro cubría los canales tintándolos de vagabunda tristeza mientras la embarcación los surcaba en busca del sosiego de sus ocupantes.

—Supongo que no habéis llegado a ninguna conclusión estos días —dijo la doctora veneciana.

—Sería temerario por mi parte hacerlo. Se me van acumulando nuevas preguntas sin que haya podido dar respuesta a las antiguas.

—Lamento no poder ayudaros. Es la primera vez que me ocurre algo así. Hasta ahora solo había carecido de respuestas para algunas preguntas divinas, pero nunca para las terrenales.

—Ocurre que vos y yo estamos acostumbrados a usar nuestra lógica. Una lógica que hemos aprendido a través de los libros, del razonamiento y del sentido común. Y no obstante, a veces nos enfrentamos a hechos que a nuestro

juicio son ilógicos. Es entonces cuando debemos ponernos en el lugar de una mente desequilibrada —argumentó el doctor Zúñiga con la vista perdida en algún punto de la isla de San Giorgio Maggiore, hacia donde se dirigían.

—He conocido a unos cuantos hombres sabios, mas ninguno con la sensatez que os envuelve —respondió ella, solazada con el rostro de concentración de su acompañante.

Al escucharla, él volvió la cabeza para sonreírle.

—¿Qué me decís de santa Lucía? ¿Cómo llegó a Venecia?

—Así que eso os bulle en la cabeza. Y ya veis, me da que conocéis la respuesta.

—Podría adivinarla.

—Los bizantinos trasladaron su cuerpo momificados desde Siracusa a Constantinopla en el siglo XI para protegerlo de una inminente invasión sarracena. Allí permaneció hasta que tras el tristemente famoso saqueo de la ciudad, dos siglos después, los cruzados lo trajeron aquí. Estuvo unos cuantos años en ese monasterio que ven nuestros ojos. A finales del siglo XIII lo trasladaron a la iglesia que lleva su nombre. Así que si sospechabais que fue robado de Constantinopla habéis acertado.

—¿Por qué iba a sospecharlo?

—¿Lo intuías o no? —preguntó doña Elena, clavándole la mirada en algún lugar de su alma.

—Nos vamos conociendo —respondió él, provocando la sonrisa de ella.

—Eso es que creéis que los robos de las reliquias tienen que ver con el mensaje anónimo.

—No importa lo que nosotros creamos, sino lo que esté en la mente de quienes las han robado. Si no nos ponemos en su lugar es complicado que demos con una explicación plausible.

—Pensáis que estamos ante gentes con creencias extrañas.

—Todas las creencias lo son. Al menos, todas en las que su última respuesta no la da la ciencia. Vos lo sabéis mejor que yo. ¿O acaso no es extraño que tengamos que recurrir a la fe cuando se nos agota la lógica? Cada día la ciencia soluciona cuestiones que antaño solo podían explicarse a través de la fe. Tal vez algún día incluso pueda resolverlas todas. Entonces, ¿será necesario seguir creyendo en Dios?

—Supongo que no hay científico creyente que no se lo haya cuestionado.

—¿Vos os lo habéis preguntado?

El rostro de la doctora Corner se nubló durante un instante, aturdido quizás por sus contradicciones.

—Hablando de científicos, no os he contado nada de las ponencias de estos días —dijo al fin, intentando derivar la conversación hacia otros derroteros.

—Me encandilan todos vuestros relatos —respondió don Fernando, sabedor de que tenía que ayudarla a salir de las aguas pantanosas a las que él mismo le acababa de empujar.

—No penséis que quiero cambiar de tema, pero es que llevamos dos jornadas debatiendo sobre el universo. Y ni siquiera los más grandes observadores de él se ponen de acuerdo. Giovanni Cassini es director del Observatorio de París y lleva años analizando los movimientos de los planetas con los mejores telescopios del mundo. Ha medido los períodos de revolución de Marte y Júpiter y ha descubierto cuatro satélites de Saturno y la división de sus anillos. Y, sin embargo, aún no comulga con la teoría heliocéntrica de que el sol es el centro del universo y de que todos los planetas giran a su alrededor.

—Alguien con sus conocimientos no seguirá pensando que el sol gira alrededor de la Tierra.

—No termina de definirse. No al menos con la vehemencia con que defiende que la velocidad de la luz es instantánea o que la Tierra es alargada por los polos. Esta vez Newton y Huygens se han puesto de acuerdo para rebatirle. El inglés dice que la Tierra es achatada por los polos y el neerlandés que la velocidad de la luz es finita.

—Ninguna de las dos cosas se han podido demostrar todavía, que yo sepa.

—Huygens afirma que la luz puede viajar a una distancia de mil veces el diámetro de la Tierra en un minuto. ¿Y vos qué opináis?

—Que todo son debates y que todavía es pronto para saberlo con certeza. A no mucho tardar se podrá comprobar si la luz se mueve y a qué velocidad lo hace. También a alguien se le ocurrirá realizar expediciones para medir el arco ecuatorial y el arco polar. Mientras tanto, los científicos habréis de seguir debatiendo.

—Pero cuando se diluciden esas cuestiones surgirán otras nuevas.

—Por fortuna para nuestro intelecto. Me habéis hablado del universo, mas aún no he oído por vuestros labios qué sentís siendo mujer en el mundo de la ciencia, dominado únicamente por hombres.

—Aunque no lo creáis no me veo como un bicho raro. Por suerte, creo que se han superado los tiempos de Juliana Morell en los que una mujer con inquietudes de conocimiento debía encerrarse en su casa o en un convento para no parecer un monstruo con cuerpo femenino y mente de hombre.

—Y vos, ¿acaso no habéis sacrificado algo por la ciencia?

Ella le miró sin saber muy bien qué decirle. Aquel hombre alentaba sus dudas, quizás sin que él mismo fuera consciente de ello.

—Mis ansias de saber solo las calma mi amor por Dios. Un matrimonio me pondría bajo la custodia de un marido y no todas las mujeres tienen la suerte que tuvo Margaret Cavendish de dar con un esposo que le permitió estudiar y escribir —confesó doña Elena.

En ese momento, con la silueta de Venecia desvaneciéndose entre grises, Fernando de Zúñiga pensó en una casa utópica habitada de libros, de caricias, de conversaciones al atardecer, de cenas con poca luz, de sonrisas sosegadas, de aromas de rosas, de silencios, de besos suaves... una casa habitada por ellos dos.

Elena le observó sin atreverse a preguntar por lo que se le pasaba por la cabeza. Conocía esas miradas perdidas propias de quienes se ausentan de lo cotidiano para viajar por su propio mundo. Aunque para las personas como ellos lo que importaba era lo que pensaban. Su realidad no estaba construida a base de cuanto acontecía a su alrededor, sino de lo que su mente tejía con el fin de envolverse a sí misma para aislarse. Con el tiempo, les resultaba más complicado ausentarse de ese microcosmos creado con hilos de conocimiento.

—Os habéis quedado muy callado.

—¡Oh! Lo lamento. ¿Os incomoda?

—En absoluto. Me gusta comprobar que mi imaginación no es la única que se escapa —dijo ella, coqueteando con la voz.

Los ojos del doctor Zúñiga desprendían una ternura inusitada. Elena deslizó brevemente sus dedos sobre el dorso de la mano de su acompañante, provocándole un escalofrío que penetró desde su vello hasta lo más profundo

de su ser.

—¿Creéis en la materialización de las utopías? —preguntó él, ahogando un suspiro.

—Si eso pudiera ocurrir dejarían de serlo —respondió ella, con la vista ahora puesta en el horizonte, quizás tratando de dar con el lugar que su acompañante acababa de visitar.

La noche caía y la góndola emprendió el camino de regreso navegando sobre aguas calmadas cubiertas de silencios. Antes de bajarse en las escalinatas del Palazzo Malipiero, don Fernando amagó con sacar el papel doblado con el soneto de Garcilaso que guardaba en su faltriquera. Sin embargo, no pudo vencer su pudor y se despidió con torpeza de Elena para enseguida desaparecer entre las sombras.

Le dolía la niebla. Elena se hallaba junto a la ventana de su alcoba desde la que únicamente se veía el reflejo de una vela encendida junto a un escritorio lleno de libros ordenados. Fuera, dominaba la negrura más absoluta. La fosca se extendía sobre el canal colándose por los recovecos de los edificios que lo custodiaban, quizás en busca de convertir en pesadillas los sueños de quienes dormían en ellos.

La doctora Corner acababa de dejar su pluma en el tintero para acercarse a la cristalera. Se encontraba cansada. En los últimos días, acaso cercenado por los nervios, su apetito se había reducido de modo que apenas se acordaba de comer. Sentía que su cuerpo no le correspondía. Por eso, no le prestaba importancia a unas dolencias crónicas que incluso a veces buscaba. Le costaba detenerse a pensar en las cosas banales que le pudieran ocurrir a su carne o a su piel. Algo que ella llevaba consigo sin tener la sensación de pertenencia. Las jaquecas, los dolores en el pecho, esa tos cada vez más frecuente... en realidad no le suponían un fastidio. Le servían para convencerse de que los placeres de la carne eran inútiles. De que las pasiones humanas se alejaban de la racionalidad y del conocimiento. Si alguna vez, un pensamiento fugaz le invitaba a dejarse seducir por ellas, se ajustaba el cilicio hasta que las puntas de hierro se le clavaban en los muslos. Ahora notaba que unos hilillos de sangre le bajaban por las piernas, bajo su bata.

Estaba desconcertada. En los últimos meses se había encargado de escribir cartas a los mejores científicos de Europa para invitarlos a participar en aquel congreso en el que con la excusa de homenajear la figura de Aristóteles se debatía sobre todas las ramas del saber. Cuando empezó a organizarlo, no imaginaba el éxito de la convocatoria. Se suponía que debía

estar feliz, ocupada en asimilar cuanto escuchaba en esos días de boca de los hombres más sabios del planeta. Y, no obstante, apenas podía quitarse de la cabeza los ademanes de aquel doctor español. Su comedida galantería, la perspicacia de sus comentarios, esa manera de mirarla que pareciera que la desnudara a la vez que la protegía, esa sonrisa tan maravillosa que tan poco prodigaba. Casi que lo prefería. La boca de ese hombre, remarcada por una barba cuidadosamente recortada, le turbaba. Hasta conocerle, jamás tuvo curiosidad por conocer el sabor de un beso. Y ahora... ahora se sorprendía a sí misma teniendo que apartar la vista, que cambiar de conversación al verse aturrida por las palabras gentiles de don Fernando.

Le dio un sorbo a una tila que reposaba aburrída sobre el escritorio. Estaba fría. Igual que la estancia. Ni siquiera había leña en una chimenea apagada desde hacía demasiado tiempo. Una chimenea que quizás nunca hubiera estado encendida. Y, sin embargo, intuyó que bajo las cenizas latía un rescoldo, avivado por un soplo que llegaba allende los mares. De esos mares por donde navegan los miedos, las zozobras, las inseguridades y sobre todo las contradicciones. Porque si algo le reprochaba al saber era su tiranía incansable a la hora de plantear preguntas que impedían el descanso de su mente, inmersa en un sin cesar de búsquedas de respuestas. Algunas no siempre llegaban y entonces sus surcos cerebrales se contorneaban formando una espiral que terminaba en un bucle infinito por donde circulaban sus dudas, sus dicotomías. A veces llegaba a una conclusión y a su contraria, usando el mismo método deductivo. Como si la lógica renegara de sí misma.

Acarició la medalla de San Benito que descansaba en uno de sus bolsillos. Quiso recitar una oración que se vio interrumpida por nuevos pensamientos. Algunos terrenales. Se cuestionaba si sería capaz de ayudar a don Fernando a averiguar el origen de ese mensaje anónimo, si entre ambos llegarían a esclarecer el crimen del inquisidor. Participaba en un congreso donde se debatía sobre la ciencia, sobre los orígenes del universo, pero le costaba profundizar en la mente humana. Ni siquiera la filosofía se veía capaz de establecer certezas. Y se preguntó si le sería posible superar las divagaciones, establecerse una meta, descubrir a dónde quería llegar. ¿A sentarse a la derecha de Dios Padre? O a la de aquel caballero español que la desconcertaba. Le abrumaban sus silencios más que sus palabras, llenas de

medida. Tenía la sensación de que ese hombre la miraba como si hubiera descubierto la transmutación del plomo en oro, como el niño que ve por primera vez el mar, como si ella fuese una dama alada capaz de acompañarle en el vuelo de sus sueños.

O tal vez solo fueran imaginaciones suyas, quimeras de una mujer que hacía tiempo que no era joven y que veía más cerca su muerte que su nacimiento. Treinta y siete años dedicados a las lenguas, a la astronomía, a la música, a la teología y a la filosofía. Artes y ciencias que la alejaban de la realidad para construir un universo que poseía su propia melodía, la de los arpeggios lentos que emanaban de sus instrumentos cuando los acariciaba.

Depositó la taza vacía sobre la mesa y se sentó junto a su arpa. Sus acordes mitigaron el dolor que a veces le causaban sus razonamientos. Quería creer que rezar constituía su único lenitivo contra las dudas que le corroían las entrañas. Sin embargo, sabía que la música le calmaba más que las oraciones. Por eso pensaba que se comunicaba con Dios a través del lenguaje de las notas que salían de sus dedos, yemas de su alma.

Volvió a asaltarle la sonrisa de don Fernando al darse cuenta de que interpretaba una españoleta de Lucas Ruiz de Ribayaz. Le imaginó ahora viéndola tocar el arpa; o el clavecín, o el clavicordio... o el violín. Pero ¿qué pretendía ella con eso? ¿Acaso provocar su admiración? Volvía a pecar de engreimiento. Llevaba el cilicio apretado al máximo y aun así no sentía dolor. Interrumpió su melodía para quitárselo dado que en ese momento carecía de sentido. Quizás no lo tuviera nunca. Se preguntó si el doctor Zúñiga lo usaba. Y enseguida supuso que su cilicio no era de hierro, ni tenía púas. Él lo llevaba cinchado en algún lugar recóndito de su ser: de su mente; tal vez, de su alma. Lo veía cuando de repente él congelaba su sonrisa para visitar brevemente su mundo de melancolía. Un mundo al que ella parecía dispuesta a viajar.

Hacía unos días que el difunto Alvise Contarini estaba enterrado en la iglesia de San Francesco della Vigna, a donde los trabajadores del Arsenal le habían llevado bajo un palio dorado desde la Sala de los *Signori della Notte* del Palacio Ducal. Ahora esos mismos *arsenalotti* aguardaban, sin dejar de afanar en los astilleros, a conocer el nombre del nuevo dogo para portearle en su paseo triunfal durante su coronación.

Solo tuvieron que esperar hasta la mañana del veintiséis de enero. Contra todo pronóstico, los cuarenta y un patricios seleccionados tras las tradicionales cuatro elecciones con sus consiguientes sorteos decidieron elegir en primera ronda a Marcantonio Giustinian, un veterano erudito de una gran religiosidad, perteneciente a una de las familias más ricas de la ciudad.

Para fastidio de Morosini, los venecianos pensaron que su próximo dogo debía estar más pendiente de las cuestiones locales que de los compromisos militares. En un estado de guerra, la República necesitaba que su nueva cabeza no se encontrara batallando en el mar sino despachando los asuntos cotidianos en el Palacio Ducal.

Al conocer la noticia, el viejo Guistinian se sintió sobrepasado por los acontecimientos y su primera reacción fue la de recluirse como monje en el convento de la isla de San Giorgio, alejado del mundanal ruido. Lo último que se esperaba era que fuese su humilde persona la elegida para asumir el más alto cargo de la República. A pesar de sus éxitos en la embajada de la corte de Luis XIV o de sus cargos de notable relevancia en distintos estamentos, asumidos por la responsabilidad de sustituir a sus hermanos fallecidos prematuramente antes de poder acometer mayores empresas, no se sentía investido con la suficiente autoridad. Máxime cuando el trono ducal lo

ambicionaba un hombre valiente, arrogante, luchador y querido por el pueblo.

Fueron necesarios algunos días para convencerle. Lo que necesitaba la República en su *Terraferma* era alguien que aportara tranquilidad y mesura, que la representara en los actos religiosos que tendrían lugar en agradecimiento a las futuras victorias y en aquellas otras celebraciones tradicionales: el matrimonio con el mar a bordo del Bucintoro el Día de la Ascensión, la misa solemne en la iglesia de San Nicolò en la isla de Lido, las visitas al templo de Santa Maria della Salute, su presencia en las fiestas de los Jueves de Carnaval, la procesión del Corpus Domini, su asistencia a San Zaccaria en Pascua o los banquetes en los que se daban cita los embajadores y las más altas autoridades del estado. La noticia de su conformidad fue acogida con alivio por el Senado y con satisfacción por el resto de venecianos, quienes se amontonaban en la plaza de San Marcos aquella penúltima mañana de enero en espera de que su nuevo dogo cumpliera con el ritual dentro de la basílica de comprometerse a garantizar la paz, la prosperidad y la justicia de los suyos.

Entre los miles de personas que ocupaban la plaza, se hallaban gentes de toda clase y condición, muchas de ellas igualadas por la *bauta*, por lo que la plaza parecía estar tomada por un ejército fantasmal. Los miembros de las milicias populares venidos de todos los campos de la ciudad se afanaban en controlar, palos en ristre, a la muchedumbre con el fin de dejar espacio suficiente para que pasara el cortejo en un pasillo formado a duras penas en el centro del recinto. A medida que avanzaban los minutos, el murmullo de voces crecía para convertirse en una auténtica algarabía.

Atraídos por lo excepcional de la ocasión, allí se encontraban desde los científicos reunidos en el congreso hasta las huérfanas del Hospital de la Piedad. Don Fernando tampoco quiso perderse el espectáculo, a pesar de que normalmente rehuyera de las aglomeraciones. Pero pensó que quedándose en el Palazzo Malipiero no iba a avanzar en sus investigaciones, y que quizás una serendipia le aguardaba en cualquier esquina. Además, hacía varios días que no tenía noticias de Elena y dio por seguro que ella estaría cerca de las autoridades locales.

El día anterior habían comprado dos *bautas* en una de las tiendas próximas al puente de Rialto, seducido por la posibilidad de deambular por la ciudad sin ser reconocidos. Así que allí estaba él, acompañado por Pelayo, al

resguardo de sus disfraces y de una de las columnas de los soportales frente al *Campanile*, tratando de explicarse el porqué de la conducta esquiva de la doctora Corner. Suponía que acaso ella se hubiera incomodado por su exceso de galantería, o a lo mejor es que andaba demasiado ocupada con sus colegas polímatas. Su vista no le permitía alcanzar con nitidez el horizonte necesario para distinguir a nadie más allá de unos cuantos pasos, y menos con aquella máscara que reducía el mundo al capricho de dos agujeros. Tampoco quiso quedarse en evidencia ante Pelayo, al que de buena gana le hubiera preguntado si era capaz de vislumbrar a alguien conocido que no fuera disfrazado.

El movimiento formado a las puertas de la basílica provocó un silencio que se propagó por todos los confines de la plaza. Cuando aparecieron los *arsenalotti* llevando sobre sus hombros el enorme *pozzetto* sobre el que se encontraba entronizado el nuevo dogo, miles de gargantas lanzaron gritos de júbilo al tiempo que se producían empujones para intentar llegar lo más cerca posible del recorrido. Esta vez los milicianos no tuvieron miramientos en golpear a discreción ante la avalancha que se les venía encima. A ningún dogo se le escapaba que sus súbditos juzgarían su mandato según la generosidad mostrada en ese día. Por eso, desde la comitiva se lanzaba una ingente cantidad de monedas de oro y plata acuñadas para la ocasión para regocijo de quienes eran capaces de atraparlas.

El lujoso palanquín del dogo se paseó despacio a lo largo de la plaza para luego volver sobre sus pasos ante los vítores de todos los presentes, antes de que el cortejo se introdujera en el Palacio Ducal donde tendría lugar la coronación en la Escalera de los Gigantes. Ya investido con el *cornio* enjovado y con la capa blanca de armiño, el dogo agradeció su elección a los miembros del Consejo Mayor con un breve discurso que concluyó descubriéndose la cabeza.

Mientras, afuera la muchedumbre se iba disgregando si bien aún quedaban grandes grupos ocupando los aledaños del palacio. Don Fernando y Pelayo aprovecharon para dar un paseo con la intención de llegar hasta la Riva degli Schiavoni. Por suerte, tanto las mareas de la laguna como los nubarrones que se cernían amenazantes durante toda la jornada se resistieron a aguar la fiesta.

Pelayo, al que le faltaban ojos para escrutar cada detalle de cuanto acontecía a su alrededor, se sobresaltó al dar al fin con lo que buscaba.

Delante de las tiendas de madera que se extendían entre las columnas de San Marcos y San Teodoro, se hallaba un numeroso grupo de chicas procedente del Hospital de la Piedad en el que rápidamente identificó a Águeda. Antes de que le diera tiempo a acercarse, vio su cara de asombro cuando un individuo disfrazado la asió del brazo tras destaparse la cara durante un instante, dejando ver su parche en el ojo. El tipo la apartó con suavidad y ambos iniciaron una breve conversación. Al girarse para decirle a don Fernando que se pensaba ausentar, vio que a las puertas de la Biblioteca Marciana la doctora Corner departía de forma animada con dos hombres, uno de los cuales ya había visto con anterioridad.

—No sé si os habéis fijado, pero doña Elena está ahí —avisó el muchacho a la espera de que fuese el doctor Zúñiga quien decidiera apartarse de él. Este agudizó la vista para distinguirla. Al avistarla, volvió a darse cuenta de que la presencia de aquella mujer le solazaba.

—No te vayas muy lejos. Voy a saludarla.

En tanto Pelayo observaba de lejos la conversación entre Águeda y aquel tuerto de aspecto siniestro, el doctor Zúñiga se dirigió hacia donde se encontraba el trío compuesto por la doctora Corner Piscopia, Newton y un hombre de melena blanca, rostro lánguido y nariz alargada. Al quitarse la máscara ante la doctora, ella pareció sonreír con franqueza.

—¡Qué grata sorpresa, don Fernando! Veo que os vais adaptando a las costumbres venecianas —dijo en latín.

—Buenos días, doña Elena. No dudo que tiene su encanto ir disfrazado. Sin embargo, tengo la sensación de que me voy a caer a un canal en cualquier momento.

—Estoy segura de que exageráis —rió ella—. Creo que ya os presenté a *mister* Isaac Newton. Nos acompaña *mister* John Locke.

—Demasiados ingleses —bromeó Newton, estrechando la mano del recién llegado.

—Es un placer, don Fernando... —saludó Locke.

—De Zúñiga. Soy médico —aclaró este.

—Yo también soy médico —respondió Locke.

—Supongo que al amparo de los acontecimientos que estamos viviendo, *mister* Locke nos comentaba que el hombre ya no es un animal político como

preconizaba Aristóteles —comentó doña Elena.

—Si alguna vez lo fue —interrumpió el aludido.

—Lo fue y lo es —dijo Newton.

—El caso es que defiende que el hombre es un animal económico —terminó de explicar ella.

—Resulta evidente. Toma sus decisiones desde el punto de vista de la creación de la riqueza —razonó Locke.

—¿Qué opináis vos, don Fernando? —preguntó la doctora Corner.

Por un instante, el doctor Zúñiga dudó si ella le acababa de hacer aquella pregunta para integrarle en la conversación o para dejarle en evidencia.

—No estoy versado en filosofía y mis razonamientos llevan destinos distintos. Sin embargo, opino que son dos caras de una misma moneda —concluyó el español.

—¡Oh! Estoy segura de que *mister* Locke y Aristóteles, de haber vivido en la misma época, hubieran mantenido largas conversaciones —dijo ella, sonriente.

—Para no tomar decisiones desde un punto de vista político, bien se dice que participaste en el complot de Rye House —comentó Newton en un tono tan burlón que provocó el enfado de Locke.

—Ese comentario ha estado fuera de lugar, Isaac. Doctora... señores, si me disculpan tengo cosas que hacer —se despidió airado.

—¿De qué le habéis acusado? —quiso saber doña Elena.

—El año pasado hubo una conjura por parte de los *wighs* para matar a nuestro rey Carlos II y a su hermano, el duque de York, por sus coqueteos con el catolicismo y su amistad con el monarca francés. El plan no se ejecutó por un incendio ocasionado una semana antes en el lugar donde se iban a celebrar las carreras de caballos a las que pensaba acudir el rey —relató el inglés.

—¿Y John Locke estaba involucrado? —interpeló la doctora veneciana.

—Participa de la ideología de los conjuradores.

—Y supongo que es por eso que se halla exiliado.

—Así es.

—Entonces me atrevería a añadir que el hombre además de ser un animal político y un animal económico, es un animal religioso —razonó el doctor Zúñiga—. Cuántas guerras y disputas se hubieran evitado los pueblos a lo

largo de la historia si toda la humanidad hubiera profesado la misma religión.

—¿Vos sois anglicano, no? —preguntó ella a Newton, no sin antes dirigir una mirada de admiración al español.

—De profundas convicciones, sí —reconoció el inglés.

—No creo que sea oportuno debatir sobre religión —dijo doña Elena—. Es en lo único en lo que los hombres nunca nos pondremos de acuerdo.

—Mal futuro entonces para la humanidad —respondió con sorna Newton—. Ahora soy yo quien ha de irse. Debo realizar unos estudios. Me ha supuesto un verdadero placer departir con vos, doctor Zúñiga. Doña Elena, aunque lo haré en público, aprovecho la ocasión para felicitaros. En mi opinión, este congreso ha sido sumamente fructífero para todos. Lástima que concluya mañana.

—Sois muy amable. Lo echaré de menos.

—Me consta que algunos de mis colegas se quedarán algunos días más por aquí. Yo, en cambio, he de partir en esta semana que entra. Mis deberes científicos me reclaman en Londres. ¡Ah! Y no os preocupéis por John. Si me he permitido bromear con él es porque somos buenos amigos. Lo dicho: un placer —se despidió con una tenue reverencia.

Una vez más, doña Elena y don Fernando se quedaron a solas. Esta vez frente a frente. Se miraron durante unos instantes sin saber qué decirse.

—Le empezaba a tomar afecto a nuestros paseos —dijo al fin él.

—Lo decís como si no fuera a haber más —respondió ella.

—¿Acaso los va a haber?

—No lo sé, don Fernando. Llevo unos días confusa. Será mejor que hablemos en otro momento.

—Cuando queráis. Aguardaré vuestras noticias —le dijo él antes de que ella emprendiera el camino del muelle en busca de su góndola.

Al girarse, el doctor Zúñiga vio cómo Pelayo se acercaba a una joven que acababa de dejar la compañía de un hombre disfrazado.

—Te está creciendo el pelo —dijo Pelayo a modo de saludo, aún con el rostro oculto tras la *larva*.

La máscara podía distorsionar su voz pero no su tono castellano ni el brillo de sus ojos.

—¡Eres Pelayo! —exclamó, casi alborozada, aún con lágrimas en los ojos.

—Pues vaya birria de disfraz —respondió él, igual de contrariado que feliz, al tiempo que se quitaba la careta.

—Me alegra verte —dijo, aturdida.

—No más que a mí.

—¿Qué tal tu estancia en Venecia? —quiso saber ella, con una indisimulada sonrisa iluminando la tristeza de su bellissimo rostro.

—Entretenida. Lo mejor fue vuestro concierto.

—Eres muy amable.

—No pretendo ser amable. Solo franco. Me gustaría poder conversar a solas con vos en algún momento.

—Es complicado. El hospital se asemeja a un convento de clausura.

—Dime si tu habitación tiene alguna ventana a la calle. Podría arrojarte mensajes —pidió Pelayo, con el arresto de quien nada tiene que perder.

Ella le miró brevemente al darse cuenta de que sus compañeras sonreían entre cuchicheos.

—La tercera ventana del segundo piso sobre el canal —susurró al fin—. Tres horas después del anochecer —le aclaró antes de darse la vuelta.

Pelayo aún se quedó absorto, casi boquiabierto, sin percatarse de que el doctor Zúñiga sonreía con aire melancólico.

Numerosas *bautas* pululaban al amparo de la oscuridad como piezas de ajedrez en un tablero sin casillas blancas. Tras algunas semanas dominado por una bruma acomodada sobre los tejados de la ciudad, el cielo veneciano se había iluminado gracias a los fuegos de artificio que pusieron colofón a los fastos por la coronación del nuevo dogo. Sin embargo, ahora una luna casi llena se veía incapaz de reflejarse en unos canales por donde navegaban cautelosas más barcazas de lo habitual en una noche desangelada.

Ni siquiera Tomasso parecía tener ganas de cantar. La góndola que tripulaba recorrió con sigilo el Gran Canal hasta llegar al río *della Pietà*. En ella viajaban Gasparo y Pelayo embozados en sus mantos bajo sus tricornios calados.

La idea inicial de Pelayo fue la de acudir en secreto a su cita con Águeda. No obstante, la imposibilidad de llegar a pie bajo su ventana y la seguridad que le daba Gasparo, experimentado en estas lides, hizo que le solicitara su compañía.

Sí escribió él solo la nota que llevaba atada a la piedra que guardaba en su faltriquera. La había redactado esa tarde después de haberle dado vueltas a su texto durante horas. El joven zamorano se encontraba mareado en su propio torbellino de emociones. No podía evitar esa sensación de estar traicionando a Leonor y, de algún modo, a sí mismo. Le fastidiaba que ese amor arrebatador quedara en entredicho ante la contradicción de sus actos. Daría la vida por la hija del doctor Zúñiga, causa de unos desvelos invadidos por la ternura. Pero ahora estaba muy lejos de Salamanca, con dos hombres hasta hace poco desconocidos, tratando de cortejar a una muchacha con un propósito que ni se atrevía a pensar.

Imposible ver más allá de mañana. Era consciente de que se dejaba llevar por sus instintos. Por esa clase de pasiones contra las que arremetían los curas en sus homilias desde todos los púlpitos. Y, sin embargo, el rostro de aquella joven le añublaba el raciocinio. Incluso le hacía plantarle cara a Dios, al que desafiaba buscándole con la mirada en el cielo, si bien la agachaba compungido ante cualquier crucifijo. Antes no se le hubiera ocurrido dudar de su existencia. Pero llevaba demasiado tiempo junto al hombre que más admiraba en este mundo. La perspicacia del doctor Zúñiga no dejaba de sorprenderle, ni su sabiduría. Don Fernando jamás se atrevió a renegar de Dios en público, ni siquiera en sus conversaciones privadas más relajadas. Y no obstante, Pelayo deducía que sus relaciones con el Todopoderoso no atravesaban por un buen momento. No, el doctor no estaba en paz con Él. Así que, de algún modo, sus aflicciones religiosas se veían mitigadas. Si don Fernando tenía sus desavenencias con Dios, no sería él quien cuestionara las razones.

Porque Dios tenía que existir. Tanta gente a lo largo de tantos siglos no podía estar equivocada. Claro que él aún no había podido constatar su presencia. Se estremeció solo de imaginar que su mero pensamiento pudiera ser conocido por el Santo Oficio. Otro sinsentido más. ¿Acaso la tortura era la única manera de convencer a un descreído? Quizás algún día se atreviera a hablar con don Fernando de estos temas. Aunque ahora no sabía por qué se empeñaba en echarle la culpa a Dios de los vaivenes de su conciencia. ¿Qué más le daba si de verdad los gobernaba? Alejado de la catedral de Zamora, se sentía más libre, menos coaccionado por las represalias divinas. Tal vez, la religión se refugiase en el interior de cada hombre. Tal vez, cada hombre tuviese que hallar la paz dentro de sí mismo. Tal vez, rendirse a la pasión, al bienestar de los sentidos constituyese la más bella de las religiones. Tal vez... tal vez acabase quemado en una hoguera si seguía pensando así.

El interior del Hospital de la Piedad se mostraba igual de oscuro que la noche. Los ocupantes de la góndola aguardaban expectantes algún movimiento en la ventana indicada por Águeda. Al abrirse, a Pelayo se le erizó la piel. De repente, se acentuó su nerviosismo. No parecía difícil acertar con la piedra en la ventana. Claro que el hecho de disponer de una sola oportunidad para que el mensaje llegara a su sitio con la fuerza adecuada, sin que se cayera al agua,

hizo que comenzara a temblarle el pulso. Al percatarse de su incertidumbre, Gasparo le preguntó:

—¿La tiro yo? Te aseguro que hace años que no fallo.

Pelayo le entregó la piedra, casi paralizado, sin emitir un solo sonido ni evidenciar un solo gesto. Sus pupilas rebosaban su iris. Y ni aun así, distinguía nada entre la oscuridad.

Gasparo realizó el lanzamiento con la precisión propia del experto que era. Enseguida se cerró la ventana como si estuviese encantada, sin que se viese ni una mano. Los tripulantes de la góndola aguardaron unos minutos, que a Pelayo se le hicieron eternos, a la espera de una señal que no llegaba. En el instante en que Tomasso se disponía a virar, la ventana volvió a abrirse. Sobre la repisa apareció tendido un pañuelo.

—Quiere decirte que no te vayas. Te va a entregar una carta —susurró Gasparo—. Tomasso, ponte justo debajo.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Pelayo sin obtener más respuesta que una indicación de silencio del veneciano.

Apenas el gondolero se pegó a la pared del edificio cuando vieron cómo caía sobre la embarcación la misma piedra que terminaban de lanzar. Gasparo la cogió antes de que golpeará el suelo de la embarcación para dársela enseguida a Pelayo.

—Es vuestra. Os devuelve el mensaje. ¿Lo leeréis a la luz del candil o esperaréis a llegar a casa?

Pelayo, aturdido, miró cómo la ventana se cerraba definitivamente. Ansiaba desdoblar aquel pliego de papel, descubrir los rasgos de su letra, deleitarse con cada palabra. Pero también quería disimular su pudor. Además, suponía que disfrutaría más si lo leía a solas, pasado un rato. Así le daría tiempo a su imaginación para regocijarse mientras. No sintió miedo por el contenido. Se encontraba exultante. Fuese lo que fuese lo que Águeda le dijera, ella había pensado en él. Y eso le hacía flotar imbuido en la niebla.

—La leeré más tarde —determinó.

—Conozco esa sensación. La felicidad de saber que la espera tendrá un buen fin. La espera es esperanza. ¡Ah! ¡La esperanza! Cuando ves que las yemas de tus dedos están a punto de tocar lo que hasta hace un momento era inalcanzable —filosofó Gasparo, ante la mirada divertida de Pelayo que

admiraba la labia del veneciano.

—A medida que os voy conociendo más, entiendo que las mujeres suspiren por vos.

—¿Sabéis cuál es el más potente de los afrodisíacos?

—Sorprendedme.

—Unas cuantas palabras de amor susurradas pausadamente al oído, justo a la distancia en que mi lengua se sitúa al alcance de su lóbulo. Donde su cuello pueda percibir el vaho de mi deseo.

—¿Qué palabras usáis? —preguntó Pelayo.

—¡Ah! Es importante que nazcan en ese mismo instante. Que vuestra boca se deje llevar por lo que os provoca. Han de ser palabras que parezcan sinceras. No temáis mostrar vuestra desnudez, vuestra fragilidad, a la vez que vuestra seguridad en vos mismo. Y poco más os puedo enseñar. La mejor manera de aprender es practicando. A partir de ahora deberíais recorrer solo los vericuetos de la conquista, del galanteo... del amor. ¿Qué os parece si nos acercamos a alguna taberna para celebrarlo? Tomasso nos puede dejar en el muelle de la plaza de San Marcos. Conozco un sitio que estará abierto a estas horas. Es un antro, pero sirven la mejor *grappa* de Venecia.

A Pelayo no le quedó más opción que aceptar. Sería un estupendo linimento para sus huesos ateridos, también para su angustia.

En la oscuridad de aquel enorme cuarto repleto de camas, Águeda observó cómo la góndola en la que viajaba aquel muchacho que le estaba ocupando sus pensamientos llegaba al *bacino di San Marco*. Entonces se sentó sobre su almohada en el suelo y encendió una vela. Sus ojos recorrieron con avidez la nota de Pelayo.

Mi querida Águeda. Es la primera vez que escribo tu nombre. Me resulta extraño ver plasmado en un papel lo que llevo grabado en mi mente desde aquel beso que me diste en el puerto. Te preguntarás el porqué de este mensaje. Solo quería que supieras.

Que supieras que ni tu condición de antigua esclava ha sido capaz de disuadirme de esta locura en la que me encuentro inmerso. Que supieras que ansío pasear a tu lado. Que supieras que tu mirada me derrota. Que supieras que sueño cada noche con el aroma de tu piel.

Espero no parecerte descarado. No sé el tiempo que aún permaneceré

en Venecia. Sea el que sea, tengo la necesidad de saber de ti. Sé que lo tienes muy difícil, pero me harías feliz si pudieras compartir a solas conmigo algún momento de mi estancia en esta ciudad.

Confieso que tienes en mí a tu más rendido admirador.

Pelayo Urtiaga Maestre

La muchacha cerró los ojos, esbozando una sonrisa amarga. Aquel muchacho le solazaba el ánimo. Sin embargo, se veía incapaz de engañarle. Y menos ahora que sabía por Göz que unos españoles andaban investigando. De ninguna manera podían averiguar que el cáliz de Valencia se escondía en algún lugar de Venecia. Incluso estaba amenazada con algo peor que la muerte. Si hablaba, Göz le había jurado que la secuestraría de nuevo para volver a venderla como esclava. Pero esta vez se aseguraría de que no la comprara ningún rico español, sino el más despiadado de los sanjacos otomanos.

Y mientras ella rumiaba sus aflicciones, Pelayo las ahogaba a base de aquel endemoniado orujo que encendía su estómago y su deseo. Fue Gasparo quien decidió que era hora de regresar a casa. Así que salieron de la taberna situada a la espalda del Palazzo Trevisan para llegar hasta la plaza de San Marcos después de pasar por el flamante edificio de banquetes del Palacio Ducal. Ni siquiera el aleteo de las palomas osaba romper el silencio de la madrugada. No transitaban más almas que las suyas por unas calles entregadas a una niebla cada vez más espesa.

Al girar la esquina de la basílica, chocaron con dos individuos enmascarados que iban demasiado deprisa. Estos, al verse sorprendidos, emprendieron la huida perdiéndose por uno de los callejones antes de dejar en el suelo unos botes casi vacíos. Tras recuperarse del susto, Pelayo se agachó para recoger uno de ellos.

—¿Pintura? —preguntó Gasparo.

—Sangre —respondió Pelayo.

Una fina lluvia amenazaba con diluir los toscos dibujos recién pintados en los lomos de los cuatro caballos que presidían la balconada de la basílica de San Marcos. Asomado a ella, el doctor Zúñiga se mostraba pensativo. Percibía que estaba a punto de hallar alguna clave sobre los enigmas que se cernían sobre la ciudad. Sin embargo, aún se le escapaba algo.

Pelayo le había despertado con el alba para contarle el episodio de la noche anterior. Sin pensárselo dos veces, se vistió y ambos se dirigieron raudos al lugar en el que los desconocidos abandonaron los botes teñidos de rojo con el propósito de dar con alguna pista antes de que fuese borrada por el agua o por los transeúntes. El muchacho tuvo a bien esconder los recipientes bajo los tablones de una casa en obras, próxima a la plaza.

Al examinar su contenido, palpando su viscosidad y llevándose los dedos a la nariz, don Fernando sonrió.

—Tenías razón. Es sangre —dijo, con un tono que a Pelayo le pareció que llevaba demasiada sorna—. Eso sí, no necesariamente humana. Y está mezclada con almagre y barniz. Es un pigmento que se usa en la universidad de Salamanca para inmortalizar los vítores en las paredes.

—¿Qué es un vitor? —preguntó Pelayo en un ridículo afán de disimular su contrariedad.

—Un emblema para conmemorar a quienes obtienen un doctorado.

—¿Vuestra merced tiene su propio vitor, entonces?

—Así es —respondió el vizconde, echando la vista atrás con los ojos llenos de ayer—. Pero llévame a donde los encontrasteis.

Poco tuvieron que caminar hasta dar con el lugar exacto. Por suerte, todavía quedaban rastros en el suelo. El doctor Zúñiga se caló los anteojos y

agudizó la vista en busca de nuevas manchas. Fue Pelayo quien avistó una más pequeña a unos pocos pasos, muy cerca de la puerta entornada de la basílica. En ese instante, volvieron a sonar las campanas del reloj. En realidad, volvieron a sonar las campanas de los ciento cuarenta *campaniles* de la ciudad. Incluso el toque de las horas sabía a música escrita sobre el cielo veneciano. Trece, contaron mentalmente. Pelayo se estremeció. No en vano, a pesar de la influencia contraria del doctor, aún se sentía preso de las supersticiones; en buena parte, por culpa de las historias de brujas y maleficios que le contaba su madre de niño.

—No tengo buenos presentimientos, señor.

—No me seas melindroso, que ya sé por dónde vas, y sigue buscando manchas rojas en el suelo. Vamos a ver si hay alguna en la iglesia.

Nada más entrar, el muchacho se quedó paralizado durante unos segundos. La actividad de aquel lunes apenas había comenzado y las calles permanecían vacías, aunque no tanto como el interior del templo, que para el zamorano era en ese momento el lugar más tétrico del mundo. Mientras, don Fernando observaba el contorno astillado de la cerradura.

—¿De verdad tenemos que mirar? Quizás deberíamos esperar a que clareara más. Casi no hay luz —dijo Pelayo.

—Forzada —murmuró don Fernando, concentrado en sus pensamientos—. Tenemos que hacerlo. Alguien ha estado aquí esta noche. Así que más vale que averigüemos algo.

Ambos miraron a su alrededor, girando con lentitud la cabeza en silencio, tratando de que sus ojos se adaptaran a la tenue iluminación del recinto a la vez que aumentaba su capacidad de concentración. Al final, Pelayo optó por deambular a su alrededor con la vista clavada en un suelo cada vez menos oscuro.

—¡Aquí está! —exclamó triunfante al descubrir otra pequeña mancha roja junto al primer peldaño de una estrecha escalera de caracol.

—Vamos —ordenó don Fernando, iniciando el ascenso casi a tientas por aquella lóbrega cavidad, sin hacer caso a las quejas de sus rodillas hasta ver que la luz de la mañana alcanzaba el último tramo del trayecto.

La sensación de claustrofobia se tornó de repente en admiración. La escalera, conocida con el nombre de la *Loggia dei Cavalli*, desembocaba en

la terraza situada por encima de los cinco pórticos de la fachada principal de la basílica. Sobre las pomposas arquivoltas de la portada central, se encontraban las estatuas de los cuatro caballos traídos en su día desde Constantinopla.

Abstraído en su búsqueda, don Fernando no reparó de inicio en la lluvia ni en la belleza de la plaza que se rendía a sus pies. Se acercó a la cuadriga con rapidez al percatarse de que los lomos de los animales presentaban unas manchas visibles a distancia. A pesar de que la lluvia mojaba la pintura sanguinolenta, diluyéndola tenuemente de modo que pareciera que los caballos estaban heridos, el doctor pudo distinguir los dibujos pintados en cada uno de ellos ante la atenta supervisión de Pelayo.

—Así que para esto querían la pintura —comentó el muchacho.

—La cosa se está poniendo cada vez más interesante —respondió el vizconde, como si comenzase a disfrutar con la situación—. Mira. ¿Qué dirías que han dibujado?

Pelayo escrutó con detenimiento cada caballo, sabedor de que aquella pregunta retórica no era más que uno de los exámenes a los que le sometía el doctor Zúñiga, de sobra conocedor de la respuesta.

—En uno hay una espada, en otro un arco y una flecha, en otro quizás una guadaña y en el último... ¿una balanza?

—¡Bravo! —exclamó don Fernando, casi divertido—. ¿Y qué te sugiere?

—No tengo la menor idea.

—Los cuatro caballos del Apocalipsis. Cada uno de sus jinetes portaba lo que has dicho. El caballo blanco lo montaba el jinete de la victoria con su arco, el caballo rojo lo montaba el jinete de la guerra con su espada en la mano, el caballo negro lo montaba el jinete del hambre con su balanza y el caballo bayo lo montaba el jinete de la muerte con su guadaña.

—No entiendo nada, doctor —reconoció Pelayo.

—Se están tomado muchas molestias. Por lo que deduzco hoy aquí, alguien pretende vaticinar el apocalipsis veneciano. Estoy convencido de que esta profanación está relacionada con el robo del icono de la Virgen de Nicopeia y con el cuerpo de santa Lucía.

—Conozco esa sonrisa, doctor. Sé que si no habéis dado con el vínculo, estáis a punto de hacerlo.

Don Fernando no contestó. Pelayo llevaba razón, aunque solo en parte. Con gesto pensativo se apoyó en la barandilla para perder la vista en la grandiosidad de la plaza de San Marcos. Sus cavilaciones se vieron interrumpidas por unas voces familiares que, sin embargo, ahora sonaban desconfiadas a su espalda.

—Veo que esta vez os habéis adelantado —dijo Vittorio Albero.

Este venía acompañado de Silvestro Valier, que aún no sabía si seguiría siendo consejero del nuevo dogo, y de un pequeño séquito compuesto en total por seis hombres.

—*Bongiorno*, señores —respondió el doctor Zúñiga con cierta sorna, al darse cuenta del tono de las palabras del *Signore della Notte* del *sestiere* de San Marco.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Valier, evitando también el saludo.

—Alguien ha pintado esta noche los caballos —respondió el vizconde, sabedor de que debería ser más parco de lo habitual.

—¿Y cómo lo habéis sabido? —interrogó Albero.

—Mi asistente se cruzó con los autores. Esta mañana, a primera hora, hemos seguido el rastro hasta aquí.

—¿Qué casualidad! —exclamó el *Signore della Notte*.

—Sin las casualidades no tendrían explicación muchas cosas —respondió el vizconde, haciendo casi omiso de ese retintín.

—¿Queréis decir que ya tenéis una explicación? —intervino Valier.

—¿Para esto en concreto o para lo que está sucediendo en la ciudad desde...?

—Desde vuestra llegada —le interrumpió Albero—. Eso sí que es una casualidad. Me sorprende que hayáis llegado antes que nosotros al lugar del delito.

—No lo veo muy complicado considerando vuestra perspicacia —contestó desafiante el español—. Lo que sí me gustaría la próxima vez es llegar antes que el malhechor.

—¿Tenéis o no una explicación? —quiso saber Valier.

—No. Todavía no la tengo. Aunque en mi opinión, os diré que este acto tiene que ver con el mensaje anónimo.

—¿En qué os basáis? —inquirió Albero.

—En lo que han dibujado en los caballos para convertirlos en las cabalgaduras de los cuatro jinetes del Apocalipsis. Es como si anunciaran la destrucción. Al igual que la nota —conjeturó don Fernando, quien pareció recuperar la confianza de Valier, no así la de Albero que empezaba a ver en aquel español entrometido a un competidor engreído.

—¿Y creéis que los robos de las reliquias están relacionados? —preguntó Valier.

—Diría que sí. Pero no porque haya dado con el vínculo, sino porque no es lógico que ocurran acontecimientos tan extraños en tan poco tiempo.

—Por ese razonamiento, también la muerte del inquisidor tiene que ver con todo esto —comentó Albero.

—Pues no será yo el que se atreva a negarlo. No hasta que averigüemos qué está pasando —respondió don Fernando.

—Tengo curiosidad por saber lo que vais a hacer —comentó sarcástico Albero.

—No lo sé —el vizconde dudó durante unos instantes—. Esta no es mi ciudad. Y yo no soy responsable de resolver este enigma, y mucho menos de cuanto acontece. Si no os complace mi presencia, no tengo ningún inconveniente en adelantar mi regreso a España.

—Doctor Zúñiga, no os habréis molestado. Entended nuestra inquietud —dijo Valier, tratando de quitarle hierro a la situación.

A don Fernando le dominaba la crispación. Cuando esto le ocurría, optaba por guardar silencio con el fin de no excederse con comentarios de los que después pudiera arrepentirse. Con los años, había llegado a la conclusión de que no le compensaba perder la compostura y que ofender a alguien no redundaba en su propio beneficio.

—¿Acaso tengo motivos? —respondió el vizconde, aparentando serenidad.

—En absoluto. Es más, querría saber qué podemos hacer para ayudaros —respondió Valier.

—Me gustaría que me ayudaseis a dar con un hombre que lleva tatuado en la muñeca un círculo con una especie de cruz con una raya cruzada.

—Contad con que, a partir de este momento, todo el servicio secreto de la República comenzará la búsqueda.

—Os lo agradezco —murmuró don Fernando algo más calmado. Sin embargo, fue la aparición de Elena Corner en la balconada lo que terminó por destensar su mandíbula.

Me alegra haberte conocido. Águeda.

A Pelayo le martilleaban en la cabeza aquellas cinco palabras escritas con una caligrafía hosca desde que las leyera la noche anterior tras el incidente de los enmascarados que llevaban los botes de pintura sangrienta. Pensaba que la nota era escueta por la posible dificultad de Águeda para escribir. O acaso ella no quería compromisos y había escrito una mera frase ambigua. Podía tratarse de una despedida amable o de una sutil apertura de la puerta de sus sentimientos. Se preguntaba por qué a las mujeres no les gustaba ser más directas. Es cierto que se hubieran evitado muchos juegos, pero también algunos malentendidos y unos cuantos corazones rotos.

Ahora se hallaba una vez más, tres horas después de que anoheciera, junto al Hospital de la Piedad aguardando alguna señal desde su ventana. Esta vez solo le acompañaba Tomasso, que le miraba apenado en espera de que aquel muchacho no tuviese que sufrir de amores; un mal que se combatía a base de tiempo y *grappa*, no necesariamente en ese orden. Pelayo llevaba una nueva piedra con un papel anudado. No obstante, pasaron todos los minutos que componen una hora y ella no dio señales de vida. Tampoco la noche siguiente. Ni la siguiente, para congoja del muchacho.

Mientras, tras encontrarse de nuevo en la galería de la basílica de San Marcos, doña Elena y don Fernando habían retomado aquellos paseos en góndola, si bien las conversaciones resultaban más asépticas, llenas de datos y relatos, de cuentos y leyendas, de elucubraciones y razonamientos sobre cuanto estaba ocurriendo, aunque tan frías como el agua de la laguna en invierno. En aquellos días, el doctor Zúñiga ya no percibía ese brillo en los ojos de ella. Y pensó que sería mejor así, por mucho que le costara anudarse

la garganta para evitar que se le escaparan los requiebros.

Ese jueves por la tarde, la neblina por fin se disipó. Al cielo pareció pillarle de improviso y apenas le dio tiempo a vestirse de azules cálidos que se fueron tornando en violeta a medida que se acercaba la noche. Una gran luna asomaba a ras de la laguna mientras la góndola en la que viajaban la doctora Corner y el doctor Zúñiga emprendía el regreso hacia el Gran Canal.

—Es preciosa —dijo ella—. Lástima que las nubes no se fueran dos días antes. Hubiéramos visto la luna llena en todo su esplendor.

—Confieso que soy un poco lunático.

—Pues yo os veo muy cuerdo.

—No os fiéis de las apariencias. Cuanto más razono, cuanto más uso el sentido común o la prudencia, más se me cruzan pensamientos intempestivos —comentó él, en un tono que no dejaba clara la seriedad de su afirmación.

—Nadie se libra de eso. En cualquier caso, sois un lunático inofensivo.

—Seguís fiándoos de las apariencias —ahora, su voz sonaba fatigada—. Si nos dejamos influir por ellas nunca resolveríamos los enigmas. Ni los que se encierran en nuestra mente, ni los que nos asaltan a nuestro alrededor. Por ejemplo, el que nos ocupa.

—Ya veo que os inquieta.

—Faltan menos de dos semanas para que comience la Cuaresma y no he avanzado demasiado en mis investigaciones.

—Habláis como si fuerais responsable de cuanto acontece.

—Me resulta inevitable. Sé que habrán de ocurrir más desgracias, mas no me veo capaz de detenerlas. Esta ciudad se me escapa.

—Hay mucha gente intentando desentrañar este misterio. Todos los milicianos y espías de Venecia están buscando las reliquias desaparecidas. Estoy segura de que, en cuanto las encuentren, todo se esclarecerá.

—Hace demasiados días que desaparecieron. Y ni rastro. Cuanto más tiempo pase, más complicada será su recuperación.

—No tiene por qué ocurrir nada más. Los templos se encuentran más vigilados.

—No busquéis el consuelo de mi ánimo. Sabéis tan bien como yo que esto no ha terminado. Además, la clave no está en las reliquias sino en Constantinopla.

—Sí, es verdad que han atentado contra los caballos *de bronce* y han robado el cuerpo de santa Lucía y el icono de la Virgen de Nicopeia, todos ellos traídos desde una Constantinopla vencida tras la cruzada.

—Vencida y saqueada —matizó el vizconde.

—Sí, saqueada. Pero también han robado la sangre de Cristo y esa reliquia no llegó desde Constantinopla.

—Tampoco la robaron en Venecia.

—Y, no obstante, está aquí.

—Lo cierto es que resulta evidente que está en marcha una conjura que no sabemos en qué consiste ni quiénes son sus creadores.

—¿Y la muerte del inquisidor forma parte de esa conjura?

—Me atrevería a decir que sí. En este periodo no ha habido una única muerte violenta.

—¿Qué queréis decir?

—Tengo sospechas de que el dogo no falleció de manera natural —reveló al fin el doctor Zúñiga.

—¡Oh! ¡No es posible! —exclamó horrorizada ella.

—Os ruego que me mantengáis el secreto de momento. No tengo pruebas tangibles. Es el sentido común quien me lo dicta.

—¿En qué os basáis?

—¿Cuento con vuestra discreción?

—Por favor, don Fernando. Sabéis que sí.

—El aspecto de su cadáver, el espejo virado en la mano... Y recordad: ¿qué día se produjo el robo de la Virgen de Nicopeia?

—El quince de enero, ¿no?

—El mismo día que la muerte del dogo. ¿Y que día robaron a santa Lucía?

—El veintitrés. Cuando mataron al inquisidor.

—¿Y la profanación de los caballos?

—Este lunes de madrugada.

—Día treinta y uno —aclaró don Fernando.

—Pero ese día no murió nadie.

—Nadie que nosotros sepamos.

—Nadie relevante, al menos. Vos habláis primero del dogo y después de uno de los tres inquisidores. Si vuestras conjeturas son ciertas, las personas

elegidas son cargos importantes de la República.

—Si nos dejamos llevar por las apariencias, resulta evidente. Mas debemos escaparnos de ellas. Lo innegable es que los crímenes se han producido con una cadencia de ocho días entre ellos.

—¡Es verdad! ¿Cómo no he caído en la cuenta? —dijo ella, denotando admiración.

—Quizás porque solo sea una mera casualidad o porque no estáis acostumbrada a enfrentaros a esta clase de enigmas.

—Lo sabremos con certeza el próximo martes, entonces. El día ocho.

—Eso pienso yo.

—Y mientras tanto, no podemos hacer nada.

—Seguir elucubrando. Estudiar. Saber qué otros tesoros se trajeron de Constantinopla. Descubrir qué pinta el número ocho en todo esto.

—Me habéis dejado estupefacta —confesó ella, permitiendo que el fulgor regresara a sus pupilas.

—Me gustaría consultar libros de esos que no se encuentran en cualquier biblioteca. Ya sabéis a qué me refiero.

—Hay una librería en la *Mercerie*. Se llama Minerva. La abrió hace casi un siglo un tal Ciotti, adepto a las ideas de Giordano Bruno. No sé si daréis con lo que buscáis, pero lo pasaréis bien. Es el mejor lugar para hallar libros prohibidos. Y yo no os he dicho nada —rio Elena.

—Me daré una vuelta mañana.

—Sé que estáis en la pista correcta.

—No sé... no hemos avanzado sustancialmente. Pero tenemos algo a lo que aferrarnos. En tanto se suceden los acontecimientos, me gustaría invitaros a la misa que se celebrará este viernes a las veinticuatro horas en la iglesia de San Samuel. Cuando concluya, habrá un concierto privado en la residencia de los Malipiero, donde me alojo.

—Acudiré encantada.

—La familia es devota de santa Águeda y es su manera de celebrar su festividad —aclaró don Fernando, sin saber que su afirmación no era cierta.

Conmovido por la languidez de Pelayo, a Gasparo no se le ocurrió otra cosa que llevar a Mahoma a la montaña y usar sus influencias para organizar una serenata en su mansión contratando a algunas de las muchachas del

Hospital de la Piedad con la excusa de festejar la onomástica de santa Águeda. Dos violines, una viola y un violonchelo deleitarían a unos pocos asistentes. Y ellas tocarían sin velo.

Pelayo volvería a ver a Águeda.

Águeda a veces abría los ojos para echarle un vistazo a una partitura que apenas podía leer. Le bastaba escuchar un par de veces una melodía para interpretarla sin equivocarse en una sola nota. Tocaba su violonchelo casi por inercia. Esa noche sus pensamientos no le permitían que la música le brotara del alma, ya que pululaban desperdigados por la maraña de su conciencia.

Así que cuando veía a Pelayo mirándola absorto, volvía a apretar los párpados en un intento imaginario de huida. Y eso que no tenía a dónde ir. Aparte de aquel muchacho, la única persona que le había ayudado en los últimos tiempos era un delincuente que actuaba de forma interesada y que además la chantajeaba. Se sentía despreciable. Ya contaba con la información facilitada por Göz de que aquellos españoles investigaban los asuntos que ellos ocultaban. Así que estaba advertida de que se anduviese con cuidado, y de que se mostrase muy atenta a los movimientos de cuantos buscaban una explicación de la desaparición de las reliquias, incluida la doctora Corner que ahora le sonreía mientras movía la cabeza al compás de la sonata que interpretaban.

Se veía actuando como un títere relleno de serrín, zarandeado de un sitio para otro sin posibilidad de razonar. De otro modo, no estaría metida en aquel embrollo. O tal vez sí, si así lo hubiera decidido *motu proprio*. Y a lo mejor hasta sabría el porqué del robo del cáliz de la catedral de Valencia que ella había llevado a Venecia. Pero no, apenas sabía nada. Aunque sí lo suficiente para tener la certeza de que su libertad pendía de un hilo.

Al finalizar el concierto en el salón principal de los Malipiero, decorado con nuevos cortinajes de seda para la ocasión, Pelayo se armó de valor para acercarse a la muchacha. Esta, al percatarse, hizo ademán de marcharse. Sin

embargo, no resultó suficientemente elocuente.

—Me gustaría hablar con vos —dijo Pelayo, ante la atenta mirada de Gasparo.

—Tengo que marcharme con mis compañeras —respondió ella, cabizbaja.

—¿Ni siquiera merezco una mirada?

Águeda alzó la vista con parsimonia, casi con miedo. Se estremeció al toparse con las chiribitas de Pelayo. Ahogó un largo suspiro y, tras unos instantes de duda, sonrió con timidez.

—Te escribí que me alegra haberte conocido —se justificó.

—Y, a pesar de ello, no has vuelto a asomarte a tu ventana.

A Águeda le hubiera gustado decirle que aquello no era cierto. Que ella estaba junto a la ventana cada noche, aguardando a que él llegara. Que se moría por sentir el calor de sus abrazos. Que de buena gana le besaría hasta dolerle la boca. Y, no obstante, no tuvo más opción que reprimirse.

—Es mejor así.

—¿Qué pretendes decirme?

Águeda se sentía conmovida al comprobar que aquel muchacho, a sabiendas de su condición de esclava, la trataba como a una dama.

—Lo que has oído —susurró ella.

—¿Acaso crees que puedes engañarme? ¿Es que no quieres verme más? Tus labios dicen una cosa, pero tus ojos otra.

—Tengo que irme. Me esperan.

—Dime que te deje en paz para siempre, que no sientes nada por mí y, con harto dolor de mi corazón, me olvidaré de vos.

Pelayo no dejaba de mirar unos ojos, ahora humedecidos por las lágrimas.

—No puedo decirte eso —dijo al fin entre sollozos.

—Necesito verte a solas, Águeda. Escúchame bien. Es la súplica de quien se ahoga sin vos.

Ella sí que necesitaba aferrarse a una rama para no dejarse engullir por ese remolino de angustia que la arrastraba. Durante unos instantes, sopesó la situación. O más bien, sopesó su vida en una balanza de libertad y muerte.

—Pronto tendrás noticias mías —resolvió, besándole en la mejilla para enseguida marcharse con su violonchelo a cuestas.

Pelayo no se percató de que don Fernando y doña Elena sonreían a su

espalda. La doctora Corner vio en el beso casi reflejo de aquella muchacha un gesto que ella contenía muy a su pesar. En tanto que él intentaba identificar ese rostro familiar. Gasparo, que también contemplaba la escena, se acercó a su amigo.

—Esta noche habéis aprendido a conquistar a una mujer —le susurró, orgulloso de sus enseñanzas en las artes amatorias, sin que Pelayo fuese capaz de reaccionar.

El doctor Zúñiga caminaba inquieto de un lado para otro en su alcoba. Fuera, se respiraba niebla. Una niebla tensa que impregnaba la noche cerrada, tan larga como fría. A veces el candil de una barcaza intentaba abrirse paso entre la espesura, pero no se trataba más que de una luz efímera, de un espejismo en medio del canal.

Las horas transcurrían lentas, temerosas de la madrugada. Don Fernando aguardaba a que llegaran noticias funestas de un momento a otro. Esos pensamientos perversos, por mucho que le fuesen familiares, no dejaban de desasosegarle. Todavía no clareaba ese ocho de febrero y ya esperaba que alguien le informara de la aparición de algún muerto en cualquier punto de la ciudad. Dos días antes había anunciado su predicción a Silvestro Valier quien no pareció tener muy en cuenta sus conjeturas. Sin embargo, una hora después Vittorio Albero se presentó en la residencia de los Malipiero para comunicarle que no se le permitirían las salidas a la calle hasta nueva orden. El vizconde ni siquiera preguntó por los motivos. Se limitó a sonreír con sarcasmo y a esperar. Alguien creía que él tenía que ver con lo que acontecía y la única manera de demostrar lo contrario era respetar aquella especie de cautiverio.

No obstante, esas dos jornadas le resultaron eternas. No imaginó que pudiera añorar tanto sus paseos en góndola con Elena Corner, la única persona que mejoraba su soledad. Entre libros, cábalas y las visitas de Pelayo fue matando el tiempo, aunque ansiaba que llegara ese martes. Y sí, se hubiese contrariado si no hubiera ocurrido nada anormal. Quería que se robase una nueva reliquia y, peor aún, quería que apareciese un muerto, asesinado del modo más espectacular posible. Intuía que así tendría las pistas necesarias

para descubrir los enigmas que se cernían sobre aquella ciudad tan inhóspita como subyugante.

Entonces empezaría una carrera contrarreloj. Sabía que únicamente le restaban otros ocho días antes del inicio de la Cuaresma. En ese periodo debía dar con los culpables.

Con las primeras luces de la mañana, ya estaba vestido, presto para salir de la mansión en cualquier instante. No tuvo que aguardar mucho más. La bruma comenzaba a acicalarse de gris claro justo en el momento que escuchó la voz recia de Silvestro Valier al otro lado de la puerta.

—*Bongiorno*, doctor —saludó el veneciano tras asomarse don Fernando.

—*Bongiorno, ser* —respondió el español, simulando tranquilidad.

—Teníais razón. Un nuevo muerto —informó el consejero con el rostro crispado.

—Lamento que sea así —mintió el vizconde, procurando mostrar cara de circunstancias—. ¿De quién se trata?

—He de deciros que la Serenísima República está en guerra ya no solo contra el turco sino contra los mal nacidos que están atentando contra ella desde dentro. Ha muerto Andrea Badoer, uno de los miembros del Consejo de los Diez. Y no parece que haya sido un accidente.

—¿Dónde está?

—Donde le han encontrado hace apenas una hora. He ordenado que no muevan en tanto que no lleguemos. Está junto a la iglesia de San Stae. Llegaremos enseguida en mi góndola.

En efecto, en pocos minutos, tras sortear los dos grandes meandros del Gran Canal, accedían a la escalinata verdosa que conducía desde las aguas hasta la explanada de un viejo templo revestido de andamios. Sobre el liquen de los primeros peldaños, se hallaba tumbado de lado el cadáver de un hombre de mediana edad que vestía ricos ropajes ajados por la humedad. Don Fernando se persignó antes de manipularlo.

—En apariencia, ha muerto ahogado —dijo Valier, sin que Lorenzo Silva, el *Signore della Notte* del *sestiere* de Santa Croce, perdiera detalle.

El doctor Zúñiga se caló los anteojos y le abrió la boca para, acto seguido, tocarle la garganta. Parecía que tuviera un objeto extraño en ella. Trató de moverlo desde fuera sin éxito. Apenas conseguía desplazarlo, cuanto menos

extraerlo. Se quitó los guantes para ganar en sensibilidad. Volvió a palparle, ahora más despacio, en el cuello. Diría que se trataba de algo redondo, una bola tal vez.

—Asesinado —murmuró—. Tiene algo en la tráquea. Me gustaría saber lo que es. Aunque no sé si podremos sacarlo sin practicar una incisión. Por favor, que alguien lo ponga bocarriba en la explanada.

A Silvestro Valier le fue necesario un único gesto para que dos hombres asieran el cadáver por los hombros y lo depositaran en el lugar indicado por don Fernando. Este se arrodilló junto al infortunado y colocó sus manos, una sobre otra, en el pecho antes de apretar con fuerza una única vez. Por suerte, por la boca de Andrea Badoer salió un amasijo sanguinolento que provocó el grito repugnado de los asistentes. El doctor Zúñiga volvió a ponerse los guantes para recoger el objeto expulsado y lavarlo en las aguas del canal. Aparentaba ser una pequeña pelota de trapo de esas que emplean los niños en sus juegos.

—¿Qué significa todo esto, doctor? —preguntó Silvestro Valier, con preocupación—. El nuevo dogo está al corriente y necesita explicaciones. Por cierto, os gustará saber que ayer apareció la triaca que ingirió el difunto Contarini. Se hallaba guardada en uno los armarios a los que solo tenía acceso el dogo, junto a algunas de sus pertenencias más personales.

—¿No la habrá tomado nadie, verdad?

—No. Tranquilo. El dogo estaba advertido. Además, es una persona en demasía prudente.

—Lo mejor será que lleven a Andrea Badoer a su casa para que sea velado. Creo que sería preciso que fuésemos al Palacio Ducal para echar un vistazo a ese tarro.

—Aún no me habéis dicho qué está sucediendo. Sabíais que hoy ocurriría una nueva desgracia, por lo que debéis de tener indicios de cuanto acontece —insistió Valier, en un tono que denotaba menos amabilidad que otras veces.

—Encargad triaca en la *spezieria all'Ercole d'Oro* y buscad dos gatos callejeros. Quiero comprobar algo. Si mis suposiciones son atinadas, os contaré lo que sé —respondió don Fernando, sin perder la flemma.

La pequeña comitiva optó por regresar en góndola únicamente hasta el puente de Rialto, el único que atravesaba el Gran Canal, y dirigirse desde allí

a pie al Palacio Ducal con el fin de evitar el rodeo al *sestiere* de San Marco. Al llegar a la altura de la basílica se encontraron con un grupo de curiosos que miraba las efigies de una de las fachadas. Intentando que nadie se acercara a ellas se hallaban los milicianos de Vittorio Albero.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Silvestro Valier al *Signore della Notte*.

—Algo similar a lo de los caballos de la semana pasada —informó este—. Han pintado las estatuas de rojo sangre. Solo que esta vez parece que han estampado una firma.

El conjunto ultrajado representaba a los tetrarcas, los dos augustos y los dos césares que gobernaban en el Bajo Imperio romano. Las figuras de mármol estaban dispuestas en un ángulo de noventa grados para ser colocadas en una esquina. Las cuatro eran similares en cuanto a vestimenta y posición corporal para que las generaciones posteriores supieran que constituían un único poder. Todas ellas tenían una mano en la empuñadura de su espada; con la otra se abrazaban. Portaban en la cabeza el gorro bautizado como *Pileus Pannonicus* y vestían ropas militares: coraza, falda romana y capa. Sus rostros eran similares, si bien dos de ellos llevaban barba. A uno le faltaba un pie.

Ahora sus manos parecían manchadas de sangre al igual que sus espadas. En una de las paredes laterales, de mármol gris, estaba pintado con el mismo color rojo un círculo que albergaba una extraña cruz que tenía integradas dos letras griegas: la gamma y la lambda.

El doctor Zúñiga amagó una sonrisa al suponer que aquel símbolo era el que llevaba el enmascarado que dejó el violín en el taller del lutier Martinus Kaiser. Las piezas comenzaban a encajar.

—Doctor, este emblema... debe de ser el mismo que lleva tatuado el hombre que me pedisteis que buscara —dijo Valier, en un tono que delataba admiración, o quizás desconfianza.

—Veo que mis pesquisas van por buen camino —se limitó a responder el español.

—¿Y no podemos conocer más detalles sobre ellas? —preguntó desafiante Albero.

—Poco más sé. Ayudaría que encontrásemos a ese hombre.

—Estamos en ello —contestó el consejero.

—No tengo ninguna duda al respecto. Decidme. ¿Estas estatuas también

fueron traídas de Constantinopla? —quiso saber el vizconde.

—Yo diría que sí, aunque no estoy seguro. La doctora Corner podrá informaros mejor. Así que pensáis que los asesinatos y los atentados a las estatuas están relacionados —respondió Valier.

—No os olvidéis de los robos de las reliquias —explicó don Fernando en voz baja, para evitar que la conversación trascendiera de ellos dos.

—Y los responsables son los autores de la nota anónima que amenazaba con sepultar la ciudad bajo su sangre en Cuaresma. ¿Tenéis idea de quiénes pueden ser?

—No lo sé todavía. Mi impresión es que se trata de alguien no demasiado cuerdo. No atino a averiguar la relación de los crímenes con el hundimiento de Venecia. Y menos bajo su sangre y no bajo sus aguas. Por cierto —dijo elevando la voz para que Vittorio Albero pudiera oírle—, ¿no sabréis si la semana pasada se cometió un asesinato del que no fui advertido?

—¿Cómo sabéis que lo hubo? —preguntó malicioso el *Signore della Notte*.

—¡Oh, vamos! ¿Vais a volver a enclaustrarme en mi habitación? A lo mejor, os quedabais más tranquilo encerrándome en los calabozos del Palacio Ducal.

—No discuto que vuestra perspicacia es extraordinaria, pero vuestro sentido del humor no es de mi agrado —dijo Albero.

—Os comprendo. Inteligencia y sentido del humor van de la mano —respondió don Fernando, en un tonillo más desafiante de lo habitual.

—Señores, compórtense —intervino Silvestro Valier ante la mirada furibunda del *Signore della Notte*.

—¿Mataron a alguien o no la semana pasada? —volvió a inquirir el vizconde.

—Nadie importante. Si no se os comunicó fue porque no era relevante. Acuchillaron a un tipo por unas deudas de juego —respondió Albero a regañadientes.

—Os ruego que recabéis detalles al respecto —don Fernando ahora suavizó el tono en son de paz—. Será mejor que echemos un vistazo a esa triaca.

Cuando llegaron al Palacio Ducal, los hombres de Silvestro Valier ya

habían cumplido con su cometido. En una de las mesas de las cocinas de la planta baja se hallaban colocados dos albarelos de triaca. Uno de ellos estaba señalado con un aspa negra. Junto a las patas, dos gatos maullaban en unas jaulas.

El consejero ordenó que se vaciase la estancia con el propósito de quedarse a solas con el doctor Zúñiga. Este vertió parte del contenido de los tarros en sendos cuencos y los introdujo en las jaulas. Los gatos no tardaron en beber la triaca. Los dos hombres aguardaron en silencio a que el brebaje surtiera efecto. Al cabo de unos minutos, el gato que había ingerido la pócima del tarro marcado comenzó a vomitar en medio de unos espasmos que le provocaron la muerte.

—Entonces, teníais razón. El dogo Contarini fue asesinado —dijo Valier, con la voz casi quebrada.

Las leyendas venecianas reflejaban ese mundo esotérico que subyace en la esencia de la ciudad, refugio de ocultistas y herejes de toda Europa. Su pertinaz vocación de independencia la enfrentaba con la siempre invasiva Roma, a la que desafiaba acogiendo a las mentes más complejas sin distinguir que pertenecieran a herméticos, calvinistas o luteranos con el propósito de erigirse en la referencia intelectual y filosófica de todo el orbe.

En sus paseos entre canales, Elena Corner relataba los hechos terribles que la tradición popular daba por ciertos en algunos de los lugares por donde navegaba la góndola. El doctor Zúñiga escuchaba entre absorto y divertido las historias de mujeres fallecidas en el parto que se convertían en hadas blancas con pies monstruosos, de niños mortinatos cuyas almas vagaban por el puente de Rialto, o de niñas que robaban hostias para el diablo que adoptaba todas las formas posibles para engañar a las más inocentes.

Esa tarde comenzó con las informaciones de don Fernando acerca de lo acontecido por la mañana con el consejero asfixiado con una pelota en la escalinata de la iglesia de San Stae, de las nuevas pintadas sanguinolentas en la basílica de San Marcos y del gato muerto tras ingerir la triaca del dogo. Sin embargo, una vez aparcadas las conjeturas y suposiciones, aprovechando que la góndola se deslizaba despacio por las aguas del *sestiere* de Castello, Elena volvía a narrar una de esas leyendas relacionadas con corazones que encogió el del vizconde.

—Muy cerca de aquí, en un *sotoportego*, está la casa donde vivía un pescador llamado Orio que se enamoró perdidamente de Melusina, una sirena que se transformaba en serpiente los sábados por culpa de un maleficio —contó ella con voz dulce—. Merced a su amor, ella recobró las piernas, se

casaron y tuvieron tres hijos. Fueron felices hasta el día que Melusina enfermó y murió. Según dispuso, su cuerpo descansó en la laguna. El pobre pescador pensó que no podría sacar la casa adelante él solo. No obstante, cuando venía de faenar, se la encontraba ordenada. Un día que regresó antes de lo habitual se topó en la cocina con una serpiente, a la que cortó la cabeza. La vivienda no volvió a estar limpia y entonces se dio cuenta de que había matado de nuevo a su esposa. En su recuerdo hay un corazón de ladrillo rojo. Dicen que se cumple el deseo de quien lo toca.

—Me gustaría hacerlo —comentó el doctor Zúñiga.

—¿De verdad? —respondió ella risueña—. Ya os dije que no sois hombre de creencias supersticiosas.

—Os sorprendería saber en lo que soy capaz de creer a veces.

—Vamos, pues. La casa está en esa *salizada*.

El gondolero detuvo la embarcación junto a unas pequeñas escaleras para que los pasajeros accedieran a ellas con facilidad. Muy cerca, en el canal que conducía al Arsenal, dos enmascarados los vigilaban. Dieron con la morada del pescador enseguida. La calle empedrada con *masegni* era estrecha por lo que tuvieron que caminar muy juntos. La soledad del lugar y la candidez con que ella había relatado la historia provocaron que al vizconde se le acelerara el pulso. Él tocó el corazón de ladrillo rojo con la vista puesta en sus ojos avellana.

—Deseo solicitado —sonrió el doctor Zúñiga, fijándose ahora en sus labios.

—Volvamos pues, don Fernando —contestó ella, zafándose de aquella mirada que la turbaba sobremanera.

—Me gustaría que me llamaseis Fernando, sin más.

—¿Ese es el deseo que habéis pedido? —preguntó, radiante.

—No. Mi deseo es otro.

—Como queráis.

—Como quieras —corrigió él.

—Como quieras, Fernando —susurró doña Elena en un tono que enardecía el ánimo del doctor, abriéndose paso para regresar a la góndola—. Tal vez debería dejar de contarte historias. Parece que te afectan más que los crímenes que tratamos de resolver.

—No dejo de pensar en ellos. Y lo sabes, Elena —quiso pronunciar su nombre a secas para comprobar su sonoridad.

—Te creo.

—¿Vos no tocas el corazón? —el vizconde se burló de sí mismo al escucharse.

—No es un corazón. Es un ladrillo rojo —comentó ella, sin desprenderse de su dulzura.

—Creo que tienes razón. Deberíamos ocuparnos de lo que está aconteciendo en la ciudad.

—Y cada vez son más frecuentes las inundaciones. Como si de verdad, cualquier día pudiera sumergirse.

—Pero vos no crees en el cumplimiento de deseos, cuanto menos en conjuras esotéricas —le reprochó mientras la ayudaba a subirse de nuevo a la góndola.

—Yo no. Los criminales quizás sí.

El gondolero se dirigió al campo de San Lorenzo para adentrarse en el río de Santa Marina. La tarde era gris aunque inusualmente cálida. A medida que avanzaba, una niebla casi transparente buscaba el consuelo de las aguas.

—El viernes pasado te hice caso y estuve curioseando en la librería Minerva —comentó don Fernando, tras unos minutos de deliciosos silencios.

—¿Y diste con algún libro interesante?

—Solo con estar en un lugar frecuentado por alguien que ardió en la hoguera sentí una extraña sensación.

—Giordano Bruno fue traicionado a la Inquisición por su mecenas, un tipo raro de la familia Mocenigo que quería leer en mentes ajenas a través de la magia negra que pretendía que su protegido le enseñara.

—Algo he leído sobre las ideas de Bruno.

—Sus libros están prohibidos.

—En mi casa en Salamanca, cuento con una pequeña biblioteca clandestina. Confío en que no imites a ese Mocenigo y no me denuncies —confesó el doctor Zúñiga, esbozando esa media sonrisa que a ella le cautivaba, en busca de hacerse vulnerable ante sus ojos.

—¿Y estás de acuerdo con sus teorías de mundos paralelos, de que el sol es una estrella más y que hay infinitos mundos en el universo que pueden estar

habitados?

—Así que vos también le has leído.

—No —rio Elena—. Solo tengo referencias de sus locuras.

—No creo que estuviese loco.

—Pero era un hereje.

—No soy quién para juzgar la herejía. Valoro a los pensadores en la medida que me ayudan en mi pensamiento.

—Y aparte de tu simpatía por Bruno, ¿qué más sacaste en claro de la librería? —ironizó ella.

—Un libro interesante sobre geometría sagrada.

—¿Te refieres a la ideología pitagórica?

—Pitágoras conserva muchos seguidores, dos milenios después. Sinagogas, mezquitas e iglesias se han construido atendiendo a la geometría sagrada, en busca de la perfección, en aras de dar con una arquitectura a la medida de Dios. Ese libro me ha hecho pensar.

—¿En que no solo los edificios se construyen respetando esa geometría?

—Eres una mujer muy inteligente.

—Así que estimas que algunas ciudades pudieron levantarse conforme a los dictámenes de la geometría sagrada. Y que Venecia es una de ellas.

—Venecia, lejos de ser una excepción, podría constituir el paradigma de ese principio. O eso puede pensar el autor de la nota anónima.

—Y sopesas que pretende atentar contra el equilibrio cósmico de la ciudad.

—¿Lo ves descabellado?

—Lo veo muy lógico —dijo la doctora, con una sonrisa de admiración—. Ahora resta averiguar sobre qué principios geométricos se asentó Venecia.

—O al menos, en los principios que ellos creen. Pitágoras también fue el creador de los cinco sólidos, asumidos después por Platón y por Aristóteles: agua, aire, fuego, tierra... y éter —detalló don Fernando.

—Éter, sí, la quintaesencia.

A medida que la góndola proseguía su pausado navegar, ellos disfrutaban encadenando ideas.

—El libro decía que cada uno de los cinco sólidos representa una energía planetaria que se une por su forma a su elemento natural. El tetraedro está

ligado a Marte y al fuego, el octaedro a Saturno y al aire, el icosaedro a la luna y al agua, el hexaedro al sol y a la tierra. Por último, el dodecaedro está unido a Venus y a la quintaesencia.

—¡Y Venecia se fundó bajo el signo de Venus!

—Por eso, no hago más que darle vueltas a un dodecaedro ficticio, en busca de la clave —dijo el vizconde, con la tranquilidad de quien ha razonado sobre el asunto.

—Curiosamente hay un dodecaedro estrellado en la biblioteca de los padres somascos. Y dos dibujados en la basílica de San Marcos, uno junto a la entrada principal de la izquierda y otro bajo el iconostasio.

—Que vendrían a reafirmar la filiación de Venecia a la diosa Venus.

—Y has llegado solo hasta aquí.

—No, Elena. Sin vos, no le hubiera encontrado el sentido a todo esto, si es que tiene alguno.

En ese instante, la góndola transitaba por la *sacca della Misericordia*, una dársena que parecía la pieza faltante en el rompecabezas de la ciudad.

—Me gustaría mostrarte uno de mis lugares favoritos —comentó ella, dando instrucciones al gondolero para que se detuviera ante un edificio señorial con una fachada demasiado sobria—. Es el Palazzo Contarini Dal Zaffo. Lo que quiero mostrarte está dentro.

Elena Corner golpeó decidida la aldaba. Al poco tiempo, un lacayo abrió la puerta.

—Me alegra veros, doctora. Pasad —saludó en véneto, con cordialidad.

—Gracias, Antonio. Quiero enseñarle algo a mi acompañante. No abusaremos de tu confianza en exceso.

—Estáis en vuestra morada.

—La casa está deshabitada. Antonio y su mujer se encargan de su mantenimiento —dijo la veneciana al vizconde—. A veces utilizamos uno de los salones de la planta baja para reunirnos. Se trata de un anexo al que llamamos el Casino degli Spiriti.

Los dos visitantes rodearon un pequeño atrio hasta llegar a un enorme vergel que provocó la admiración del doctor Zúñiga.

—Pero... ¡pero si es un jardín precioso!

—No hay muchos en Venecia. Es sorprendente, ¿verdad? —dijo ella,

satisfecha por haber conseguido el fruto esperado.

En efecto, después de tantos días de contemplar agua y edificios tintados de gris, se quedó maravillado ante aquella estancia de verdor repleta de columnas, estatuas y fuentes. A ras de la inmensidad de la laguna, a pesar de la neblina, pudo ver las islas de San Michele y de Murano.

—Es un lugar increíble. Y muy silencioso.

—¿Qué ves allí, en lontananza?

—¿Qué tendría que ver? —preguntó don Fernando, agudizando la vista.

—Entre la niebla, se pueden ver los sueños de Lucifer —señaló la doctora, risueña.

—¿Te burlas de mí?

—Un poco —rio ella—. Cuenta una leyenda que Fra Mauro, un monje del monasterio de San Michele in Isola, fue un magnífico cartógrafo que dibujaba sus mapas leyendo los sueños del diablo proyectados en las nubes.

—No creeréis en eso...

—Lo cierto es que Fra Mauro jamás salió de Venecia, y ahí están sus trabajos —respondió Elena, encogiéndose de hombros—. Mira. Ese es el Casino degli Spiriti. No pienses que hay fantasmas. Se llama así porque ahí se reunían eruditos y artistas, los espíritus elegidos. Imagina las conversaciones que tendrían Aretino, Tiziano y Sansovino el siglo pasado. Hoy, todavía algunos nos atrevemos a emularlos.

Ambos pasearon sin prisa, disfrutando de los aromas de la hierba humedecida por la brisa de la laguna. A veces se susurraban, a veces callaban. Parecían sosegados al amparo de miradas indiscretas. Lo mismo conversaban sobre la evolución de la medicina que sobre lo efímero de la vida. El doctor salmanticense se reprimía para no recitarle poemas de Garcilaso o de Petrarca. «Si no es amor, ¿qué es esto que yo siento?». Aquellos versos le perseguían a cada gesto de ella. La amaba. Amaba esa inteligencia suya envuelta en dulzura, amaba su sonrisa ante la falta de respuestas, amaba su ansia por aprender aun sabiéndolo todo, amaba la suavidad de sus manos y la donosura con que las movía, amaba ese rostro sereno cincelado por la bondad. La amaba.

Se sentaron casi al descuido en un banco de piedra cobijado por unos arbustos recortados con esmero. Ella cerró los ojos unos instantes, invadida

por la serenidad. Por mucho que le costara reconocerlo, estaba conmovida con la hidalguía de aquel caballero español, tan apuesto en su generosidad como en su porte. Adivinaba en él los restos del naufragio por la temprana muerte de su esposa, a la que solo había aludido de pasada con un fervor rayano a la devoción. A pesar de esos atisbos de orgullo, nunca presintió tanta nobleza en un hombre. Y detrás de esa aparente seguridad, se dio cuenta de la fragilidad de su ánimo.

Cambió la dirección del viento y volvió a silbar el que llegaba del norte. Ella se estremeció, ahogando una tos, y se escondió aún más en su capa. Él se percató y fue a quitarse la suya para prestársela, pero ella se lo impidió al acurrucarse con naturalidad junto a él. Ahora los dos se hallaban cobijados bajo el mismo manto. Ella recostó su mejilla en el hombro de él y él temió que ella percibiese la aceleración de su pulso. La noche caía de puntillas. Él se quitó los guantes y la rodeó con el brazo derecho. Ella suspiró al tiempo que le tomó la mano izquierda. Él contuvo una lágrima antes de que le traicionara. Ella alzó la cabeza con la lentitud con que se desprende una hoja en otoño. Sus miradas se clavaron. Ninguno de los dos la apartó. Había llegado el momento de leerse el alma, iluminada con el brillo de sus ojos. Ya casi no se vislumbraban los árboles. Él acarició la mejilla de ella y quiso quitarle el frío con la tibieza de sus labios. Ella apenas se giró antes de abrir sutilmente la boca. Él la besó con la ternura de quien ama desde lo más profundo de su ser.

No hicieron falta palabras. La góndola acunó a los amantes en su regreso a la residencia de los Corner navegando casi a tientas sobre una melodía de agua. Apenas se oían más que sus respiraciones, si acaso un baile de suspiros acompañados. No quisieron hablar, quizás para preservar el sabor de sus bocas, quizás para viajar dentro de sí con el sosiego de sus aromas mezclados, quizás para conservar en su memoria aquella tarde que un día recordarían con dulce nostalgia.

Don Fernando la ayudó a bajar de la embarcación en la escalinata de su morada e intuyó el azoramiento de Elena al murmurarle un muero por vos de despedida. Él prefirió caminar hasta la residencia de los Malipiero en un intento de reposar lo sucedido. Al llegar, Pelayo le aguardaba con impaciencia.

—Señor, ¿estáis bien? Comenzaba a preocuparme.

—Todo en orden —respondió el doctor Zúñiga, regresando a la realidad con desgana.

—Hace media hora vino a buscaros Vittorio Albero. Dijo que estaría un rato donde Tacchini. Y que si regresabais pronto, nos pasásemos por allí. Quería deciros algo.

—Vamos, entonces. Pero antes pongámonos las máscaras.

Las luces de los candiles de la taberna titilaban al compás de la brisa que se colaba por la puerta cuando quedaba abierta y de los sonos de un aria da capo que un veterano marinero entonaba de forma sorprendente. Después de que este acabara su interpretación, regresó el murmullo de voces distorsionado por las *larvas*, caldeado por el vino y la *grappa*.

Los dos españoles ocuparon la única mesa libre que quedaba en el local,

la cual se vio adornada enseguida con la jarra de vino y el plato de queso que pidieron al tabernero.

—Me alegra veros por aquí de nuevo —susurró Tacchini.

—Sois el mejor fisonomista que he conocido nunca —la risa de don Fernando sonó hueca—. Distinguís a la gente a pesar de que toda lleve la misma careta de yeso.

—Solo a mi clientela —respondió risueño el tabernero.

—Pues entonces podríais decirme si está aquí el *Signore della Notte di San Marco*.

—Está. Mas no os ofendáis si no os indico dónde.

—Lo entiendo. Decidle, por favor, que quiero hablar con él.

El doctor Zúñiga vio cómo Tacchini conversaba con los parroquianos de distintas mesas. Pensó que con ello intentaba despistarle, aunque valoró su discreción. No tuvieron que esperar mucho para que un enmascarado se sentara en su mismo poyo.

—*Buonasera, dottore* —saludó Alberó.

—*Buonasera*. Os agradezco vuestra visita —respondió el vizconde, sirviéndole un vaso de vino.

—No lo hagáis. Si acaso, agradecédselo a Silvestro Valier. Me pidió que os diera la información que requeristeis acerca del muerto del lunes de la semana pasada —respondió el policía antes de dar su primer trago.

—En cualquier caso, estáis aquí —dijo don Fernando en un intento de avenirse—. Así que ese asesinato se cometió el lunes.

—El lunes, día treinta y uno. Ya os lo he dicho.

—Si, claro. Continúad, por favor.

—Yo llevaba razón. Se trataba de un ajuste de cuentas por deudas de juego. El sujeto se llamaba Luigi Baseggio. Le encontraron al amanecer sobre un charco de sangre en uno de los puentes del río de la Frescada.

—¿Podrías decirme por dónde es? Aún no soy capaz de orientarme correctamente en la ciudad.

—Es un canal que separa el *sestiere* de Dorsoduro de San Polo.

—Supongo que habrá varios puentes. ¿En cuál de ellos estaba?

—En el que se halla entre Cà Bottacin y la iglesia de San Tomà.

—¿Cómo sabéis que fue un ajuste de cuentas? ¿Le debía dinero a alguien?

—¿Y cómo vamos a saber eso? Pero no hace falta ser muy listo para deducirlo. Había un casino cerca, y el tipo llevaba dos dados en la mano.

—Ya. Parece que estáis en lo cierto —contestó el doctor Zúñiga, alegrándose de llevar la máscara para que no se percibiese la mueca de su rostro. ¡Dados! De repente, todo empezaba a cobrar sentido.

Te espero mañana a esta hora en la casa que está sobre el sotoportego situado en el puente delle Tette. Sube al segundo piso.

A Pelayo le temblaron las piernas al leer la nota que Águeda le lanzó por la ventana después de haber dejado al doctor Zúñiga sonriente en su alcoba tras la conversación con Vittorio Albergo.

Ese miércoles le estaba resultando interminable. Lo había pasado de un lado para otro de la ciudad, acompañando a don Fernando en su recorrido por los lugares marcados por los crímenes cometidos en los últimos días. Y mientras el vizconde cavilaba, Pelayo anhelaba que llegara el momento de encontrarse con aquella muchacha. Cierto es que a veces asentía a los sucintos comentarios que emitía el doctor para facilitar la voz de sus pensamientos. Sin embargo, dado que no era capaz de seguirle en sus razonamientos, su mente se dejaba vencer por la imaginación. No se engañaba. También sentía inquietud por lo extraño del mensaje. Caminaría solo de noche a oscuras por una ciudad tan extraña como húmeda en busca de una casa que ignoraba a quién pertenecía, ni qué vinculación tendría con la joven violonchelista.

Una indisposición de la doctora Corner provocó la contrariedad del doctor Zúñiga, deseoso de contarle sus últimas averiguaciones. Así que el profesor optó por pasar la tarde entre la librería Minerva y los papeles entintados de su alcoba. Cuando Pelayo salió sigiloso del Palazzo Malipiero, el vizconde ya trataba de conciliar el sueño.

Atravesó la ciudad siguiendo las instrucciones de Gasparo, embozado en su disfraz, procurando sin demasiado éxito controlar los frecuentes sobresaltos de su corazón. Al llegar a la casa indicada calculó que todavía restaba media hora para la cita, por lo que decidió esperar cobijado entre las sombras. Diez

minutos más tarde, vio llegar a dos personas enmascaradas. La menos corpulenta se introdujo en el portal, en tanto que la otra pareció apostarse al otro lado del puente.

Aún aguardó un cuarto de hora antes de atreverse a salir de su escondite para entrar en la casa. Intentó subir con cautela las escaleras pero unos peldaños alcahuetes y desvencijados anunciaron su llegada a tientas. Antes de que los nudillos pudieran golpear la puerta del segundo piso, esta se abrió con aire encantado dejando escapar un chirrido de bienvenida. Al otro lado estaba ella. Vestida de blanco. Sonriente.

La estancia era vieja y húmeda si bien aparentaba estar limpia, quizás por los aromas a flores que la invadía. Algunas velas luchaban sin demasiada convicción contra las tinieblas, en parte para ocultar los detalles de unos muebles destartados apoyados sobre unas paredes cansadas.

—Me alegra que hayas venido —dijo la muchacha, cerrando la puerta.

Sus palabras ayudaron a Pelayo a convencerse de que no vivía un sueño, de que no se encontraba en la mazmorra más angelical del infierno.

—Estás preciosa —acertó a decir.

—Te preguntarás qué hago aquí.

—Te aseguro que de las muchas preguntas que traía esa no figuraba entre las más importantes. Y más ahora, al verte. Ya no tendría sentido formular ninguna.

—Eres muy amable. No estoy acostumbrada a que me traten con este respeto.

—Simplemente intento que mi voz recoja los ecos de mi corazón —susurró él.

—No es necesario que hables tan bajo. Estamos solos en la casa. Preferí citarte en un lugar alejado de miradas indiscretas. Así que ya puedes desprenderte de tu disfraz.

—¡Oh, claro! Perdón —respondió Pelayo, quitándose el sombrero, el pañuelo y la máscara.

—Mucho mejor —dijo ella, atusándole el cabello con los dedos para peinárselo.

—¿Cómo habéis conseguido salir del hospital? ¿Y de quién es esta casa? —quiso saber atribulado el zamorano.

—No sabría responderte sin que conocieras toda mi historia. Ven —le pidió, llevándole de la mano hasta una alcoba en la que no se veían más que un camastro sin cabecero y una jofaina. Frente a la única ventana por la que apenas se colaba claridad, colgaba un candelabro encendido—. Siéntate a mi lado, por favor. Te preguntaré por qué he accedido a verte.

—Yo ya no pregunto nada más. Dime vos cuanto quieras contarme.

—Huiré del hospital. Lejos. Donde nadie me conozca. Si es preciso, volveré a disfrazarme de hombre. Me ganaré la vida tocando el violonchelo en alguna orquesta. Quizás vaya a Nápoles donde a los castrados sí se les permite continuar con su carrera musical después de dejar el orfanato. Al fin y al cabo, sigo siendo una esclava.

—No por mucho tiempo. Estoy convencido de que el doctor Zúñiga te dará la carta de libertad.

—¿Y quién es ese doctor para poder hacer eso?

—Tu dueño.

—No te entiendo.

—Él te compró cuando huías en Valencia para que no te buscaran.

—¿No lo sabía! ¿Y por qué hizo eso?

—Es el hombre más noble de cuantos he conocido. Y también el más sabio.

—Me dejas... sin palabras. —El entusiasmo de Águeda era relativo—. Un hombre como él tendrá a su lado a una gran mujer.

—No es así, aunque ahora anda enamorado de una doctora veneciana.

—¿La frecuenta?

—Salen a pasear en góndola casi todos los días al atardecer.

—Eso es muy bonito. Jamás a mí me han paseado por ninguna parte.

—A mi me gustaría que me acompañases en un paseo por los canales.

—¡Oh! ¿Lo dices de corazón? —su voz sonaba sorprendentemente lánguida—. De verdad, eres encantador conmigo —le dijo, rozando la mano del muchacho al descuido.

—Águeda. Me quedé prendado de vos solo con verte, antes incluso de conocer que no eras varón.

—Y quieres besarme.

—Con toda el ansia de mi ser.

—Hazlo —dijo la muchacha, ofreciéndole la boca entreabierta sin cerrar los ojos.

Ante las dudas iniciales de Pelayo, ella puso sus dedos en la mejilla de él en tanto aproximaba sus labios. Fue un beso dulce, breve, con la medida justa para avivar la sed. Al separarse brevemente, Águeda se azoró con la mirada de Pelayo, cargada de ternura. Casi sin darse cuenta, se recostaron sobre el camastro. Entonces, el deseo se abrió camino sin pedir permiso. Poco a poco las caricias timoratas y los besos suaves se iban convirtiendo en abrazos desesperados y en bocas descontroladas que buscaban con enajenación la piel del otro. El cuello, las orejas, la cara... quisieron participar en la humedad de la batalla. De repente, se interrumpió el frenesí. Águeda se incorporó pausada ante el desconcierto de Pelayo que, por un instante, creyó concluido aquel encuentro amoroso. Sin embargo, la muchacha se despojó despacio de su ropa bajo la mirada estupefacta de Pelayo que no sabía muy bien cómo actuar. Cuando ella se quedó únicamente con una camisola blanca y con un apósito en el hombro que cubría su marca de esclava, se acercó al muchacho para descalzarle. Luego, sin que él se atreviera ni siquiera a moverse le fue desnudando por completo para, acto seguido, lamerle entre las piernas. Al sentirle excitado, casi jadeante, se sentó encima con suavidad sobre su miembro viril. Él notó un extraño dolor que apenas duró unos segundos. Enseguida percibió su humedad.

—Me encanta sentirte dentro de mí. Quería perder mi virginidad contigo —le susurró ella, desprendiéndose de su camisola, mostrando la bella desnudez de su cuerpo.

Pelayo no dijo nada. La miró casi de reojo para concentrarse en alargar el disfrute del momento más maravilloso de su vida. Apenas se dijeron nada más. Se amaron toda la noche hasta caer exhaustos con las primeras luces del alba.

Cuando Pelayo se despertó, ella ya no estaba.

Se miraron como si les hubiese separado una eternidad. Cuando esa tarde Fernando de Zúñiga se subió a la góndola de Elena Corner, ambos sabían que ya nada volvería a ser igual entre ellos. Apenas el doctor se hubo sentado en el banco, bajo el toldo, ella recostó la cabeza para acurrucarse sobre su hombro, buscando refugio, no del frío sino de las dudas que solo se le disipaban al estar junto a él, a la distancia en la que podía percibir el olor de su piel.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó el vizconde.

—Sí. Mejor —susurró ella, sin querer extenderse en explicaciones—. Lo peor de ayer fue no poder pasear con vos.

—Quizás tendrías que haber reposado un día más.

—Estoy bien —insistió—. Además, hoy hay espectáculos en San Marcos. A veces me gusta disfrutar del bullicio de la ciudad para valorar más el silencio.

—Tenía cosas que decirte —dijo el vizconde, rodeándola con el brazo escondido bajo su capa.

—Dime —murmuró ella, pegándose aún más a él.

Con la vista puesta en un cielo gris que escondía lluvia, don Fernando pensaba que lo que tendría que decirle era que hacía años que no sentía nada igual por una mujer, que de algún modo se negaba a perderla, que le gustaría envejecer a su lado. No obstante, su prudencia y su ansia por resolver los enigmas que amenazaban la ciudad provocaron que su conversación se inclinase en este sentido.

—Sabemos la identidad del último asesinado. Aunque, en realidad, fue el tercero y no el cuarto.

—Entonces, ¿crees que también este crimen tuvo que ver con los anteriores?

—Sin duda.

—¿De quién se trata?

—Luigi Baseggio. ¿Te suena?

—No. No sé quién es. Aunque su apellido es uno de los más antiguos de Venecia.

—No es nadie relevante en la organización de la República, como lo eran el dogo, el inquisidor y el consejero.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Que las víctimas son elegidas no por su cargo, sino por otro motivo.

—¿Por la familia a la que pertenecen?

—Eso he pensado yo. Esta mañana regresé a la librería Minerva. Compré un par de libros. Uno versaba sobre heráldica veneciana.

—Te habrás hartado de ver apellidos —sonrió ella.

—No tanto. Algunos se repiten a lo largo de la historia.

—No me digas que has llegado hasta la Case Vecchie, el grupo de veinticinco familias que participaron en la fundación de Venecia.

—Así es. Y más concretamente a los *duodecim nobiliorum proles Venetiarum*.

—Las doce familias más antiguas. Yo tengo el honor de pertenecer a una de ellas —comentó Elena, risueña.

—Sí, lo sé. Y otra vez el número doce. Las caras que tiene un dodecaedro, el sólido que representa a Venecia. ¿Recuerdas los doce apellidos?

—Claro. Te los digo en orden alfabético: Badoer, Baseggio, Contarini, nuestro Corner, Dandolo, Falier, Giustinian, Gradenigo e Dolfín, Morosini, Michiel, Polani y Sanudo.

—Y ahora te digo yo los nombres de los cuatro asesinados: Alvise Contarini, Leonardo Dandolo, Luigi Baseggio y Andrea Badoer. Todos ellos pertenecientes a los *longhi*. Es más, sus apellidos están entre los primeros de la lista. No quisiera asustarte, pero...

—¡Corner también lo está! —exclamó ella horrorizada, apretándose aún más contra el pecho del doctor.

—No tienes que temer. Hasta donde sé, las ramas de vuestra familia son

extensas. Y además, creo que estamos en disposición de evitar el próximo asesinato.

—¡Dios te escuche!

—También he comprobado que algunos de los miembros de las familias indicadas participaron en la toma y posterior saqueo de Constantinopla. Esto no sé si afecta a la elección de las víctimas, mas no me gustaría dejarlo de lado.

—La mente criminal que ha ideado todo esto ha de ser muy perversa... y muy inteligente.

—Sí. Hay poca gente en el mundo que pueda planificar algo así. Y todavía hay más.

—Dime. Se me están quitando las ganas de ver las atracciones —dijo ella, en el momento en que su góndola atracaba en el muelle de la plaza de San Marcos.

—Mi teoría es que alguien pretende cometer cinco asesinatos de miembros de las familias más antiguas de Venecia. Quizás pensando en un hechizo en el que si desaparecieran integrantes de las primeras familias de la ciudad, se conseguiría quebrar el equilibrio cósmico de la misma. Por eso tienen importancia los lugares marcados con cadáveres. Todos ellos en puntos estratégicos de Venecia. Y ya no solo me refiero a la trascendencia del lugar, sino a su localización geográfica. Llegados a este punto, me gustaría que recabases la ayuda de Vincenzo Maria Coronelli. No he hallado un mapa adecuado y me gustaría que él nos ayudara.

—Vincenzo lo hará encantado. Y seguro que le apasiona —respondió Elena, comenzando un breve paseo en la *riva*.

—Bien. Recordarás que el dogo tenía un espejo girado cuando lo encontraron en su lecho de muerte. Ese espejo tiene una importancia significativa. No solo por el objeto en sí, sino porque en él se reflejaba el *sestiere* del otro lado del río.

—El *sestiere* de Castello.

—Eso es. Fue asesinado en el *sestiere* de San Marco, pero su espejo apuntaba a Castello.

—El segundo asesinado sí apareció en el *sestiere* de San Marco.

—Metido en un georama, igual que si estuviera guardado en un cesto. Y el

tercero en un puente que divide el *sestiere* de Dorsoduro y el de San Polo.

—El jugador con los dados en la mano —continuó ella.

—El cuarto estaba en las escalinatas de la iglesia de San Stae.

—¡En el *sestiere* de Santa Croce!

—Con una pelota en la garganta.

—Entonces, según vos... tienen previsto cometer un quinto crimen en el único *sestiere* sobre el que aún no han actuado.

—Cannaregio. El próximo dieciséis para ser exactos. Y sé lo que tratarán de usar para cometer el asesinato.

—¿Cómo puedes saberlo? —ella no pudo disimular su asombro.

—Volvamos al dodecaedro. En el simbolismo tradicional, es la forma que mejor representa la manifestación divina de la Naturaleza. Platón lo convirtió en el emblema por excelencia de la armonía cósmica. Y el dodecaedro era para los sabios griegos el símbolo de Venus, el planeta regente de Venecia. Sobre él se construye la estrella de cinco puntas. En dos dimensiones también representa la simetría del pentágono y la potencia del número áureo.

—Mil seiscientos dieciocho, la joya de la geometría, tal y como lo bautizó Kepler en su *Mysterium Cosmographicum* —apuntó la doctora casi perpleja—. Pretendéis decirme que hay alguien empeñado en desestabilizar el equilibrio cósmico de la ciudad para hundirla. Y para ello mata a miembros de las viejas familias en puntos estratégicos.

—No sé si mueren allí, pero es donde sus cuerpos aparecen. No son lugares elegidos al azar. Además de tener en cuenta los *sestieri*, creo que los criminales intentan formar un pentágono con sus cuerpos. Si mis cálculos no me fallan, entre cada uno de los cadáveres es muy probable que exista la misma distancia en línea recta. Hasta me atrevería a aventurar cómo la establecen. Para ello necesitaría un mapa fidedigno, con las proporciones correctas. Con tanto laberinto de canales, me resulta imposible hacer mediciones en el terreno. Eso me ayudaría a determinar con exactitud el último punto que nos queda en Cannaregio.

—Me dijiste que también sabías el arma que se emplearía.

—Ah, sí. Claro. Un trompo.

—¿Un juguete para niños?

—Para crear los cinco sólidos, Pitágoras se inspiró en el mito griego de

los juguetes del dios Dionisio de niño: espejo, cesto, dados, pelota ¡y peonza! Cósmicamente, el cesto representa al Universo, los dados son los elementos naturales —agua, tierra, fuego, aire y éter—, la peonza es el átomo de la materia, la pelota el globo terrestre y el espejo refleja toda la obra del Supremo Geómetra.

—No sabía que estuvieses tan versado.

—Una consulta a tiempo en un buen libro puede clarificar lo que *a priori* podía parecer un bosque impenetrable.

—Así que una peonza.

—Espero que llegemos a tiempo antes de que sea clavada en... —el doctor Zúñiga optó por no concluir su frase.

—En el corazón de algún Corner.

—O de cualquier otro miembro de las viejas familias. No debéis temer.

—No soy precisamente una mujer que sepa vivir con miedo. Tu teoría aun pareciéndome plausible, no termina de resolverme alguna duda.

—Dime.

—¿Qué ocurriría si logran cometer el quinto asesinato?

—No hemos llegado al final del asunto. Confío en que no tengamos que llegar hasta allí.

—Tampoco entiendo qué tienen que ver los atentados contra los tesoros de Constantinopla.

—La única explicación que le encuentro es que quien se encuentra detrás de todo esto sea alguien que quiere vengarse por lo que ocurrió allí.

—¿Cuatrocientos ochenta años después?

—Pues ahora que habéis calculado el lapso transcurrido, quizás demos con un motivo razonable.

—Creo que hemos derrochado demasiada materia gris por hoy. Deberíamos relajarnos. Mira, la plaza está en pleno apogeo festivo —dijo doña Elena mientras caminaba del brazo de don Fernando, sin disimular una sonrisa de felicidad.

En efecto, la explanada de San Marcos se asemejaba a un gran circo al aire libre. Junto a la Biblioteca Marciana un grupo de bailarines danzaba con espadas. En la torre del *Campanile* un hombre se hallaba dispuesto a ejecutar el impresionante *vuelo del ángel* bajando colgado de una cuerda hasta el

mástil de uno de los barcos del muelle. Y frente a la basílica *castellani* y *nicolotti*, fornidos muchachos de dos de los *sestieri* de la ciudad, formaban sendas pirámides humanas para medir su resistencia.

Numeroso gentío se movía en busca de los vendedores ambulantes que ofrecían castañas, buñuelos y pasteles en medio de una algarabía de sonidos de tambores, pífanos y trompetas. El doctor Zúñiga no se encontraba del todo tranquilo. De algún modo, se sentía a merced de todas aquellas máscaras que deambulaban despacio sin rumbo fijo. Algunas incluso los miraban.

—Creo que no estamos en un sitio seguro —atisbó a decir.

—¡Oh! No me digas que un valiente caballero español se amilana — bromeó ella.

—Confieso que cuando hay demasiada gente me siento fuera de lugar, por no decir indefenso.

—Hay una máquina de incendios. Al anoecer se lanzarán fuegos de artificio. ¿No quieres verlos?

—Solo si te hace ilusión.

—Me hace. Fernando...

—Dime, Elena.

—Prefieres mi compañía en soledad, ¿verdad?

—Lo confieso. Pero es para poder hablar sin tener que elevar la voz para hacerme entender.

—Puedes acercarte más —coqueteó la doctora.

—Prefiero tu compañía en soledad para contarte lo que siento por vos — le susurró el vizconde al oído, provocando la sonrisa en los ojos de doña Elena.

—Volvamos a la góndola. Desde el canal contemplaremos los fuegos con tranquilidad. Así podrás volver a tus enigmas. Sé que no te los quitas de la cabeza ni un instante —dijo ella con aire condescendiente.

—Entonces, ¿me permites que sigamos hablando sobre ello? Tus palabras me ayudan a clarificar mis ideas.

—¡Claro!

—Me has relatado muchos de los discursos y debates que se han celebrado en el congreso acerca de las más variadas ramas del saber. Sin embargo, no me has contado si hablasteis de la alquimia.

Elena Corner se quedó pensativa antes de responder.

—¿Acaso crees que la alquimia es una ciencia?

—Bueno. No lo es. Pero debatisteis sobre Aristóteles. Y fue él quien desarrolló la idea de que una sustancia puede ser transformada en otra cambiando sus cualidades primarias.

—Creo que cometí un error al no invitarte al congreso —dijo Elena, con una leve sonrisa de admiración.

—¡Oh! ¡Por favor! No te burles. Solo soy un aprendiz de sabio. Sería incapaz de crear nada original.

—Sabes que no me burlo. Razonas como pocas personas son capaces de hacerlo.

—El otro libro que compré esta mañana versaba sobre alquimia —dijo él, disimulando su orgullo.

—¿Y ese interés? ¿Es repentino?

—Digamos que sí. Mi vieja curiosidad acaba de derivar en interés.

—Pues sí. Se debatió. A pesar de la opinión de algunos que negaban su seriedad. Los más escépticos sostenían que la alquimia es la disciplina ocultista de la química, al igual que la astrología lo es de la astronomía. No obstante, algunos de los más relevantes científicos como Newton o Boyle son acérrimos defensores. Conservan ciertas ideas arcaicas sobre la naturaleza de los elementos. Boyle mantiene que el oro no es un elemento y que podría formarse de algún modo a partir de otros metales —detalló la doctora Corner mientras el doctor Zúñiga la ayudaba a subir de nuevo a la góndola.

—Así que siguen buscando la piedra filosofal —comentó don Fernando, ya asentado en la embarcación.

—Me da que pensar. Vial también defendió la transmutación de los líquidos. Aunque el más vehemente de todos ellos fue Elias Ashmole, un veterano anticuario muy aficionado a estas temas. De hecho, publicó hace años *Fasciculus Chemicus* donde trata de la alquimia en los textos latinos y *Theatrum Chemicum Britannicum* que contiene las obras de los alquimistas ingleses más relevantes.

—Y aquí en Venecia habrá tradición alquímica, supongo.

—Heredada de los católicos ortodoxos. Se distingue la alquimia espiritual de la alquimia de laboratorio. Los que buscan conseguir oro y plata mediante

simples métodos químicos fracasarán porque no tienen las cualidades morales necesarias para ello. Es precisa una conexión divina. En cualquier caso, se practica en secreto porque está perseguida desde el siglo pasado. Por eso, los verdaderos alquimistas usan un lenguaje cifrado con símbolos secretos — relató ella, provocando las reflexiones silenciosas de él.

El cielo oscurecía apacible hasta que le perturbó el primer cohete de los fuegos de artificio. Doña Elena y don Fernando se abrazaron dentro de su góndola que en ese instante navegaba muy cerca del Palazzo Barbaro. Al llegar a la altura del campo de San Vidal, fueron embestidos por un barco de pesca, sin que les diera tiempo a reaccionar tras el choque. Se estaban tratando de asir para no caer cuando el gondolero de la doctora Corner y el doctor Zúñiga sufrieron sendos golpes en la cabeza con dos remos. No cayeron al agua pero quedaron inconscientes. A doña Elena apenas le dio tiempo a gritar. Un hombre enmascarado saltó a su embarcación para teparle la boca en tanto que otro le cubría la cabeza con un saco oscuro. En pocos segundos, el barco de pesca desaparecía por uno de los canales llevándose a la doctora Corner.

El doctor Zúñiga despertó en su alcoba. Le dolía la cabeza y se echó la mano a la sien.

—No os toquéis mucho. La herida fue pequeña aunque profunda. Os han aplicado un par de puntos de sutura —le explicó Pelayo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, aturdido, procurando que el techo dejara de girar sobre sí mismo.

—Os han golpeado. También al gondolero de doña Elena. Se encuentra bien. Pero han secuestrado a la doctora Corner.

—¡Oh, no! —exclamó el vizconde, tambaleándose en su intento fallido de ponerse en pie.

—Tranquilizaos. Debéis descansar. Seréis útil si estáis lúcido. Esta noche poco se puede hacer.

—Debí protegerla. Sabía que estaba en peligro. ¿Cómo he podido cegarme así?

—No os lo reprochéis. No ha sido culpa vuestra. Supongo que no visteis nada, ¿no?

—Nada —respondió don Fernando, queriendo en vano recordar algo que nunca vio.

—Vittorio Albergo ha estado aquí. Se ha ido al ver vuestro estado. Dice que ya hablará mañana con vuestra merced.

—Tenemos que encontrarla antes de que sea tarde. Al menos aún tenemos algunos días.

—¿Algunos días?

—La matarán el miércoles de la semana que viene, el día dieciséis.

—¿Cómo lo sabéis? —Pelayo sabía que su pregunta resultaba retórica. Si

don Fernando realizaba tamaña afirmación era porque tenía la certeza de que así ocurriría.

—No creerás que estas semanas he estado cruzado de brazos —respondió con un bufido que Pelayo dispensó—. No entiendo para qué tanta vigilancia desde que llegamos.

—Quizás es que os espiaban más que os cuidaban, señor.

—¡Joder! ¿Cómo coño he podido tener este exceso de confianza? Me pregunto cómo esos hijos de mala madre estaban al tanto de nuestros paseos vespertinos.

Al escucharle, a Pelayo le temblaron las piernas. Y es que no podía dejar de pensar en Águeda.

Ignoraba si le dolía la cabeza por la tediosa conversación con Vittorio Albero o por el tremendo estacazo recibido la noche anterior. Era consciente de que se había salvado de la muerte por los pelos; o mejor dicho, por un dedo de distancia. También el sombrero contribuyó a frenar el golpe. Sin embargo, ahora solo pensaba en encontrar a Elena. Tuvo que apoyarse varias veces en Pelayo al perder el equilibrio por los mareos que le sobrevinieron antes de llegar al monasterio de Santa Maria Gloriosa dei Frari adonde acudieron en busca del padre Coronelli.

La noticia del rapto de Elena Corner no tardó en extenderse y los *Signori della Notte* dieron instrucciones enseguida a milicianos y demás voluntarios de peinar cada rincón. La movilización fue tal que no se recordaba una coordinación similar en la ciudad. Cuando don Fernando y Pelayo entraron en el taller de Coronelli, este ya estaba al tanto de la situación.

A pesar de lo lóbrego del día, casi funesto, la luz pugnaba por entrar por los ventanos incidiendo en maderas, libros y en un sinfín de papeles llenos de dibujos, algunos todavía meros esbozos.

—A la paz de Dios, padre —saludó el vizconde en latín.

—A la paz de Dios, hijo —respondió el sacerdote—. ¿Qué os trae por aquí? ¿Alguna cuestión se os quedó el otro día en el tintero acerca de mis georamas?

—En realidad, no exactamente. Supongo que ya estaréis al corriente de lo que está aconteciendo.

—¿A qué os referís? ¿Al secuestro de doña Elena? —preguntó Coronelli con gesto compungido.

—Sí. Y al resto de crímenes que se están cometiendo.

—No vayáis a decirme que esto tiene que ver con el robo de mi globo y el asesinato de aquel pobre hombre en Santa Maria del Giglio.

—Yo creo que sí.

—Pero eso es... eso es... ¡horroroso! ¿Y la doctora Corner se encuentra en peligro de muerte?

—Me temo que sí. Si estoy aquí es porque pienso que podéis ayudarme.

—Decidme, por favor —dijo Coronelli sin disimular su abatimiento.

—He buscado un mapa de Venecia con unas adecuadas proporciones y no lo he encontrado.

—¿Para qué lo necesitáis?

—Quien esté cometiendo los asesinatos no elige los lugares al azar. Los puntos donde se han hallado los cadáveres guardan relación entre ellos.

—¿Qué relación?

—Diría que todos están a la misma distancia.

—¿A la misma distancia en línea recta?

—Eso creo.

—¿Y quién iba a poder calcular algo así? Salvo yo, claro. Los planos que hasta ahora existen de Venecia están realizados en perspectiva. No es posible realizar mediciones en ellos. Si todavía circulan mapas de Fra Mauro de hace más de dos siglos.

—Conozco esa historia. ¿Entonces, no existe un plano fiable?

—Yo estoy trabajando en uno, pero me queda mucho por hacer.

—¿Lo tenéis aquí?

—Sí, claro —respondió Coronelli, dirigiéndose a una alacena de donde extrajo un gran pergamino que extendió sobre una mesa.

El plano ya tenía dibujados los contornos de la ciudad y algunos canales. También estaban señalados algunos edificios y plazas.

—Es una pequeña maravilla —elogió don Fernando.

—Incipiente aún. ¿Qué puntos queréis que señale?

—La escalinata de la iglesia de San Stae, el puente que separa los *sestieri* de San Polo y Dorsoduro, el muelle de Santa Maria del Giglio y el Palacio Ducal junto al río.

—¿El Palacio Ducal? —Coronelli levantó la vista, extrañado—. ¿Quién ha muerto allí?

—Padre, confesadme.

—¿Ahora?

—Me gustaría deciros algo bajo secreto de confesión.

—Decidme, entonces.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida, hijo.

—El dogo fue asesinado.

—¡Oh, Dios mío! ¿Estáis seguro de lo que decís?

—Absolutamente —dijo don Fernando, evidenciando su flema.

—¿Queréis confesaros de verdad?

—Me he confesado de verdad. Ahora absolvedme, por favor.

—Yo te absuelvo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Espero que no tenga que confesaros más de este modo.

—Era necesario, padre. Todavía no sabemos con lo que nos vamos a encontrar.

—Bueno, a ver. Vayamos al mapa —respondió el franciscano—. ¡Tenéis razón! Los lugares que me habéis indicado están a la misma distancia entre sí.

—¿Y podríamos saber si esa distancia guarda relación con el número áureo?

Coronelli se rascó su enorme tonsura en tanto observaba el mapa.

—Quizás sí. Si midiésemos la distancia en codos... griegos, tal vez —dedujo, tras usar una regla.

—Mil seiscientos dieciocho codos.

—Sí, doctor. Mil seiscientos dieciocho codos. ¿Qué está ocurriendo?

—El codo no es una unidad de medida en uso, ¿no, padre?

—No. No lo es.

—¿Sabéis si se usaba en Constantinopla antes de su caída?

—No lo sé con exactitud, aunque es más que probable.

—Ya. ¿Podríais ayudarme a identificar en el mapa el quinto punto? Como veis, con él se formarían los vértices de un pentágono.

—Me tenéis desconcertado. Y, no obstante, estoy tan sorprendido por vuestras afirmaciones que no me queda más remedio que darlas por buenas.

—Máxime cuando las estamos cotejando sobre un mapa.

—Dejadme ver —rezongó el franciscano mientras realizaba una nueva

medición—. Tiene que ser entre la iglesia de San Canciano y el *campiello* Widmann. Acaso en el propio Palazzo Widmann.

—Habéis sido muy amable, padre.

—Confío en que os haya servido de ayuda para encontrar a doña Elena sana y salva.

—Así lo espero yo también. Una cosa más.

—Vos diréis.

—¿Creéis en el equilibrio cósmico?

—Es difícil no creer. Nada en la Naturaleza está trazado al azar.

—¿Y pensáis que alguien puede creer que el equilibrio de Venecia descansa sobre un pentágono, por ser la representación plana de un dodecaedro?

—Yo mismo opino que puede ser así. Como sabéis, el dodecaedro es un símbolo de la ciudad si bien apenas se encuentra esculpido o dibujado. Que yo sepa hay dos en la basílica de San Marcos. ¡Ah! Y había otros cuatro estrellados en el suelo de la iglesia de San Pantaleón. No sé si se conservarán. El templo fue derruido y se está construyendo de nuevo.

—Ya veo que a pesar de los avances de la ciencia, ni los sabios más eruditos son capaces de sustraerse de los viejos principios clásicos ni medievales —comentó en voz baja don Fernando.

—¿Qué queréis decir?

—Nada, padre. Que nuestra razón aún ha de ser iluminada. Me temo que nos faltan luces. Supongo que también creéis en la alquimia.

—Es una disciplina que respeto. Pienso que llegará el día en que podamos transmutar metales.

—Y convertir el agua en vino, igual que en las bodas de Caná. —El vizconde se arrepintió enseguida de su comentario jocoso.

—¿Osáis...?

—Disculpad, padre —le interrumpió—. No estoy pasando por un buen momento. Os agradezco de corazón cuanto me habéis contado. Y confío en que continuéis con tan meritoria labor. Del todo punto encomiable.

Los deliberados elogios de don Fernando calmaron los ánimos de un Coronelli desconcertado con la figura de aquel caballero español.

—No os preocupéis.

—Un último favor. No tendríais algún boceto del que pudierais desprenderos de vuestro plano.

—Sí. Tengo unos cuantos —dijo, buscando en la gaveta de un enorme escritorio—. Tomad. Este es el más completo. Confío en que os sea de utilidad.

—Muy agradecido, padre.

—Id con Dios. Quedo a la espera de buenas nuevas con respecto a la doctora Corner.

—Quedad con Él. Os aseguro que no hay nadie más interesado que yo en averiguar su paradero.

Ya fuera, ante la inmensa mole de ladrillo rojo que formaba la iglesia, el doctor Zúñiga tuvo que apoyarse de nuevo en Pelayo para evitar que un ligero desvanecimiento diera con sus huesos en el suelo. Muy a su pesar, en su mente crecía una obsesión. Encontraría con vida a Elena aunque fuese lo último que hiciese en su vida. Ya su esposa se le escapó entre los dedos, tras dar a luz a su segunda hija. Si volviese a fallar, moriría en vida.

Procuraba no dejarse dominar por la angustia para evitar el bloqueo de su mente. Ahora no estaba seguro de si el tiempo corría en contra. Todavía quedaban cinco días para el miércoles en que se produciría el fatídico crimen de Elena. Y allí estarían todas las milicias de los *Signori della Notte* para evitarlo. O tal vez, la mataran antes para abandonar su cadáver cerca del Palazzo Widmann en esa fecha. No, no debía pensar en que ella moriría.

Tras la visita al padre Coronelli, se había vuelto a encerrar en su alcoba. Miraba a través de la ventana cómo una lluvia torrencial se ensañaba contra la ciudad, empeñado en encontrarle un sentido a un rompecabezas cuyas piezas suponía completas. De vez en cuando, una lágrima traicionera le recordaba que sus emociones impedían el correcto funcionamiento de su razón. Entonces, se las enjugaba perdiendo la vista entre las gotas que acuchillaban el agua del canal. Era consciente de que en ocasiones entraba en bucle. Que sus ideas, suposiciones, conjeturas y certezas se enredaban burlonas empujándole a un callejón sin salida. Hasta dudaba de que los atentados contra los tesoros de Constantinopla estuviesen relacionados con los crímenes. Y no obstante, se obsesionaba con el emblema dibujado en la basílica de San Marcos, el mismo que llevaba tatuado el mensajero del violín. Esa extraña simbología no podía ser casual. Qué demonios significaría ese círculo que encerraba unas cuantas letras griegas fusionadas sobre una cruz.

Se sentó de nuevo en la silla decidido a realizar las últimas anotaciones en su afán de clarificarse. ¿Qué sería de Elena? Revisó unos cuantos papeles casi con desesperación antes de fijar cinco puntos en el plano hosco facilitado por Coronelli. A la salud de la doctora no le beneficiaba la humedad. Sin saber muy bien por qué, trató de dar con el punto central del pentágono, en la Riva

del Carbon frente a la iglesia de San Silvestre, muy cerca del puente de Rialto que, sin embargo, le pareció el centro geográfico de la ciudad. Nunca imaginó que una persona pudiera verter tanta sensibilidad en su inteligencia. Desde luego, quien hubiera elegido los lugares sabía lo que hacía en el caso de que fuese cierto que Venecia se sostenía merced a esa suerte de equilibrio sagrado. Quizás carecía de sentido permanecer en esa habitación, aunque tampoco podía recorrer la ciudad casa por casa, iglesia por iglesia. ¿O acaso sí lo tuviera? Si alguien pretendía atentar contra la estabilidad de Venecia, su escondite no habría de ser un lugar sin sacralizar. ¿Pero cuánto tiempo le llevaría recorrer el medio centenar de iglesias existentes? Recordó la mención de los dodecaedros estrellados de Coronelli. Una fuerza guio su dedo hasta el templo de San Pantaleón. Se levantó para asomarse otra vez a la ventana. Tuvo la sensación de que enrojecía el agua del canal. De algún modo, intuía que los siglos venideros no olvidarían a aquella mujer por la que suspiraba. Cerró los ojos para alejar la sugestión. Nadie sabía convertir el agua en sangre, salvo que hubiese desvelado algún secreto alquímico. Se acercó al escritorio con el fin de mirar el mapa. Elena, ¿dónde estás?

El trompo giraba sobre una vieja mesa impulsado por la mano de un individuo enmascarado. Sin poder evitarlo, Elena Corner seguía su movimiento de manera hipnótica a sabiendas de que en cualquier instante tendría su punta, excesivamente afilada para ser un juguete, clavada en la garganta, o quizás en el corazón como había vaticinado el doctor Zúñiga. Demasiado burlón el destino.

En medio de la oscuridad, dormitando a veces de pura extenuación en aquel camastro lleno de chinches al que estaba atada, comenzaba a perder la noción del tiempo. Calculó que a pesar de que el cautiverio le resultase eterno, solo habrían pasado unas cuantas horas en las que le quitaron la mordaza únicamente para darle agua. Quiso aprovechar esas ocasiones para saber el porqué de su rapto, pero sus preguntas aún no habían obtenido más respuesta que un cállate o un ya llegará la hora. Sin embargo, cada vez sus palabras sonaban más débiles.

En todo momento, sus guardianes conservaron la máscara. Aunque no coincidían más de uno o dos a la vez, dedujo por las voces que se trataba de tres hombres, todos ellos con el mismo tatuaje en la muñeca, y una mujer. A medida que pasaban las horas, crecía su agotamiento.

Olía a humedad, a excrementos y a ese aceite dulce de vitriolo que le aplicaban esporádicamente sobre la nariz para adormecerla cuando veían que sus ojos se abrían más de la cuenta. Por eso, si se despertaba intentaba disimularlo apretando los párpados, si bien su curiosidad y su pánico acababan por traicionarla.

Una única vela se encontraba siempre encendida. Por el crujir de los escalones, deducía que se hallaba en una casa. No obstante, comenzaba a no

discernir la realidad. Se le mezclaban sensaciones con recuerdos. Con frecuencia se mareaba sin que nadie le limpiara los vómitos. Pero su fortaleza mental la obligaba a aferrarse a una esperanza. Tenía que resistir. Estuviera donde estuviera, el doctor Zúñiga averiguaría a tiempo su paradero.

La voz del hombre que giraba el trompo le hizo recuperar brevemente la consciencia. Por sus expresiones parecía ser el que mandaba.

—Doctora, ya lamento lo que está ocurriendo. Mas no puede ser de otra manera. —Ella le miraba con los ojos llenos de rabia. Aunque aturdida, esa voz le resultaba familiar—. Os preguntaréis qué significa todo esto. No temáis en exceso. Pronto llegará vuestro descanso. En unos días acabará todo. Y esta ciudad del demonio morirá purificada bajo sus aguas. Por fin, se hará justicia. Venecia pagará por todos sus pecados. Me han dicho que en las últimas horas pretendíais hablar. ¿Todavía queréis formular preguntas? —doña Elena negó con la cabeza—. ¿No? ¿De verdad no sentís curiosidad por conocer mi identidad y los motivos de mi venganza? No, no... venganza suena pérfido. Y yo me estoy limitando a dejar las cosas en su sitio, a restablecer el orden de la Naturaleza en este lugar. Es una pena que tenga que sacrificaros en esta empresa. Sois uno de los cerebros más privilegiados de Europa. Y ya veis. Las circunstancias... y vuestro apellido mandan. Quizás sea poco justo que tengáis que pagar por las atrocidades de vuestros antepasados pero nadie dijo nunca que la vida fuese justa. ¿Ni siquiera queréis saber cómo lo estoy haciendo? —Ella volvió a ladear la cabeza, sabedora de que era preferible no interrumpir a aquel demente en su delirio—. ¿Tampoco? ¡Oh! ¡Qué decepción! Estoy convencido de que alguien con vuestra inteligencia admiraría mi plan. Un plan ideado durante años. Un plan fruto de mis conocimientos. Un plan magistral que hundirá Venecia en esta pútrida laguna —concluyó con una risotada que Elena Corner escuchó con los ojos invadidos por las lágrimas.

Desde hacía días, no había un tabernero en Venecia que no estuviera al tanto de que la República buscaba a un hombre que llevaba un tatuaje con un círculo en la muñeca. Dar con él era una mera cuestión de tiempo.

El doctor Zúñiga se disponía a salir en dirección a la iglesia de San Pantaleón cuando los dos esbirros que le vigilaban, entraron en la residencia de los Malipiero para informarle de que se requería su presencia urgente en las mazmorras del Palacio Ducal en las que se estaba interrogando a un prisionero. Don Fernando no tuvo opción. Los dos *zaffi* le subieron a su embarcación en tanto Pelayo los siguió a poca distancia en la góndola de Tomasso para cerciorarse de que no se trataba de ninguna estratagema.

Con paso acelerado, se adentraron en el edificio hasta llegar al puente que unía el palacio con la cárcel, llamado *de los suspiros* porque la mayoría de los reos que lo atravesaban sabía que no volvería a ver la luz del día en muchos años, algunos nunca más.

Se detuvieron al llegar a una amplia estancia de madera, apenas iluminada, en la que se hallaba un hombre desnudo colgado de los pies en una cuerda anudada en el techo. Un verdugo encapuchado le azotaba con un látigo con púas en la cola.

Al adaptarse a la oscuridad, el vizconde vio a dos individuos sentados detrás de una mesa en la que había un sitio libre. En las galerías superiores que rodeaban la sala, numerosos presos presenciaban la escena. Bajo el torturado le pareció ver una extensa mancha de orín. En una de las esquinas, un grupo se encontraba a la expectativa. Don Fernando distinguió algunas caras conocidas entre las que estaban las de algunos *Signori della Notte*. Fue Silvestro Valier quien se le acercó para dirigirle la palabra.

—Aquí tenéis al hombre que buscabais —le susurró.

—¿Quién es?

—No ha dicho una sola palabra... todavía. Sin embargo, no creo que tarde mucho en hablar.

—Los que están ahí sentados...

—Los dos inquisidores. Aún no se ha nombrado al sustituto de Leonardo Dandolo.

El inquisidor que iba vestido de negro volvió a insistir:

—¿Cómo te llamas?

Tras un breve silencio, el verdugo soltó un nuevo latigazo.

—¿Qué haces en Venecia?

El eco del golpe resonó otra vez en la sala.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —preguntó don Fernando a Silvestro Valier, en voz baja.

—Poco más de una hora.

—¿Puedo verle de cerca?

—Claro. Es todo vuestro. Supongo que andabais buscando algo así. Es evidente que este hombre oculta algo. De otro modo, habría cantado hasta una ópera —respondió el consejero con sorna, aunque hierático.

El doctor Zúñiga se aproximó al preso con lentitud mientras extraía sus anteojos de la faltriquera. Le examinó con minuciosidad como si fuera a emitir un diagnóstico.

El individuo llevaba las manos atadas a la espalda. Babeaba y la saliva le cubría los ojos. Tenía la tez oscura y las cejas espesas. Por los rasgos, hubiera apostado a que el tipo era turco. Aún no le sangraba mucho la espalda, pero conservaba sangre reseca en la nariz que le impedía respirar. Boqueaba. Numerosas cicatrices jalonaban su cuerpo.

Con suma delicadeza, don Fernando le apartó ligeramente el pañuelo para contemplar el tatuaje de la muñeca. Una especie de cruz, con la lambda y la gamma integradas dentro de un círculo. Empleó un tono casi paternal antes de inclinarse para que sus ojos quedaran a la misma altura.

—¿Conocéis a la doctora Elena Corner?

Las pupilas del preso destellaron sin querer, en tanto que sus labios dibujaron una tenue mueca.

—Va a ser inútil —le dijo Valier.

—Por favor, dadme agua —solicitó mientras indicaba con la mano al consejero que permaneciese callado. Un lacayo se acercó con un cuenco que don Fernando arrimó a la boca del torturado, quien se atragantó al beber con ansiedad y bocabajo—. ¿Qué sabéis de un relicario dentro de un violín? —Las niñas del preso se dilataron hasta cubrir el iris por completo, pero el tipo no emitió una sola palabra—. Miradme. Os lo voy a repetir una vez más. ¿Sabéis dónde está la doctora Corner?

El preso le miró con desprecio y comentó algo solo perceptible a los oídos de don Fernando.

—Me mataréis igual. Y yo no diré nada. Os ruego que se cumpla pronto la sentencia.

—Si no decís nada es porque algo ocultáis. ¿Ella está bien?

—No por mucho tiempo —masculló entre dientes el preso, esbozando una sonrisa trazada por el mismo demonio.

—Bien. Me encargaré de que vuestra muerte sea lenta y dolorosa —dijo con rabia don Fernando antes de apartarse para evitar el escupitajo de aquel mal nacido.

Con paso sereno, regresó junto a Silvestro Valier. En su mente, la única idea de localizar a Elena antes de que fuera demasiado tarde. De buena gana, estrangularía a aquel individuo con sus propias manos.

—Al menos lo habéis intentado —indicó Valier.

—¿Quién dio con él?

—Un tabernero del campo de San Polo. Frecuentaba su local.

—Seguid torturándole. Ahora se nos acorta el tiempo. Hemos de encontrar a la doctora Corner antes de que sus compinches le echen en falta si no lo han hecho ya. Aunque si salen de su escondrijo, quizás tengamos más oportunidades de hallarlos. Os rogaría que algunos de vuestros hombres me acompañaran a una iglesia que me han dicho que está en obras.

—Los que vuestra merced disponga.

A don Fernando le faltaba el aire. Quiso creer que lo recuperaría al salir de los calabazos. Sin embargo, ya en el patio del Palacio Ducal, con una leve brisa acariciándole la cara, no pudo recuperar el resuello. Y supo que se ahogaría lentamente si no salvaba a Elena. Esta vez, más que nunca, necesitaba

que su intuición le acompañara.

Ante el peligro de derrumbe, la iglesia de San Pantaleón había sido demolida para edificarse de nuevo. Las obras de la nave central, iniciadas catorce años atrás, se encontraban próximas a su conclusión. A esas horas del viernes, la jornada laboral estaba a punto de finalizar y los numerosos artesanos que se afanaban en su interior comenzaban a dejar abandonados los andamiajes que ocupaban por completo el templo.

El doctor Zúñiga ordenó a Pelayo que aguardara vigilante en la explanada, cerca del puente de madera situado frente a su fachada principal, en tanto él entró con los cuatro hombres facilitados por Silvestro Valier. Dos de ellos se quedaron apostados en la puerta. Los otros dos acompañaron a don Fernando en su minucioso recorrido. No tardó en dar con los dos pequeños dodecaedros estrellados en el pasillo central. Por su aspecto, le parecieron trazados sobre otros ya existentes. Sin saber por qué, puso una rodilla en tierra para presionarlos sin que notase el más leve movimiento del mármol.

Miró con detenimiento a su alrededor. No sin cierta desilusión, concluyó que allí no podía esconderse nadie y menos tras comprobar el trajín de operarios que trabajaban durante el día. Por el contrario, el acceso al templo resultaba fácil por la noche. Con gesto pensativo, caminó de forma pausada por los laterales del recinto. De vez en cuando, hacía sonar las paredes con los nudillos para cerciorarse de su solidez. En una ciudad construida sobre el agua no tenía sentido la existencia de criptas. No obstante, también iba golpeando el suelo con el talón de su bota. Junto a una de las paredes colindantes con las casas de la plaza se hallaba uno de los dos grandes dodecaedros. Este sí denotaba antigüedad y exigía una restauración urgente.

De repente, le llegó un extraño olor. Un olor que no tenía por qué

percibirse en una iglesia en obras. Lo identificó con rapidez. Su vista estaba cansada y era consciente de su incipiente sordera, pero el olfato lo conservaba de una manera extraordinaria a fuerza de haberlo desarrollado con la edad. Olía a aceite dulce de vitriolo. Miró a su alrededor sin acertar a dar con el origen de aquel efluvio.

Acercó el oído al tabique. Casi podía escuchar los latidos impacientes de su corazón. Volvió a golpear la pared. Esta vez de forma más seca y pausada. Nada. Entonces se agachó para repetir la maniobra un par de palmos sobre el suelo. ¡Ahora sí sonaba a hueco! El nerviosismo le paralizó durante unos instantes. Trató de empujar las piedras inferiores sin conseguir que se movieran. Sin embargo, poseía experiencia en abrir mecanismos de puertas ocultas en la pared. No en vano, había acudido durante años a la cueva de Salamanca. Palpó a tientas a su alrededor hasta hallar dos rugosidades, una a la altura de su tobillo y otra a la de su cabeza. Acto seguido, empujó sobre ellas con su mano derecha y su pie izquierdo. ¡Eureka! Como por arte de magia, se abría una pequeña puerta de poco más de una vara de alto.

—¡Vamos! —ordenó a los dos guardias, que le siguieron recelosos, sin ser consciente de la algarabía que se escuchaba al otro lado.

No se lo pensó. Se agachó y penetró en aquella oquedad ignorando lo que le aguardaba. Accedió a un cuarto totalmente oscuro, sin ventanas. Entonces se dio cuenta de que si allí le esperaba alguien, se encontraba a su merced. Buscó una salida a ciegas pero tropezó con algo que le hizo caer. Más tarde sabría que se trataba de la urna con los restos momificados de santa Lucía, escondida en aquella cavidad junto con el icono de Nuestra Señora de Nicopeia. A pesar de su aturdimiento, se percató de que alguien corría por una escalera de madera.

—¡Huyen! —adivinó—. ¡Que uno me ayude a averiguar el modo de salir de aquí! ¡El otro que se dé prisa en alcanzar la calle antes de que los perdamos!

Por fin, uno de los guardias consiguió abrir una puerta por donde entró la claridad suficiente para recuperar el dominio de la situación. Aun aturdido por los contundentes efluvios del aceite dulce de vitriolo, don Fernando se incorporó con una agilidad que creía ya perdida y se adentró en la casa justo en el momento en que se cerraba el portón de la calle. Por unos instantes, dudó

si perseguir a no sabía quién ni hacia dónde. Sin embargo, optó por echar a correr escaleras arriba. Cegado por la impaciencia, empujó una a una las cuatro puertas de la planta superior hasta entrar en una habitación interior, maloliente, iluminada con una vela. En un camastro, descubrió un cuerpo inerte. Con la angustia estrangulada en la garganta se arrodilló junto a la cama. Allí estaba ella. Elena. La había encontrado. Un ligero gemido le hizo saber que vivía. Le quitó la mordaza de la boca de manera torpe al mismo tiempo que la doctora abría los ojos, deseosa de librarse de sus cuerdas para abrazar a la única persona en el mundo capaz de rescatarla.

—¿Estás bien? —preguntó él, apretándola contra su pecho.

—Ahora sí, Fernando. Confiaba en que vendrías —respondió ella, solazada en los brazos de aquel hombre que cada vez que le sonreía con la mirada pareciera que le fuera a decir cosas bonitas.

A los guardias no les dio tiempo a perseguir a las tres personas enmascaradas que escaparon en estampida al campo de San Pantaleón. En cambio, Pelayo sí la vio salir de la casa. No se lo pensó dos veces. Sin sopesar qué ocurriría si les daba alcance comenzó a correr detrás de ellas. Enseguida se dispersaron y el muchacho optó por intentar no perder de vista a la de menos envergadura con la idea de vencerla en un inminente cuerpo a cuerpo.

Después de dejar a un lado la iglesia de Santa Maria dei Frari, donde habían estado por la mañana visitando a Coronelli, el enmascarado se adentró en un laberinto de calles que desembocaba en la *salizada* que conducía a la iglesia de San Polo. El gentío, cada vez mayor, impedía avanzar sin dificultad. No obstante, Pelayo no perdía de vista su objetivo. Se asustó al ver tanta gente gritando en la vasta explanada donde se estaba celebrando un espectáculo que enfrentaba a una jauría de perros contra un toro que también luchaba por zafarse de las cuerdas anudadas en su cornamenta por unos muchachos fornidos que tiraban de él.

Pelayo se dio cuenta de que el enmascarado miraba de vez en cuando para atrás, momentos en los que él procuraba agacharse, por lo que dedujo que no habría detectado su presencia. A su alrededor, la muchedumbre incrementó sus gritos. Sobre sus cabezas caía un perro muerto corneado y lanzado por el toro. El astado, cosido a dentelladas, trataba de aferrarse inútilmente a la vida. Apenas si podía respirar ya por unos hocicos por donde la sangre le brotaba en abundancia.

El enmascarado, amparado en la multitud o quizás cansado, pareció relajarse y aminoró el ritmo de su huida. Pelayo aprovechó para acercarse

sigiloso por la espalda. Ante el temor de provocar males mayores, decidió no sacar la navaja que llevaba siempre en su faltriquera para intimidar al sujeto y agarrarle por el cuello con su brazo por detrás. Este no opuso demasiada resistencia. Simplemente trató de soltarse con unas manos que mostraron escasa fuerza. El zamorano, tras superar la extrañeza inicial por la fragilidad de su contrincante, consiguió girarle y de un manotazo le quitó la *larva*. Perplejo y consternado, contempló el rostro asustado de Águeda.

—Pero... ¿qué está ocurriendo? —preguntó el asistente del doctor Zúñiga, después de unos instantes en los que la sorpresa no le permitió articular palabra.

—No tuve oportunidad de explicártelo antes de anoche —respondió la joven, compungida.

—La otra noche... la otra noche te dije que la doctora Corner paseaba a diario con don Fernando. ¡Y ayer la secuestraron al regresar en su góndola! ¿O debería decir la secuestrasteis? —Pelayo intentaba atar cabos.

—¡Oh! ¿Cómo puedes pensar eso?

—¿Qué hacías en esa casa, Águeda? —la voz de Pelayo quedó apagada por el jolgorio del gentío regocijado cuando un mozo fornido le cortó de un hachazo la cabeza al toro tras yacer moribundo.

—Aquí hay mucha gente. No podemos hablar.

Pelayo asintió con la cabeza y la asió con relativa suavidad del brazo para conducirla hasta un callejón sin salida a la espalda del Palazzo Coccina. Allí pudo mirarla frente a frente, con tranquilidad.

—Cuéntame qué está pasando.

—Soy hija de una esclava otomana a la que obligaron a prostituirse en esta ciudad —comenzó su relato entre sollozos—. Mi madre murió en el parto y alguien me abandonó en el torno del Hospital de la Piedad. Según me contó Göz fue él mismo quien me dejó allí.

—¿Quién es Göz?

—Un mal hombre. Un pirata turco que anda enredado en asuntos feos.

—¿Es el tipo tuerto que hablaba contigo cuando te vi en la plaza de San Marcos?

—Sí —confirmó, sin dejar de llorar.

—¿Y qué tiene que ver contigo?

—Siempre he estado a su merced. Sé por él que me secuestró del hospital sin haber cumplido los siete años para venderme como morisca en España. Capturaba niñas con las que luego traficaba. Un día se presentó en la casa donde yo servía en Valencia para ayudarme a escapar.

—¿Por qué hizo eso?

—No lo sé —mintió Águeda, que ahora hipaba. De ninguna manera le contaría que ese hombre había robado el cáliz de la catedral para que ella lo trajera sin sospechas hasta Venecia—. Consiguió enrolarme en el barco que nos trajo. Creí que mi pesadilla finalizaría con mi llegada a esta ciudad. Sin embargo, él volvió a aparecer para obligarme a que ayudara a custodiar a la doctora Corner. Supongo que pretendía que alguien a quien él podía dominar le ayudara a cometer sus fechorías.

—¿Estaba la doctora Corner en la casa?

—Sí. Allí quedó cuando salimos al escuchar que alguien entraba desde la iglesia.

—¿Se encuentra bien?

—Bien.

—¿Y quién es el otro hombre que huyó? —preguntó Pelayo, tranquilizado al suponer que don Fernando habría encontrado ya a doña Elena sana y salva.

—No le vi el rostro. Sé que le llamaban Basileus.

—¿Cuántos más había?

—Que yo sepa, además de Göz y Basileus, uno más. Pero tampoco le vi.

—¿Sabes si alguno llevaba en la muñeca un tatuaje con una cruz adornada con una raya cruzada en diagonal encerrada en un círculo?

—No lo sé. No lo sé. —Águeda volvió a faltar a la verdad.

—Tranquila. No voy a hacerte daño.

—Él me dijo que si hablaba o le denunciaba, me llevaría lejos para volver a venderme como esclava. Y esta vez sufriría terriblemente. Preferiría morir antes que dejar de ser libre. —Su llanto resultaba cada vez más amargo.

—Eso no va a ocurrir.

—Pero... tienes que denunciarme. ¿Vas a denunciarme, Pelayo? ¡Me encerrarán!

—Si no lo hago, ¿qué va a ser de tu vida?

—¿En serio que no lo harás?

—Solo estoy preguntando qué ocurriría.

—Huiría lejos de aquí. Donde nadie me conociera. Quizás a Nápoles, a París o a Viena. A algún sitio en el que también sepan valorar la música. Estoy segura de que me ganaría la vida tocando el violonchelo. No me importa si tengo que hacerme pasar por hombre para conseguirlo.

—¿De quién era la casa donde nos encontramos la otra noche?

—No lo sé. Le pedí a Göz que me facilitara un sitio donde quedarme si me obligaba a salir del hospital. Creo que en esa casa llegó a vivir mi madre.

—¿Y la casa de la que acabas de escapar?

—Te juro que no sé nada. Soy un títere en manos de ese hombre. Ayúdame a marcharme y te llevaré siempre en mi corazón. —Ahora sus sollozos parecían más calmados.

Pelayo suspiró. No terminaba de entender lo que ocurría. Además intuía que Águeda ocultaba más de lo que decía. Por un momento, no supo qué hacer con ella. Comenzaba a oscurecer. ¿Qué le contaría al doctor Zúñiga? La miró a los ojos. Era endemoniadamente bella. Y él aún conservaba el olor de su cuerpo. Elevó la vista al cielo y resopló. Al fin y al cabo, lo importante es que doña Elena estuviese bien. Tragó saliva antes de volver a dirigirse a Águeda.

—Vete. Sé libre, y sobretodo sé feliz —dijo, soltándole el brazo.

Ella dudó. Tuvo intención de acariciar la cara de Pelayo, pero desistió.

—Gracias. Nunca sabré cómo pagártelo —respondió ella con gesto desolado.

El muchacho, al verla girar tras la esquina, tuvo la sensación de que no volvería a saber de ella. Sin embargo, no transcurrieron más que unos breves instantes cuando la joven regresó corriendo para abrazarse a él sin abrir la boca más que para besarle con una pasión inusitada. Pelayo no olvidaría jamás ese beso eterno de apenas unos segundos con que Águeda le obsequió antes de desaparecer.

El doctor Zúñiga aguardaba con nerviosismo el regreso de Pelayo a la puerta de la iglesia de San Pantaleón con la mirada elevada a un cielo cada vez más oscuro y encapotado. Apenas si había podido cruzar unas cuantas palabras inconexas con la doctora Corner, a la que acababan de llevar de camino a su residencia. Confiaba en que al día siguiente, ella estuviera lo suficientemente descansada y despejada como para que aportara datos relevantes que les ayudaran a esclarecer el enigma. Él también estaba confuso. Su mente no funcionaba según acostumbraba, quizás alterada por una emoción que le costaba contener por haber conseguido salvar a Elena. Después de varios intentos de poner en orden sus ideas, desistió. Mañana sería otro día.

Al ver aparecer a su asistente por una de las callejuelas adyacentes suspiró aliviado. Tentado estuvo de abrazarle. Ahora sí sabía que dormiría tranquilo esa noche. A su espalda, dos guardias custodiaban la entrada a la iglesia y a la casa a la que pensaba regresar con las primeras luces del alba con el fin de registrar cada rincón.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el muchacho, que realizó el trayecto peleándose consigo mismo.

—Hemos encontrado sana y salva a doña Elena —al decirlo en voz alta, notó que tuvo que deshacer el nudo de su garganta.

—¡No sabéis cómo me alegro! —exclamó el joven zamorano, haciéndose de nuevas.

—Sin embargo, sus secuestradores han escapado —don Fernando no evidenció un excesivo pesar.

—Lo sé —aseveró Pelayo cabizbajo—. Eran tres. Los vi salir a la carrera pero les perdí entre el gentío del campo de San Polo. Ya es mala suerte que

estuviese abarrotado de gente viendo un espectáculo taurino que me río yo de nuestras corridas. Iban disfrazados con la *bauta*.

—Podía haber sido peligroso.

—No lo pensé, señor.

—Entonces, no tienes nada que nos ayude...

—Poca cosa. Uno de ellos llevaba un pequeño hatillo en la mano. Oí que otro le llamó Basileus. —Al escucharse, Pelayo se angustió por aquella especie de traición. De haberlo sabido, dudaba que el doctor Zúñiga le hubiese perdonado por dejar escapar a Águeda. Pero ya no cabía marcha atrás. Por primera vez le había mentido. Y sabía que viviría con eso toda su vida.

—¿Basileus? Es un nombre extraño. Y la cosa es que no me resulta desconocido.

—¿De verdad? —El muchacho necesitaba percibir alivio, por exiguo que fuera—. Estoy seguro de que vuestra memoria hará bien su trabajo.

—Hoy juraría que no —sonrió el vizconde—. Necesito descansar. Será mejor que volvamos a la residencia de los Malipiero.

Don Fernando sopesó por un instante regresar caminando para airear sus ideas. Sin embargo, se encontraba exhausto. Más por la intensidad de sus emociones que por su estado físico. Así que buscaron el Gran Canal para embarcarse en una góndola de pago que lo cruzase. Las nubes se impacientaron y comenzaron a arrojar un agua casi ingrávida sobre la ciudad. El médico salmanticense se frotó la cara con fruición como si quisiera que penetrara por sus poros aquella lluvia purificadora mezclada con unas lágrimas que intentaba esconder. Poco a poco, fue dominando el vacío que amenazaba con invadirle. Ahora no era momento de derrumbarse.

Con las rodillas cubiertas con una manta, doña Elena escuchaba absorta las nuevas que don Fernando le relataba con esa voz suya tan pausada. A esas horas, el sol debía de estar instalado en lo más alto del cielo, más allá de la bruma perezosa que envolvía la ciudad. El doctor Zúñiga le contaba, sin demasiados alardes, que Coronelli le puso sobre la pista de la iglesia de San Pantaleón al hablarle de los dodecaedros estrellados y que tras la inspección minuciosa de la casa, realizada por la mañana, habían hallado el cuerpo momificado de santa Lucía y el icono de la Nuestra Señora de Nicopeia. También algunos tarros con aceite dulce de vitriolo que los delincuentes debieron de utilizar para dormirle a ella y a los guardias que custodiaban al dogo la noche de su fallecimiento.

De todos modos, aquella no aparentaba ser más que la guarida de una secta. El vizconde se mostraba convencido de que sus integrantes vivían en otro lugar en donde, con toda probabilidad, estuviese oculto el relicario con la sangre de Cristo, ya que no estaba en la casa.

—¿Encontraste el trompo? —preguntó Elena.

—No. ¿Tenían uno?

—Sí —contestó ella, con sorprendente entereza—. Supongo que pretendían matarme con él.

—Parece que era importante si se lo llevaron consigo.

—Y que todavía no han renunciado a usarlo.

—Por eso, no quiero que vuelvas a salir de vuestra residencia hasta que todo haya pasado.

—¿Me proteges? —coqueteó solazada.

—¿Acaso te resistes? —don Fernando sonreía con ternura.

—Sabes bien que no. Pero... ¿y si no pasa?

—Pasará. No sé con seguridad lo que pasará, pero pasará. Y no más allá del Miércoles de Ceniza.

—Entonces queda poco. Ya es sábado. Apenas restan cuatro días.

—Será un alivio que desaparezcan las *larvas* de Venecia.

—¿No te gustan? Si hasta te has disfrazado con la *bauta* —bromeó doña Elena.

—Veo fantasmas por todas partes. Te confieso que a veces sueño con una infinidad de máscaras que me rodean.

—Estoy convencida de que exageras —la risa de ella sonó franca.

—Ni un ápice.

—¿No vas a contarme tus sospechas sobre lo que ocurrirá?

—Según Pelayo, ayer huyeron tres hombres. Supongo que querrán proseguir con su plan y buscarán una nueva víctima. De conseguirlo, imagino que querrían convertir en sangre el agua de la ciudad tal y como rezaba en su mensaje anónimo.

—Además de los tres hombres, había una mujer.

—¿Una mujer?

—Escuché cuatro voces diferentes. Y una era femenina.

—Entonces, quienes escaparon ayer fueron dos hombres y una mujer. El tercer hombre ha de ser ese prisionero. Diría que moro o turco.

—Lástima que no pudiera oír más que dos de sus nombres. A uno le llamaban Göz, fijo que es tuerto. Göz significa ojo en turco. Y a otro Zujaja, que traducido del árabe es Botella.

—Ese ha de ser el prisionero que está en los calabozos del Palacio Ducal, si es que aún vive. Tenía los dos ojos. Pelayo escuchó que a otro le decían Basileus.

—¿Basileus?

—Sí. ¿Qué pasa? ¿Te suena? Ando dándole vueltas desde ayer.

—¡Basileus es el nombre con que se designaba a los emperadores bizantinos!

—¿Sí? Imagino que se trata de un apodo.

—¿Y si no lo es? ¿Y si realmente estamos buscando a quien se cree heredero al trono de Bizancio? Tendría mucho sentido que considerase suyos

los tesoros de Constantinopla.

—Lo que parece evidente es que existe la conexión.

—¿Podrías esbozarme el tatuaje del que me hablaste y que luego estamparon en la basílica de San Marcos?

—Lo dibujé en su momento. Creo recordar que te lo enseñé.

—Sí, pero quiero volverlo a ver.

—Lo llevo conmigo —respondió don Fernando, extrayendo un papel doblado de su faltriquera con cuidado de no equivocarse y desplegar otro en el que llevaba escrito un poema de Garcilaso.

—Es cierto que hay una cruz —dijo doña Elena, escrutando el emblema—. Aunque creo que es casual, formada por una letras griegas entrelazadas.

—Sí. Se distinguen la lambda y la gamma, quizás la alfa.

—Y la letra pi. ¡Incluso la iota! Fernando... ¡este es el monograma de los Paleólogos!

—¿La última dinastía imperial de Bizancio?

—Así es. Constantino XI, el último emperador bizantino, murió luchando contra los turcos en las murallas de Constantinopla. Sin embargo, su familia logró huir.

—Eso ocurrió hace más de dos siglos. ¿Piensas que alguno de sus descendientes tiene algo que ver con lo que está sucediendo aquí?

—¿Te extrañaría?

—La verdad es que no. Cobraría sentido que el heredero al trono de Bizancio quisiera vengarse de la república que acabó con su grandeza.

—Extinguida cuando fue definitivamente invadida por los turcos.

—¿Y cómo podemos saber si sobrevive algún Paleólogo?

—Buena pregunta. A tenor de la vigencia de su emblema, parece que sí. En alguna parte leí que un tal Teodoro Paleólogo murió hace medio siglo en Inglaterra.

—Entonces, quizás algún diplomático inglés pueda darnos alguna referencia —sugirió el vizconde—. Hablaré con Valier para que me ponga en contacto.

—Bevil Skelton. Lleva en Venecia muchos años. Y es muy afable para ser inglés —bromeó la doctora veneciana.

—¿Hay algo que no sepas? —preguntó don Fernando en tono seductor.

—Cuándo te irás —respondió ella, esbozando una sonrisa triste.

De repente, volvieron a dejar de tener sentido todas las elucubraciones sobre los enigmas que se cernían sobre la ciudad. Ahora solo tenían ojos para ellos mismos. Casi sin darse cuenta, les invadió uno de esos silencios en los que se sentían tan sosegados. Ella le pidió un beso con la mirada y él buscó sus labios, tan cautivado como emocionado.

Los alrededores del Palazzo Widmann estaban tomados desde antes del atardecer por numerosos milicianos de todos los *sestieri* de la ciudad.

Dirigía la vigilancia Lorenzo Polani, el *Signore della Notte* de Cannaregio, preocupado en que esta se desarrollase con la máxima discreción para tratar de pillar por sorpresa a cualquiera que fuese a cometer un delito en su jurisdicción.

Sus hombres, unidos a los de Vittorio Albero que esnifaba tabaco, se encontraban apostados en cada esquina y no había casa cercana que no tuviera al menos dos ojos mirando desde la ventana.

El doctor Zúñiga llegó con la puesta del sol, cuando los relojes venecianos marcaban el nacimiento del nuevo día. Por las calles languidecían las últimas celebraciones de un Martes de Carnaval que ya era historia. Miró su reloj con nerviosismo. Confiaba en que no se hubiese equivocado al movilizar a tanta gente, aunque también esperaba que no se produjese ninguna tragedia. Recordó de forma agrídulce un episodio similar en Sevilla, si bien esperaba que esa noche el resultado fuese distinto.

Los últimos días habían transcurrido plácidos. De buena gana, se hubiera acostumbrado a esas visitas a Elena en su residencia junto al Gran Canal, a la amenidad de esas conversaciones e incluso al café que ella se empeñaba en ofrecerle a cambio de ese chocolate que tanto le gustaba y que ahora añoraba.

La niebla podía cortarse con una espada que hubiera trazado filos de oscuridad en el aire helado que llegaba del norte. Quien fuera se hacía esperar. El doctor Zúñiga repasaba las piezas del rompecabezas. A veces se le colaba la imagen de Elena, pero trataba de concentrarse en lo que ocurría. El encuentro con el diplomático inglés resultó más interesante de lo esperado.

Bevil Skelton le relató que Teodoro Paleólogo, descendiente de Constantino XI, poseía una placa conmemorativa de su defunción en la iglesia de San Lorenzo de Landulph, en el sureste de Inglaterra. Conocía la existencia de su hijo Fernando emigrado a Barbados, fallecido hacía un lustro, quien a su vez tuvo otros dos: Teodoro, alistado en la Armada inglesa y Miguel dedicado desde niño al estudio en Francia. Con la mano tensa en la empuñadura de su arma, de algún modo, aguardaba la aparición de Miguel Paleólogo. Sin duda, su plan tenía que haber sido urdido por un erudito más que por un soldado.

Junto al Palazzo Widmann había un pequeño muelle porticado cuyo suelo apenas se distinguía del canal. Una cancela de hierro permitía el acceso al portón principal. Ocasionalmente alguien atravesaba el puente desde el que el *Signore della Notte* oteaba lo que las tinieblas le permitían. Allí se identificaba a cada transeúnte antes de obligarle a mostrar sus muñecas. Sonaban cinco campanadas desde la cercana iglesia de San Canciano cuando un nuevo enmascarado pasó junto al jefe de policía del *sestiere* de Cannaregio.

—¿Quién va?

—¿Quién lo pregunta? —respondió el hombre.

—Laurenzio Polani, *Signore della Notte*.

Al policía no le dio tiempo a reaccionar. De un golpe certero, el enmascarado le clavó en la garganta lo que llevaba oculto en la mano. Con la sangre brotándole a borbotones, Polani quedó tendido sobre la barandilla. El asesino intentó la huida pero enseguida se le echaron encima tres hombres que le redujeron después de ganar un forcejeo solo en apariencia desigual. Uno de ellos sacó una daga con la que le segó el cuello.

—¡No! —gritó el doctor Zúñiga.

Sin embargo, era demasiado tarde. El asesino yacía muerto en la fría madera del puente. Tras comprobar que nada se podía hacer ya por la vida de Polani, don Fernando se acercó para examinar al asesino con la ayuda de una tea que alguien acercó. Le terminaban de quitar la máscara por lo que pudo ver su parche en el ojo. También el tatuaje de la muñeca. «Es Göz», pensó no sin cierta desilusión. «¿Dónde está Basileus?».

Ayudado por Pelayo, que observaba el cadáver con la cara lívida, el vizconde registró las pertenencias del asesino que llevaba numerosos amuletos

repartidos por el cuerpo, los cuales esta vez no le habían servido de mucho. Desde herraduras hasta patas de conejo y piedras de azabache. Se le aceleró el corazón al dar con una taleguilla similar a la que hallaron en la seo valenciana. Dentro guardaba dos papeles. Solo tuvo que echar un vistazo al primero para darse cuenta de que aquellos caracteres del Corán escritos en árabe ya los había visto antes.

—«No hay ciudad a la que nosotros no aniquilemos o atormentemos con terrible tormento antes del día de la resurrección» —tradujo de memoria don Fernando.

Y como si le acabara de poseer el demonio, se incorporó con una agilidad felina y echó a correr en dirección a la iglesia. Pelayo atónito le siguió, al igual que algunos de los hombres del difunto policía.

—¿Qué ocurre, señor?

—¡Ese hombre es el mismo que robó el cáliz de la catedral de Valencia!

—¿Dónde vamos?

—¡Al puente de Rialto! ¡Corred! —ordenó sin demasiado resuello a los hombres que le acompañaban—. ¡Hay que detener a un hombre que quiere verter el contenido de un cáliz sobre las aguas de Venecia! ¡Pero no le matéis!

Pelayo, atónito, decidió adelantarse a la altura de la iglesia de San Giovanni Grisostomo. No quería imaginar que pudiera haber sido Águeda la que hubiera llevado el Santo Grial hasta Venecia. Llegó el primero a la escalinata del único puente sobre el Gran Canal, justo en el instante en el que un hombre se encaramaba a la balaustrada. Enseguida se incorporaron el resto de hombres y el doctor Zúñiga, casi exhausto, quien vio cómo el hombre elevaba el cáliz al cielo musitando unas palabras como si estuviese oficiando una ceremonia.

—¡Deteneos! —gritó don Fernando, en busca de aliento.

El hombre, con la cara descubierta, pareció no escuchar por estar en trance.

—¡Venecia se hundirá bajo su sangre con la Cuaresma! —exclamó el iluminado.

Don Fernando no las tenía todas consigo. Desde luego, no pensaba que si aquel hombre derramaba el contenido del cáliz sobre las aguas en el centro geográfico de la ciudad estas fueran a convertirse en sangre, por mucha sangre

de Cristo que contuviera, y mucho menos que provocara su inundación. Sin embargo, prefería no tentar al diablo.

Lo que sí sabía era que si ese hombre caía al Gran Canal se perderían las dos reliquias. Y en ese momento, además de Vittorio Albero, al menos seis hombres le apuntaban con un arma de fuego.

—Que dos le disparen a una pierna si da un paso hacia atrás —les susurró—. ¡Miguel Paleólogo! ¡Nada os devolverá Constantinopla! —vociferó don Fernando, provocando ahora el desconcierto de su interlocutor.

—¿Cómo sabéis...? —No fue capaz de terminar de formular su pregunta. Los silbidos de dos balas acallaron en su pierna, echada ligeramente hacia atrás. Cayó sobre el asfalto del puente derramando sobre el mismo la tierra con la sangre de Cristo que contenía el cáliz.

La conjura había sido derrotada.

Fue Vittorio Albero quien le identificó al acercarse, aunque no le dio tiempo a impedir que se llevara a la boca una pequeña pastilla guardada en su anillo.

—Vos le llamaréis Miguel Paleólogo —dijo, dirigiéndose a don Fernando—, pero este hombre es Michel Vial, uno de los científicos que participaron en el congreso de la doctora Corner.

El doctor Zúñiga, que iba dispuesto a interrogarle, solo pudo ser testigo de los estertores provocados por el veneno que acababa de ingerir.

Miércoles de Ceniza, qué triste vienes con cuarenta días de viernes.

Con la cabeza de Elena en su hombro, don Fernando de Zúñiga se dejaba acariciar el rostro por la delicadeza del sol de invierno mientras la góndola surcaba bajo el puente de San Giobbe. Sí que ese miércoles venía con tristeza, pero no porque diera comienzo la Cuaresma, sino porque era consciente de que estaba dando el último paseo con la mujer que amaba.

A veces cerraba los ojos para tratar de grabar en su memoria la belleza sensual de aquella ciudad que ahora añoraría, al tiempo que recordaba lo vivido en las últimas semanas.

A primera hora de la mañana había acudido al Palacio Ducal para entrevistarse con Silvestro Valier que le recibió junto a otros consejeros.

—La Serenísima República de Venecia os agradece vuestros servicios. Nuestras puertas estarán siempre abiertas para vuestra merced —le dijo, más solemne que nunca.

Por suerte, no solo pudieron rescatarse el cuerpo de santa Lucía y el icono de Nuestra Señora de Nicopeia sino que además se recogió gran parte de la tierra impregnada con la sangre de Cristo del puente de Rialto. No le costó convencer a Valier de que el cáliz pertenecía a la catedral de Valencia adonde él mismo lo llevaría tan pronto como arribaran en España las galeras puestas a su disposición por los venecianos, que zarparían al día siguiente. El consejero lamentó las muertes, pero se mostró más que satisfecho por la recuperación de las reliquias amén de haberse evitado la conjura con visos de viabilidad de un iluminado.

Después de dejar atrás la suntuosidad de la corte veneciana, había acudido raudo a la residencia de la doctora Corner para informarle de los últimos

acontecimientos. Ella se mostró consternada al conocer la identidad de quien quiso matarla. Sin embargo, lo que más le afligió fue saber que don Fernando partía para España con urgencia.

—Con la muerte de Michel Vial, o Miguel Paleólogo, o como quiera que se llamara, se ha ido la posibilidad de descubrir unas cuantas sorpresas —comentó doña Elena.

—No lo creo. Este tipo de personas no son muy dadas a la verborrea. Uno de sus esbirros ni siquiera confesó bajo tortura. Supongo que se valió del tal Göz y de ese Zujaja para acometer la parte más sucia de su plan. Lo que lamento es que haya escapado la mujer.

—En cambio, yo lo que siento es que solo podremos conjeturar con lo que se le pasó por la cabeza.

—No del todo. Llevaba una especie de cuaderno consigo —reveló el vizconde, sacándose del jubón un pliego de papeles cosido.

Ella lo miró con la cara de una niña que recibe un juguete nuevo.

—¡Oh! Tiene numerosas anotaciones en griego. ¿Lo has revisado?

—Claro. He seguido indagando.

—¿Y qué has averiguado?

—¿La verdad? Poco que no supiéramos ya. Mira. Hay una página con los apellidos pertenecientes a la Case Vecchie y una pequeña lista de nombres entre los que figura el tuyo. También hay un plano de Venecia con los puntos en los que fueron apareciendo los cadáveres. Luego hay una serie de dibujos de difícil interpretación que me recuerdan mucho a los que hay en un libro que tengo en mi casa de Salamanca. Son estos —señaló—. Supongo que tienen que ver con sus estudios alquímicos.

—¡Oh! Pero, pero estas ilustraciones...

—¿Las conoces?

—Son similares a las que tenía un libro que el viejo Kircher trataba de descifrar antes de su muerte.

—¿Conociste al sabio jesuita?

—Sí. Tuve esa suerte. Estaba obsesionado con la traducción de ese tratado, al parecer escrito por Roger Bacon. Si no estoy equivocada, el ejemplar se conserva en el Collegio Romano.

—Por una vez, lo estás —bromeó don Fernando—. Ese libro se encuentra

ahora en mi casa, si nadie se lo ha llevado. Es una larga historia. Algún día lo devolveré.

—¿Te he dicho ya que no dejas de sorprenderme?

—En eso estamos en paz.

—Sigue mirando. Lo que más curiosidad me suscitaba era saber el porqué de sus fechas. De algún modo, Paleólogo relacionó el equilibrio cósmico con el cuarenta. Este número se repite en el cuaderno, al igual que el doce o el cinco. De ahí que las muertes comenzaran cuarenta días antes de la Cuaresma y se sucedieran cada ocho días. Ocho por cinco, cuarenta.

—¿Y por qué el cuarenta?

—Está lleno de simbología. Se cita en la Biblia más de cien veces. Dos meros ejemplos: cuarenta días duró el diluvio universal, y cuarenta años duró la travesía de Moisés guiando a su pueblo por el desierto.

—En el cuaderno también está anotado el número cuatrocientos ochenta. Son los años transcurridos entre nuestros días y la fecha del saqueo de Constantinopla. Supongo que Paleólogo dedujo que se trataba de un número mágico. No obstante, hay algo que me desconcierta. En la última página está escrito: «Venecia no verá la luz de 1684». Y ya ha transcurrido mes y medio. No entiendo muy bien qué quiso decir.

—Te recuerdo que nos regimos por el calendario bizantino y que nuestros años comienzan el uno de marzo, no en el uno de enero. Aquí todavía es 1683.

—¡Ah, claro! No sé cómo no he podido caer.

—Demasiadas cosas en la cabeza, Fernando —rio ella, solazada—. Quizás sea el momento de dar un paseo para despejarnos. Llevo mucho tiempo encerrada. ¿Me acompañas?

—No hay nada que desee más en este precioso instante.

Apenas volvieron a dirigirse la palabra. Sí numerosas miradas que jalonaron su recorrido por los canales de la ciudad, bañada al fin no solo por la laguna sino por los rayos del sol. Como si la bruma se hubiera disipado con la derrota de la conjura. Se lo dijeron todo con besos y silencios. A veces, con los ojos enrojecidos; a veces, con sonrisas de felicidad efímera.

Al besarse por última vez, ambos supieron que sus almas quedarían nubladas para siempre con sombras de agua.

EPÍLOGO

Salamanca se encontraba recostada bajo el obstinado sol de agosto cuando don Fernando de Zúñiga recibió con sorpresa la carta de Silvestro Valier. En la soledad de su escritorio, se caló los anteojos para leerla.

Mi querido doctor Zúñiga:

Lamento comunicaros el fallecimiento en Padua de la doctora Elena Corner Piscopia el pasado veintiséis de julio como consecuencia de una grave enfermedad. Sé del afecto que os profesabais, por lo que he considerado oportuno comunicaros esta triste noticia. Desde Venecia nos encargaremos de preservar su legado y de que su memoria sea respetada a lo largo del tiempo.

Don Fernando rompió a llorar con desconsuelo. Hacía apenas una semana que había recibido una carta de su amada veneciana, poniéndole al corriente de cuanto acontecía en Padua, donde se hallaba, y diciéndole que echaba de menos aquellas largas conversaciones acompañadas de deliciosos silencios en su góndola. Sin embargo, no mencionaba ni una palabra de una enfermedad que a buen seguro ya la mermaba. Ahora entendía esos episodios propios de una tuberculosis que él no atisbó a diagnosticar.

Su grito desgarrado se propagó por toda la casa hasta hacerla tambalear. Por fortuna, solo las paredes fueron testigos de su angustia. Sin duda, estaba maldito. Sus dos mujeres amadas, muertas demasiado jóvenes. Acaso ese Dios del que dudaba le castigaba. O tal vez fuera el diablo quien se burlara de él. No volvería a amar. Volver a fijarse en una mujer significaba condenarla a muerte.

En su delirio de dolor, pensó que su vida era una terrible pesadilla; que le resultaría imposible soportar tanto sufrimiento; que acaso, ni siquiera vivía de

verdad; que a lo peor, no era más que un mero personaje de las novelas ideadas por un escritor que no le profesaba piedad.

Se equivocaba, aunque solo en parte. Imaginando a su querido doctor, sufriendo en la soledad de su despacho, el escritor no pudo sino concluir su historia con pulso tembloroso mientras la emoción inundaba cada poro de su ser.

DRAMATIS PERSONAE

Por estas páginas han caminado personajes ficticios y otros que existieron en realidad. Cuando un escritor se enfrenta a un período del pasado en una novela no es dueño de todo lo que en ella ocurre porque el respeto histórico está incluso por encima de la propia trama. Por razones obvias, esta historia debía transcurrir en 1684. Quiso el destino burlón con don Fernando de Zúñiga que **Elena Corner Piscopia** falleciera ese mismo año. Junto a ella, quiero contar qué fue de algunos de los personajes reales de esta novela.

El padre **Tomás Vicente Tosca** sería uno de los fundadores del movimiento de los *Novatores*, formado por un grupo de intelectuales preilustrados. Matemático, arquitecto, filósofo y teólogo. Es conocido por el plano que realizó de la ciudad de Valencia en 1704.

Giovanni Battista (o Giambattista) **Vivaldi** cumplió su deseo y fue contratado en la Capilla Real de San Marcos en 1685. Ayudaría a su hijo **Antonio** a ser uno de los músicos más afamado de todos los tiempos.

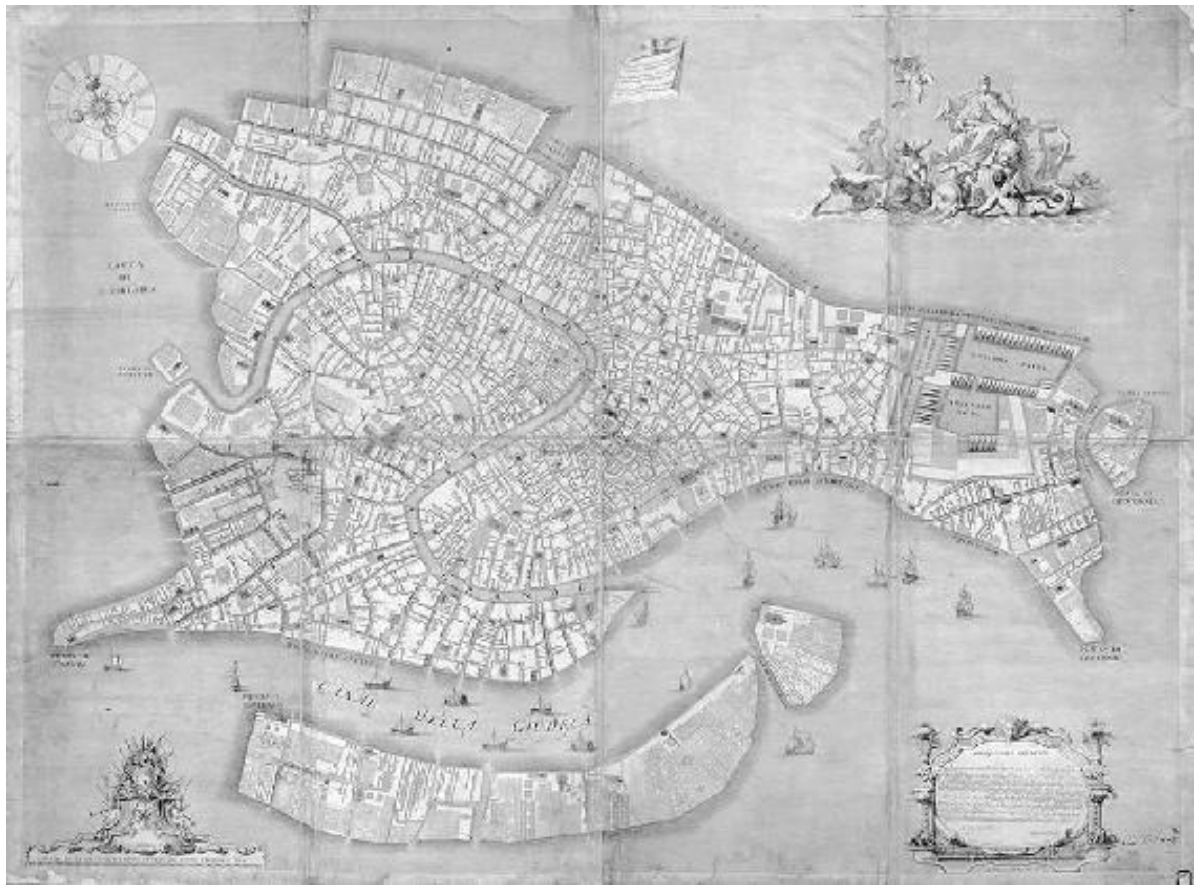
Francesco Morosini dirigió con éxito la flota veneciana contra el Imperio otomano en la Liga Santa, con su inseparable gata **Nini** a la que ordenó disecar cuando murió. A su pesar, protagonizó otro de los episodios negros de Venecia al destruir el Partenón de Atenas, convertido en polvorín por los turcos. Consiguió ser coronado dogo tras la muerte de Marcantonio Giustinian en 1688.

También **Silvestro Valier** ocupó el más alto cargo de la Serenísima República después del fallecimiento de Morosini en 1694.

Alvise Gasparo Malipiero llegó a ser senador aunque siguió educando pupilos en las artes amatorias. El más legendario fue Giacomo Casanova, que residió en el Palazzo Malipiero hasta que le disputó los favores de una bella

soprano de ópera al propio Gasparo, que terminó por echarle de su casa.

Antoine Arnauld, Elias Ashmole, Pierre Bayle, Giuseppe Francesco Borri, Robert Boyle, Olof Bromelius, Giovanni Domenico Cassini, Vincenzo Maria Coronelli, Edmund Halley, Robert Hooke, Christiaan Huygens, Olaus Johannis Rudbeck, Gottfried Leibniz, John Locke, Edme Mariotte, Otto Mencke, Isaac Newton, Daniel van Papenbroeck, Francesco Redi, Nicolaus Steno, Carlo Rinaldini y Vincenzo Viviani pasarían a la historia por revolucionar el orden científico. Su permanente afán por el conocimiento abrió la puerta del Siglo de las Luces en una **Europa** que no acabaría de aprender de sus errores.



Edición en formato digital: 2016

© Félix González Modroño, 2016

© Algaida Editores, 2016

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

algaida@algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9067-681-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.literaria.algaida.es